USA TODAY BESTSELLING AUTHOR

HANNAH HAZE

AMANECER PREDESTINADO

ARROW HART ACADEMY

5

AMANECER PREDESTINADO

HANNAH HAZE

ÍNDICE

Avant-propos

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54

Epílogo Uno
Epílogo Dos
Sin título
De La Misma Autora
Sobre La Autora
Agradecimientos

Copyright ©2025 Hannah Haze

Traducción de Natalia Pérez Ramos

Todos los derechos reservados

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en reseñas del libro.

Diseño de la cubierta: Covers by Christian

Edición: Buckley’s Books

Creado con Vellum

 Creado con Vellum

AVANT-PROPOS

Este libro es una novela romántica de temática *why choose*, en la que la protagonista tiene varias relaciones amorosas. Contiene escenas de sexo grupal y aborda temas como la contracepción y el embarazo. Ciertos pasajes presentan además contenido sensible como la muerte, la violencia y el gore. Para más detalles sobre las advertencias de contenido, por favor, visita mi página web.

Si encuentras alguna errata, no dudes en escribirme para corregirla: hannahhazewrites@gmail.com (¡Estaré encantada de charlar!)

PRÓLOGO

Bronwyn

Hace veinte años

—Llévatela.

Mi hermana niega vehemente con la cabeza, dedicándome una mirada de acero, pese a las lágrimas que le caen por las mejillas hasta el mentón.

Mi hija duerme como un angelito. Tan serena, tan en paz, ajena al peligro y al caos que existe en este mundo. Mi corazón, abatido, se rompe un poco más.

—Por favor, Mabel —suplico, incapaz de apartar la mirada de mi niña. Es tan bonita, tan perfecta, desde las uñitas de los dedos de las manos a cada de una de sus largas pestañas que le rozan la curva de sus delicados mofletes. Se me parte el alma. No quiero entregársela a mi hermana, al igual que ella no quiere apartarla de mí.

Pero ¿qué otra opción tengo?

—No puedo, Bronwyn. No me pidas algo así, por favor —susurra.

—Eres la única persona en la que confío. La única que sé que la mantendrá a salvo.

—Te necesita a ti, a su madre.

Me enderezo y miro a los ojos llorosos de mi hermana.

—Ya te lo he dicho. Tengo los días contados. ¿Qué iba a hacer Rhianna con una madre muerta? —Mi hermana se estremece y vuelve a negarse, pero no entra a discutir sobre lo que he visto. Ambas sabemos de sobra que mis sueños no mienten. Me muestran el futuro, y el futuro es mi muerte.

Podemos lamentarnos y despotricar hasta la saciedad, hasta perder la voz y la cabeza. Pero el futuro no se puede cambiar —menos aún en este caso—, por mucho que lo crean aquellos que se han aprovechado de mis poderes. Lo que tenga que pasar pasará.

—Y si no te la llevas tú, ¿quién entonces?

—¿Caspian? —pregunta—. Él cuidaría de ella.

Vuelvo a mirar a mi hija. Es su vivo reflejo: el tono oscuro de su cabello, las facciones… También tiene algo mío. Ha sacado el color de mis ojos y mi piel clara. La amalgama perfecta de los dos.

—No.

—Pues claro que sí. Vendría y…

—¡Mabel! ¡No hay tiempo! Llévatela. Llévatela ya y escóndela. Por favor, antes de que sea demasiado tarde.

—Pero es su padre. Él sí que la mantendría a salvo. Tiene muchísimo más poder que yo. ¡Por el amor de Dios, Bronwyn! ¡Tiene todo un ejército!

Ahora soy yo quien niega con la cabeza. ¿Cómo le digo la verdad a mi hermana? Siempre ha sido muy inflexible respecto a sus principios. Para ella es todo blanco o negro. No hay gris. Se cierra en banda. Es una mujer de armas tomar. ¿Cómo le confieso que me he dejado seducir por… que me he enamorado de un hombre que sé que no es bueno, que siempre he sospechado de él, pero he optado por mirar hacia otro lado y amarlo de todas formas?

—La única persona con la que está a salvo eres tú. —Con el corazón roto en mil pedazos, le entregó a mi bebé. Es algo superior a mis fuerzas y, físicamente, casi imposible. Mis brazos no quieren dársela. Me sube la bilis y me quema la garganta, y reprimo las lágrimas que quieren asomar por el rabillo del ojo. Si me derrumbo ahora, mi hermana nunca se llevará a mi hija.

—Lo he visto —le susurro, casi sin atreverme a pronunciar las palabras en voz alta—. Ella es la chica de la Cuarta Profecía.

—¿La profecía? —dice Mabel, arrugando la nariz como hace siempre que está confundida—. Pero esa profecía es ambigua y…

—Da igual. La pone en peligro, Mabel, y mucho. Vendrán a por ella, y lo sabes. Acabarán con ella o intentarán robarle sus poderes.

—¿Robarle sus poderes? —se alarma—. ¿Lo has visto en uno de tus sueños?

Sostengo la mirada de mi hermana.

—Asegúrate de esconderla bien. Mantenla a salvo… por favor…

—¿Incluso de Caspian? ¿De su propio padre?

—Sí, Mabel —espeto—. Sobre todo de su padre.

Mi hermana me escudriña. A saber qué está pensando y cuántas preguntas se estará haciendo sobre lo que ha pasado entre el príncipe Negro y yo. Pero mi hermana es estoica e inconmovible. Se guarda la curiosidad para sí misma. Por eso le confío a ella la vida de Rhianna.

Y su silencio es lo mejor. ¿Cómo podría explicárselo? El príncipe Negro —líder de las llamadas fuerzas oscuras del oeste, nuestro enemigo mortal, el hombre contra el que hemos estado luchando estos últimos años— me ha desarmado por completo. Me ha hecho enamorarme perdidamente de él. Me ha hecho creer en sus promesas y sus visiones del futuro: un futuro de paz, sin más guerras ni luchas.

¡Qué tonta he sido!

Mi hija sorbe por la naricita en sueños.

He cometido errores, pero puedo enmendarlos ahora asegurándome de que Rhianna esté protegida.

—Pero ¿cómo? —se preocupa mi hermana—. ¿Cómo voy a poder encargarme yo? Yo no soy vidente, ni tengo poderes especiales. Seguro que hay alguien mejor preparado que yo para cuidarla.

Me niego con firmeza.

—No, no lo hay.

Mi hermana mira a mi hija y se le ilumina la cara de afecto. No hay nadie que quiera tanto a Rhianna como Mabel.

Extiende los brazos, rompiendo a llorar, y le paso a la niña. Le estoy confiando lo más preciado que tengo en el mundo, pero sé que con ella estará más a salvo que conmigo. Tengo que obligarme a no gritar y arrebatársela de inmediato.

—¿Y si no puedo? ¿Y si fracaso? ¿Y si te fallo, Bronwyn?

—Te las apañarás sin problema. Eres más fuerte que yo. —Mejor que yo, también. Siempre ha dicho que soy muy confiada, y que enseguida me dejo llevar por el corazón en lugar de usar la cabeza. Esta vez no. Esta vez ignoro mi corazón hecho trizas—. Y siempre estaré ahí. Todos estaremos ahí por si nos necesitas. Solo tienes que pedirnos ayuda.

Acaricio la carita de mi hija, con esa piel tan suave, tan nueva, tan frágil, como los pétalos de una flor. Todavía sin ningún efecto por el sol, ni azotada por el viento, sin marcas del paso del tiempo.

—¿Y qué le diré a ella? —pregunta Mabel.

—¿Qué? —Me sobresalto, cautivada por el rostro de mi hija, que estoy grabando en mi mente. Cada línea, cada color, cada expresión, cada sonido, incluso su olor a leche. Me acordaré de todos sus detalles. Pensaré en su rostro cuando llegue el golpe final. Ella será mi último pensamiento. Esta preciosa criatura.

—Cuando sea mayor, Bronwyn. Cuando sea lo suficientemente mayor para darse cuenta de las cosas, ¿qué debería decirle?

Le doy a mi hija un beso en la frente e inhalo su olor por última vez.

—Dile que la que quiero. Que la quiero muchísimo. Y que siempre estaré a su lado.

1

Rhi

—¿Qué recuerdos? —pregunta Tristan, y se percata de la mirada que hemos cruzado Stone y yo.

—Los que tiene bloqueados en su mente —dice Azlan—. Ya intentamos abrirlos una vez, pero le causó mucho dolor y tuvimos que dejarlo.

—¿Por qué tienes recuerdos bloqueados? —se interesa Spencer.

Me encojo de hombros. Eso mismo me pregunto yo. ¿Por qué? Stone siempre ha pensado que están bloqueados para protegerme de lo que contengan, y aunque puede que sea cierto, seguro que también tienen respuestas o pistas sobre por qué el destino ha escogido a una chica cualquiera salida de la nada, y la ha unido a estos cinco hombres, más sabios, espabilados y poderosos que yo.

Stone me mira fijamente de pie junto a la cama, y lo conozco ya lo suficiente como para interpretar la expresión de su cara, aunque —a diferencia de él—, no sea capaz de leerle la mente. No quiere hacerlo. No quiere volver a indagar en esos recuerdos. No ha cambiado de opinión al respecto.

—Es una mala idea —dice—, y mira lo que nos costó la mala idea de ayer.

—No nos costó nada. Estamos todos aquí —respondo—. Sanos y salvos.

Se gira y dedica una mirada asesina a Renzo.

—Por los pelos.

—¿Crees que servirán de algo? —me pregunta Spencer.

—No lo sé —digo con total sinceridad—, puede. Y de ser así, no quiero desperdiciar la más mínima información que pueda darnos respuestas.

—Todo esto lo haces fundamentándote en tu idea de que el destino es una fuerza lógica y no aleatoria. —Stone se impone en modo profe total—. Puede que nuestros caminos se hayan unido simplemente por casualidad, y que no haya otra razón.

—Eso dices, pero en el fondo no lo crees.

—No soy tan maquiavélico como para fingir que no entiendo estas cosas, señorita Blackwaters.

—Pues yo estoy con Rhi —dice Tristan—. El destino rara vez une a las personas, y cuando lo hace, es por un motivo.

Stone dirige ahora su mirada de hielo hacia él.

—¿Y cuál crees que es ese motivo, Kennedy?

Tristan hace una pausa y luego añade con convicción:

—Derrocar a mi padre y restaurar la democracia en la república. —Renzo se ríe—. ¿Qué? —le salta Tristan desafiante. No está acostumbrado a que se burlen de él.

—¿Restaurar la democracia? —dice Renzo con retintín—. ¿Qué democracia?

Lo que sigue es una gran discusión, y yo opto por desentenderme y observar la escena, que se intensifica hasta tal punto que Azlan tiene que agarrar a Tristan por el cuello de la camisa para evitar que se tire a por Renzo.

Sí, puede que sea la casualidad lo que nos ha unido, pero también el caos, porque apenas llevamos diez minutos exactos en la misma habitación y uno de mis compañeros ya ha amenazado con matar a otro.

Me levanto de la cama con Pip bajo el brazo y me dispongo a salir de la habitación.

—¿Dónde vas? —me pregunta Azlan.

—A desayunar algo —le digo, y cierro de un portazo.

En el pasillo hace corriente. Pese a que intenta zafarse, estrecho a Pip entre mis brazos para darle calor y bajo a la cocina, vacía. Supongo que Winnie y Trent siguen acostados, y me corroe la envidia, algo extraño en mí. Así es como me gustaría estar ahora, con cualquiera de mis compañeros, y sin embargo, parece misión imposible. ¿Siendo seis? ¿Cómo demonios va a funcionar lo nuestro? Casi preferiría estar en el lugar de Winnie, con un solo novio. No estoy segura de estar hecha para cinco.

Dejo a Pip en el suelo, me acerco a la ventana, me abrazo a mí misma y contemplo cómo da el sol invernal sobre la pradera y cómo se mece la hierba con el viento. Estoy tan perdida en mis pensamientos que no oigo entrar a Stone hasta que le tengo de pie a mi lado.

—Lo haré. No me gusta, pero parece que tienes un don para hacerme ceder siempre, Rhianna Blackwaters. Así que, si realmente es lo que quieres, te ayudaré.

Me vuelvo hacia él. Es raro verle tan serio. Le sonrío y apoyo una mano en su pecho. ´

—¿Alguna vez has deseado que solo fuéramos tú y yo? —pregunto en voz baja.

—¿Que si he deseado alguna vez tenerte solo para mí, sin compartirte con otros cuatro… tipos normaluchos?

Le doy un golpecito en el hombro.

—No.

—Oh —digo, un poco decepcionada por su respuesta.

Me sonríe.

—Señorita Blackwaters, la creía más lista. Pues claro que me gustaría tenerte solo para mí. Y que toda tu ropa desapareciera milagrosamente y que nos quedáramos encerrados en nuestro dormitorio por toda la eternidad, sin salir, y con una provisión infinita de buena comida y buen vino. Por desgracia, lo que deseamos no siempre es posible, pero estoy más que contento con lo que tengo. Azlan es mi mejor amigo y me alegra compartirte con él. En cuanto a los demás…

—¿En cuánto a los demás…?

—Ya nos apañaremos. —Estudia mi expresión—. ¿Por qué? ¿Te gustaría que solo estuviéramos tú y yo, los dos solos? Me halaga ser tu favorito.

—No tengo un favorito —contesto con firmeza. No quiero darles a mis compañeros más razones para pelearse. Además, es la verdad. Ahora que lo pienso, no tengo favoritos. Cada uno es diferente y único a su manera, y por eso me gustan todos. Incluso Renzo. Incluso Spencer.

—Claro, claro… —Guiña un ojo.

—No lo tengo.

—Hum… —Me atrae hacia él—. Seguro que hay alguna manera de asegurarme el primer puesto.

—A mí se me ocurre una. —Le acaricio el pecho.

—¿Ah, sí? —Su mirada se ensombrece.

—Sí. —Me pongo de puntillas y le susurro al oído—: Ayudándome a encontrar esos recuerdos.

Se ríe y sus pectorales retumban bajo mi mano.

—Mira que eres niñata, ¿eh?...

—¿Stone?

—Joder, sí, lo haré —refunfuña sacudiendo la cabeza—. Pero es la última vez, ¿vale? La última vez que accedo a una de tus estupideces.

—No es una estupidez. Conozco a mi tía. Sé que me dejó algo, y ya no me queda nada donde buscar.

Ahora, asiente.

—En eso te doy la razón. Algo debió de dejarte. Pero puede que no sea la respuesta a tu incógnita. ¿Cómo iba a saber ella que terminarías unida a cinco compañeros predestinados?

—Cuatro —le corrijo.

—He visto cómo te mira. Es solo cuestión de tiempo.

—Mi madre era vidente, Stone. Quizá ella sí que vio todo esto. Quizá mi tía sabía lo que iba a suceder, lo que nos aguardaba.

Se rasca la barba y me acerca aún más a él.

—No estoy seguro de querer ver el futuro.

—Phoenix Stone —digo con una sonrisa—, ¿tienes miedo?

Stone siempre parece tan seguro de sí mismo que cuesta creer que tenga miedo de algo en esta vida.

—Sí, tengo miedo —confiesa con total seriedad—. Tengo mucho miedo de perderte. He estado… Hemos estado a punto de perderlo todo en demasiadas ocasiones.

Eso no puedo negárselo, a mí también me acecha ese mismo miedo. No me da miedo morir, imagino que porque me he pasado toda la vida rozando la muerte. Cuando la ves tan de cerca, rondándote todo el tiempo, al final te acostumbras. No parece algo tan aterrador. Pero la idea de perder a Stone… o de perder a cualquiera de ellos…

—¿No te das cuenta? Entender el pasado, quizá vislumbrar el futuro, podría ayudarnos. Podría ayudarnos a mantenernos a salvo.

Suspira. Sé que no le he convencido. También sé que ya me conoce lo suficiente como para entender lo testaruda que soy. No voy a ceder en esto.

—De acuerdo —acepta al fin—. Primero desayunamos y luego lo hacemos.

—¿Hacer qué? Está visto que no puede dejar las manos quietecitas y lejos de ti, ¿eh, ratoncito? —dice Renzo, que entra en la cocina seguido de los demás.

—Se refería a los recuerdos —mascullo.

Stone me arquea una ceja, como cuestionando esa suposición.

Le pellizco en el brazo y me pongo a hervir los huevos que trajo ayer Azlan al regresar.

El desayuno resulta mucho menos incómodo de lo que esperaba.

Azlan y Tristan hablan entre ellos en un extremo de la mesa mientras Renzo intenta entablar conversación con Stone, aunque el tema que escoge —la mejor forma de romperle el cuello a alguien— no es muy del agrado de Stone. Lo que nos deja a Spencer y a mí al otro lado de la mesa (Winnie y Trent todavía no han aparecido).

—Esto es raro de cojones —dice Spencer, que va ya por el cuarto huevo. Ha debido de pasar mucha hambre mientras estaba preso, y no me pasan desapercibidas las lagrimillas que se le caen cuando le sirvo el primero. Aunque no por ello voy a ser más blanda, y le dejo claro a él y a los demás que yo no soy Blancanieves ni ellos los siete

enanitos, y que les prepare hoy estos huevos no significa que vaya a estar cocinando y limpiando para ellos.

Spencer se mete casi el huevo entero en la boca y engulle.

—¿Qué es raro? —pregunto, sujetando una taza de café caliente con las dos manos.

—Pues esto. —Nos señala a todos con la cuchara—. Nunca imaginé estar en una casa enorme y destartalada en medio de la nada con Tris, el hombre de negro, el profesor Stone, un asesino y tú. Es bastante surrealista.

—Ya… —Doy un sorbo al café—. ¿Echas de menos a tus coleguitas del equipo de duelo? ¿Y a las animadoras?

Deja la cuchara en la mesa y traga.

—Qué va.

Pongo los ojos en blanco. La adulación era su razón de ser, al igual que la de Tristan.

—¿Qué? —dice—. Es verdad. Se les ha visto el plumero. Están llenos de prejuicios y son unos cerrados de mente. No los echo de menos para nada.

—¿No te habías dado cuenta de cómo me trataban?

—No —responde honestamente—, supongo que no.

Sopeso sus palabras. En cierto modo, agradezco que lo haya admitido y que no haya intentado defenderlos o justificarlos.

—Y prefiero estar aquí contigo antes que en cualquier otro sitio —añade.

—Porque preparo muy bien los huevos. —Señalo su plato.

—Están ricos. En su punto perfecto de cocción.

—Es lo que tiene criar gallinas. Terminas cocinando y comiendo muchos huevos.

—¿Criabas gallinas? —pregunta, y coge de nuevo la cuchara.

—Sí, y es más difícil de lo que parece. Hay que tenerlas contentas o si no, no ponen huevos. Parecía gustarles el *rock and roll* de los años cincuenta. —A Spencer se le escapa la risa—. También cultivábamos nuestro propio huerto, sin usar magia. No podíamos permitirnos usarla muy a menudo por si alguien se percataba de que éramos magas.

—¡Vaya mierda! Yo no sería capaz de vivir sin usar magia. Enseguida me pongo de mal humor a poco que esté sin usarla. —Rebaña el plato—. ¿Por qué os escondíais? Nunca me lo has contado.

He recabado bastante información sobre mi pasado, mi madre y puede que incluso sobre mi padre como para tener mis sospechas, pero quiero saberlo con certeza.

—No lo sé —digo sinceramente—, pero ya va siendo hora de averiguarlo de una vez por todas.

2

Stone

La subo al dormitorio, seguidos por los otros cuatro, con Renzo Barone prácticamente respirándome en la nuca. Tiene pinta de querer hacer amigos. Al menos es lo que he deducido de su monólogo durante el desayuno sobre romper cuellos. Eso o me está tanteando para dar con la mejor manera de matarme.

Agarro a Rhi un poco más fuerte del brazo y acelero el paso con tal de separarnos un poco de Renzo, que parece que lo llevamos cosido.

Ya en el dormitorio, le digo que se acueste en la cama.

—¿De verdad es necesario tanto teatro? —Se sube a la cama y se tumba bocarriba—. Parece que vas a tomarme las medidas para un ataúd.

—Será mejor hacerlo cómodos, ¿no crees? —Me crujo los nudillos, recordando la última vez; cómo se retorcía y se sacudía en el suelo duro. Esta vez podría ser peor, más violento, quién coño sabe. Y no quiero que sufra. Al menos, no físicamente. El daño emocional es inevitable y, aun así, está empeñada en hacerlo.

Me acerco a la cama y la miro a la cara. Me devuelve la mirada con esos ojos miel y me olvido de todos los demás que se encuentran en la habitación. Joder, es tan guapa… Por muy

interiorizada que tenga su belleza, hay momentos en los que sigue descolocándome.

—¿Stone? —dice ella, sacándome de mi burbuja.

—¿Estás segura? —le susurro.

Asiente con las manos apoyadas en el vientre.

—Confío en ti, Stone. —¡Rayos! ¿Por qué tiene que decirme eso? No soy de fiar. No soy digno de su confianza—. Sé que cuidarás de mí.

Incapaz de contenerme, apoyo una mano en su frente y me inclino para besarla en la boca. Sabe a mantequilla y café, y tiene los labios suaves y húmedos.

Me separo reacio, suspiro y cierro los ojos, dejando que mi mente se adentre en la suya. Hoy no hay ninguna barrera. Me deja entrar directamente, como el día en que nos conocimos, con los pensamientos bien despejados como un libro abierto listo para que yo hojee sus páginas.

Justo en la superficie, me encuentro con mi propio rostro mirándome, y luego me sumerjo en otros pensamientos más vertiginosos: su avidez por saber la verdad, su preocupación por los cinco hombres unidos a ella, sus temores respecto al futuro. Me encantaría quedarme aquí, comprenderla mejor, pero es una invasión a su privacidad y, cuanto más me pierda por su mente, más peligroso será para allá.

Profundizo un poco más, a través de sus recuerdos más recientes, y veo pasar a toda velocidad imágenes mías, de Azlan, de los demás; después atravieso unos recuerdos más antiguos sobre su casa, el cerdo, su tía, y ahí estoy de nuevo, en la caja.

Ya la abrimos una vez y dejamos salir todos esos recuerdos, pero desde entonces, Rhi los ha reprimido y los ha vuelto a guardar para protegerse.

Siento cómo se tensa mi cuerpo y cómo aprieto los puños.

No quiero hacerlo, y sin embargo, aquí estoy otra vez, haciendo algo con lo que no estoy de acuerdo porque esta mujer tiene el don de manejarme a su antojo. Estoy tonto perdido. Pero le hice una promesa: no solo la ayudaría con esto, sino que también estaría a su lado de por vida.

Me abrazo a mí mismo antes de abrir la caja. Esta vez cuesta menos quitar la tapa y los recuerdos brotan de inmediato. Ante mis ojos desfila una sucesión de colores e imágenes. Rhi se tensa, pero es más fuerte que antes, más aguerrida y plenamente consciente de lo que la espera. Su mente repica con resiliencia y determinación. No dejará que los recuerdos oscuros la hundan, no dejará que la arrastren a sus profundidades.

Filtro los recuerdos. Están los sueños y los recuerdos con su tía, los que antes la aterraban. También hay recuerdos de unos hombres persiguiéndolas, escondiéndose de ellos, de su tía recibiendo palizas y cosas peores de esos hombres que fueron a por ellas.

Aprieto aún más los puños y me clavo las uñas. Tuvieron que soportar tanto… Si alguna vez me cruzo con esos tipos, los reviento y luego se los sirvo como comida a la bestia de Spencer.

A ver, me estoy distrayendo. No hemos venido por esos recuerdos, sino por los que su tía había bloqueado con el fin de protegerla. He venido a por respuestas.

Aquí hay más recuerdos todavía, más antiguos, difusos, menos vívidos, recuerdos de cuando Rhi era muy pequeña y estaba descubriendo el mundo. Otros sueños. Visiones sobre el futuro. Ahora sí que no me cabe duda de que, en un momento dado, Rhi ha poseído el don de leer el futuro, de soñar con ello. Justo igual que su madre.

¿Era eso de lo que la protegía su tía? Debió de ver lo que le sucedería a su hermana y no querría que su sobrina tuviera que pasar por ello también; así que encontró una manera de frenar esas visiones y encerrarlos en la mente de Rhi sin dejar huella.

Estoy a punto de salir. Ya he permanecido lo suficiente en su mente. Pero algo me llama la atención. Un recuerdo centelleando en el fondo de la caja. Un recuerdo distinto a los otros. De un color dorado en lugar de rojo. Este recuerdo no es de Rhi. Es de otra persona. Alguien ha escondido un recuerdo suyo en la mente de Rhi.

Ella tenía razón. Las respuestas han estado aquí todo este tiempo.

Agarro ese recuerdo ajeno y lo arranco de la mente de mi compañera.

3

Rhi

A TRAVÉS de la neblina de malos recuerdos, veo una bolita de luz dorada flotando a la altura de mi nariz, y detrás, la cara de Stone, con el ceño fruncido y mirándome intensamente con sus ojos azul claro.

—¿Qué pasa? —digo apretando los dientes, mientras los recuerdos oscuros amenazan con arrastrarme hacia ellos.

—Un recuerdo. —Se le oye muy lejos—. Me he encontrado con el recuerdo de otra persona en tu cabeza.

Tardo un poco en procesar sus palabras, mi atención divaga por las nubes negras que se arremolinan en mi mente.

—Es lo único que necesitamos, Rhi. —Me aprieta la mano—. El resto da igual. Puedes dejarlos ir. Vuélvelos a encerrar.

¿Es eso lo correcto? Esos secretos son oscuros y aterradores, pero durante las últimas semanas he afrontado muchas cosas oscuras y aterradoras. Esos recuerdos ya no parecen tan malos, no en comparación con cómo los temía. Son parte de mí. Son mi historia. Han contribuido a lo que soy hoy tanto como los recuerdos buenos y felices. Ocultarlos, negar su existencia, ya no me parece lo correcto.

He de aceptarlos, aceptar quién soy. Tan pronto como caigo en la cuenta, ya no parecen tener ese poder que los caracterizaba. Se hunden en mi mente y se disuelven con los otros recuerdos que residen en ella, y entonces vuelvo a centrar mi atención en esa extraña bola dorada.

—¿Sabes quién lo ha puesto ahí? —pregunta Azlan al pie de la cama, mientras contemplo cómo gira la bola, cuya superficie va cambiando como nubes a la deriva.

—No. No creo que lo averigüemos hasta que Rhi eche un vistazo dentro. Algo que debería hacer en privado. —Desvío la mirada de la bola hacia Stone—. Lo han puesto ahí para ti, y no sabemos por qué.

—No deberíamos tener secretos entre nosotros —digo—. Eso no ha hecho más que perjudicarnos.

—Sí —dice Azlan—, pero Phoenix lleva razón…

—Vaya, primera vez que lo admite —masculla Stone.

—Es tuyo, algo personal. Algo que deberías observar tú sola. Después nos puedes contar qué hay dentro.

—¿Y si es algo malo? —interviene Renzo, mirando la bola con desconfianza.

—No pasa nada, podré manejarlo. —Sé que puedo. Si puedo manejar a Renzo, seguramente pueda con cualquier cosa.

Con cuidado, me siento. La bola sigue girando ante mí.

—¿Cómo se abre? —pregunto a Stone.

—Déjalo entrar en tu mente y ya está. —Me da un apretón en el hombro—. Ven a buscarnos después. —Invita a los demás a salir de la habitación, prácticamente empujando a Renzo, que sigue con los ojos fijos en la bola, amenazantes. Tras salir él también, cierra la puerta.

Al quedarme sola, de repente ya no me siento tan valiente sin esos cinco hombres a mi alrededor. Me recuerdo a mí misma que pasé mucho tiempo sola antes de que aparecieran en mi vida, y aquí me encuentro, vivita y coleando. Además, pese a lo que pueda pensar Renzo, en este caso opino igual que Stone. Creo que este recuerdo está ahí para servirme de ayuda.

Me siento con las piernas cruzadas y focalizo la mirada en la bola brillante, dejando que el recuerdo se filtre en mi mente, hasta que la luz dorada está ya brillando dentro de mi cabeza, alumbrándola. Aunque, tan rápido como empieza a brillar, se apaga, y en su lugar surge la cara de mi tía, que me mira fijamente.

Se la ve más joven que cuando murió, con menos arrugas en su pálida piel. Lleva el pelo recogido en un moño trenzado y el medallón colgado del cuello, descansando sobre la clavícula.

—Rhi —dice. Había olvidado cuánto echaba de menos su voz, aunque la haya oído muchas veces en mis recuerdos, y en momentos que luego olvido. Vuelvo a oír el tono suave pero firme de su voz. Se me forma un nudo en la garganta.

—Tía —susurro, pero no me oye. No está aquí de verdad. Es un recuerdo, una grabación, un mensaje del pasado. Y me doy cuenta de que no la estoy mirando a la cara, sino a su reflejo.

—Rhi, cariño —sonríe. Me acuerdo de esa sonrisa. Como una recompensa. Siempre presente cuando hacía algo que la enorgullecía.

Me agarro a las sábanas. Siento mi cuerpo temblar. Mi tía tiene algo que decirme, pero ¿y si no me gusta? ¿Y si Renzo está en lo cierto y no es algo que quiera oír?

—Si estás viendo esto ahora, entonces eres tan brillante, tenaz y maravillosa como siempre sospeché. —Su sonrisa se apaga y su voz se quiebra ligeramente al hablar—. En cambio, yo ya no estoy ahí para ayudarte, cariño. Lo siento. Lo siento si te he decepcionado. Siento no poder estar ahí contigo. Y lo siento por haberte ocultado cosas mientras estaba en vida. Sabes que lo hice por tu seguridad. Todo lo que hice fue para protegerte. —Asiente y se recompone—. Seguro que tienes muchas preguntas.

Traga saliva y empieza a hablarme de mi madre, sobre que era una vidente con mucho talento que tenía visiones del futuro en sus sueños, sobre cómo los que estaban en el poder se enteraron de su don y la alejaron de su familia, sobre cómo la usaron en sus continuas luchas por el poder y el dominio. Eso ya lo sé por las piezas que he ido encajando, no es nada nuevo, pero aun así, me quedo ahí sentada, hipnotizada, escuchando a mi tía, leyendo el

dolor en su rostro cuando describe cómo se llevaron a mi madre, privándola de quienes la querían, cómo la usaron y abusaron de ella.

Y, entonces, mi tía pasa a hablar de mí.

—Rhi, tu madre era un arma muy poderosa, y supongo que era inevitable que terminaran enfrentándose para poseer tal arma. —Me mira a los ojos a través del tiempo y del espacio—. A Bronwyn se la llevaron las fuerzas del oeste… La secuestraron. Se enamoró de tu padre mientras estaba allí retenida. Te tuvo y durante un tiempo fueron felices juntos. Pero no duró mucho, y lo único que sé es que reapareció en la puerta de mi casa contigo en brazos, suplicándome que me quedara contigo, que te escondiera de todos: de las autoridades, del canciller, incluso de tu padre.

Mi tía permanece en silencio, como si supiera que necesito un momento para ordenar mis pensamientos, para digerir todo esto.

Mi padre era un mago del oeste. Me concibieron cuando mi madre estaba cautiva allí, y luego huyó conmigo.

Pienso en lo que me dijo Renzo, en quién cree que es mi padre. ¿Será verdad? ¿Se enamoró mi madre del príncipe Negro? Y de ser así, ¿por qué lo abandonó? ¿Por qué suplicó a mi tía que me mantuviera escondida?

—Tu madre te quería muchísimo, Rhi —continúa mi tía, y le resbala un lagrimón por la mejilla—. Yo también te quiero mucho, cariño, como si fueras mi propia hija. Eres tan hermosa, tan perfecta, tan maravillosa… Me parte el alma que ella no pueda ver la persona increíble en la que te estás convirtiendo. Pero sé que estaría orgullosa de ti, igual que yo.

Alarga el brazo para tocar el cristal del espejo, y el reflejo de su mano se une a la mía, como si fuera a colocarme el mechón de pelo detrás de la oreja como solía hacer y acariciarme la mejilla.

—Estés donde estés, hagas lo que hagas, recuerda que eres hija de tu madre, y mía también. Vales mucho, eres fuerte, eres querida.

Creo que eso será todo. Ya me ha dicho lo que tenía que decir, el recuerdo se desvanecerá y me quedaré de nuevo sola sentada en la cama.

Pero no es así.

Clava su mirada de acero en la mía.

—Rhi, hay más. Bronwyn tuvo una visión sobre ti, sobre tu futuro.

Me siento un poco más erguida. Ya está. La verdad. Algo que, si soy sincera conmigo misma, he sospechado desde el momento en que me enteré de que mi madre podía leer el futuro.

—Eres la chica de la Cuarta Profecía, Rhianna. Tu madre lo vaticinó.

No sé qué significa eso.

—Tenía que mantenerte a salvo, cariño, protegerte. Porque Bronwyn tenía razón: vinieron a por ti, y ella lo predijo. Predijo que algunos querrían destruirte y otros usar tus poderes para su propio interés. Por eso te mantuve escondida y por eso… —Se acerca al espejo como si quisiera susurrarme la siguiente parte—. No dejaste de soñar así porque sí. Yo detuve tus sueños. Reprimí tus poderes. Por favor, perdóname, pero es que te atormentaban tanto… Y eras tan joven… Suponían un peligro y encontré una solución: impedir que soñaras.

Pienso en todos estos años en los que no conseguía soñar, en cómo me atormentaban de pequeña y de repente desaparecieron, así sin más. Nunca me había preguntado por qué. Ni me había planteado lo extraño que era no soñar nunca nada, hasta hace poco que empecé a vislumbrar el futuro en sueños.

Y, entonces, lo sé, antes de que diga una palabra, antes de que me diga la verdad.

Lo sé.

Pip.

Mis sueños regresaron cuando Pip estaba enfermo y malherido.

Pip.

No me había fijado en que estaba aquí conmigo en la habitación. Siempre está a mi lado. Mi más fiel compañero. Me mira curioso desde los pies de la cama.

Ato cabos.

—Pip —pronuncio a la vez que mi tía.

Arruga el hocico.

—Seguro que a estas alturas ya te habrás dado cuenta de que no es un cerdo cualquiera —me sonríe, y a través de su rostro

translúcido, veo el de mi mascota—. Pip es tu espíritu familiar. Está aquí para ayudarte, Rhianna. Para detener tus sueños. Para… —Vacila—. Para contener esa magia oscura que siento correr por tus venas. Estará aquí hasta que lo necesites. Para protegerte. Pero… —Su sonrisa se desvanece y tengo un mal presentimiento.

Niego con la cabeza. No sé qué vendrá ahora, pero presiento que no me va a gustar. ¡Qué frustrante!

—Llegará el día en que estés preparada para abrazar el destino que predijo tu madre, para el que necesitarás reunir todos tus poderes, y entonces deberás dejarlo marchar. A todos nosotros, de hecho. —La miro aturdida—. Rhianna, la única manera de liberar todos tus poderes será dejando ir a Pip.

Desvío la mirada hacia él, que sigue ahí observándome

Hay muchas cosas que estoy dispuesta a hacer, y estoy preparada para cualquier riesgo o sacrificio. Unirme a cinco hombres. Volar en un dragón. Luchar contra magos muchísimo más poderosos que yo.

Pero ¿abandonar a Pip?

Jamás.

No pienso hacerlo. Y, francamente, no veo qué necesidad hay. He ganado fortaleza. Al ir sellando cada vínculo, mi magia se ha disparado. No necesito más magia. No necesito ver el futuro. Necesito a Pip.

Mi tía sigue hablándome, pero ya no la escucho. Cojo a Pip y lo acuesto en mi regazo aunque me gruña.

¿Cómo no me había dado cuenta?

Un cerdo que no envejece, que parece entenderme, que está ahí siempre que lo necesito.

Todo este tiempo he tenido las respuestas delante de mis narices.

—Tranquilo. No pasa nada. Nunca te abandonaré.

Una ira repentina se apodera de mí. ¿Cómo ha podido mi tía sugerirme algo así? Ella misma me abandonó, al igual que hizo mi madre. Y mi padre. Como todas las personas que debían cuidarme y protegerme, quienes se suponía que me querían. En cambio, Pip no.

Él ha estado ahí en las buenas y en las malas. El único en quien he podido confiar.

La ira crece y crece. ¿Por qué lo hizo todo tan difícil? ¿Recuerdos secretos ocultos en mi cabeza? ¿Medallones que podrían haberme protegido? ¿Cuchillos con historias secretas? Podría habérmelo contado todo. A la cara. Para poder hacerle preguntas.

Pero no lo hizo. Me dejó luchando sola, sobreviviendo a duras penas.

Una voz protesta en mi cabeza. La enfermedad se la llevó pronto. No tuvo tiempo.

No me importa. Tuvo mucho tiempo antes para decírmelo. Todos esos años juntas, todas esas noches largas y solitarias. Y optó por no decirme nada.

4

Renzo

No me gusta la gente.

No me gusta cómo huelen. No me gustan los ruiditos raros que hacen. Y no me gusta el espacio que ocupan.

Por encima de todo, me gusta estar solo.

La única excepción es mi ratoncito. Me gusta cómo huele. Cómo sabe. Y, joder, me encantan los soniditos que hace. Sobre todo cuando se corre. O cuando está cabreadísima y su magia silba de esa manera tan siniestra y peligrosa. Sí, eso me vuelve loco.

Los demás que se vayan a tomar por culo.

Pero no solo no se me permite matar a sus otros compañeros predestinados, sino que, encima, tengo que ser *bueno* con ellos.

¿Cómo narices se supone que voy a hacerlo? ¡Se niegan a estar a menos de un metro de mí, como si tuviera la peste y fuera a contagiarlos!

Me pongo a dar vueltas al cuchillo, nervioso, y el reflejo de la luz en el filo les hace daño a los ojos.

—Está tardando mucho —refunfuño. Pensaba que el profesor era un tipo listo, que él daría con la clave. Me parece una estupidez dejar que inspeccione ese recuerdo ella sola, especialmente cuando no sabemos de qué se trata. No me gusta.

Me meto el cuchillo en bolsillo y me dirijo a la puerta. Por detrás, los demás me gritan que me esté quieto, pero ahora mismo nada podría detenerme. Nada. Subo las escaleras corriendo por si a alguno de esos cabrones se les ocurre impedírmelo y, ya arriba en el rellano, casi me choco con mi ratoncito, que abraza muy fuerte a su amiguito, como abrazaría un niño a su osito de peluche.

(¡Ostras! Creo que una vez tuve uno. Le arranqué los ojos, le saqué el relleno y lo colgué del techo de un pie para usarlo como blanco y practicar tiro. Nos lo pasábamos en grande él y yo).

Examino su cara en busca de pistas. ¿Qué habrá averiguado? ¿Algo bueno? ¿O algo malo?

Un trueno de rabia la ilumina y su magia vuelve a silbar como tanto me gusta. Es más, silba tan furiosa que casi alcanzo a saborearla con la punta de la lengua.

—No quiero hablar de ello —me suelta—, y no voy a…

—Por supuesto —digo. No me importa. Los demás pueden tirarse de los pelos preocupados por lo que pueda pasar, lo sepamos o no. Yo estoy feliz por el simple hecho de estar aquí. Con ella. Con el vínculo palpitándome en las entrañas y en la polla…—. ¿Te apetece más follar?

Ladea la cabeza, con el ceño fruncido y los ojos entrecerrados. Estoy seguro de que lo está considerando —mi sangre se calienta—, pero entonces nuestro amiguito se entromete resoplando y señalándonos con el hocico. Lo fulmino con la mirada. Creía que estaba de mi parte.

—Ya hemos sellado el vínculo —le recuerdo—, es lo que se supone que debemos hacer.

—¿Y cuándo haces lo que se supone que debes hacer? —sisea, como si estuviera enfadada conmigo.

—Soy muy bueno acatando órdenes —le informo, acordándome de toda la gente que he matado porque Lowsky me lo ordenó—. ¿Quieres darme órdenes? ¿Quieres ordenarme que me arrodille y te lama el coño?

Me dedica una mirada asesina y, por un momento, creo que me va a pegar una bofetada. Sonrío ante esa posibilidad. Molaría.

En lugar de eso, deja al cerdo en el suelo y me empuja con un manotazo en el pecho. Soy el doble de grande que ella. Sus esfuerzos son en vano. Me quedo exactamente donde estoy, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Mira que eres imbécil! —gruñe.

—¿Ah, sí? —Y yo que pensaba que ofrecerme a lamerle el coño era algo bonito…—. ¿No quieres que te lo coma enterito?

—¡Estoy enfadada! ¡Y tú solo pensando en sexo!

—Ratoncito. —Agacho la cabeza para encontrarme con esos ojos llenos de ira, y el modo en que me mira me vuelve loco—. No hago más que pensar en follarte.

—¡Eso es tan… eso es tan… egoísta!

—¿Lo es? —Me acerco a ella.

—¡Sí!

Doy un paso más, y ella se indigna y da uno atrás. La comisura de mis labios se curva en una media sonrisa. Me gusta este juego.

Sigo avanzando y ella retrocediendo, todavía con el ceño fruncido, hasta que se da con la pared.

La tengo atrapada. Me apoyo en la pared, con una mano a cada lado de su cabeza.

—Si estás enfadada, ratoncito, puedes usarme para desfogarte.

—¡No pienso usarte para nada! —grita, e intenta apartarme.

—¿Ni aunque quiera yo que lo hagas? —digo con un tono cargado de lujuria—. ¿Ni aunque lo desee con todas mis fuerzas? —Me inclino aún más y le muerdo el cuello, y ella me pega con los puños en el pecho—. Sí, nena, así. Seré tu saco de boxeo siempre que lo necesites.

Gruñe frustrada y me pega más fuerte, a puñetazo limpio. No es como si me estuvieran golpeando varios kilos de puro músculo, pero es ella, y está cabreada, y eso está despertando su magia oscura, y me encanta.

Le chupo el cuello con fuerza, lo suficiente como para dejarle un chupetón, mientras ella lucha con mi camiseta, intentando arrancármela.

—Tócame, ratoncito —le ruego—. Tócame.

—Te odio —masculla sin ninguna convicción, y yo le cojo las manos y las meto por debajo de mi camiseta. Me encanta cuando me toca y su magia me cosquillea la piel.

—¿Qué te pasa, ratoncito? —susurro, apretando sus manos para clavarme sus uñas—. ¿Qué te ha hecho enfadarte tanto? ¿Ha sido ese recuerdo?

Deslizo sus manos, arañándome el pecho, y el dolor resulta delicioso. Se me escapa un gruñido.

—Estoy superenfadada con ella —dice, y con una ceja enarcada, se inclina hacia delante y pasa la lengua por las marcas que acaba de dejarme.

Esto es demasiado… ¡Es… demasiado…!

Si mi ratoncito saca su lado salvaje, yo también.

La levanto y la llevo al dormitorio más cercano. Enrosca las piernas a mi cintura, presiona su cuerpo contra mi polla, me rodea el cuello con los brazos y arrastra mi boca hacia a la suya. Me besa profunda y apasionadamente de camino a la cama.

—Ahora voy a follarte, ratoncito —aviso, porque mi eterna paciencia se ha agotado y no tengo nada que perder. Si ahora me dice que no, no importa. Total, ya es mía para siempre.

Por suerte, no hay ningún problema. Está tan loquita por mi polla que se restriega contra mí soltando esos gemiditos.

He pasado mucho tiempo reflexionando sobre todas las formas en que puedo follarla. Hay innumerables formas. Estoy indeciso, pero al final elijo que la quiero de rodillas.

Nada más bajarla y dejarla de pie, se desnuda, todavía con esa mirada fulminante. Queda al descubierto su piel, toda rosadita, inmaculada, pura. Unas tetas generosas y con los pezones duros. Y más y más curvas.

Quiero succionar cada centímetro de su cuerpo, llenarla de chupetones. Unos regalitos exclusivamente para ella.

Me quito la camiseta. Me observa mientras me desabrocho el cinturón, me bajo la cremallera y me quito los vaqueros.

La beso de nuevo, invitándola a que me arañe la espalda, los hombros y hasta el cuerpo cabelludo. Luego la empujo sobre la cama y me subo encima de ella. Sigue con el ceño fruncido, pero no

me pide que pare, no grita ni arma un escándalo como las demás chicas.

—Protección —dice firme.

Apenas me da tiempo a quejarme; ya está invocando un conjuro y parece que la vamos a usar me guste o no.

A continuación, me agarra del culo con las dos manos, me clava las uñas, e introduce prácticamente mi polla dentro de ella.

¿Quién soy yo para negárselo? Es con lo que he estado soñando: mi polla en su coño, donde debe estar.

Está toda apretadita y caliente, y maúlla como una gatita mientras la penetro. Las flamas de sus ojos desaparecen y los pone casi en blanco.

—Joder, sí, ratoncito… ¿Te gusta? ¿Te gusta tener mi polla dentro de ti?

—Nada de hablar —me dice, balanceando sus caderas y envolviéndome con todas sus fuerzas, como si amenazara con acabar conmigo.

Retiro sus manos de mi culo y se las coloco por encima de la cabeza, inmovilizándola.

—Eres muy mandona cuando quieres. Y me encanta, ratoncito. Pero dejemos las cosas claras: voy a hablarte todo lo que me apetezca mientras te follo, hay algunas cosas importantes que tienes que saber. Como lo bien que se siente tu coño alrededor de mi polla. —La penetro, muy despacito, tanto que me está matando. Yo soy más de «pim, pam, pum» y hasta luego, señorita. Echo un polvo, me lo paso bien y me largo. Pero con ella me gusta recrearme. Es como jugar o, como algunos dirían, torturar a una víctima justo antes de acabar con ella. Solo que mejor. Un millón de veces mejor.

Vuelve a ponerse gruñona. Le resbalan gotas de sudor entre las tetas mientras rebotan.

—Más —me exige.

Me inclino a lamerle el sudor y le muerdo un pezón. No tan fuerte como para que sangre, pero sí lo suficiente para hacerla gritar, hambrienta y desesperada.

—Sé *buena* y di «por favor», ratoncito. —Se retuerce debajo de mí—. Si no lo haces…

La embisto con fuerza, como si se me fuera la vida en ella, una y otra vez, hasta que mi frente queda empapada de sudor y mis brazos se rinden y le suelto las muñecas. Me tumbo encima, hundiéndola contra el colchón, y ella aprovecha para rodearme con sus brazos. Me sujeta tan fuerte que puedo incluso sentir su corazón, y nuestros cuerpos resbalan sudorosos.

—Renzo —me susurra al oído. Oírla decir mi nombre resulta celestial.

—Sí, ratoncito, eres mía. Ahora viene lo mejor.

Me acomodo y empiezo a frotar su botoncito, hinchado, mientras sigo follándola. Hasta que se corre. Su coño me envuelve con tal intensidad que el orgasmo me arrasa a mí también al instante, cegándome en un estallido de placer.

Gimo y gruño como un animal, llenándola de mi esperma, y voy perdiendo el ritmo y el control. Algo chisporrotea en mi mente. Cortocircuita. Y al momento siguiente, estamos los dos en suelo, luego en el pasillo, luego en el puñetero baño, y finalmente, de nuevo en la cama.

—¿Qué… qué ha pasado? —pregunta, todavía temblando debajo de mí.

—Hemos follado. —Relamo el sudor de su piel. Luego me deslizo por su cuerpo y las sábanas enredadas y húmedas, y le abro las piernas. Su coño está todo hinchadito, aunque no sangra ni está dolorido. Es curioso, pero me gusta. La sangre suele ser la guinda del pastel, pero este pastel ya estaba dulce de por sí. Tan dulce que podría picarme los dientes. La guinda sangrienta lo habría arruinado todo.

—¿Te sientes mejor ahora, ratoncito?

—Sí —suspira, satisfecha, mientras le acaricio los labios de su vulva.

—¿Me vas a contar por qué estabas tan alterada y enfadada? ¿Es por el recuerdo ese?

Siento que su cuerpo se tensa un poco, así que le introduzco los dedos, y ella se arquea. Por dentro está tan caliente y pegajosa… Justo como debe estar.

—Sí y no —dice a desgana.

De modo que busco ese punto de su interior para hacerle hablar. La masajeo y enseguida está jadeando otra vez, aferrada a las sábanas, y levanta una pierna y la engancha a mi hombro. Doy un mordisquito a su suave muslo.

—¿Qué era? ¿Qué había en el recuerdo?

—Mi t… t… t… tía —murmura, luchando por articular las palabras, cerrando los ojos muy fuerte—. Era un mensaje. Me dejó un mensaje.

—¿Y qué decía? —le pregunto, y presiono mi pulgar contra su clítoris.

Ignora mi pregunta y esa línea vuelve a dibujarse en su frente.

—¿Por qué tuvo que hacerlo todo tan difícil? ¿Por qué no me dijo la verdad desde el principio? ¿Por qué no confió en mí?

Continuo con las caricias por dentro al tiempo que trazo círculos en su clítoris, y poco a poco su expresión tensa se va desvaneciendo y su cuerpo se relaja.

—¿Qué mensaje? —insisto.

Se muerde el labio y levanta las caderas. Está a punto de correrse.

—Mi madre tuvo una visión —dice con la voz entrecortada mientras la llevo al éxtasis—. Tuvo una visión —repite, con el cuerpo repentinamente tenso. Yo le doy más, la llevo al límite, directa al paraíso—. Vaticinó que soy la chica de la Cuarta Profecía —murmura cuando se corre.

Me quedo paralizado y mis dedos abandonan su faena.

¿La Cuarta Profecía? ¿Qué narices es eso?

5

Rhi

Azlan me planta una taza de café bien cargado.

—¿Quieres contarnos qué has visto, cielo? —pregunta.

Me quedo mirando el líquido oscuro con siete pares de ojos clavados en mí.

Me ha costado horrores escapar de los brazos de Renzo y bajar a la cocina, donde me estaba esperando el resto. No quería dejarme salir de la cama. Quería interrogarme sobre el mensaje de mi tía. Eso o seguir jugando un rato más.

Pero yo sabía que los otros estarían abajo muriéndose por saberlo también, y lo más lógico era tener esta conversación todos juntos.

—El recuerdo pertenecía a mi tía. Mi intuición no me engañaba. Me había dejado un mensaje.

Tristan se mueve en su silla.

—¿Qué quería decirte?

—Me ha confirmado que mi madre era vidente, y me ha dicho que mi madre tuvo una visión sobre mí.

Se hace el silencio y puedo oír ocho corazones latiendo al unísono.

—¿Te ha dicho qué vio tu madre?

Asiento y pongo mala cara.

—Que soy la chica de la Cuarta Profecía, y que por eso me tenían que mantener escondida. Para protegerme. —Levanto la vista hacia ellos, con ese sentimiento de ira a punto de ebullición—. O sea, ¿qué significa eso? ¡Como si no tuviéramos ya pocas incógnitas!

—¿La *Cuarta* Profecía? —pregunta Azlan, mirando a su amigo.

Frunzo el ceño. Déjame adivinar. Todos estaban al corriente de esta profecía menos yo. ¡Vaya, qué sorpresa…!

—¿Tú sabes de alguna profecía, Phoenix?

El profesor se rasca la barba.

—Hay varias profecías, pero solo se me ocurre una que tenga que ver con una mujer.

—Hum… —resoplo. ¿Por qué será que no me sorprende?

—Sin embargo, no es una profecía muy clara, tiene muchas interpretaciones. Los académicos llevan siglos estudiando su significado.

Esta vez es Winnie la que resopla.

—Pues es muy obvio lo que significa.

Stone pone los ojos en blanco.

—En ese caso, ¿podría iluminarnos, señorita Wence? ¿Qué es lo que se les ha escapado a los académicos que es tan evidente?

—Sois todos muy inteligentes. —Winnie mira a Renzo—. Bueno, casi todos. —Él se encoge de hombros—. Creo que sabéis de sobra qué significa la profecía.

—Yo ni siquiera tenía ni idea de que existiera una profecía —masculla Spencer.

—Yo tampoco —agrego.

—Hace mucho mucho tiempo, había seis profecías recopiladas y custodiadas. Se dice que tres de ellas ya se han cumplido. De las tres restantes, solo una concierne a una mujer. Predice el retorno de la reina Æðelflæd.

—Según la señorita Wence.

Niego con la cabeza.

—¿A qué te refieres?

Stone exhala.

—Hay quienes creen que la reina Æðelflæd y sus compañeros predestinados no eran meros personajes de un cuento de hadas, sino magos de verdad, y que su historia fue real. Otros piensan también que regresará algún día con sus compañeros para reclamar su corona.

—¿Y creéis que soy yo? —Me señalo al pecho.

—Sí —asiente Winnie.

—Ni siquiera sabemos qué significa la profecía —masculla Stone.

—¿Qué fue lo que vio tu madre exactamente? —me pregunta Azlan.

—Mi tía no me ha dado muchos detalles. —Me muerdo el carrillo, todos los pensamientos se arremolinan en mi cabeza—. Solo me ha dicho que mi madre vio que yo sería la chica de la Cuarta Profecía, y que eso me pondría en peligro.

—¡Hay que joderse! —Tristan se levanta de pronto de la silla—. Mi padre te considera ya una amenaza por el simple hecho de que circulan rumores sobre ti. Si se entera de que eres la chica de una profecía, no dudará en borrarte del mapa. Removerá cielo y tierra hasta darte caza.

—Estás destinada a cambiar el mundo, Rhi —dice Winnie con tal certeza que me asusta.

—¿Convirtiéndome en una supuesta reina? —Me río—. No soy ninguna líder. Winnie, ¿lo dices en serio?

—Totalmente, Rhi. Eres diferente. Especial. Lo sabes.

—Tú también lo eres, Winnie.

Mi amiga me sonríe.

—Pero no de la misma manera, amigui, y lo sabes.

—No digas pamplinas. Eres lista, tienes mucho talento y…

—Yo no puedo usar magia escarlata…

—Apuesto a que aprenderías rapidísimo.

—… ni predigo el futuro.

—Esos sueños eran muy vagos y poco fiables, y…

—Yo no tengo cinco compañeros predestinados y poderosos.

Sacudo la cabeza, todavía sin asimilarlo.

—¿Qué dice exactamente la profecía?

Winnie se ruboriza, y desvío la mirada a Stone. Abre la boca, hace una pausa y vuelve a cerrarla.

Los fulmino a ambos con la mirada.

—¿No lo sabéis?

—No —reconoce Stone, manteniendo la mirada—. No tengo memorizadas las seis profecías.

—No quiere las seis, profesor, solo una —subraya Renzo.

Stone respira hondo y suelta el aire lentamente.

—¿Winnie? —pregunto.

—Nunca he leído el texto original, solo artículos sobre las posibles interpretaciones.

Stone hunde la cara entre las manos como si Winnie acabara de admitir un crimen espantoso.

—¿Cuántas veces os he dicho en clase que hay que leer siempre el original?

—¿Podemos buscarlo en internet? —pregunto, y miro a Trent.

—El *lord* Protector ha restringido severamente el acceso a internet, Rhi —me explica—. Solo están operativas las funciones más básicas y se han bloqueado todas las páginas web, salvo la del Gobierno.

—Genial. Así que mi tía dice que soy la chica de una profecía, pero no tenemos ni idea de qué significa eso.

—Te lo estoy diciendo… —empieza Winnie, pero mi mirada le hace callarse.

—¿Dónde podemos encontrar esas profecías?

—¿Qué? —murmura Stone.

—¿Dónde se conservan esas profecías? Si hay una escrita sobre mí, me gustaría leerla yo misma. Ver qué se ha escrito realmente sobre mi destino.

—Prometiste que no más locuras —dice muy serio.

—No, fuiste tú. Yo no hice tal promesa.

Stone me dedica una mirada asesina.

—Las profecías antiguas se conservan en el convento de Albany —interviene Tristan—, en Isla Gris.

—Muy bien. ¿Cómo se llega hasta allí?

—No vamos a ir a Isla Gris —dice Azlan tajante.

—Pues iré yo por mi cuenta. Si queréis venir, bien; y si no, también.

—Es muy peligroso —alega.

—También dijiste que sería peligroso quedarnos aquí demasiado tiempo, que no tardaríamos en marcharnos. ¿Por qué no marcharnos allí?

—Hay un precio por tu cabeza. Si alguien te viera…

—«Había», ¿recuerdas? —digo apuntando a Renzo—. No tengo miedo.

Azlan se cruza de brazos y menea la cabeza.

—¿Qué? ¿Hay monjas ninja en ese convento o algo por el estilo?

—No, ese convento lleva abandonado desde el siglo pasado —cuenta Stone.

—¿Abandonado? ¿Esas supuestas profecías están conservadas en un lugar sin vigilancia?

—La gente es muy supersticiosa con el tema de trasladarlas. Además, el convento está rodeado de aguas traicioneras…

—Aguas encantadas —aclara Tristan.

—Viajar allí es muy arriesgado. Podrían verte —insiste Azlan.

Me cruzo de brazos y los escudriño a todos. Azlan tensa la mandíbula. Voy a tener que exprimir mi poder de persuasión para convencerlos de que esto es lo que debemos hacer. Estoy decidida y Stone lleva razón: necesito leer yo misma esa profecía.

6

Spencer

No estoy tan curado como pensaba; tanto cotorreo y tanto ruido me tienen la cabeza como un bombo. O tal vez sea que se me agolpan todos los pensamientos ahora.

¿Llevan razón? ¿Según una profecía, Rhi vino a este mundo para ser una maga poderosa y estamos destinados a ayudarla?

¿Estoy *yo* destinado a ayudarla? ¿Un hombre bestia? ¿En qué sería yo de ayuda?

Dejo que los demás continúen discutiendo y salgo de la cocina, que contrasta con el tranquilo pasillo, donde reina un silencio relajante bajo las partículas de polvo que flotan en el ambiente.

Estoy agarrotado por todas esas horas encadenado a la pared del calabozo. Roto los hombros hacia delante y hacia atrás, y al levantar los brazos por encima de la cabeza y estirarlos, la bestia ruge dentro de mí. Quiere salir, me lo está pidiendo, me araña. Ha estado tan encerrada y constreñida como yo. También tiene derecho a ser liberada.

Echo un vistazo hacia la puerta.

¿Es seguro? Puede que haya sostenido que la bestia nunca haría daño a Rhianna, pero eso no lo sé al cien por cien. ¿Estoy preparado para correr ese riesgo?

Qué narices. No, no lo estoy. Aunque me cause dolor. Aunque esté escupiendo y gruñendo en mi interior.

Cierro los ojos y forcejeo mientras intenta liberarse.

—¿Spencer?

Los abro y me encuentro con la mirada color miel de mi compañera predestinada.

El vínculo se pone a girar y la bestia se calma.

—¿Te encuentras bien? —Da un paso hacia mí y posa una mano en mi brazo. No merezco su contacto, pero lo disfruto igualmente. Es una sensación divina. Después de tanta violencia y crueldad, la ternura de su tacto basta para hacer ronronear a la bestia.

Nunca me había gustado que me tocaran. Pero ahora creo que hasta cruzaría a nado un río de lava con tal de que ella me tocara así.

—¿Spencer? —repite.

Sopeso la opción de mentirla. Pero, hasta ahora, ocultarle la verdad no nos ha traído nada bueno. Lo único que he conseguido es no estar ahí para protegerla cuando debería. No volveré a cometer la misma equivocación. Aunque eso suponga que nos distanciemos.

—Tengo que transformarme —le revelo. Hace un mohín como si no entendiera nada—. Llevo mucho tiempo en mi forma humana. Necesito dejar salir a la bestia.

—Oh, no sabía que funcionaba así.

—Sí —digo, sin poder evitar sonreírla—. Cuanto más tiempo permanezca en mi forma humana, más costará controlarla.

—Entonces, ¿te transformabas en secreto todo el tiempo que estuvimos en la escuela?

Niego con la cabeza.

—Tomaba pastillas para tenerlo todo bajo control, pero… —Me froto la sien, sintiéndome como un idiota—. Apareciste tú y la bestia empezó a alterarse cada vez más. Se volvió muy difícil mantenerla a raya.

Pone los ojos en blanco como si estuviera exagerando.

—Es verdad. Está obsesionadísima contigo.

Se acerca aún más a mí y baja la voz.

—Me dijo algo. —Sus mejillas se sonrosan—. Que quería devorarme.

Me enfurezco para mis adentros. A mí también me gustaría devorarla.

—Hum… No creo que quiera comerte a ti en sí, Rhianna, sino *comértelo*.

Traga saliva.

—Eso es… —¿Repugnante? ¿Enfermizo? Sí, sé lo que somos—. Intimidante —concluye.

La bestia se revuelve y me estremezco.

—¿Te está haciendo daño?

Hago una mueca, tratando de esbozar una sonrisa.

—Nada que no pueda soportar.

—Si te está causando dolor, Spencer, deberías liberarla.

Niego con la cabeza.

—Es muy peligroso.

—¿Para mí?

—Sí, y para ellos. —Señalo con la cabeza hacia la cocina—. No puedo controlarla.

—¿De verdad crees que me haría daño a mí? ¿Que les haría daño a ellos también?

Le doy vueltas a su pregunta. En mi interior, la bestia me gruñe, ofendida por el mero hecho de plantearme la posibilidad.

—No lo sé. —Mis palabras me provocan una punzada de dolor que atraviesa hasta a la bestia.

—Sé cuidarme sola, Spencer. —Levanta el mentón con ese maldito gesto tan desafiante que siempre me exaspera.

—La bestia tiene una fuerza descomunal.

—Y yo también, ¿o no te acuerdas? —Su contestación rezuma sarcasmo—. Soy la chica de la profecía.

—Sí, y un caso perdido en lo que a defensa propia se refiere.

Finge un puchero.

—Estaba empezando a mejorar justo antes de que te marcharas.

—Sí —reconozco—. Quizá deberíamos retomar esas lecciones. —Me muero por volver a poner mis manos sobre ella. A la bestia prácticamente está ya salivando.

—La verdad es que me encantaría.

La bestia lucha por escapar de su encierro, desesperada, y yo me hago un ovillo, tensando todos mis músculos para contenerla.

—Spencer, es tontería. Déjala salir. —Abro los ojos con dificultad —. No me gusta verte sufrir así.

—Está bien. —Me enderezo y me dirijo hacia la puerta. Tal vez sea el momento idóneo para liberarla. ¿Quién sabe si seguiremos aquí mañana o si tendré otra oportunidad? Aquí, puedo perderme por la pradera, alejarme lo más posible de Rhi y los demás para transformarme, y rezar por que la bestia no se abalance sobre ella.

Cuando llego a la puerta principal, me detengo al reparar en que Rhianna está justo detrás de mí.

—¿Qué haces?

—Te acompaño.

¿Qué cojones…? ¿Ha perdido la cabeza? La casa es segura —por ahora—, está fortificada y oculta por los conjuros que han invocado. Poner un pie fuera es peligroso; poner un pie fuera con un hombre bestia es una locura.

Voy a soltarle todo eso, pero se me adelanta.

—Quiero verlo. Quiero ver cómo te transformas.

Me quedo mirándola. Está loca. Majara total.

—¿Por qué?

—Me pica la curiosidad.

Me quedo boquiabierto.

—¿No sabes que la curiosidad mató al gato?

—Spencer, eres mi compañero predestinado, y me has ocultado esta parte de ti. Quiero verla. Quiero entenderla.

—Es muy desagradable, Rhianna. —Agonizo cada vez que me transformo; los huesos se rompen y la piel se da de sí. Recuerdo la primera vez que vi a mi padre transformarse. Debía de ser yo muy pequeño, todavía no había echado a andar. Perdió el control y se transformó delante de mí. La escena me traumatizó y me pasé semanas sin poder dormir por mucho que mi madre me asegurarse que era mi padre y que él estaba bien.

¿Quiero darle a Rhi otra razón para rechazarme?

Se encoge de hombros.

—A mi parecer, la bestia es más bien una criatura hermosa.

Se me escapa la risa, es la gilipollez más grande que jamás he oído. Aunque no es que la bestia esté muy de acuerdo conmigo; de hecho, siento cómo se hincha de orgullo por el cumplido.

—¿Hermosa? La mayoría de la gente no consideraría a una bestia hermosa.

—Yo no soy como la mayoría de la gente.

En eso tiene razón.

Intento cambiar de táctica.

—Los otros me matarán si se enteran de que te he dejado acercarte a la bestia.

—Así no va a funcionar lo nuestro. No podéis decirme lo que debo o no debo hacer. —Vuelve a levantar el mentón, con una mirada penetrante que me confirma lo decidida que está.

No me hace nada de gracia su idea —me aterra—, pero a la vez me excita un montón. El hecho de que ella, mi compañera, quiera verme en mi momento de mayor brutalidad resulta irresistible, sobre todo cuando la bestia también lo quiere.

—Vale, vale. Pero hay que tener cuidado. —Echo un vistazo hacia la cocina, donde continúa la conversación—. Debes guardar la distancia, y si…

—Y si la bestia intenta algo, la acribillaré y la fulminaré —dice con una sonrisa.

—Muy bien, vamos. —La cojo de la mano y abro la puerta. Ya fuera, duda, y escanea el paisaje.

—¿Crees que hay alguien más por aquí? —le pregunto, parándome yo también.

—No, lo sentiría.

Resoplo divertido.

—Claro, se me olvidaba que eras una rastreadora.

—Ajá.

Ya no me sorprende.

—Pues venga, vamos.

Salimos a lo que en otro tiempo fue el jardín delantero de la mansión, con sus setos y parterres invadidos por la maleza, y nos detenemos ante un muro derruido.

—Espérame aquí.

—¿Adónde vas?

—Lejos de ti.

Me agarra la mano.

—No, Spencer. Hazlo aquí, delante de mí.

—Eso no es lo que hemos acordado. Hay que guardar cierta distancia para prevenir y…

Demasiado tarde. La bestia se ha hartado. Desea a esta chica tanto como yo y se ha cansado de esperar.

Me suelto de su mano y me alejo de ella todo lo posible mientras mi cuerpo empieza a transformarse; y la imagen de su rostro, concentrado, se evapora a medida que me sumerjo en la oscuridad.

7

Rhi

Spencer se desploma y su cuerpo empieza a convulsionar como si le estuvieran dando una descarga eléctrica de mil voltios.

Lleva razón. Resulta desagradable. Es muy duro ver cómo su cuerpo se estira y se deforma, cómo le crujen los huesos. Parece una agonía, una tortura; trago saliva y me llevo las manos a la boca.

Su cuerpo dobla enseguida su tamaño. Su cara se ha alargado y ha cambiado también, con unos dientes enormes, y luce un pelaje grueso y oscuro por todo el cuerpo, mientras su ropa se desgarra y cae al suelo.

Continúa así unos cuantos minutos que parecen una eternidad, y después emerge una criatura gigante de aspecto lupino que se agazapa delante de mí. Ya no hay rastro de Spencer. No queda nada del chico que conozco, hasta que la bestia alza la cabeza y sus ojos se encuentran con los míos. Son de un color marrón oscuro y le brillan a la luz. Son los ojos de Spencer. Me pregunto si él seguirá ahí, observándonos desde alguna parte.

La última vez que me crucé con la bestia el miedo me paralizó. Esta vez no estoy asustada. Sé qué es. Sé quién es. Y no estaba mintiendo, tiene una belleza extraña y poderosa, capaz de aplastarte el cráneo si te descuidas.

Me hace un repaso de arriba abajo, se levanta tambaleándose sobre sus patas traseras y se estira. Sacude la cabeza y luego el resto del cuerpo, y el pelaje oscuro se eriza a lo largo de su columna vertebral como si lo soplara el viento. Estira las patas y saca las garras, afiladas como cuchillas, y luego echa la cabeza hacia atrás y aúlla al cielo. El sonido es precioso a la vez que melancólico.

—¡Shhh! ¿Quieres que vengan los demás corriendo y se líe una buena?

La bestia agacha la cabeza lentamente y me atrapa con su mirada penetrante.

—Compañerita —ronronea, y al igual que antes, no estoy segura de si estoy oyendo sus palabras de verdad o si se han metido en mi mente y las están pronunciando desde dentro, como Stone. Inclina la cabeza y mueve las orejas.

—Rhianna —le preciso.

—Rhianna —dice despacio, y desliza la lengua por sus colmillos como si acariciara cada sílaba de mi nombre. Cae sobre sus cuatro patas y su cabeza queda a la altura de la mía. Se acerca olfateando.

—Tu olor. —Inhala profundamente y pone los ojos en blanco—. No ha cambiado en todo este tiempo. Te he echado de menos.

Retrocedo. No sé qué esperaba al encontrarme cara a cara con la bestia de Spencer. Quizá que se repitiera lo de la última vez. No esto. Sus palabras no tienen sentido, pero aun así, suscitan una desazón en mi vínculo. Me llevo las manos al vientre como un acto reflejo.

La mirada de la bestia baja también hacia mi vientre.

—Todavía no has sellado el vínculo con el chico. Todavía no te has acostado con él. ¿Por qué? Es un joven fuerte, viril. Te colmaría y te haría derretirte de placer. —La bestia suelta un gruñido y sus ojos brillan con una gran viveza—. ¿Por qué no habéis sellado el vínculo todavía?

Por un lado, me dan ganas de decirle que no es asunto suyo; pero por otro, supongo que sí que lo es.

—Es… complicado —digo finalmente.

—¿Complicado? Sois una pareja predestinada. Estáis destinados a uniros. No hay nada de complicado en ello.

¡Ja! Si Spencer me hubiera recibido con los brazos abiertos, otro gallo cantaría. Pero se dedicó a encerrarme en una taquilla, se negó a enseñarme defensa personal y después me abandonó.

—El chico es joven y a veces hace tonterías propias de su edad —justifica la bestia, y se acerca tanto que sus bigotes me rozan la cara y siento su aliento—. Ha cometido errores.

Huele a Spencer, y por primera vez me doy cuenta de lo particular, potente y profundo que es su olor.

—Le cuesta resistirse a ti. —Me acaricia la barbilla con el hocico. El corazón me da un vuelco y la magia comienza a chisporrotearme en la punta de los dedos. ¿Es seguro?

Le he dicho a Spencer que puedo cuidarme yo sola, pero la bestia es mucho más grande de lo que recordaba, y ahora de cerca confirmo también lo poderosa que es. Mi magia se ha fortalecido —ahora es más fuerte que nunca—, pero ¿lo suficiente como para detener a una bestia?

—Eres tan joven, tan suave, tan bonita… —susurra con dulzura y, con la punta de la lengua, me lame en el punto de la garganta donde justo siento latir mi pulso—. Tal y como siempre lo has sido, compañerita.

No sé qué cable se me cruza —si soy tonta de remate o si es por el tono de su voz, grave y arrullador, que me tiene en trance—, pero levanto las manos y las paso por el pelaje de su cabeza. Es denso, sedoso y suave al tacto; y la bestia responde cerrando los ojos y ronroneando de placer.

—Soy todo tuyo, compañerita. Tu fiel chucho.

—No digas esa palabra.

—Ya, a él tampoco le gusta. Se avergüenza de lo que somos, le da miedo.

—Pues no debería.

—Tienes que hacerle entrar en razón.

—No estoy segura de poder siquiera convencer a Spencer de hacer algo, lo que sea —digo con un resoplido. Continúo acariciándole el cuello, y le recorre un escalofrío de satisfacción, un escalofrío que yo también siento en el pecho y el vínculo.

—El chico haría lo que fuera por ti. —Desliza su larga lengua por mi garganta—. Está obsesionado contigo, igual que yo.

Rodeo a la bestia sin dejar de acariciarla. Definitivamente, he perdido la cabeza, porque hundo la cara en su pelaje y apoyo todo mi peso en su enorme cuerpo. ¿Resulta extraño que su presencia sea de alguna manera reconfortante, tranquilizadora? En la escuela presencié cómo esta bestia aplastaba a cinco hombres a la vez, cómo los despellejaba vivos y relamía la sangre.

¿Es peor que Renzo? ¿Peor que Azlan? Son todos unos asesinos. A su manera, son todos unos monstruos. Incluso Stone y Tristan han actuado con más crueldad que bondad. No puedo fingir que son buenos tipos, pacíficos y dóciles.

Por otra parte, no estoy segura de necesitar a unos buenazos. Ni de que eso sea lo que quiera. Ahora me gustan los monstruos. Y si mi madre estaba en lo cierto y vienen a por mí, igual que fueron a por ella, quizá los monstruos sean mi mejor protección.

Nos quedamos así durante un rato, yo con la cabeza apoyada en su denso pelaje, con la mente en las nubes, hasta que dice:

—Necesito moverme, compañerita. Necesito correr. —Se pone de pie sobre sus patas traseras, con un aspecto más bien humano—. ¿Te apetece acompañarme?

—¿Acompañarte? —Me río—. No creo que pueda seguirte el ritmo.

—Te dejo que te montes encima, que me cabalgues.

—Esto…

—¿Tienes miedo?

—No. —Enderezo los hombros—. Es solo que parece… ¿Estás seguro?

—Compañerita. —Sus ojos no pierden ese brillo intenso—. Puedes montarte cuando quieras —sonríe— y como quieras.

Trago saliva y procuro no mirar el enorme miembro que le cuelga entre las patas. Es… Es…

Niego con la cabeza.

—Otra vez será. —Doy un paso atrás.

—Compañerita, no te haré daño.

Me ofrece su pata, con esas garras largas y afiladas.

Spencer tenía razón, un día de estos la curiosidad va a terminar pasándome factura. Puedo que hoy mismo. Montarme en un dragón fue una de las cosas más impresionantes que he hecho en la vida. ¿De verdad voy a desperdiciar la oportunidad de montarme en un hombre bestia?

Vaya pregunta más tonta. Pues claro que no.

Poso una mano en su pata y la cierra fuerte. ¿Tiene dedos? Luego se agacha.

—Sube, sujétate bien fuerte con las piernas en mi cintura y los brazos alrededor de mi cuello.

Sigo sus instrucciones, y siento sus músculos sólidos y compactos bajo su pelaje y su piel.

Se levanta agarrándome para que no me caiga.

Echa la cabeza hacia atrás, como antes, aúlla al cielo invernal, se deja caer a cuatro patas y empieza a correr por la pradera.

Corre tan rápido que el paisaje se difumina en un largo destello de color y el viento me azota el pelo y me lo pega a la cara.

Agacho la cabeza, la apoyo en su cuello, y cierro los ojos. Noto cómo sus músculos se contraen y se mueven, trabajando duro mientras corre como un rayo. No es tan relajante ni tan mágico como montar en un dragón, pero es una auténtica pasada, como ir a toda velocidad con la moto, solo que el motor que zumba bajo mis muslos está vivo. Llega hasta la cima de una colina que se divisaba a lo lejos, con la larga hierba cosquilleándome las piernas, y cuando giro la cabeza, ya no se ve la mansión.

Cuando pasamos junto a un arroyo, gira bruscamente a la izquierda y avanza por la orilla. Observo cómo una bandada de pajaritos echa a volar ante nuestra presencia, y un pececillo salta del agua, con las escamas brillando como diamantes.

La bestia tiene la piel caliente y el pelaje humedecido por el sudor. Pero no se detiene. Sigue corriendo hasta una zona arbolada.

—Mira allí —susurra haciendo una seña con la cabeza, y miro a través de la penumbra de los árboles. Un ciervo pastando bajo las ramas, con un magnífico par de astas blancas. La bestia se tumba y me bajo de su lomo.

—¿Vas a cazarlo? —pregunto, y emite un leve gruñido como respuesta—. No lo hagas, es precioso.

Los ojos marrones de la bestia se posan curiosos en los míos.

—¿Crees que solo las criaturas bonitas merecen vivir?

Frunzo el ceño y niego con la cabeza.

—No, creo que se lo merecen todas las criaturas, bonitas o no.

—¿Y las crueles? ¿Las criaturas malvadas? ¿Merecen vivir?

—La naturaleza es cruel. —He sido testigo de ello criando gallinas y ocupándome de un huerto.

—¿Acaso el cazador no merece alimentarse? —pregunta con la mirada fija en el ciervo, que no se percata de nada.

—No lo vas a cazar para comer.

—Pero está en mi naturaleza. ¿Me privarías mi propia naturaleza?

Giro la cabeza hacia otro lado. La vida era más fácil antes: solo tenía que preocuparme de que las gallinas hubieran puesto huevos ese día, de si quedaba alguna lata en la despensa o de si había suficiente comida. No debía preocuparme por lo que estaba bien o mal, ni lidiar con decisiones tan complicadas.

Esta es su naturaleza. Matar. ¿Quién soy yo para exigirle que cambie? ¿No debería aceptarlo tal y como es?

—No lo sé —admito al fin. La bestia avanza al acecho. Cierro los ojos. A estas alturas ya he visto morir a mucha gente, pero no termino de acostumbrarme.

Entonces oigo el golpeteo seco de unas patas, y al abrir los ojos, veo el ciervo alejándose a galope.

—Nos ha olido —dice la bestia, dejándolo marchar.

Exhalo el aire que estaba conteniendo y me tumbo en la hierba junto a la bestia. El aire frío me congela la nariz, pero la bestia irradia calor y me acurruco a su cuerpo para no destemplarme. Se recuesta de lado, doblando el codo y apoyando la cabeza en una pata. Me mira y con la otra pata me acaricia la cara con cuidado para no arañarme con sus garras.

—Ojalá tengamos más momentos como este, compañerita.

Abro la boca para contestar, pero se aparta de mí y su cuerpo comienza a convulsionar como le ha sucedido antes a Spencer. Solo que esta vez el pelaje se retrae, su cuerpo se encoge y su hocico se

empequeñece, hasta que es Spencer quien yace en la fría hierba a mi lado.

El mismísimo Spencer como Dios lo trajo al mundo.

8

Spencer

Abro los ojos y miro hacia arriba, al cielo azul cremoso. Estoy tirado en el suelo, y hace un aire gélido que cala hasta los huesos.

¿Dónde demonios estoy?

—¿Spencer? —Giro la cabeza hacia la izquierda y me encuentro a Rhi tumbada a mi lado, ambos aprisionados por la larga hierba de la pradera.

Tiene las mejillas un poco sonrosadas y se esfuerza por mantener la mirada fija en mi cara. Bajo las manos y me tapo el paquete.

—¿Qué ha pasado? —pregunto.

—He estado hablando con la bestia y luego nos hemos hecho una escapada —sonríe—. Estamos a kilómetros de la casa.

—Hace un frío que pela —digo mientras me recorre un escalofrío.

—¿Siempre es así de impulsivo?

—Ni te lo imaginas. —Pongo los ojos en blanco. Deberíamos levantarnos e ir volviendo a la mansión. Va a empezar a hacer más frío. Pero tiene su puntito estar aquí tumbado con ella, escondidos de todo y de todos. Me pregunto si la bestia lo tenía todo planeado —. ¿Qué te ha contado?

—Un montón de cosas. —No se mueve. Parece sentirse igual de a gusto.

—¿Como…? —intento sonsacar.

—Dice que te avergüenzas de lo que eres, que te avergüenzas de él.

Suspiro.

—No… no me avergüenzo.

—¿En serio?

—No tienes ni idea de lo que es perder el control, no recordar nada de dónde has estado ni lo que has hecho. De si la has jodido o herido a alguien, o…

—Spencer, lo entiendo.

Asiento.

—He conocido a otro hombre bestia. Compartíamos celda. No había conocido a ninguno antes más allá de mi familia. Me caía bien. —Me encojo de hombros—. No sé, me hacía sentir mejor conmigo mismo a pesar de que esos cabrones no dejaran de repetirme que no era más que escoria.

—No deberías avergonzarte. Eres mucho mejor que ellos, les das mil vueltas.

—¿Tú crees? —La miro a los ojos.

—Bueno, tu monstruo interno piensa que eres un idiota.

—Qué majo, oye. Por su culpa estoy en medio de la nada, en pleno invierno y sin ropa.

A Rhianna se le escapa una risita que me revuelve todo. Siempre me ha gustado el sonido de su risa, y mi misión a partir de ahora será hacerla reír tanto como pueda. Se acabaron las lágrimas por mi culpa.

—La verdad es que te ha dejado en un buen aprieto.

—Y a ti te ha dejado con unas buenas vistas —digo guiñándole un hijo y sacando músculo en el bíceps.

—Ya lo he visto todo, ¿no te acuerdas? En los vestuarios.

—Pero no tan cerca y con tanta intimidad.

Ahora es ella la que pone los ojos en blanco.

—Enhorabuena. Tienes un cuerpo de infarto, Spencer Moreau.

—Tú también, Rhianna Blackwaters.

Resopla, y casi lo arruino todo con una broma sobre cerdos. Menos mal que me muerdo la lengua.

—Lo digo totalmente en serio —insisto—. Tus tetas, tus caderas, tu culo… —La devoro con la mirada de pies a cabeza—. Joder, vaya culo…

A pesar del frío, entre esta conversación, su proximidad y la manera en que mira mi cuerpo por mucho que disimule, me he empalmado.

Me inclino un poco más hacia ella.

—¿Por qué crees que me negaba a enseñarte como es debido?

—¿Porque eres un gilipollas?

—Porque me daba una excusa para tocarte por todo el cuerpo.

—Ahhh… Vamos, porque eres un pervertido.

Me río.

—Ahí me has pillado, Rhianna Blackwaters.

Se da la vuelta y se coloca bocabajo. Columpia las piernas y arranca un trozo de hierba con el que se pone a juguetear y se lo enrolla entre los dedos.

—¿Todavía…? —Levanta la mirada—. ¿Te sigue apeteciendo tocarme?

Me miro las manos, que tapan mi erección.

—¿Tú qué crees, Rhianna?

—Que no estás respondiendo a mi pregunta.

Dejo una mano ahí abajo como puedo y, con la otra, le doy un apretón en el culo. Y le digo con un gruñido:

—Sí, me apetece tocarte. Sin dejarme nada.

La acaricio y voy subiendo mi mano por su cintura, su espalda, su hombro, su mentón, y termino con un beso en la boca.

Hace un frío horrible, no siento los dedos de los pies y me duelen las pelotas, pero sí consigo sentir sus labios, suaves, cálidos y hambrientos.

Mientras la beso, deslizo mi mano por su cuerpo hasta llegar a su culo. Vuelvo a apretárselo y le doy una cachetada, lo que la hace gemir en mi boca. Se me pone aún más dura.

—Qué culo tan bonito… —susurro.

Si se tratara de cualquier otra chica, ya me habría arrimado a ella y estaría frotándome y quitándole la ropa.

Pero ya la he cagado bastante con Rhianna y sé que tengo que ir despacio. Además, quiero ir despacio. Quiero saborear este momento. Tiene a otros cuatro tíos peleando por su atención, y quiero disfrutar de estar con ella mientras pueda.

Le masajeo el culo, estrujando primero una nalga y luego la otra. Lleva pantalones de yoga, y el tejido es resbaladizo, elástico y fino, lo que me permite acariciarla mejor. Bajo la mano entre sus piernas y acaricio la costura, sintiendo sus labios carnosos por debajo.

Gime de nuevo, y cuando veo que se muerde el labio, le doy otra cachetada juguetona.

Después, retomo las caricias entre sus piernas, friccionando un poco en sus partes antes de retirar la mano y seguir acariciando su culo. Su respiración no tarda en cambiar. Suena más agitada, y me pregunto si podría hacerla correrse así.

—Tienes que meterle los dedos. Eso es lo que realmente le gusta.

Los dos nos sobresaltamos.

Entonces veo a Renzo Barone sentado justo detrás, mascando una brizna de hierba.

—¿Qué cojones…? ¿Cuánto llevas ahí? —Me guiña un ojo—. ¿Has estado todo este rato mirando cómo nos enrollamos?

Escupe la hierba.

—Es curioso, nunca he sido de esos tíos a los que les gusta observar a las chicas con otros tíos… o con otras tías —añade—. Nunca me he excitado con el porno, me aburre. Pero… —Se le ilumina la mirada—. La idea de observarla a ella con uno de vosotros… De ver cómo le dais bien duro, cómo os la folláis… —Se estremece.

—¿Entonces por qué nos has interrumpido? —protesto, y Rhi también se incorpora, de manera que nos quedamos los tres sentados en corro, como si estuviéramos en el recreo y fuéramos a jugar a algo.

—Se estaba volviendo un aburrimiento. Ibais muy despacio. Tendrías que haberle hecho un dedo y hacer que se corra. Esa es la

mejor parte.

—Me estaba tomando mi tiempo —digo entre dientes, tentado por pegarle un puñetazo en la jeta al tío este.

—¡Eoo! Estoy aquí, ¿lo sabéis? —dice Rhi molesta.

—Sí. —Renzo le sonríe y le dedica una mirada llena de lujuria—. ¿Quieres tumbarte y que él te haga un dedo mientras yo os miro, ratoncito?

Los ojos de Rhi oscilan entre él y yo. Entonces se arodilla y se acerca a mí arrastrándose. Posa una mano en mi mejilla y me da un beso. Un beso profundo y lento. La cojo y la estrecho contra mí, olvidándome de que tenemos compañía, pero justo se aparta para dirigirse hacia él; y cuando vuelvo a abrir los ojos, le está besando igual que a mí.

Renzo repite mi gesto e intenta agarrarla por la cintura; pero ella ya está de pie sacudiéndose la hierba de los pantalones.

—Vamos —dice—. Aquí fuera hace mucho frío, y no me he dejado la piel salvándote, Spencer Moreau, para que ahora vayas y te mueras de hipotermia.

Se pone en marcha de vuelta a la mansión.

Fulmino a Renzo con la mirada y me guiña un ojo de nuevo.

—No pasa nada, otra vez será —dice, y se levanta de un brinco. Yo también me levanto, aunque con algún tambaleo, y sigo a mi compañera tiritando de frío y sujetándome mi pobre polla, decepcionada.

9

Tristan

Se abre de golpe la puerta principal y entra Rhi pisando fuerte y soplándose los dedos.

—Joder, qué frío hace fuera. —Pasa de largo por mi lado y va directa al calor de la cocina.

La sigue Renzo, silbando por lo bajo y balanceando los brazos. Detrás de él, aparece mi amigo desnudo y tiritando incontrolablemente. Cierra de un portazo y nos quedamos en silencio hasta que el asesino se marcha también a la cocina.

—¿Qué narices te ha pasado? —pregunto—. ¿Te ha robado la ropa este pavo?

—No —responde con un cabreo que me hace dudar de que sea verdad—. He salido a correr.

—¿Sin ropa? ¿Sin calzado?

—Tenía que liberar a la bestia. Se estaba volviendo insoportable. —Me mira y enarca una ceja.

—¿Qué te he hecho yo? —pregunto señalándome el pecho.

—Déjate de rodeos y suéltalo, venga. Lo estás deseando.

—¿Que suelte el qué?

—El sermón de lo irresponsable que soy, de lo peligroso que es dejar que la bestia se acerque a Rhianna.

Ahora soy yo quien pone mala cara.

—Decías que ya no suponía ningún peligro para ella.

—Ya, pero ninguno parecíais muy de acuerdo.

—Si dices que ya no supone ningún peligro, te creo. En cualquier caso —agrego mirando hacia la cocina—, se la ve que está perfectamente. Eres tú el que no tiene muy buen aspecto.

—Voy a encender la chimenea. —Entra con paso firme en una de las estancias vacías que dan al recibidor, la que parece una especie de salón formal. Se dirige directo a la chimenea, coge una de las mantas que cubren los viejos sofás y se la echa por los hombros. La chimenea está llena de leña podrida y dispara su magia sobre ella. Inmediatamente, se encienden las llamas y se calienta las manos aliviado.

—He pasado tanto frío que pensaba que los huevos se me iban a congelar como dos cogollos.

—Hablando de cogollos… —Me coloco a su lado y me meto las manos en los bolsillos por si me queda algún porro, pero no tengo nada—. ¿Habéis…? Ya sabes… ¿Habéis follado?

—Está enfadada conmigo. —Flexiona y estira los dedos.

—No creo que eso te haya sido un impedimento en el pasado. Además, los polvos después de una pelea a veces son de los mejores.

—Es distinto. Ella es distinta. Y lo sabes.

—Sí —admito. Supongo que lo sé. Apoyo una mano en su hombro. Sé que es una bobada, pero no puedo evitarlo. Me siento culpable por haber follado con ella mientras que él todavía no. Y también me da pena. Debe de ser horrible ver cómo se la están tirando todos menos tú—. Ya se le pasará, no te rayes.

—No, si la cosa es que parece que ya se le empieza a pasar. De hecho, si el maldito Barone no nos hubiera interrumpido…

Retiro la mano en un arrebato. Mi compasión se volatiliza al instante.

Me he acostado una vez con Cerdita. Solo una. Y aunque fue alucinante, también fue apresurado, rápido. No fue suficiente. Quiero más. Mucho más.

He decidido que voy a ir a buscarla para conseguir más, y le doy la espalda a mi amigo, que me dice:

—¿Qué opinas de ese recuerdo? ¿Tú te lo crees, Tris?

Me quedo mirando la alfombra descolorida bajo mis pies y observo cómo un bicho bola lucha por atravesar los gruesos hilos.

—Creo que… —Me yergo—. Creo que mi padre no descansará hasta atraparla… hasta atraparnos a todos. Ya circulan rumores sobre Rhi y lleva mucho tiempo intentando sonsacarme la verdad. Da igual que crucemos al otro lado del océano o que huyamos en cohete a otro planeta; si la ve como una amenaza, vendrá a por nosotros, lo cual significa que solo queda una opción: él o nosotros. Y, francamente, prefiero que seamos nosotros.

—¿Crees que deberíamos atacar nosotros primero?

Me acaricio el mentón. Era nuestra estrategia preferida cuando jugábamos en el equipo de duelo. Dar el primer golpe, pillarlos desprevenidos, debilitarlos desde el principio. ¿Funcionaría en esta situación?

—Nos superan con creces en número, pero yo también tengo la impresión de que el destino nos ha metido en esto juntos por una razón; y empiezo a sospechar que esa razón es proteger a Rhi.

Spencer baja el tono.

—¿De verdad crees que vamos a poder hacer algo con estos otros? —Tuerce el gesto con asco—. ¿Con Barone?

—Ayudó en nuestro rescate. Aunaron esfuerzos todos juntos para sacarnos de allí.

—Sí, pero con un plan de mierda; y casi les sale el tiro por la culata.

—Mi plan para sacarte no es que saliera mejor, ¿no?

Spencer me mira fijamente, luego echa la cabeza hacia atrás y se ríe. Me invade una sensación de alivio. He estado preocupado por él, preocupado de que la estancia en esa maldita celda le haya dejado tocado. A veces puede resultar un gilipollas y un amargado, pero en realidad no lo es. Es un tipo alegre y divertido, aunque no haya visto mucho esa faceta en las últimas veinticuatro horas. Oírle reír ahora, oír esa risa suya tan escandalosa, es un alivio. Va a recuperarse de esta.

—Desde luego, huevos le echaste. —Spencer se desternilla.

Me paso la mano por el pelo con bochorno.

—Sí… —Le miro a los ojos—. Siento lo de tu amigo.

Asiente con la cabeza.

—Me pregunto cuántos quedarán de mi especie cuando tu padre haya terminado.

—Por eso mismo estoy convencido de que es cierta la premonición de la madre de Rhi. Mi padre es un sádico y un cabrón ávido de poder. Querrá los poderes de Rhi. Hay que detenerlo.

✳

Dejo a Spencer calentándose junto al fuego y voy a buscar a Rhianna. La encuentro en el dormitorio principal, hecha un ovillo en el banco interno de la ventana, acompañada de su amiga y de su cerdo. Están cuchicheando y de risitas, pero se callan cuando entro.

—¿Estabais hablando de mí? —pregunto, y me apoyo en uno de los postes de la cama.

—Estábamos hablando de cosas de chicas —dice Winnie—, de cosas que no son de tu incumbencia.

Las miro a ambas con sospecha. ¿Por qué me da que Rhi le estaba contando a su amiga lo que pasó en nosotros justo después de que drenara la droga de mi cuerpo?

Al recordar lo que sucedió, me entran ganas de echar a su amiga de la habitación para poder empotrar a Cerdi contra la cama.

Mi mirada se cruza con la suya y mi vínculo palpita desenfrenado. Está recién sellado, y quiere que estemos juntos.

—Vale, chicos, capto la indirecta —dice Winnie, agachando la cabeza y cogiendo al cerdo en brazos—. Ya me voy.

—¿Q-qué? —dice Rhi, incapaz de apartar los ojos de mí—. No tienes por qué irte.

—Es evidente que Pip y yo estamos aquí de sujetavelas. —El cerdo suelta un chillido en señal de protesta—. Están deseando arrancarse la ropa, Pip, no vamos a cortarles el rollo. —Winnie se escabulle hacia la puerta y Rhi hace por lanzarse a por ella, en vano.

Desde la puerta, su amiga nos dice adiós con la mano—. ¡Que os divirtáis! —Y cierra la puerta.

—¿Siempre es tan directa? —pregunto, y vuelvo a centrar mi atención en Rhianna, que viene corriendo hacia mí.

Mi reacción es levantar las manos para protegerme, pensando que he debido de hacer algo mal y se va a descargar conmigo. Pero en lugar de dispararme magia como una furia, me da un empujón. Me pilla por sorpresa. Caigo encima del colchón y, acto seguido, la tengo sentada a horcajadas sobre mi regazo.

Aún no sé qué está ocurriendo, pero cuando veo que se quita la sudadera, empiezo a hacerme una idea.

—Joder… —murmuro contemplándola encima de mí en ropa interior—. ¿Vas a quitarte eso también, Cerdi?

—Cuando dejes de llamarme así.

—Ni en sueños.

—Pues entonces nada. —Hace un mohín.

La cojo por la cintura y la doy la vuelta bocarriba, yo encima de ella, aprisionando su cuerpo contra el mío.

—Entones tendré que hacerlo yo mismo. —Le dedico una sonrisa picarona y agarro con los dientes el encaje del sujetador, a punto de tirar hacia abajo, pero me detengo y lo suelto.

—¿De dónde has sacado este tipo de lencería? —El sujetador está hecho de una combinación de seda y encaje. Seda y encaje de verdad. Caro y muy muy sexi.

—Ha sido cosa de Azlan.

—Recuérdame que le dé las gracias —murmuro antes de volver a morder la tela y, ahora sí, tirar de ella y dejar al descubierto su pezón duro y rosado—. Hola —digo, haciéndola reír—, encantado de conocerte. —Le doy un mordisco en el pezón, lo que la hace gemir y arquearse, arrimando su pecho hacia mi boca.

Jadeo, paso mi lengua por su aterciopelada piel, y succiono. Esta vez se retuerce y se frota contra mi polla erecta.

Tiro de la otra copa del sujetador, le acaricio el pezón izquierdo con el pulgar mientras continúo besando el derecho y ella se aferra a mi camiseta.

—Hay que quitarte esto —dice. Alzo la vista y me sonríe. Entonces su magia empieza a chisporrotear en el aire y mi camiseta desaparece. Desliza sus manos por mi torso y se detiene en la hebilla de mi cinturón.

Está superexcitada y se muere por hacerlo, pero la vez anterior fue todo demasiado rápido. Quiero ir despacio.

—Más despacio, Cerdi —le digo.

Emite un pequeño quejido no muy conforme con la idea.

Apoyo las manos en la cama y me incorporo ligeramente

—¿Q-q-qué haces? —Intenta engancharse a mi cuello para volver a arrastrarme con ella.

—Tomarme mi tiempo contigo. —La miro a los ojos, y luego dejo que mi mirada se deleite con su rostro, baje por su garganta, se detenga en sus pechos y siga descendiendo por su vientre plano. Un rubor recorre su cuerpo como consecuencia de mi mirada—. Eres tan guapa…

Se ruboriza de nuevo. Esta chica no sabe aceptar un cumplido. Y siento que yo tengo parte de la culpa.

—¿No me crees?

—Oh, sí que te creo. Es solo que me gustaría que dejaras de contemplarme y empezaras a… ya sabes…

Levanto una ceja.

—No, no lo sé. ¿Qué quieres que empiece? —Me frunce el ceño, y trato de adoptar una expresión de seriedad absoluta—. ¿Qué quieres que haga, Cerdi?

Se incorpora apoyándose en los codos.

—Quiero que dejes de llamarme así.

Asiento despacio.

—Me lo pensaré. —Me dispongo a bajarme de la cama.

—¡Espera! —grita, y al agarrarme, se le escurren los codos y cae de espaldas, conmigo encima, inmovilizándola con mi peso.

—¿Algo más?

—¿Vas a hacerme suplicar? ¿Eso es lo que quieres? Supongo que el gran Tristan Kennedy está acostumbrado a que las chicas le supliquen follar con ellas.

—¡Ahh! Con que eso es lo que querías, ¿eh? —Le mordisqueo la oreja—. Quieres que te folle. Acomodo mis caderas junto a las suyas y se le escapa un gemidito—. No tienes que suplicarlo, basta con pedírmelo.

Levanto la cabeza de modo que mi cara quede justo a la altura de la suya, para poder ver los tonos dorados de sus ojos.

—Eres un gilipollas.

—¿Estás intentando seducirme para llevarme a la cama? —Me fulmina con la mirada y me froto contra ella, haciendo que le tiemble el labio inferior al intentar hablar—. ¿Tan difícil es decirlo, Rhianna? —digo con sinceridad, con el ego herido—. ¿Tan difícil es admitir que me deseas?

—Sí —dice con la misma sinceridad, con las uñas aferradas a mi nuca—. Tengo miedo de hacer el tonto por acostarme contigo, por desearte, después de todo lo que me has hecho.

Asiento. Sigue sin confiar en mí. Todavía tengo que ganármela y compensarla. Y voy a empezar ya mismo.

La beso en la boca. Luego en el cuello, luego en su pecho derecho, y en el izquierdo. Bajo por su cuerpo, besándola en el ombligo, y luego más abajo. Le quito las bragas y le beso los suaves rizos del pubis y los labios de su vulva.

—Creía que habíamos acordado que ibas a follarme —dice apoyada de nuevo sobre los codos para mirarme.

—¿Ah, sí? —digo con una sonrisa burlona. Y entonces le abro las piernas y la contemplo, desnuda y expuesta, toda rosada y húmeda, y hundo mi cara en su coño.

10

Rhi

Tristan Kennedy me separa las piernas y me demuestra que tiene tanto talento para esto como para todo lo demás. Imagino que es por todo lo que ha estado practicando.

De hecho, no consigo sacarme de la cabeza la imagen de él follándose a esa otra chica. Tampoco puedo dejar de ver a chicas recostadas sobre él, tocándolo, restregándose.

Los celos se apoderan del vínculo y le aparto la cabeza.

—¿Qué pasa? —dice con verdadera preocupación y la boca llena de saliva y de mi flujo.

—¿A cuántas chicas les has hecho esto exactamente?

—¿Qué? —Frunce el ceño, confuso.

—¿Cuántas chicas ha habido?

Baja la boca hacia mis partes y me da un lametazo en el clítoris que manda una descarga eléctrica por todo mi cuerpo y me hace sacudirme en la cama.

—¿Me estás juzgando ahora por mi vida sexual, Rhianna Blackwaters?

Me arden las mejillas. Quizá estoy siendo un poco irracional, pero no puedo evitarlo.

—Te has estado acostando con otras cuando ya sabías que yo era tu pareja predestinada. —Abre la boca, lo más probable para negarlo, así que añado rápidamente—: Te vi, ¿recuerdas?

Gruñe.

—Por aquel entonces no estábamos juntos.

—Pero aun así me dolió —reconozco en un susurro—. Me sigue doliendo.

—Y lo siento. Lo siento por todas las veces en que he actuado como un capullo integral y te he hecho daño, Cerdi. Porque estoy loco por ti y cometí muchas estupideces al principio. Pero la chica con la que me viste fue la última.

—¿A qué te refieres?

—No me he acostado con nadie desde entonces.

Arrugo el entrecejo con recelo.

—¿Por qué?

—Porque no he querido. La única chica con la que me apetecía estar eras tú.

Niego con la cabeza.

—¿Esperas que me lo crea, Tristan? He visto cómo se te echan encima las chicas.

—Yo no estaba interesado. No quería a nadie más. Te quería a ti. —Vuelve a bajar su boca hacia mi coño e introduce la lengua entre mis labios, como si me saboreara, como si saboreara cada molécula de mi cuerpo—. Y ha merecido la pena la espera. Estás deliciosa. —Cierra los ojos y gime—. Nunca una chica me había sabido tan bien.

Me dejo caer en el colchón. Está exagerando, seguro. Me está diciendo lo que quiero oír. Pero enseguida me despreocupo y dejo la mente en blanco porque lo que me está haciendo vuelve locas todas mis neuronas: traza círculos con su lengua alrededor de mi clítoris hasta que me mareo y empiezo a jadear y a suplicar que me deje correrme ya. Pero no me deja, y me lleva al límite, al borde del orgasmo. Levanto las caderas, mi espalda se arquea, mi abdomen se tensa y, entonces, se retira.

—¿Crees que alguna vez me ha apetecido hacerle esto a alguien que no seas tú? ¿Tomármelo con calma? ¿Priorizar su placer? Ninguna chica me ha importado lo suficiente como para molestarme,

Rhi. Solo me importaba lo que podía obtener yo a cambio. Pero contigo… —Estoy jadeando, aferrada a las sábanas—. Quiero darte el mayor de los placeres. Quiero llevarte al cielo y traerte de vuelta. Quiero que me perdones. —Presiona su lengua húmeda en mi clítoris, lo rodea y retoma el mismo movimiento, dolorosamente lento, sin apenas rozarme, y luego aumenta la velocidad y la presión, lamiéndome más fuerte, hasta que se prende cada una de mis terminaciones nerviosas y estoy tan tan cerca... tan…

Se detiene.

Le pego un chillido frustrada, con el cuerpo empapado en sudor y mi coño tan húmedo que he debido de manchar las sábanas.

—Mmmm…. Podría quedarme haciéndote esto de por vida. Podría morir entre tus muslos y morir feliz. Huele, sabe y tiene un tacto de maravilla. —Me acaricia la vulva con mucha suavidad y luego me besa el clítoris—. El mejor coño del mundo. El rey de los coños. Voy a hacerle una reverencia y venerarlo siempre que pueda.

En cualquier otra ocasión un comentario así me habría hecho resoplar o reírme por lo bajini, pero el vínculo empieza a brillar entre nosotros y siento resplandecer en él su sinceridad. Me deja de piedra. Lo dice en serio. Totalmente en serio.

—Entonces, por favor, Tristan, por el amor de… Por favor, déjame terminar.

Está absorto mirando mi coño, como hipnotizado, como si se tratara de un diamante raro o de una obra de arte magistral.

—¡Tristan! —gimoteo, y vuelve a posar su boca ahí abajo. Me besa de nuevo el clítoris, esta vez con más fuerza, más pasión, más veneración. Succiona, lame, me lo come todo, sin darme ningún respiro.

Mi cuerpo responde retorciéndose y sacudiéndose mientras él me sujeta. Es demasiado. Todos mis sentidos se despiertan a la vez. Intento apartarle la cabeza, pero él simplemente continúa, y el orgasmo empieza a fraguarse desde lo más profundo de mi ser, hasta que se extiende por todo mi cuerpo, arrasando con todos los sonidos y las imágenes, haciendo que cada nervio cante en un estado de éxtasis.

—¡Tristan! —grito mientras me azota una ola de placer devastadora. Cuando abro los ojos, vuelve a estar tumbado encima de mí, retirándome un mechón de pelo húmedo de la cara.

—¿Estás bien? —pregunta buscando mi mirada—. ¿Te ha gustado?

Suspiro, con el cuerpo todavía flotando en un mar de plenitud.

—¡Oh, cielos! —murmuro.

Sonríe con satisfacción y no puedo aguantarme la risa.

—¿Qué? —Su sonrisa se desvanece.

—No te quedas a gusto sin tu puntito de arrogancia.

—No es arrogancia, es confianza, seguridad en uno mismo. —Me da un beso en la mejilla—. Pero ha estado bien, ¿no? Más que bien.

—¿De verdad necesitas que te suba el ego?

—Quiero saber si lo has disfrutado.

—Ha estado bien. Muy pero que muy bien.

Vuelve a dedicarme esa sonrisilla y… ¡Dios! Me provoca algo por dentro otra vez.

Empujo su pecho y le obligo a darse la vuelta y colocarse bocarriba. Luego me subo encima de él, le desabrocho el cinturón y le bajo la bragueta para liberar su polla.

—¿Tienes protección o quieres usar el conjuro barrera? —le pregunto.

Le brillan los ojos.

—Conjuro barrera. —Susurra las palabras mágicas y nos envuelve un halo. Se agarra la polla y me ayuda a alinearme.

Hago una pausa, inhalo y me siento en su polla para recibirla, con los ojos fijos el uno en el otro.

—Joder, es… —masculla con un semblante relajado—. Joder…

Sigo hundiéndome en él hasta el fondo, y luego apoyo una mano por detrás, en sus muslos, y empiezo a moverme en círculos.

—Joder —gime—. Joder… Estás increíble. Las vistas desde aquí abajo son de otro mundo.

Alcanza mi teta y la aprieta.

Mi idea era torturarlo como él ha hecho conmigo, llevarle al límite y después arrebatárselo todo. Hacer que se eleve a lo más alto y luego parar. Pero me encanta la sensación de tener su polla dentro

de mí y no tengo fuerza de voluntad ni autocontrol para llevarla a cabo. Empiezo despacio y con cuidado, pero enseguida estoy rebotando arriba y abajo como poseída, con nuestra magia crepitando en el aire.

Sigo sobreestimulada y no tardo en correrme de nuevo, tan alto que seguro que deben de oírlo por toda la casa. Y entonces Tristan Kennedy hace algo sorprendente: se incorpora, frente a frente, de manera que nuestras caras quedan solo a unos milímetros de distancia, me rodea con sus brazos, me acaricia la espalda, me retira el pelo de la cara y me besa en la boca y el cuello, venerando de nuevo cada parte de mi cuerpo.

Cuando me corro por tercera vez, él se corre conmigo, sujetándome fuerte, tan fuerte que puedo sentir su pulso; me acaricia el cuello y me susurra unas palabras tan cariñosas que tengo el pecho a punto de estallar.

Permanecemos así varios minutos: él enterrado en mi interior, yo sentada en su regazo, besándonos y acariciándonos.

—Nunca lo había hecho a pelo —confiesa—, y me encanta. Puedo sentirte mejor.

—¿Ah, no? —digo, sorprendida por otra de las revelaciones de Tristan, y a la par confusa porque… ¿La otra vez no usamos…?

Me enderezo de repente al darme cuenta de lo que acaba de decir.

—La otra vez… —digo sin aliento.

—¿Qué? —murmura mientras me chupa el cuello.

—Cuando lo hicimos la otra vez, en tu casa. Tristan… ¿No usamos…? ¿No invocaste también un conjuro barrera?

No sé por qué lo pregunto. Sé que no lo hizo, pero en mi pecho queda una burbujita de esperanza de que lo hizo y simplemente no me fijé.

Pero entonces él también se endereza, horrorizado, y esa burbuja explota.

—No, mierda. Rhi, no. Estaba… Fue… ¡Mierda! —Nos miramos fijamente—. Estoy limpio. Siempre he usado protección.

—Lo sé, pero…

—Es una posibilidad remota —dice, no tan seguro como de costumbre.

—Somos compañeros predestinados. ¿De verdad crees que esa posibilidad es tan remota? Porque yo no estoy en absoluto preparada para…

—Yo tampoco. ¡Estamos a la fuga! Mi padre anda buscándonos. —Se tira de su pelo rubio—. Debe de haber una manera… algo que puedas tomar…

—Seguro que Winnie lo sabe. —Me bajo de un salto de la cama.

—¿Vas a preguntárselo ahora?

—Cuanto antes, mejor —digo mientras me pongo las bragas. El sujetador, ni me molesto. Me pongo directamente la sudadera y los pantalones y salgo de la habitación.

—¿Winnie? —grito en el pasillo. Soy tan afortunada de tener a esta chica en mi vida… No dejo de meterme en berenjenales, y si no fuera por ella, ya estaría muerta en una cuneta. Segurísimo—. ¡¿Winnie?!

—¿Rhianna? —me llama Azlan desde la planta baja—. ¿Va todo bien?

Lo ignoro.

—¿Winnie? —grito de nuevo.

Se abre la puerta de una de las habitaciones y Winnie asoma la cabeza. Se ha quitado las trenzas, lleva el rímel corrido y le suben los colores a las mejillas.

—Estoy ocupada, Rhi.

—Winnie. —Debe de leer el pánico de mi cara, porque se mete un momento y vuelve a salir con una camiseta del revés y los vaqueros de Trent—. Winnie. —Le cojo las manos, sin hacer ningún comentario sobre su modelito. Mis pintas también dejan mucho que desear.

—¿Qué pasa? ¿Te ha hecho algo…? —Sus ojos se dirigen como un dardo hacia el dormitorio principal.

—No, Winnie, no, pero la he cagado. La he liado pero bien.

Se oyen unos pasos y sé que mis otros compañeros van a subir de un momento a otro y se va a armar la marimorena, así que me llevo a Winnie a una de las habitaciones que no estamos usando,

cierro la puerta y echo el pestillo con mi magia. Justo un minuto más tarde, ya están intentando abrir, pero los ignoro y nos vamos a hablar a la otra punta de la habitación.

—¿Qué pasa, Rhi? —pregunta preocupada.

—No hemos usado protección —suelto de sopetón. Hago una mueca de dolor, lista para la regañina de Winnie. No dice ni una palabra, solo asiente tranquila—. Fue la primera vez que lo hicimos, en casa de los Kennedy. Supongo que nos dejamos llevar por el calentón y no nos paramos a pensar…

—Rhi. —Posa sus manos en mis hombros y me mira fijamente—. Respira. —Respiro hondo y exhalo—. Muy bien. Otra vez. —Lo repito —. Ahora, aclaremos algunas cosas. ¿Él se… dentro? —Asiento—. Vale. Podemos preparar algo para evitar el riesgo de embarazo. —Me estremezco al oír esa palabra—. A ver que eche cuentas… ¿Cuántos días han pasado desde…? Sí, no habría problema. —Suspiro aliviada —. Sin embargo, no puedo hacer mucho respecto a posibles ETS —dice disculpándose con la mirada—. Para eso tendrás que ir al médico.

—Oh, no te preocupes. Dice que está limpio.

Winnie suelta una risita irónica y acto seguido me lanza otra mirada de disculpa.

—Lo siento, Rhi, pero es que estamos hablando de Tristan, un…

—¿Un vividor follador? —digo, y Winnie traga saliva—. Me ha asegurado que siempre usa protección.

—Pues más vale que sea verdad.

—Lo es —respondo con firmeza—. Lo sentí a través del vínculo cuando me lo dijo. —Me tiro encima de la cama—. ¿La poción esta va a estar asquerosa? ¿O… me va a doler? —Hago un mohín y me tapo la cara con las manos—. ¡Qué tonta soy, Winnie!

Me pellizca el brazo.

—No seas tan dramática, Rhi. ¿Te crees que eres la primera mujer que tiene un descuido? Saskia solía preparar esta poción y la vendía en la escuela por un precio bastante razonable. Se sacaba una buena pasta. O sea, podías conseguirla gratis en la enfermería, pero no era plato de buen gusto acudir allí y…

—¿En serio? —Sigo con la cara cubierta y alzo la vista mirándola entre los dedos.

—Rhi, yo misma me la tuve que tomar hace dos semanas. La cosa se puso un poco… —dice moviendo las cejas— y se nos rompió el condón.

—¡Ostras! Pensaba que eran irrompibles.

—No siempre. Depende de lo que hagas. —Me agarra del brazo y me pone de pie—. Venga, vamos a prepararla. Cuanto antes te la tomes, más efectiva será.

—¡¿Me estás diciendo que no es segura al cien por cien?! —exclamo alarmada.

—Sí que va a funcionar, tranqui. Yo me encargo. Bastantes críos con cuerpo de hombre tenemos corriendo tras de ti como para sumar un bebé de verdad.

Asiento con la cabeza y me miro la tripa. Nunca ha estado en mis planes tener un bebé. Lo único que me preocupaba era sobrevivir en el día a día; no tenía tiempo para pensar en el futuro. Nunca me he imaginado formando una familia, con marido e hijos. Y desde la llegada de mis compañeros predestinados, ese escenario parece aún menos factible.

—No quiero ningún bebé. Al menos no por ahora. Quién sabe más adelante, en un futuro muy lejano; nunca digas nunca. ¿Te imaginas, Winnie? ¡Qué locura! Con cuatro hombres unidos a mí. Para nada seríamos una familia convencional. Por no mencionar el hecho de que hay un hombre muy poderoso que quiere verme muerta o, en el mejor de los casos, encadenada en una celda.

—Tienes todo el derecho a ser feliz, a formar una familia, Rhi. Como todo el mundo. —Le sonrío y le doy un beso en la mejilla.

—¿Es eso lo que deseas tú, Winnie?

—No lo sé, quizá, pero también en un futuro lejano. Primero me gustaría hacer muchas cosas. Como estudiar más.

—Winnie. ¿La poción esta… la que me vas a preparar… existe desde hace mucho?

—Sí, cientos de años. ¿Por qué?

—O sea, si yo fuera el resultado de… un accidente o… —trago saliva— algo peor…

—Rhi, tu tía dijo que tus padres estaban enamorados.

—Si llegué de penalti, mi madre podría haber usado esta poción interrumpir el embarazo. Pero no lo hizo. Debió de elegir tenerme.

Supongo que nunca lo había expresado en voz alta, pero es algo que me llevo preguntando toda la vida. ¿Por qué me abandonó? ¿Para mantenerme a salvo? ¿Porque era incapaz de cuidar de mí?

¿O porque no me quería?

Creo que por fin tengo la respuesta.

Las lágrimas acuden a mis ojos y empiezo a ver borroso.

—Mi madre me quería. Fui un bebé deseado.

11

Azlan

He abierto un mapa encima de la mesa de la cocina, he rodeado Isla Gris y el convento de Albany y he trazado una ruta que podríamos tomar de forma segura. Mientras lo lleno de notas, Phoenix va cambiando de una emisora de radio a otra para estar al día de las noticias.

Cada dos por tres hay un nuevo parte del *lord* Protector: más restricciones sobre los movimientos y la libertad del pueblo; las leyes nuevas que va a introducir, incluido el encarcelamiento de todos los hombres bestia; y los poderes de emergencia que podrá utilizar contra los enemigos de la república. Sin olvidar los constantes recordatorios sobre los fugitivos que están en busca y captura, enemigos del Estado. Se ofrecen recompensas sustanciosas por cualquier información que conduzca al arresto de toda persona sin registrar, ilegal o fugitiva. Por muchos partes suyos que haya escuchado ya a estas alturas, se me sigue helando la sangre.

Los poderes de Rhianna se han fortalecido desde que la conocí, y no dejan de crecer. Christopher Kennedy ha sido testigo de esos poderes, y si ha descubierto lo que nosotros ya sabemos —que Rhi es la chica de la profecía—, la querrá muerta.

Cuando termina otro de tantos partes, suelto el bolígrafo.

—Aquí en la república no está a salvo, Phoenix. Viajar a Isla Gris supondrá aún más peligro, y será imposible cruzar el país sin ser vistos. Estamos perdiendo el tiempo. Deberíamos estar ideando un plan y salir de aquí de una puñetera vez.

Phoenix da un golpe a la radio con la mano y el aparato se apaga.

—Se ha pasado la mayor parte de su vida corriendo y huyendo. ¿Así es como quieres que pase también su futuro?

—No. Es solo que no veo cómo podemos enfrentarnos a mi tío y salir vivos.

—¿Ni aunque su madre llevara razón y ella sea la chica de la profecía?

—Él tiene un ejército y aliados muy poderosos. No habrá forma de derrotarlo. Ni tampoco de quedarnos en la república y mantener a Rhi a salvo.

—Stone lleva razón. —Me vuelvo y me encuentro a Rhianna en la puerta con Winnie—. No pienso seguir huyendo, Azlan. No puedo. Vivir a la fuga… —Sacude la cabeza—. No lo soportaríais ninguno de los cinco, y acabaríais odiándome a mí a por ello.

—Yo no.

Rhi entra en la cocina, se detiene frente a mí y apoya una mano en mi pecho.

—Sí, Azlan. Y quizá yo también acabaría odiándoos a vosotros por obligarme a esa situación.

Recurro a Winnie. Rhianna confía en su juicio y sus decisiones.

—¿Tú qué piensas, Winnie? ¿No sería mejor llevar a Rhi a un lugar seguro?

—No creo que ese sea su destino —contesta—. Ni tampoco el vuestro.

—El destino no es una fuerza inquebrantable escrita en piedra —digo tenso—. Podemos elegir nuestro propio camino, y a mí me gustaría elegir uno en el que Rhianna esté a salvo.

—A salvo, pero siempre volviendo la vista hacia atrás para comprobar que no me siguen, desplazándome de un lugar a otro, sin saber en quién confiar. Esa no es forma de vivir, Azlan. Así, que, por favor, hagámoslo a mi manera. Leamos esa profecía para

comprender exactamente a qué nos estamos enfrentando y así poder tomar una decisión con más fundamento.

—Que no te engañe, cielo —interviene Phoenix—. Ya tiene trazada una ruta hacia Isla Gris

—¿En serio? —me pregunta con una sonrisa.

—Sí —refunfuño—. Haremos las maletas y nos iremos mañana. Por la noche. Será más seguro.

—Gracias, Azlan. —Se pone de puntillas y me besa en la mejilla.

Después se vuelve hacia su amiga y empiezan a sacar ollas y sartenes y arrasan con las hierbas de la despensa.

Las dejo a su bola, suponiendo que van a preparar la cena, y regreso a mi mapa para comprobar de nuevo la ruta y asegurarme de que no pasa por ningún pueblo ni ningún control. Es un rodeo, y todavía no he decidido los detalles de cómo haremos el viaje. Solo tenemos un coche.

Al cabo de un rato, un olor extraño inunda la cocina. Me pica la nariz y, al girarme, veo a Rhi y Winnie pegadas la una a la otra ante una olla burbujeando en el fuego.

—¿Qué tramáis? —pregunto, y ambas dan un respingo. Me acerco a echar un vistazo a lo que están preparando. Parece una poción—. ¿Qué es eso?

Winnie tapa rápido la olla.

—Cosas de chicas.

—No es la cena entonces.

Rhi coloca un brazo en jarras.

—Ya os advertí que no esperarais que cocinara para vosotros solo por…

—Te estoy vacilando. Ya preparo yo la cena. Me gustaría que cenáramos todos juntos.

Rhi ladea la cabeza y asiente.

—A mí también.

Voy a la despensa a ver qué puedo encontrar, con la oreja puesta en la conversación de Winnie y Rhi, curioso por saber de qué se trata esa poción de chicas.

—Es muy poca cantidad, ¿no? —comenta Rhi.

—Ya… —responde Winnie—. La suficiente para una dosis. Pero lo ideal sería que te tomaras otra más mañana por la mañana. Lo siento, Rhi, es que no quedaba más polen de nube en ninguna tienda.

¿Polen de nube? ¿Para qué demonios se usa eso? Me suena de algo… Ojalá hubiera prestado más atención en las malditas clases de pociones. Tendré que preguntárselo a Stone; aunque, por muy profesor que sea, el tema de las pociones se le da igual de mal que a mí.

—Si la poción esa es para añadiros brillo al cabello o blanquearos los dientes —dice Phoenix desde la mesa, curioso por saber qué están haciendo las chicas—, no la necesitáis. Estáis perfectas.

—Obvio, no hace falta que lo digas —salta Winnie.

—Entonces, ¿qué co…?

Rhi pasa de él.

—He visto que hay polen de nube creciendo en la pradera —se dirige a Winnie—. Puedo ir mañana por la mañana a coger un poco y preparamos una segunda dosis.

Saco algo de carne del congelador, las últimas latas de tomate y un paquete de pasta. Ya nos hemos comido casi todo lo que había. No quedará gran cosa para mañana por la noche, lo que significa que tendremos que salir con el estómago medio vacío o ir a buscar algo de comida antes. Ambas opciones nos pondrían en peligro.

Llevo mis hallazgos a la cocina justo a tiempo para ver a Rhi dando un sorbo al brebaje con cara de asco.

—¿Me vas a contar de una vez qué narices es eso? —Uso mi magia para descongelar la carne antes de trocearla y echarla a la sartén. Rhi niega con la cabeza—. Pensaba que a partir de ahora íbamos a ser sinceros.

—Y lo soy. Ya te lo contaré. Pero ahora no —dice, y mira a Trent, que ha desmontado otra radio y ha esparcido las piezas por la mesa.

—¿Y tú qué estás haciendo? —le pregunto mientras empiezo a freír la carne.

—Eh… —Entrelaza dos cables—. Ver si puedo fabricar un receptor portátil. —Se percata de la expresión perpleja de Rhi—. Un *walkie-talkie*.

—¿Sabes cómo fabricar un *walkie-talkie* con eso? —pregunto.

—Es un genio de la electrónica —me cuenta Rhi. Deja la taza vacía y viene a mi lado. La coloco delante de mí, de espaldas, la envuelvo con mis brazos y apoyo el mentón en su hombro mientras sigo cocinando.

Casi hasta parece una escena doméstica, perfecta, los dos aquí cocinando juntos como cualquier pareja, como una familia normal. Como si no recayera sobre nosotros el peso del destino, como si no nos acechara, como si no tuviéramos al *lord* Protector decidido a matarnos.

12

Stone

Una hora más tarde, Azlan sirve la cena y nos sentamos todos a la mesa; una cuadrilla de lo más variopinta que no pega nada junta, pero que aquí sigue.

Un asesino que batalla con los espaguetis como si fueran un ser vivo, ensañándose con el cuchillo y el tenedor. El mismísimo hijo del *lord* Protector, con un chupetón en el cuello que no tenía esta mañana (¿tendrá algo que ver con la poción de… polen de nube que estaban preparando Rhi y Winnie? A mí me da que sí). Y un hombre bestia.

Y, por si fuera poco, también un ejecutor cascarrabias y un profesor al borde del *burn out*.

«Variopinta» se queda corto.

Seguramente sea ese el motivo por el que no fluye la conversación: se acaba, vuelve a empezar, saltando de un tema a otro… evitando el que tenemos todos en mente. Si no fuera por Winnie y Trent, ahora mismo estaríamos ya tirándonos de los pelos y chillándonos de un lado a otro de la mesa.

Supongo que la señorita Wence ha terminado cansándose de la tensión que se palpa en el ambiente, porque finge un bostezo muy exagerado y dice que se va a la cama. Su novio se levanta de

inmediato entusiasmado y nos quedamos los demás mirándonos unos a otros.

—¿Y si nos vamos a la cama también? —pregunta Barone con una evidente esperanza en su voz, y deja el tenedor en el plato vacío.

Rhi le dedica una mirada severa, como las que me lanzaba a mí mi madre cuando me portaba mal. El asesino le sonríe y se levanta de la mesa con sigilo.

—¿No deberíamos preocuparnos? —plantea Spencer mientras observa cómo Renzo sale de la cocina.

—No —dice Rhi, aunque por la manera en que se muerde el pulgar, no parece muy segura.

Sin embargo, el suspense por lo que pueda planear ese psicópata no dura mucho. Regresa pocos minutos después con una botella de licor viejo en una mano y seis vasitos de chupitos en la otra. Lo deja bruscamente encima de la mesa.

—Si no vamos a follar, al menos divirtámonos.

—No me gusta tu concepto de diversión —gruñe Azlan, y teniendo en cuenta su monólogo de esta mañana sobre romper cuellos, a mí tampoco.

—¡Claro! —El asesino se ríe—. Porque a un hombre tan bueno matando como tú es imposible que le guste…

—Ya no vamos a matar más —dice Rhi—. Quizá será mejor que nos vayamos a la cama —farfulla.

—¿A follar? —pregunta Barone casi saliéndosele los ojos, y se me pone la piel de gallina.

—¡A dormir!

—¡Bah! ¡Vaya rollo! —Abre la botella de licor, se la lleva a la nariz y aspira hondo—. ¡Hostias! ¡Sí que está fuerte! —exclama parpadeando y con los ojos llorosos.

Lo sirve derramando la mitad sobre la mesa. Luego deja la botella y nos pasa un vaso a cada uno. Miro el mío con recelo.

—¡Ni de coña me bebo eso! —protesta Azlan.

Meto el meñique en el líquido, medio esperando que me abrase la piel. Cuando veo que no, me chupo el dedo. Sabe a alcohol rancio.

—No está tan mal —confirmo.

—No sabes qué cojones lleva, y podrían atacarnos en cualquier momento. —Azlan, como siempre, un sargento—. Necesitamos todas nuestras facultades.

Barone se lo bebe de una sentada y golpea el vaso contra la mesa.

—Mis facultades nunca han funcionado bien —dice, y se echa más licor.

—¡A la mierda! —mascullo, y me bebo mi chupito. Me invade de inmediato una sensación de calor y libero parte de esa tensión que he estado acumulando en los hombros desde el ataque a la escuela.

Me froto los ojos y vuelvo a focalizarme en los que están a mi alrededor. Rhi se está llevando el chupito a la boca.

—Señorita Blackwaters —la advierto—, sabe que no tolera el alcohol. —Me fulmina con la mirada y se lo bebe de un trago. Empieza a toser, y yo meneo la cabeza—. ¿Qué le he dicho?

Me hace una peineta y alcanza su vaso de agua.

—¿Así que os vais a quedar aquí a emborracharos? —nos recrimina Azlan.

—Podríamos follar, pero mi ratoncito no quiere. A lo mejor es que no le quedan ganas por el polvazo que ha echado antes.

Rhi se atraganta con el agua y mira con odio a Tristan. Todos sabemos lo que han estado haciendo. Se los oía alto y claro.

—Podríamos hacer algo más interesante —plantea Spencer girando su vaso intacto.

—¿Como qué? —pregunta Rhi, con los ojos ya un poco chispa.

—Podríamos jugar a «Yo nunca».

Azlan se cruza de brazos molesto, marcando bíceps.

—Hace mucho que dejé el colegio.

—Pues yo nunca he jugado —dice Barone, que ya se ha pimplado otro chupito.

—Yo tampoco —añade Rhi.

—No vamos a jugar a «Yo nunca» —zanjo con mi tono de profesor.

—Podría ser una buena manera de conocernos mejor —expone Rhi.

—Señorita Blackwaters, eso dice ahora porque no ha jugado nunca.

Rhi desvía la mirada hacia Spencer.

—¿Cómo se juega?

—Cada uno va diciendo algo por turnos, como «yo nunca he jugado a un juego de beber». Si lo has hecho, bebes. Si no, no.

—Qué juego más bobo e inmaduro.

—Pues a mí me parece guay, y creo que nos merecemos un poco de diversión. Ha sido todo tan… intenso… —dice Rhi, mirando primero a Barone, luego a Spencer y, por último, a Tristan. Mi mirada recorre ese corrillo y me hago una idea bastante clara de cómo ha pasado el día mi compañera—. ¿Puedo empezar yo? —pregunta, y Spencer asiente—. Hum… —Tamborilea los dedos en la mesa—. Yo nunca he visto porno.

Gruño.

—Eso es muy soso, cielo. Si tanto quieres jugar, al menos haz preguntas interesantes.

Me mira a los ojos.

—¿Tú lo has hecho?

Suelto una palabrota y bebo. Los demás también, lo cual no es ninguna sorpresa. ¿Qué humano no lo ha hecho?

Rhianna y Barone, parece ser.

—¡Venga ya! —le digo a él. Rhi se ha criado sin apenas conexión a internet, pero ¿Barone? Es un tío y un salido. Por supuesto que ha visto porno.

—No es lo mío. —Se encoge de hombros.

—¿Ni siquiera el *snuff*? —digo con sorna. Me sonríe.

—¿Qué es eso? —pregunta Rhi.

Cambio de tema.

—Yo nunca me he masturbado pensando en alguien de esta sala —le sonrío a ella.

Me devuelve la sonrisa y bebe. Por el rabillo del ojo, veo que Tristan duda y bebe también.

—¡Joder! ¿Quién, ratoncito? ¿En quién pensabas?

Rhi se estira, agarra la botella y se sirve otro chupito.

—¿No crees que ya vale? —la regaña Azlan cogiéndola de la muñeca.

—No. —Se suelta—. Solo nos estamos divirtiéndolo.

—Me toca. —Barone le quita la botella a Rhi—. Yo nunca he despellejado a alguien vivo. —Mira esperanzado al resto del grupo. No bebe nadie. Niega con la cabeza y bebe él.

—Eres un puto enfermo —dice Spencer entre dientes.

—Yo a ti te he visto degollar a un hombre, Spencer Moreau —dice Barone con tono sanguinario.

—Se me ocurre otra. —Rhi le arrebata la botella—. Yo nunca me he enamorado.

Está claro que lo dice para aliviar la tensión de la sala, pero tiene el efecto contrario. De pronto, todo el mundo parece incómodo, como si fuese un reto peor y una expresión mucho más turbia que palabras como «asesinar» o «tortura».

—¡Oh, vamos! —dice sonrosada—. ¿Nadie? ¿Nadie se ha enamorado?

Azlan coge su vaso y bebe en silencio.

—¿De quién? —pregunta Rhi con un tono repentinamente agudo. Por eso no me apetecía jugar. La cosa nunca termina bien.

—Estoy enamorado ahora. —Vuelve a cruzarse de brazos—. De ti.

—Esa no era la pregunta, idiota —mascullo—. Ha preguntado si has estado enamorado antes.

—Pues entonces no, no lo he estado.

Rhi se relaja.

—Yo tengo otra —dice Spencer—. Yo nunca he hecho un trío.

—¡Hay que ver! —exclamo—. ¿Dónde han quedado las preguntas para ir rompiendo el hielo tipo «yo nunca he saltado de un avión»?

—¿Con o sin paracaídas? —especifica Renzo.

—Si hubieras saltado de un avión sin paracaídas, estarías muerto.

—¿Ah, sí? —Se mira el cuerpo para comprobar que sigue ahí.

—¿Podemos volver a mi pregunta? —dice Spencer.

—¿Cuál era?

—Que si habéis hecho alguna vez un trío.

Sí, tal y como me temía, este juego no consiste tanto en conocernos mejor, sino en sonsacarnos información jugosa. Y Spencer desde luego que va a por todas; no le quita ojo a Rhi, a la espera de que responda.

Ella se bebe el chupito de un trago, al igual que yo, Azlan y Tristan. Barone da un silbidito.

—Joder, ratoncito. Me encanta lo chica mala que eres.

Tristan mira a su amigo, que tiene todavía el vaso lleno en la mano.

—¿Nunca lo has hecho? —dice verdaderamente sorprendido—. A mí en la escuela las chicas se me metían en la cama de dos en dos sin yo pedirles nada.

Rhi se balancea en su silla y lo mira como si le perdonara la vida. Lejos queda la Rhi cohibida.

Tristan se reclina con su habitual gesto chulesco y pasota.

—Cerdi, yo no soy el único. —Nos señala a Azlan y a mí.

—Sí, pero ¡su trío fue conmigo! —espeta ella, y decido no informarle de que para mí no fue el primero; aunque seguro que sí lo fue para Azlan.

—¡Vaya, vaya! ¿Así que te gusta que te compartan? —pregunta el asesino echándose hacia delante, con una mirada más sombría que nunca.

—Pues claro que le gusta —dice Spencer, mirándonos mal a mi amigo y a mí.

—¿Cuántas veces lo habéis hecho? —se interesa Tristan, abandonando su semblante aburrido e indiferente—. Vosotros tres juntos, quiero decir.

—Una —responde Rhi con hipo, y se tapa la boca— y media.

—¿Y te gustó? —continúa Tristan, inclinándose ahora hacia delante.

—Venga, todos a dormir. —Azlan se levanta de su silla.

—No. —Spencer niega con la cabeza—. La cosa se está poniendo interesante.

—Cerdi, ¿te gustó que te compartieran? —repite Tristan.

Rhi pone los ojos en blanco.

—Sí —contesta con sinceridad.

—Hombre, si no, no lo habríamos hecho —dice Azlan con tono gruñón—. Nosotros no obligamos a las chicas a hacer cosas que no les gustan. —Dedica una mirada asesina a Barone y luego a su primo.

Tristan pasa de él.

—¿Lo volverías a hacer?

—Tenemos cosas más importantes en qué pensar, como nuestra seguridad, y la de Rhi en particular. Tu polla y…

—Sí. —Rhi mira a Tristan a los ojos con fogosidad—. Me gustó. Me gustó mucho.

Tristan se lame los labios como si sus palabras fueran un manjar, y se me escapa un gruñido por lo bajo. El recuerdo de aquella tarde sigue grabado en mi memoria, con todo su ardor y erotismo.

—Has bebido demasiado —se dirige Azlan a Rhi, pero ella se gira y le lanza esa mirada maliciosa que me vuelve loco.

—No. Me ha hecho una pregunta y le he respondido. No me avergüenzo de lo que hicimos. No me avergüenzo de que me gustara. No me avergüenzo de querer más. —Barone le sirve otro chupito y le guiña un ojo a Azlan, pero Rhi ni toca el vaso—. No vayamos ahora de mojigatos. Tengo cinco compañeros predestinados, vosotros. Sabes lo fuerte que es esta atracción, cuánto me arrastra hacia ti y viceversa. Sabes que me sucede lo mismo con los demás. Y si eso te supone algún problema, Azlan, entonces será mejor que lo hablemos ahora.

—Yo no tengo ningún problema.

—¿No sientes celos? —dice ella.

Él se cruza de brazos de nuevo.

—¡No! —dice desafiante, antes de ceder a la mirada inquisitiva de Rhi—. Bueno, un poco.

—Es lo malo que tiene este tipo de… situación —dice su primo—, pero lo compensan un montón de aspectos positivos.

—¿Cómo cuáles? —pregunta Rhi.

—Estar contigo, compartirte con tus otros compañeros.

—Ver cómo te follan —agrega Barone.

—Sí —dice Tristan, y se hace un silencio rotundo, como el de un confesonario antes de reconocer tus pecados; aunque no él no tarda

en soltar una confesión una tras otra—. Creo que a mí también me pondría. Nunca me he montado un trío con un tío, pero me gusta la idea.

—¿Azlan? —pregunta Rhi.

—A mí no me gusta la idea de que te acuestes con él —dice señalando a Barone con la barbilla.

—¡Se siente, ya está hecho! —replica él, recostándose en su silla con los brazos cruzados.

Los demás nos volvemos hacia Rhi.

—¿En serio? —digo yo, y frunzo el celo—. ¿Te obligó, cielo?

—¡No! —grita ella, balanceándose ligeramente.

—No sé cómo puedes fiarte de él —masculla Azlan.

—No voy a hacerle daño —dice Barone.

—Lo siento, pero no me creo ni una sola palabra tuya.

—No me hará nada, Azlan —interviene Rhi—. Confío en él, y tú también deberías.

—Acaba de decirnos que una vez despellejó a alguien aún vivo.

—Me gusta hacerla feliz —dice Barone con tal sencillez que no puedo evitar creerle—. Y la he hecho muy muy feliz.

—Perfecto. —Suelto un suspiro—. Asunto arreglado.

A Rhi se le escapa una risita, y se ríe aún más fuerte cuando ve el gesto agrio de Azlan. Definitivamente, se ha pasado bebiendo.

—¿No será mejor así, que a mí me parezca bien? —le pregunta. Se levanta tambaleándose, y cuando recupera el equilibrio se acerca a él de puntillas y lo abraza—. Porque me da que por ahora no vamos a tener más remedio que estar todos juntos.

Me rasco la barba. Razón no le falta. Estar todos juntos, incluso con estos otros tíos, incluso con Barone, me produce una satisfacción en el vínculo como nunca antes había experimentado. No me cabe ninguna duda de que es así como debemos estar, juntos; y si me estoy esforzando en mantener mis manos alejadas de Rhi, los demás también deberían poner de su parte. Más vale adaptarse a esta extraña situación en lugar de luchar contra ella, y encontrar un término medio que nos contente a todos, sobre todo a Rhi.

—Solo quiero que estés feliz —dice Azlan, como si me leyera el pensamiento— y a salvo.

—Estoy feliz —le sonríe ella a él—, más feliz y más a salvo que nunca, lo que resulta surrealista teniendo en cuenta que el líder de este país me quiere muerta.

—No lo permitiré —dice él.

—No lo *permitiremos* —añade Tristan.

Rhi se vuelve a poner de puntillas y le da un beso a mi amigo. Un beso suave para expresar su agradecimiento, pero que se va intensificando. Al mirarlos, concluyo que Barone y Tristan llevan razón: sorprendentemente, ver cómo se lía con otro de sus compañeros resulta muy excitante.

Se separa de Azlan y se dirige hacia mí, de nuevo haciendo eses, y con la mirada perdida. Se agacha y me besa como le ha besado a él, con las manos enredadas en mi pelo. Los demás nos están mirando, y la electricidad chisporrotea tanto en al aire como en mis venas.

Justo cuando el beso hace que la circulación se active del corazón a mis partes bajas, se retira y camina hacia Barone. Él la sienta en sus piernas y la besa con fuerza. ¡Cómo no! Se veía venir que Barone iba a ser más codicioso que nosotros, aunque enseguida la invita a levantarse. Ahora es el turno de Tristan. Mientras la observa acercarse, sus ojos verde esmeralda se oscurecen y toman un tono aceituna. La agarra por la cintura, la coloca entre sus piernas, y ella le besa. La electricidad y la magia que crepitan en el ambiente se vuelven más violentas y saltan chispas.

Pasado un rato, se levanta en dirección de Spencer. A él los ojos le hacen chiribitas, y me pregunto si la bestia anda rondando por ahí dentro, observando cómo se acerca su compañera. La besa y recorre todo su cuerpo con las manos, ávido, y entonces ella se aparta de nuevo.

Se le empiezan a entrecerrar los ojos con una mezcla de lujuria y alcohol. Se muerde el labio. Capto un destello de sus pensamientos. Va totalmente pedo.

—Y ahora me voy a la cama —anuncia, e intenta caminar con paso seductor hacia la puerta, tropezando consigo misma.

La freno con mi brazo y aterriza en mis piernas.

—Me parece buena idea.

—¿Te vienes conmigo? —pregunta—. ¿Os venís vosotros también?

—Hoy no, nena. Has bebido demasiado. —Abre la boca para rebatirme, pero le entra hipo—. ¿Ves? Anda, ve mejor a dormir la mona.

—No me apetece. Lo que quiero es que os vengáis conmigo. —Le cuesta mantener los ojos abiertos y mirarme a la cara.

—Sí, no te digo que no. —No me imaginaba para nada tener este tipo de conversación—. Pero es una decisión que conviene mejor tomarla sobria.

Se inclina y me dice al oído, creyendo que me lo está susurrando cuando en realidad se están enterando todos:

—Pero puede que no tenga el valor suficiente para hacerlo cuando esté sobria.

—Eres la persona más valiente que conozco, incluso más que él. —Apunto a Azlan con el dedo. Luego la cojo y me la llevo en brazos.

Espero a que arme un escándalo como suele hacer cuando no se sale con la suya. En cambio, se acurruca contra mí, apoya la cabeza en mi hombro y se queda dormida antes de terminar de subir las escaleras.

La acuesto en la cama y la despierto para que se beba un vaso entero de agua antes de volver a dejarla dormida y arropada.

Después me piro de la habitación. Los demás siguen bebiendo, sentados en silencio, atónitos. Me sirvo otro chupito y me lo bebo.

—Mierda —digo entre dientes, consciente de que, aunque ha sido lo correcto, acabo de rechazar una oportunidad única.

Una oportunidad que, dadas las circunstancias actuales, puede que no vuelva a presentarse nunca más.

13

Rhi

Me despierto con los golpecitos de Pip olisqueándome la cara. La cabeza me da vueltas.

¡Arg! Abro los ojos.

Ya es de día, una luz grisácea se cuela entre las viejas cortinas.

—¿Otra vez tienes hambre? —pregunto a Pip, y le hago cosquillas en las orejas. Parece que ha recuperado el apetito y está compensando todos los días que pasó sin comer mientras estaba enfermo—. Ven, vamos a buscar algo de comida.

Y agua para mí. Mucha agua. Y, a poder ser, también un analgésico.

En la cocina me encuentro a Winnie, que ya está preparando la segunda dosis de la poción.

—¿Solo estás tú levantada? —Me estiro y me acerco a ella a trompicones.

—Ajá —dice con una sonrisa pilla—. Creo que anoche dejé agotado al pobre Trent. Está roque. Supongo que tú a los tuyos los has debido de dejar igual, porque no se oye ni un alma.

Niego con la cabeza.

—Nop. —Me froto la sien y abro el grifo—. Me cogí una buena cogorza y me llevaron a la cama como a una niña castigada.

—Pero luego se metieron contigo en la cama, ¿no?

—Que yo recuerde, no. —Bebo a morro—. He dormido sola, si no contamos a Pip. —Señalo a mi mascota, que está zampándose las sobras de espaguetis a la boloñesa que le dejó Azlan.

Winnie me mira como si me faltara un tornillo y me pone una mano en la frente.

—¿Tienes fiebre o simplemente estás loca perdida?

—Ni una cosa ni la otra.

—Con cinco tíos buenorros que se mueren por arrancarte la ropa, ¿por qué no aprovechaste?

—Lo intenté. Me puse nerviosa. Y bebí demasiado.

—¿Por qué?

—Pues precisamente porque son cinco, Winnie. ¡Cinco!

—Ya, la verdad es que visto así es mucho.

—¡No me digas! —Pip suelta un gruñido, al menos él está de mi parte—. Es muy intimidante, de ahí la necesidad del alcohol.

—¿Así que no quieres acostarte con todos a la vez? A ver, que me parece bien si no quieres, obvio. Es solo que me choca. Pensaba que el vínculo volvía a tus compañeros irresistibles.

—Sí, y así es. No digo que no quiera, solo que es…

—Complicado.

—Sip.

—Si algo he aprendido de juntarme contigo, Rhi, es que nada en tu vida es sencillo, pero siempre encuentras la manera de afrontar las cosas.

—Y, tía, dicen que no se van a poner celosos. —Bajo la voz y desvío mi mirada hacia la puerta—. Y que estarían encantados de compartirme montándonoslo juntos.

—¡Ostras, Rhi! ¡Qué sexi!

—Pero seamos realistas, Winnie. Los conoces. Van a terminar poniéndose celosos… y violentos.

—Pues creo que te sorprenderías. En el cuento de la reina Æðelflæd…

—Venga ya, Winnie, ese cuento es para niños. No dice nada sobre sus travesuras en el dormitorio.

—Exacto. En la versión infantil no, pero en la adulta…

—No es más que un cuento, Winnie. Seguramente lo escribió un tío cachondo con demasiada imaginación. Esto es la vida real.

Winnie apoya una mano en mi hombro.

—Están loquitos por ti, Rhi. No tienes ni idea de cuánto. Andaban desquiciados el tiempo que estuviste desparecida. Con decirte que el hombre de negro irrumpió en el complejo de los Lobos de la Noche, disparando a diestro y siniestro, porque se pensaba que te tenían allí secuestrada… Ya encontraréis la forma de que lo vuestro funcione. Estáis destinados a estar juntos, literalmente.

Asiento, estoy de acuerdo con ella. A medida que el tiempo va poniendo las cosas en su sitio, empiezo a confiar cada vez más en el destino y a dejarme llevar. Y en cuanto a estos hombres, por muy mal de la cabeza que estén, son muy importantes para mí, y no me imagino ya la vida sin ellos; lo que significa que tengo que encontrar el modo de que esto funcione. Sobre todo en la cama.

Pip me da golpecitos con el hocico y me lame el tobillo.

Hay algo más que quiero preguntar a mi mejor amiga.

—Winnie, ¿tú qué sabes sobre espíritus familiares?

Aguza la vista y mira a Pip.

—¿En general o quieres saberlo por alguna una razón en concreto?

—En general. —Me sale un gallo al hablar y no sueno nada convincente.

Winnie pone los ojos en blanco.

—Lo preguntas por Pip, ¿verdad?

—Es que no entiendo nada. Se supone que los espíritus familiares protegen a los magos del peligro, ¿no? Aunque quiero a Pip con todo mi corazón y es un amigo estupendo… —me encojo de hombros— no es que me haya impedido meterme en líos precisamente.

Pip resopla indignado y Winnie se echa a reír.

—Ya… No es que sea el mejor perro guardián, pero aun así, yo también lo adoro.

Winnie coge la cuchara de madera y remueve la poción.

—Dicen que son espíritus que adoptan la forma de un animal, incluso a veces la de un humano —explica.

—¿Como los fantasmas?

—No lo sé. No soy una experta del tema, y creo que esa práctica se extinguió hace mucho.

Ambas miramos a Pip, que me está mordisqueando el cordón de la zapatilla. Se lo mete hasta la campanilla y lo escupe al casi atragantarse.

—Qué delicadeza…

—Tenemos que ir a por el polen de nube. ¿Te acuerdas de dónde lo viste?

—Sí, ahora salgo a buscarlo. No me vendrá mal un poco de aire fresco.

—¿Tú sola? —dice Winnie mientras me dirijo a la puerta, con Pip siguiéndome.

—No, se viene Pip también.

—¡No creo que sea buena…! —me grita Winnie, pero ya he cogido el abrigo y estoy saliendo por la puerta.

Un paseo sola por este paisaje desierto puede que sea justo lo que necesite para despejarme y poner en orden las ideas. No solo respecto a mis compañeros, sino también por la visión de mi madre. Mis compañeros piensan que era cierta, que lo que vio ya se está cumpliendo. Christopher Kennedy vendrá a por mí. No parará hasta acabar conmigo. Pero algo me dice que eso no es todo. Hay algo que se nos escapa, algo que no hemos comprendido. Y no dejo de darle vueltas.

El sol invernal asoma por el horizonte según me voy alejando de la mansión y cruzo los campos en dirección a donde me llevó ayer la bestia. Poco a poco el cielo se torna gris y, el aire, gélido. Quizá debería haberle puesto a Pip la rebeca que se encontró Winnie.

No le he contado a nadie más lo que me reveló mi tía sobre Pip, sobre tener que dejarlo ir. Porque no quiero que eso ocurra, y si se lo cuento al resto, insistirán en que lo haga. Y entonces sí que habrá bronca de verdad.

—¿Tienes frío? —le pregunto.

Resopla, se sacude y trota adelantándome. A lo lejos se ven los tallos altos de polen de nube creciendo junto a una zanja. Me meto las manos en los bolsillos, se me han quedado heladas; cierro los

puños y sigo caminando. Solo me hacen falta un par de plantas gigantes, pero los tallos son más gruesos de lo que recordaba, y como no consigo partirlos a la mitad, no me queda otra que usar mi magia. Me apoyo en las piernas el primer tallo, con sus florecillas blancas de invierno, y me dispongo a cortar el otro. Ya lo tengo casi conseguido cuando noto algo en la periferia de mis sentidos.

Magos.

Levanto la cabeza para echar un vistazo. El cielo está encapotado y la luz es muy tenue, pero juraría haber visto movimiento… un puntito diminuto moviéndose a lo lejos.

Automáticamente, me aferro al medallón de mi tía, que llevo colgado. ¡Menos mal que he tenido el sentido común de ponérmelo!

Pip está olfateando las plantas, con el pico humedecido por el rocío. Me acuclillo, lo llamo en voz baja y le hago un gesto para que se acerque, sin perder de vista ese punto y con todos mis sentidos en alerta.

El punto se va agrandando, y ahora hay dos… tres puntos; enseguida me queda claro que esos puntos son personas. Tres personas. Una de ellas con una capa negra larga típica de los ejecutores.

¿Vendrán en son de paz o se trata de enemigos? No lo sé, pero tengo que avisar a los demás.

«¡Viene alguien!», grito en mi mente y a través del vínculo, y espero que alguno de mis compañeros se haya levantado ya y me oiga. Cojo a Pip y echo a correr de vuelta a la casa. No recibo ningún ataque ni parece que me hayan visto, y cuando llego al muro derruido que delimita el jardín de la mansión, me encuentro de frente con Azlan que camina rápido hacia mí.

Le agarro del brazo.

—Te van a ver —siseo, y vuelvo la cabeza para buscar a los magos: una mujer, un hombre y el que parece un ejecutor, avanzando en nuestra dirección.

—Ellos no pueden vernos a nosotros —susurra Azlan, mirando también hacia allí—. La casa está protegida por un escudo que nos hace invisibles. Pero sí que pueden oírnos y olernos.

—¿Sabes quiénes son?

—Silas —dice, y se coloca delante de mí—. Venía conmigo cuando descubrimos esta casa.

—¿Es amigo tuyo?

Azlan entorna los ojos.

—No estoy seguro.

Estrecho a Pip en mis brazos y le pido que no haga ningún ruido. Nos quedamos ahí de pie y vemos cómo esas tres personas caminan directos hacia nosotros y se detienen a pocos metros del muro. Ahora, de cerca, diferencio mejor la capa del ejecutor; en la parte frontal lleva cosido un escudo, y está hecha con hilo escarlata. La mujer y el otro hombre llevan unos emblemas similares en sus largos abrigos de invierno: un puño en alto.

No sé qué significa, no lo había visto nunca, pero tiene a Azlan mosca.

—Aquí no hay nada —dice la mujer mientras mira hacia nosotros, sin poder vernos.

—Pues era aquí. La vieja mansión estaba justo aquí. Me apunté la ubicación, y recuerdo esa pendiente y esos árboles. —El ejecutor da un paso adelante y aguza la vista. Contengo la respiración—. Hay algo que no encaja.

—A lo mejor está oculta por un escudo —dice la mujer, y dispara un rayo directamente hacia nosotros.

Ahogo un grito y me recorre un escalofrío, pero el rayo impacta contra algo invisible en el cielo, rebota, cae al suelo y quema la hierba.

—¿Habéis oído eso? —pregunta la mujer, con la mirada atenta. ¡¿Cómo puedo ser tan torpe?!

—Sí, se trata de un escudo —afirma el ejecutor, que levanta la mano como si buscara magia en el ambiente.

Azlan me sujeta fuerte del brazo.

El ejecutor da un paso más y noto cómo Azlan se tensa.

—Podría ser una trampa —dice el otro hombre.

—No, esas huellas que hemos visto junto al arroyo eran de hombre bestia. Están aquí.

Me arrimo más a Azlan, petrificada.

—¡Azlan! —grita el ejecutor—. Sé que estás ahí. Reconozco tu magia, y sé que tienes a la chica. Entrégala ahora y nadie saldrá herido.

Miro a mi compañero, que a su vez mira con ira a su antiguo colega.

Al no haber respuesta, la mujer y el hombre lanzan más magia contra el escudo; pero de nuevo, este aguanta y su magia cae al suelo.

—Dejadlo —gruñe el ejecutor—. Todo esto es obra de Azlan Kennedy, así no podremos romper su magia. Habrá que regresar con refuerzos… con el propio *lord* Protector.

La mujer no parece convencida. Da unos cuantos pasos con las manos en alto, hasta que se golpea de frente con algo invisible, a unos metros de donde estamos. Lo palpa y rastrea con el olfato.

—Huele a comida. Están cocinando.

Vuelvo la cabeza hacia la casa.

Azlan da un paso adelante, con todo el cuerpo rígido y alerta.

El ejecutor también sigue avanzando y se queda junto a la mujer. Están tan cerca que alcanzo a ver el color de sus ojos: los de ella son marrones; los de él, azul claro. Me miran directamente a mí y me producen un escalofrío.

—Sé que estás ahí, Azlan —susurra—. Y sé que sabes que todo esto es absurdo. La chica es una amenaza, un peligro para nuestro país; así que asegúrate de estar en el bando correcto y entrégala… antes de que te veas obligado a hacerlo.

Azlan sube y baja los hombros, pero no se mueve ni dice una palabra.

El otro ejecutor menea la cabeza como si estuviera decepcionado, y se dirige a los otros.

—No pasa nada. Total, no van a irse a ninguna parte. No tienen escapatoria ni dónde ir, y los refuerzos llegarán antes del anochecer.

Azlan me da la vuelta y me lleva a la casa.

—¿No deberíamos liquidarlos? ¿Impedir que traigan refuerzos? —le digo en voz baja antes de entrar.

Él niega con la cabeza.

—No. Si no dan señales, los refuerzos se adelantarán y vendrán a buscarlos. En cualquier caso, ellos vendrán, pero nosotros ya nos habremos ido. Ya mismo.

14

Rhi

—Recoge tus cosas —me ordena Azlan, y llama a Stone por la escalera.

Voy corriendo a la cocina, todavía con el polen de nube en la mano.

—¿Qué sucede? —pregunta Winnie, sentada a la mesa en el regazo de Trent, bebiendo té.

—Hay gente fuera.

—¿Quién?

—Un ejecutor y dos personas más, unos magos que trabajan para Christopher Kennedy. Nos estaban buscando. —Winnie se levanta de un respingo y derrama casi todo el té—. No te preocupes —la tranquilizo—. No pueden atravesar el escudo, pero creen que nos han encontrado. Han pedido refuerzos. Azlan dice que tenemos que marcharnos ya.

Winnie palidece y se queda muda.

—Winnie, la poción.

—¿Nos dará tiempo? —dice mirando el polen de nube que tengo en el puño.

—Nos tiene que dar.

Winnie asiente y se vuelve hacia Trent.

—¿Puedes ir recogiendo nuestras cosas? No es mucho, solo…

—Yo me encargo de todo, Winnie. Tú ayuda a Rhi.

En cuanto sale de la cocina, le pregunto a Winnie si le ha contado lo que estábamos preparando.

—No, por supuesto que no, y él tampoco ha estado en plan fisgón.

Le sonrío.

—Es el mejor.

—Sip. Tú tendrás cinco tíos supersexis y yo solo uno, pero el mío es mil veces mejor.

—Hum… —digo, y entre risas, Winnie me quita el polen de nube y empieza a rallar los tallos.

El tiempo se pasa volando y unos pocos minutos después me estoy bebiendo otra dosis de la poción y ya está todo el mundo reunido en la cocina.

—¿Adónde vamos a ir? —pregunta Spencer.

Nos ponemos a hablar a la vez.

Rechazo todas las propuestas.

—Vamos a ir al convento de Albany —me impongo.

—¿Al convento de Albany? —dice Tristan—. ¿Estáis locos o qué? ¿Sigue en pie ese plan?

—Pues claro que sigue en pie. No ha cambiado nada. Aún continúan buscándonos.

—Es muy peligroso —insiste Tristan.

—No. Tu padre y todos los demás piensan que ando por ahí a la fuga, y el último lugar en el que esperarían encontrarme es el convento de Albany. Podemos colarnos, buscar esa profecía y largarnos.

Todos empiezan a soltarme que mi plan es una estupidez. Todos excepto Stone.

—Rhi tiene razón. —Una frase que nunca me esperaba oír salir de la boca del profesor Stone—. Necesitamos ver esa profecía. Necesitamos entender qué dice. Lo único que tenemos es información de oídas tergiversada. Tenemos que saber la verdad, de primera mano.

Su mejor amigo lo estudia.

—¿De verdad crees que servirá de algo?

—Esas profecías no son bobadas de adivinos de pacotilla, Azlan. A lo largo de los siglos, se ha demostrado que son ciertas. Si hay una sobre Rhianna, tenemos que verla.

—Está bien, vayamos entonces —cede Azlan—. Stone y yo nos dirigiremos al convento. Los demás iréis a las cuevas de Mulhony y nos reuniremos allí después con vosotros.

Me niego rotundamente.

—Juntos somos más fuertes, no nos volveremos a separar. Nunca más. Que Winnie y Trent vayan a las cuevas de Mulhony. El resto iremos al convento.

—¿En serio te piensas que voy a aceptar que no me incluyas? —dice Winnie.

—Winnie, esta es mi batalla… nuestra batalla —añado, señalando a mis compañeros—, no la vuestra. Ya bastante habéis hecho. Ve a las cuevas con Trent y esperadnos allí. —Se niega tan encabezonada como yo hace un minuto—. Winnie, necesitamos tu inteligencia y la maña de Trent intactas. Por favor.

Mira a su novio y al final accede.

—Vale, pero solo si me prometes llevarte uno de estos trastos. —Me coloca en la mano una de las radios que estuvo fabricando ayer Trent—. Así nos mantendremos en contacto. Más os vale volver y…

—Volveremos —sostengo.

—De puta madre —dice Spencer, mirando angustiado hacia la puerta—, pero ¿cómo vamos a salir de aquí?

Hundo los hombros.

—Buena pregunta —admito—. ¿Azlan? —Ayer se pasó buena parte del día estudiando el mapa. Además, hay otro ejecutor y dos magos más haciendo guardia fuera de la propiedad, el coche de Winnie no es lo suficientemente grande para que quepamos todos, y la última vez que Renzo intentó teletransportar a tanta gente casi lo mata.

—Silas y los demás no suponen ningún problema —dice con tal seguridad que me la transmite a mí también.

—Pero no podemos llegar a pie hasta Isla Gris —insiste Spencer —. Tardaríamos una eternidad, y las tropas de Kennedy nos

alcanzarían.

—Barone —dice Stone.

—No va a teletransportarnos —intervengo—. Es muy peligroso.

—Lo haré —dice él.

—No —me opongo.

—Entonces, ¿qué sugieres? —pregunta Stone.

No se me ocurre nada.

Cero ideas.

—Eh… —dice Trent, rascándose la cabeza—. Hay unas cuantas escobas en el desván.

Stone estalla de risa, pero a Renzo se le iluminan los ojos como a un niño el día de su cumpleaños, y sale corriendo de la cocina.

No lo pillo.

—¿Escobas? —Me dirijo a Winnie—. Supongo que debe de ser algo relevante, ¿no?

—Sí, escobas, Rhi. Así es como se desplazaban los magos antaño.

—¿En serio? Pensaba que era fantasía y que solo pasaba en la ficción.

—No. A ver, no era tampoco algo supercomún. Es un medio de transporte muy arriesgado, y la mayoría de los magos se contentaban con los coches de caballos. Luego llegaron la locomotora de vapor y el automóvil, y las escobas voladoras prácticamente desaparecieron.

—Porque son pijadas de chicas —se burla Spencer.

Winnie le lanza su mirada más penetrante.

—¿Tienes algún problema con las «pijadas de chicas», Spencer Moreau?

Spencer agacha la cabeza.

—Ehh… no.

—También se prohibió viajar en escoba —explica Trent— por lo peligroso que era. No es que las escobas tengan cinturón de seguridad o airbag.

—¿Pero crees que podríamos usarlas para ir hasta el convento de Albany? —le pregunto.

—Solo era una observación —musita, mirando a Azlan.

—¿Alguno de vosotros sabe volar en escoba? —pregunto al resto.

Azlan, Stone y Spencer se mofan, como si la mera idea de verse montados en una escoba fuese el mayor ridículo del mundo. Demasiado afeminado para unos hombres tan grandotes y fornidos como ellos. ¡Faltaría más! Pongo los ojos en blanco. Pero Trent y Winnie asienten, y tras una pausa, Tristan también.

—¿Aunque sea ilegal? —Arqueo una ceja a Winnie.

—Solíamos hacerlo a escondidas de mi madre —confiesa Winnie —. Cogíamos la escoba, la sacábamos al jardín, la hechizábamos y nos turnábamos para dar una vuelta. En realidad, no es tan peligroso como lo pinta Trent.

—Eso lo dices porque a ti se te da muy bien la magia —dice Trent, sonriéndole—. Nosotros nunca conseguíamos controlar la escoba. ¡Nos tiraba todo el rato al suelo como un caballo sin domar en un rodeo! Así fue como me rompí un brazo a los diez años… Aunque a mis padres les puse la excusa de que me caí de un árbol.

—¿Tú también? —pregunto a Tristan, sorprendida. Al finulis de Tristan Kennedy no le pega montar en escoba.

—Alguna que otra vez lo he hecho, cuando me aburría —dice, y Spencer lo mira boquiabierto, como si su mejor amigo acabara de confesar que tiene tres penes—. No es tan difícil.

—Ni caso, sí que lo es. Es solo que estos dos… —dice Trent, pero no termina la frase porque justo regresa Renzo cargado de escobas. Escobas viejas fabricadas con ramitas y palos atados con una cuerda a punto de desintegrarse.

—Aún quedan más arriba —dice, y las tira al suelo—. Y un montón de cosas extrañas. Los que vivían aquí eran raros de narices.

Cojo una cuyo palo ha sido lijado y pulido y que, pese al paso del tiempo, sigue suave al tacto. Las cerdas son más ligeras de lo que esperaba, tan ligeras que casi flotan por sí solas.

—¿Cómo funciona? —pregunto a Tristan.

—Ya has oído a Trent —me riñe Azlan—. Volar en escoba es un peligro.

—También lo es quedarse en esta mansión —replico—. ¿Se te ocurre a ti alguna idea mejor?

Azlan sopesa mi pregunta.

—No —admite—, la verdad es que no.

Me vuelvo hacia Tristan. Se pasa la mano por el pelo, incómodo, y da un paso al frente.

—Las escobas son para mujeres —suelta.

—Claro que lo son —dice Winnie sarcástica—. Porque las tareas domésticas son cosas de mujeres.

—Yo no he inventado las reglas. Simplemente, es lo que hay, ¿vale?

—¿En serio? —dice Trent—. Pues yo nunca me había parado a pensarlo.

—Sin ánimo de ofender —le dice Tristan, mientras me coge a mí de la mano—, pero quizá por eso no conseguías llegar a montarte. Primero tienes que pedirle permiso.

Spencer se ríe con disimulo, pero sé que Tristan habla en serio.

—¿Y cómo lo hago?

—Hum… —Recapacita—. Me salía solo. No sé cómo explicarlo. —Cierra los ojos, su magia empieza a zumbar en el aire, y el palo de la escoba se eleva y queda suspendido a medio metro del suelo.

Pruebo a subirme; se vence un poco hacia un lado, pero permanece en el aire como si flotara en el agua.

—Inténtalo —me anima Tristan.

Me coloco bien sentada y levanto los pies con cuidado. La escoba aguanta mi peso a la perfección, pero tengo que sujetarme fuerte y activar el core para mantener el equilibrio.

Sonrío orgullosa. Renzo está en el rincón peleando con una escoba que no se deja manejar, y Spencer apenas consigue levantar la suya.

—¿Cómo la pongo en marcha?

—Con tu magia.

Resoplo. La respuesta comodín de siempre. ¿Es que no existen otras explicaciones?

Dejo que mi magia se enrolle por la escoba y, al igual que el dragón, siento que tiene magia propia, una magia latente que apenas está despertando y emergiendo. Sigo mi instinto, y mi magia

se va enrollando con la suya formando bucles, hasta que la escoba vibra firme debajo de mí.

«Adelante», digo en mi cabeza. Entonces sale disparada por la habitación y me quedo colgada luchando por no caer.

—¡Para! —chillo. La escoba frena en seco y me caigo de bruces.

Tristan me tiende la mano y me ayuda a ponerme en pie.

—Buscaremos otra forma —dice Azlan.

—¡Oye, que era mi primera vez! ¡Dame otra oportunidad! —Me subo a la escoba y lo intento de nuevo, esta vez impulsándome más despacio. Me inclino hacia delante y le ordeno a la escoba que gire a la izquierda y luego a la derecha; doy varias vueltas a la habitación y me detengo justo enfrente de Azlan.

—¡Hale! Parece que ya hemos encontrado el modo de llegar a Isla Gris.

—¿Será más rápido que a pie? —pregunta Azlan escéptico.

—Estos trastos pueden ir a toda leche si los dejas —dice Trent—. A ver, no son tan rápidos como el coche de Winnie, pero sí mucho más que a pie y que la mayoría de los medios de transporte normales.

—No entiendo por qué se dejaron de usar —digo.

—Pues porque la gente se pasaba el día cayéndose y abriéndose la cabeza. —Azlan carraspea.

Reconozco que no es un planazo, pero tampoco lo es volver a caer en manos de Christopher Kennedy.

Winnie, Trent y Tristan se tiran los siguientes minutos enseñando a los demás cómo ponen en marcha sus escobas y como hay que montarse en ellas. Renzo rebosa de entusiasmo. Los otros no tanto; no dejan de quejarse. Cuando por fin lo consiguen, Stone se muestra un poco más por la labor, sobre todo cuando le sale un giro impresionante. Spencer y Azlan —los más grandes del grupo— están muy graciosos, encorvados como dos osos pardos gigantes aferrados a una rama diminuta. ¡Pero qué coño! ¡Si hay que rebajarse y tragarse un poquito el orgullo para escapar de las garras de Christopher Kennedy, se hace y punto!

Una vez que nos sentimos todos con suficiente confianza, Winnie repasa algunas medidas de seguridad; nos aconseja usar la magia

para mantenernos fijos en la escoba, así como que nos abstengamos de hacer maniobras imprudentes (eso sobre todo va por Renzo), y nos recuerda que escuchemos a nuestra escoba.

—Sabe volar mejor que vosotros —dice.

—¿Cómo nos organizamos? —sugiero—. En cuanto atravesemos el escudo, nos verán.

—Saldremos por detrás. Eso nos dará algo de ventaja antes de que nos vean.

—¿Y cómo hacemos con Pip? —pregunto.

Todos nos quedamos mirando a mi mascota, que por una vez ha estado sentado sin rechistar mientras nosotros enredábamos con las escobas.

—No me lo imagino sentado en condiciones en la parte trasera de una escoba —dice Renzo, y tengo que darle la razón; Pip nunca ha tenido buen equilibrio.

—¿Quieres que lo duerma? —propone Azlan.

Miro a Pip con lástima.

—Lo siento, Pip —le digo. Se levanta alarmado, a punto de chillar, pero Azlan agita los brazos y cae redondo.

—Trae, lo meteré en mi mochila —se ofrece Renzo.

Cojo a Pip y se lo paso.

—Vale, pero ya has oído a Winnie. Tranquilito, ¿eh? El objetivo es llegar sanos y salvos lo antes posible.

—Y ya una vez allí, ¿cómo vamos a entrar en el convento? —pregunta Spencer—. Isla Gris está rodeada de aguas encantadas. Sabéis que habrá…

—Los lugares encantados no son para tanto como lo pintan —dice Tristan encogiéndose de hombros—. Para salir de la escuela el otro día tuve que atravesar el bosque encantado.

—Muy bien. —Enderezo los hombros y respiro hondo. Probablemente este plan sea igual de estúpido que el último para rescatar a Spencer. Aunque, por muy estúpidos que parezcan mis planes, siempre (o casi siempre) terminan funcionando. Solo tengo que confiar en mí misma y en estos cinco hombres. Nos las apañaremos. Encontraremos la manera de que funcione—. ¡En marcha!

Nos disponemos a escapar por la parte trasera de la mansión, donde se encuentra una última estancia grande y alargada que debía de reservarse para fiestas y bailes, con puertas acristaladas de una punta a otra. Me imagino a todos aquellos caballeros y damas tan elegantes saliendo al jardín con una copa en la mano.

Stone abre una de las puertas y entra de inmediato un viento frío que levanta el polvo fantasmal de la sala. Al salir, vemos que hay una antigua fuente seca y varias jardineras agrietadas o rotas, además de un pájaro muerto en la zona de adoquines, con los huesos y las alas tan blanquecinos como las nubes.

Espero que no sea un presagio.

—Nos dirigiremos al norte —explica Azlan, apuntando al cielo—. Seguidme. Winnie, Trent, vosotros tendréis que tirar hacia el este una hora después de haber emprendido el viaje, y ya todo recto hasta la costa. Veréis enseguida las cuevas junto al mar.

Winnie asiente.

—Nos reuniremos allí cuando hayamos leído la profecía —confirmo.

—¿Todo el mundo contento? —pregunta Azlan.

Spencer suelta un resoplido, es evidente que está de todo menos contento.

—¿Qué pasa si nos separamos? —se inquieta Tristan.

—No nos separaremos —digo yo tajantemente.

—Será mejor anticipar y estar preparados.

—Si alguien se separa del grupo, que vaya a la playa de Isla Gris y espere allí al resto.

—¿Y si no aparecen?

—Para algo está el vínculo —digo—. Para sentirnos unos a otros.

Spencer se mueve nervioso, cambiando el peso de un pie a otro, y sé por qué. Nosotros dos no hemos sellado el vínculo. A él no puedo sentirlo como a los demás. Esa conexión no está consolidada. Casi hasta me da pena, pero aún no hemos llegado a ese punto, así que es lo que hay.

—Vamos —digo. Me temo que ya hemos perdido mucho tiempo.

La escoba obedece a mi magia, se levanta del suelo y me subo. Entonces me impulso con los pies y me elevo hacia el cielo nublado.

Al dichoso ejecutor y compañía les lleva un tiempo divisarnos. Se oye un grito desde abajo y entonces viene hacia nosotros una corriente de magia cual traca de fuegos artificiales. La esquivamos en zig zag y nos adentramos en una nube espesa. Aquí ya no nos alcanza la magia ni pueden vernos. Nos hemos librado de ellos.

Exhalo, me aparto el pelo de la cara y hago un recuento para comprobar que estamos todos.

—¿Tienes a Pip? —le pregunto a Renzo.

—Sip —responde dando una palmadita a la mochila que lleva colgada a la espalda.

Agarro el palo de la escoba y agacho la cabeza aliviada.

Lo hemos conseguido.

Por los pelos, pero lo hemos vuelto a conseguir. Solo rezo por que esta suerte dure.

15

Spencer

Estoy encaramado al trozo de madera más pequeño que existe, sujetándome con todas mis fuerzas cada vez que la cosa esta vibra y se sacude. En serio, en cualquier momento me tira. Es el medio de transporte más incómodo que he probado nunca, no está diseñado ni de coña para gente tan grande como yo.

A Rhi, por el contrario, le está encantando; no deja de dar gritos de alegría y vuela tan a gusto, con su larga melena morena al viento, los ojos brillantes de emoción y las mejillas coloradas.

El zumbado de Barone también parece estar en su salsa, haciendo piruetas, a pesar de que lleve al cerdo y se gane por eso varias reprimendas de Rhi.

Suelto la mano derecha del palo, la escoba se tambalea y me seco rápido el sudor de la frente antes de volver a agarrarme. Luego entorno los ojos para ver mejor a lo lejos, aunque no hay nada de visibilidad. Estamos volando por encima de una capa de nubes, así que no nos pueden localizar desde abajo. Nos ha venido de perlas para salir de la mansión. Ha sido vernos los hombres de Kennedy y esfumarnos a través de la niebla. Evidentemente, se han puesto a disparar, y un rayo casi me roza los pies, pero hemos conseguido escapar y ya llevamos cuatro horas volando sin parar.

—¿Qué tal si hacemos un descanso? —voceo al hombre de negro. Se me ha dormido el culo y me están empezando a salir ampollas en las palmas de las manos.

—¿Para qué? Si ya solo nos quedan veinte minutos.

Meneo la cabeza, incrédulo, y al instante me arrepiento del gesto, ya que la escoba se inclina hacia un lado.

—¡La hostia! —Debemos de ir a una velocidad de locos. No me extraña que sienta la cara como si se me hubiera estirado. Muevo la mandíbula y enseguida Azlan nos hace una seña para que nos detengamos. La humedad refleja los rayos del sol y pinta finos arcoíris bajo nuestros pies.

—El convento debe de situarse por aquí —dice Azlan—. Voy a bajar para ver dónde estamos exactamente y echar un vistazo a la zona.

—No. —Rhi niega con la cabeza, y su escoba permanece inmóvil a pesar del movimiento—. Eres un armario empotrado, Azlan. ¡Como para no verte volando por el cielo! Pareces más un gorila volador que un pájaro.

—Gracias —dice seco.

—Iré yo —prosigue ella—. Pasaré más desapercibida y, además, tengo mi relicario de invisibilidad. —Señala el medallón que lleva colgado—. No me verá nadie.

No espera a que ninguno se lo discuta: se zambulle en la nube y desaparece en sus brumosas profundidades; y nos quedamos ahí los cinco como la mayor panda de pringados.

—No puedo más con esta cosa. —La escoba se pone a vibrar y me hace traquetear los huesos y enfurece a la bestia.

—¿En serio, tío? —dice Barone de brazos cruzados, sin sujetarse en absoluto—. ¡Pero si es una pasada!

—Estoy deseando pisar tierra irme —siseo, luchando de nuevo con el palo de la escoba.

Rhi emerge de la nube con el rostro cubierto por una fina capa de humedad. Se lame los labios y se seca los ojos con la manga del abrigo.

—Estamos justo encima de la playa —informa—. El convento se sitúa un poco más para allá, al otro lado del mar, en la isla. No he

visto a nadie vigilando. Creo que podemos bajar y aterrizar en la isla sin problema.

—¿Aterrizar en la isla? —Stone niega con la cabeza—. La única forma de entrar al convento es por el agua; hay un pasadizo que lleva directamente al corazón del edificio.

—De acuerdo, bajemos primero a la playa entonces —cede Rhi.

De nuevo, no espera respuesta: se sumerge en la nube y nos obliga a seguirla.

Nada más poner un pie en la arena, tiro la escoba y casi caigo de rodillas, tentado de besar el suelo húmedo. Si puedo evitarlo, no volveré a volar nunca en uno de esos ridículos trastos.

A nuestra espalda, las olas rugen y rompen en la orilla bajo un manto de bruma. A lo lejos, entre la niebla cambiante, se ve sobresalir la isla escarpada y la silueta del convento integrado en la roca gris.

Stone tiene razón. No hay donde aterrizar. Y las ventanas del convento, unas ranuras largas forjadas en la piedra, son demasiado estrechas para cruzarlas volando.

—¿Alguna idea? —pregunta Stone.

—¿Un bote? —sugiere Barone.

—Estupendo, genio —se burla Stone—, pero ¿de dónde piensas sacarlo?

—¿De allí? —dice, señalando la zona de la playa en que la arena está seca y las altas y delgadas hierbas parecen decididas a reclamar la tierra. Oculto entre ellas, se encuentra un viejo bote de remos de madera.

—Seguro que tiene algún agujero —farfulla Stone, pero Rhi ya se acerca lanzada.

—Pues parece estar bien. —Tira de la cuerda que hay atada en la proa desde la arena, lo desencalla y lo arrastra hacia la orilla. Corremos todos a ayudarla, agarrando la cuerda y levantando el bote hasta llegar al agua, que nos salpica al chocar las olas y está tan fría que me duelen las piernas. El mar está muy embravecido, y enseguida se me cala la ropa y me castañean los dientes.

—¡Subid al bote! —grita alguien cuando nos traga una ola, y nos subimos al bote, que se balancea y amenaza con volcar.

Usamos la magia para impulsarlo hacia delante, con los ojos escociéndonos por la sal y perdiendo constantemente el equilibrio. Por un momento, creo que no vamos a poder pasar las olas, pero sin saber cómo, lo logramos y nos quedamos flotando en aguas tranquilas, envueltos en una neblina gélida.

—Mantén tu magia activa y alerta —dice Tristan, agitando la mano—. Hay algo rondando por ahí, lo siento.

Echo un vistazo a mi alrededor. Hace unas semanas me habría reído de semejante bobada. Nunca he creído en los espíritus ni en los supuestos sucesos paranormales en lugares encantados. Pero tampoco creía en los dragones, estaba convencido de que se habían extinguido. Ahora me espero cualquier cosa.

Según nos adentramos en la neblina, la temperatura parece caer varios grados, y eso que ya hacía frío. Nos servimos de nuevo de nuestra magia para secarnos la ropa, pero Rhi sigue temblando, y los demás nos cerramos bien los abrigos. Bueno, Barone, su cazadora de cuero.

El mar tiene un tono gris y apagado, el fondo marino se pierde en sus profundidades y el agua permanece en calma pese a la violencia de las olas en la orilla.

La neblina se vuelve más densa a medida que avanzamos, tan densa que me cuesta ver a Stone, sentado justo delante de mí, y a Barone, que lo llevo detrás. Sí que oigo su respiración pesada, y cómo salpica el agua contra el bote, hasta que la densidad de la neblina parece tragarse todo el sonido y amortiguarlo por completo, al tiempo que la oscuridad se vuelve tan opresiva que absorbe todo el color del lugar. No se percibe ningún espíritu ni nada paranormal, aunque juraría que he sentido crepitar algo oscuro y mágico fuera del alcance de la vista, observándonos.

Dejo que mi magia fluya con fuerza por todo mi cuerpo, audaz y agresiva, desafiando lo que sea que haya ahí, conteniéndolo y manteniéndolo alejado.

Empiezo a relajarme.

A estas alturas debería haber aprendido. ¿Acaso no me lo ha enseñado el duelo? No puedes relajarte nunca. Es justo el momento en el que estás más vulnerable. Cuando vienen a por ti.

El bote se ralentiza.

—¿Habéis oído eso? —pregunta Tristan desde la proa, y aguzamos el oído.

Es ese silbido de antes, la respiración de Renzo. Solo que no viene de él. Proviene de algún punto entre la neblina, como un quejido, una súplica. Aguzo aún más el oído. Juraría… Maldita sea, suena como… igual que…

—¿Tía? —vocea Rhi.

Pero no es su tía a quien oigo yo. Juraría que es mi hermano. Llamándome. Pidiéndome que juegue con él. Tal y como solíamos hacer. Correteando entre los árboles, jugando al pillapilla, haciendo la croqueta.

No puede ser real. No. Pero suena igual que él, se le parece tanto que me quedo sin aliento y mi magia se apaga.

La voz de mi hermano no es la única que oigo. También oigo la de mis padres y la de la bestia de Jacob desde aquella celda. Veo sus rostros reflejados en el agua, mirándome. Sus ojos tristes y la neblina se agolpan a mi alrededor, acorralándome cada vez más, como las paredes de la celda. Revivo el recuerdo de todo ese dolor.

—¡Spence! —me llama mi hermano.

Y, entonces, aparece justo debajo de la superficie, con su rostro perfecto distorsionado por el agua ondulante. Pero está ahí. Justo ahí. Estirando sus brazos hacia mí, prometiendo salvarme.

Solo tengo que cogerle la mano.

16

Azlan

—¡No es real! —grito entre los extraños ruidos que resuenan en la neblina—. Hay que avanzar. No es real.

Aunque sí que lo parece. Suena muy real. Como si estuviera justo ahí, flotando invisible. Bastaría con seguir esa voz para encontrarla.

Se me había olvidado cómo era su voz. Suave, tierna, relajante. Ha pasado tanto tiempo desde la última vez que la oí… desde la última vez que me dio un beso en la mejilla y me acarició la cabeza… Todo ese dolor que había reprimido en los más profundo de mi ser me atraviesa el corazón y sale a la superficie.

La echo muchísimo de menos.

Me concentro en escuchar lo que está diciendo, lo que me está diciendo a mí.

Pero hay más voces aparte de la de mi madre. Voces que ahogan las palabras de ella y que se burlan de mí. De los hombres que he matado. De las vidas que he arrebatado.

Se abalanzan y me arañan con sus uñas afiladas; sus rostros enfurecidos me miran con desdén, siseando como serpientes al acecho.

Aprieto los ojos con fuerza.

No es real.

Empiezo a remar rápido, tratando de no prestar atención, tratando de no escuchar.

17

Stone

La neblina es asfixiante, me oprime los pulmones, se me mete en la garganta y me venda los ojos.

Pero sí consigo oír. Joder, ya te digo que si oigo. Todas esas voces de hace tanto tiempo. Amigos que perdí de pequeño cuando jugaba en la calle. Camaradas que murieron en el frente. Gente de paso por mi vida. Sus voces se arremolinan en la neblina, subiendo y bajando como un coro macabro.

Camuflada entre ellas, se distingue una voz profunda, una voz que me despierta recuerdos olvidados de hace mucho tiempo. Una voz masculina. Una que suena exactamente como la mía.

La de mi padre.

—¿Papá? —tartajeo.

Pero mi propia voz se ahoga en el murmullo de las demás. Miro a mi alrededor, buscándolo. No me importa si es una quimera. No me importa si todo esto es una ilusión.

Quiero verlo. Quiero verlo una última vez.

Las voces gorgotean y sé que están justo ahí, esperándome en la superficie. Me agarro al borde del bote y me inclino hasta que mi cara toca el agua fría, y se me mete en la nariz y la boca.

Es mi oportunidad. Mi única oportunidad. Para decirle todo lo que siempre he querido decirle. Para hacerle las preguntas que siempre he querido hacerle. Para contarle que estoy intentando ser un hombre del que se sentiría orgulloso.

Hundo un poco la cabeza en el agua y las voces me dan la bienvenida. Y, entonces, una mano de gran tamaño me da un toquecito en el hombro y me arrastra de vuelta al bote.

Azlan.

18

Rhi

—¡No es real! —chilla Azlan.

Sé que tiene razón. Ya nos habían advertido de que estas aguas estaban encantadas, y Tristan nos explicó lo que podía acechar por aquí.

Aun así, me da igual.

La voz que me llama es tan vívida, tan real. Mi corazón no acepta que sea un engaño. ¡No!

—Tía —susurro cuando vuelve a llamarme entre la neblina, como cuando me llamaba para que entrara en casa por las noches—. ¿Estás ahí?

Se ríe, y veo su cara, cómo echa la cabeza hacia atrás con una sonrisa de oreja a oreja y los ojos resplandecientes de vida.

—Vuelve —le insto—, vuelve conmigo.

Me he enfadado tanto con ella… Todo habría mucho más fácil si me hubiera contado la verdad, si me lo hubiera explicado.

Todo ese torbellino de emociones se disipa y lo único que me queda ahora es un dolor voraz en la boca del estómago, una nostalgia que me consume.

Ha sido muy duro continuar mi vida sin ella. Me he sentido muy sola. La echo de menos todos los días. Quiero que vuelva. Que

vuelva conmigo ahora.

Como si me entendiera, se acerca y me acaricia. Me acarician muchas manos, no solo las suyas. Me acarician con delicadeza y luego tiran poco a poco de mí hacia el agua.

—Podemos volver a estar a juntas —me promete, y dejo que me lleve… que me lleven.

Hasta que me entra otra sensación en el estómago. Los vínculos tiran de mí con la misma fuerza en la dirección contraria, hacia mis compañeros.

Las palabras de Azlan resuenan en mis oídos.

«No es real.»

Opongo resistencia a la fuerza que me empuja al agua.

—Todavía no —digo. No estoy lista para marcharme todavía.

Al oírme, me agarran más fuerte y se vuelven más violentas y coactivas. Me arrastran y tengo que forcejear, arañándome la piel.

—¡No! —grito. Y, entonces, noto otras manos, unas manos cálidas, fuertes, que me sujetan del brazo y de los hombros y tiran hacia atrás.

Mis compañeros.

Los espíritus me abuchean, y antes de que puedan liberarme por completo de sus garras, uno de ellos me arranca el medallón del cuello y se hunde con él en el agua.

—¡Mi medallón! —Hago un ademán de zambullirme.

—¡No, Rhi! ¡No! —grita Tristan, sujetándome del brazo—. ¡Déjalo!

—¡Pero es lo único que me queda! —Giro la cabeza hacia él.

Azlan se agacha junto a su primo y me sujeta del hombro.

—No, Rhi. Ahora nos tienes a nosotros. A todos nosotros.

La voz de mi tía me llama a lo lejos y cierro los ojos.

Azlan lleva razón. Ahora los tengo a ellos. A mis compañeros, a mi familia. Ya no estoy sola.

Respiro hondo y trato de centrarme y regresar al presente.

—Son muy fuertes —dice Tristan—. Tienes que ahuyentarlos.

Lo miro fijamente.

—Yo no tengo tanta fuerza.

—Sí que la tienes —dice Azlan.

Sacudo la cabeza y rompo a llorar. No. Casi sucumbo. Casi dejo que me arrastren al agua.

—Entonces lo haremos juntos —sugiere Tristan—. Combinaremos nuestra magia. ¿Te acuerdas de cómo se hace?

Asiento.

Resulta más fácil que la última vez. Mi magia siempre ha estado deseosa por jugar con la de Tristan, entrelazarse con ella y convertirse en una sola. Ahora la busca, incitándola a venir a jugar, y mi cuerpo se agita cuando nuestras magias comienzan a girar entre ellas.

Pero no se detienen ahí: empujan también a la de Azlan y la invitan a fluir desde sus manos, y pronto están las tres unidas.

—¿Cómo lo hacemos? —pregunto—. ¿Cómo hacemos que paren las voces?

—Con luz —dice Tristan—. Ahuyentaremos las sombras con luz.

19

Spencer

—¡Rhianna! —grita alguien—. ¡Rhianna!

Y, de repente, hay un estallido de luz, con unos destellos blancos deslumbrantes que se filtran a través de la neblina y ahuyentan a las sombras y todo lo que puedan contener. Entrecierro los ojos y levanto la mano para protegerme de la luz y ver de dónde viene exactamente.

Rhi.

Está de pie en bote, y de las palmas de sus manos brota un halo perlado que baña de luz las tablas de madera. Tiene la mirada fija, con determinación; la mano del hombre de negro reposa en su hombro derecho y, la de Tristan, en su brazo.

—¡Flipa, tú! —exclama Barone detrás de mí, sosteniendo la mochila con el cerdo encima de sus piernas—. ¡Menuda pasada!

Sí que lo es, pero no dura mucho. La luz se apaga y Rhi se desploma.

—Vamos —dice Tristan, cogiéndola de la mano—. Quién sabe cuánto durará.

Y esta vez retomamos la navegación como si fuéramos en una lancha motora, tensando todos nuestra magia para avanzar. El agua parece espesa y pesada, como una tonelada de melaza; está fría, y

nos entra en el bote azotándonos, como si quisiera enredarse y atraparnos por las piernas, pero finalmente la niebla se disipa y se alza ante nosotros Isla Gris, irregular y escarpada, con el convento —abandonado y castigado por el clima— en lo alto de las rocas.

Nos detenemos de nuevo, ahora para tomar un respiro; Rhi, de rodillas, por fin se relaja, y el profesor Stone echa un escupitajo al agua.

—¡Cómo ha molado! —dice Barone, sonriendo como un maníaco.

Considero pegarle un puñetazo en la boca.

—¿Te gusta que te acosen los muertos? —le pregunta Tristan, que sigue pálido por lo que sea que haya visto en el agua.

—Ha sido como un reencuentro con todas las personas que… —mira a Rhi— que envié al otro mundo. ¡Qué buenos tiempos aquellos! ¡Vaya viaje!

—En fin… —digo con la mirada clavada en las rocas, contra las que rompen las olas. No veo ningún sitio donde podamos amarrar el bote sin que lo haga pedazos—. ¿Cómo se llega hasta esos libros?

—Debería de haber un pasadizo a través de las rocas que deja directamente debajo del convento —precisa Stone.

Examinamos las rocas y el mar, y finalmente, diviso un pequeño hueco entre dos peñascos, casi imperceptible a simple vista, con la corriente de agua entre ellas como único indicio.

—Por allí —digo señalando, y despacio, con mucho cuidado, giramos el bote en esa dirección. El hueco se vuelve más evidente a medida que nos acercamos; es muy estrecho, no parece que vaya a caber el bote, pero una vez que estamos delante, nos empuja una corriente y nos adentra hasta una cueva cubierta de algas y fango y con una luz verdosa, justo debajo del convento.

El agua choca suavemente contra un amarradero, donde emerge una escalera de piedra.

Trago saliva tratando de no volver a recordar aquel maldito calabozo. O sus angustiosas paredes, o el dolor y la vergüenza, y… Aquí huele igual, a humedad y moho, y las piedras de las paredes son igual de frías.

—¿Spencer? —Es la voz de Rhi.

Los demás han amarrado el bote a una argolla clavada en la piedra. Tristan y Azlan ya se han bajado y están subiendo los escalones; Stone y Barone los siguen.

—¿Todo bien? —me susurra preocupada mientras me ofrece la mano.

—Sí —digo, y tomo su mano con gusto.

Subimos juntos la escalera, de caracol. La luz del día no penetra hasta aquí y pronto nos sumimos en una oscuridad aún mayor. Stone crea una bola luminosa y se revelan grabados en las paredes nombres, fechas y marcas. Debieron de hacerlo otros magos que pasaran por aquí anteriormente, al entrar o salir del convento.

La escalera es pequeña y estrecha, hay que subir en fila de uno, y el techo es tan bajo que me veo obligado a agachar la cabeza. Seguimos subiendo y, al cabo de un rato, se oye ruido procedente de arriba, como de viento y olas.

Stone se detiene.

—La escalera conduce al corazón del convento. Dudo mucho que haya alguien, pero… ¿Rhi?

—No siento a ningún mago —dice.

—Procedamos con cautela de todos modos.

Todos asentimos, con una tensión que se palpa en la magia del ambiente. Entonces Stone apaga la bola y abre la puerta que tenemos delante. Está dura y pesa mucho, y tiene que empujarla con el cuerpo. Nos paramos. Al otro lado se encuentra lo que debió de ser un día la capilla del convento, con unos techos altos y abovedados, aunque ya no tan limpios ni cuidados. Los bancos están volcados, las alfombras de oración tiradas y desperdigadas por el suelo, los tapices de las paredes caídos, y hay plumones de ganso por todas partes. Parece un gallinero tras la visita de un zorro con mucha hambre.

No hay nadie, aunque los candelabros de las paredes están encendidos.

Apunto a uno.

—Por aquí ha pasado alguien.

Stone sacude la cabeza.

—Están encantados. No se apagan nunca.

—¿Dónde se guardan las profecías? —pregunta Rhi.

Stone se rasca la sien.

—Llevo mucho sin venir. —Hace memoria y luego nos indica que le sigamos al fondo de la capilla, por detrás del altar, hasta la pared trasera. Aquí todavía cuelga un tapiz, desde el alto techo hasta el frío suelo de piedra. Pese a que la iluminación en esta zona es muy escasa, el bordado del tapiz se logra apreciar, con imágenes no tan vivas como el día en que lo tejieron: imágenes de magia y magos, dragones y espectros, caballeros en plena batalla, reyes y reinas…

Stone retira el pesado tapiz hacia un lado y detrás aparece una robusta puerta de piedra.

—La sacristía —explica.

—¿Es ahí donde se guardan los libros de profecías? —pregunta Rhi con los ojos fijos en la puerta y su cerradura gigante.

—Sí, y solo pueden abrirla los académicos. —Apoya una mano en la puerta—. Esperemos que se me siga considerando uno de ellos.

Murmura un antiguo conjuro y su magia empieza a zumbar a la par que la puerta; entonces suena un clic y se abre.

Cuando Stone entra titila una luz, pero es muy tenue y el aire se enfría mágicamente. Dado el mal estado de los volúmenes, conservados en unas vitrinas muy recargadas, no me sorprende.

—¡Vaya! —exclama Rhi al pasar tras Stone, y se acerca para inspeccionar los libros—. ¿De cuándo datan?

—El manuscrito de conjuros tiene más de mil años. Lo escribió a mano una familia de brujas que constituyó la primera comuna, que a su vez terminó convirtiéndose en este convento. —Señala la vitrina que expone un pergamino parcialmente desenrollado, con una elaborada caligrafía en tinta negra enmarcada por volutas doradas.

—¡Qué bonito! —Rhi lo mira embelesada.

—¿Dónde están los libros de profecías? —pregunta Azlan.

—Aquí. —Stone se dirige hacia un armario de madera, pero está cerrado con llave, y al no poder abrirlo, se vuelve hacia su amigo. Supongo que para que reviente la puerta. En cambio, el hombre de negro posa la punta de los dedos y cierra los ojos.

—¿Qué está haciendo? —susurra Rhi a Stone.

—Azlan tiene la habilidad de leer los conjuros de otras personas —explica Stone—. Está buscando la manera de romperlo.

Sea cual sea la magia que impide el acceso a ese libro, debe de ser muy compleja, porque tarda casi un cuarto de hora en abrir el armario. Dentro hay un libro gordo, con una cubierta de cuero en color burdeos y letras doradas, cerrado con un cordón también de cuero. Tiene varias hojas caídas, amarillentas, de diferentes tamaños y tiempos; algunas legibles y con una mezcla de diferentes tipos de letra y estilos.

—Este libro —dice Stone mientras lo saca de la balda con sumo cuidado, como si fuera un recién nacido— es una recopilación de todas las predicciones de los videntes a lo largo de la historia. Algunas son de poca importancia y otras cruciales. Incluye las seis profecías. —Desata el cordón y deja el libro sobre el único escritorio que hay en la sala. Chasquea los dedos para encender la vela que se encuentra encima y, a continuación, lo abre y pasa las hojas hasta la tercera página—. Estas son las primeras premoniciones. Hay una que predice el Diluvio Universal y otra la caída del Imperio halliano.

—¡Hala! —exclamo por lo bajo—. ¿Son las auténticas? O sea, podrían haberse escrito después o haberse modificado para adaptarse al suceso.

—No, no. Se han verificado. Mentes muchos más brillantes que las mías han dedicado sus vidas al estudio de tales premoniciones con la esperanza de revelar cómo funciona ese don, cómo podría enseñarse y perfeccionarse.

Pasa una página más y se detiene.

—Esta es —dice escaneando el texto con sus ojos azules.

Automáticamente, nos acercamos todos, incluso Barone, aunque dudo que sepa leer.

El texto es similar al del pergamino: escrito a mano, con una caligrafía rizada, la primera letra destacada en escarlata, con una pequeña corona dibujada encima de la letra, y un borde dorado enmarcando el texto entero.

—¿Cuántos años tiene esto? —pregunta Tristan.

Stone sigue ojeando y, al final del todo, hay una página mecanografiada añadida al manuscrito. Stone pasa el dedo por el

párrafo.

—Se cree que fue escrito después de que el reinado de la reina Æðelflæd llegara a su fin. Al menos esa es la leyenda asociada a esta profecía en particular, pero nadie ha podido demostrarlo, y obviamente, siempre ha habido mucha controversia en torno a si la reina Æðelflæd fue un personaje real o no.

—¿Tú no crees que lo fuera? —dice Rhi.

—Soy un académico, Rhi. Puedo darte mi opinión basada en los estudios que he llevado a cabo, pero de todas formas no hay ninguna prueba definitiva.

—Salvo la historia en sí.

—Hay historias que son ciertas y otras inventadas.

—O un poco de las dos cosas —añade Barone.

—¿Qué dice la profecía, Phoenix? —pregunta el hombre de negro desde la entrada, volviendo la vista hacia la capilla, como si estuviera deseando largarse.

Stone se concentra de nuevo en el manuscrito, pero en lugar de empezar a leer, pasa la mano por encima y su magia se esparce sobre las palabras como copos de nieve. Una a una, las palabras se iluminan con el mismo dorado del borde, y surge una voz de la nada, una voz femenina, solemne pero melancólica, como en trance.

«Y ELLA VOLVERÁ,
Ella, a quien el destino ha ungido,
Ella, unida a la devoción de cinco.
Quien volverá a nacer una segunda vez.
Cuando el mundo esté oscuro
Y la luz sea difícil de encontrar,
Ella volverá,
Desde el vientre del futuro
y la semilla de la oscuridad.
Se levantará
empoderada.
Y cuando llegue el momento,
Recuperará la corona,

Donde todos deben acudir a aprender,
Ahuyentará las sombras y la noche,
Y traerá de nuevo el amanecer.»

La voz se desvanece y las letras regresan a su tono negro.

—¿Eso es todo? —digo estupefacto—. ¿Esa es la maldita profecía por la que nos hemos jugado el cuello? ¿Qué coño significa?

—Excepto la leyenda de la reina Æðelflæd —dice el profesor Stone—, no ha habido ninguna otra mujer ni ningún hombre que tuviera cinco compañeros predestinados. Uno, sí. Dos, en algún caso. Muy pero que muy raramente, tres. La reina Æðelflæd es la única persona que se conoce con cinco. La mayoría de los académicos coinciden en que esta profecía predice que habrá otra. Otra mujer.

—¿Y toda esa mierda sobre la oscuridad, la luz y la corona? —digo enervado.

—¿No te ha quedado claro? —dice Barone con un brillo especial en los ojos—. Nuestra chica está destinada a gobernar el mundo.

—Eso no es lo que dice —murmura Rhi mientras relee el texto.

—Es lo que significa —insiste Barone—. Tu destino es derrocar a todos esos capullos y gobernar en su lugar.

Rhi se ríe como si fuera la mayor locura que ha oído en su vida. Una parte de mí no puede evitar estar de acuerdo con ella. Estoy enamorado hasta las trancas de esta chica, pero, aunque en cierto modo hayamos logrado librarnos de Christopher Kennedy, es imposible que los demás magos influyentes de este país se queden de brazos cruzados y dejen que una chica sin registrar salida de los páramos se instale como la próxima canciller, protectora o como quiera llamarse.

Y, sin embargo, hay otra parte de mí que no lo ve para nada descabellado.

Esas palabras me han puesto la piel de gallina y la magia en ebullición, han hecho que la bestia se altere, como si despertaran algo dentro de mí, como si me concienciaran. Como si estuviera

escuchando una verdad crucial —una verdad que siempre he sabido — por primera vez.

—No soy ninguna reina reencarnada. Hace unos meses, solo sabía usar magia para cultivar hortalizas, alimentar gallinas y luchar con escoria de la calle.

—¿Acaso no era la reina Æðelflæd una chica cualquiera de un pueblucho? —susurra Tristan—. Eres muy poderosa, Rhi, lo sabemos y lo sentimos todos, y cuando estamos juntos, ese poder se intensifica. ¡Mira lo que acabamos de hacer en el agua! Has visto lo aterrorizado que tiene mi padre al país entero… más todo de lo que no estaremos al corriente… A saber todo lo que están haciendo en secreto. Esa es la oscuridad, y tú eres la elegida para acabar con ella.

—¿De verdad lo crees? —le pregunta Rhi.

—Sí. Y creo que por eso nos ha unido el destino.

Para mi sorpresa, Rhi se dirige hacia mí. No hacia el hombre de negro, el profesor o el asesino. Hacia mí. Quizá porque soy el más escéptico. Que te encierren y te torturen en un calabozo te vuelve muy desconfiado.

—¿Tú qué opinas, Spencer?

Estoy apoyado en la pared, y cambio el peso de una pierna a otra.

—Que eres la chica de la profecía, Rhi. Algo en mi sangre me dice que eres tú. Ojalá se entendiera todo mejor, pero eres tú.

Me sonríe.

—Pues sí, todo sería mucho más sencillo. Pero si algo estoy aprendiendo, es que nada viene por la vía fácil. Nunca.

—No, la verdad es que no. No cuando se refiere a ti, vamos. Mi vida se ha complicado mucho más desde que apareciste —sonrío burlón.

—¿Has tenido algún sueño relacionado con esto? —pregunta Barone—. Cuando eras pequeña, ratoncito, ¿soñaste alguna vez con nosotros? ¿Con tus poderes?

Frunce el ceño, pensativa.

—Creo que sí, que soñé con vosotros. Recuerdo que tuve una especie de *déjà vu* cuando os conocí a cada uno. Como si os

conociera de antes.

—Sería cosa del vínculo —dice Tristan con total seguridad.

—¿Y qué hay de la profecía? ¿Has soñado con ella? —pregunto yo. Hace solo unos días que me enteré de lo de sus sueños… y de uno en concreto en el que tenía que curar a una bestia y a un monstruo. El dragón fue la bestia, pero ¿y el monstruo? Nadie lo dice en voz alta, pero todos pensamos que se trataba de Barone—. ¿Has soñado alguna vez que eras una líder, una reina, alguien al mando?

—No —dice atónita mientras niega con la cabeza.

—Uno de esos sueños podría sernos ahora de gran ayuda, ratoncito.

Rhi se muerde el pulgar. ¿Es impresión mía o nos está ocultado algo?

—Vamos —dice Azlan finalmente—. Aquí ya no hay más información que sacar. Vayamos a otro lugar más seguro.

Nadie pone pegas y regresamos por donde hemos venido; cerramos la puerta de la sacristía, cruzamos la capilla y bajamos por las escaleras con la luz verde de la cueva como guía. Stone es el primero en subirse al bote. Luego desatamos la cuerda, empujamos el bote al agua y ya una vez todos montados, nos dirigimos de vuelta al mar abierto.

Estamos listos para afrontar de nuevo la neblina y mantener nuestra magia alerta, sin sucumbir a la llamada de los muertos.

Cuando atravesamos la neblina y el violento oleaje nos escupe en la orilla, Rhi mira a su alrededor alarmada.

—Hay alguien —sisea cuando el bote encalla en la arena.

Una voz fría e indolente que me es inconfundible.

Christopher Kennedy.

20

Rhi

Casi por instinto, echo mano al medallón. No lo llevo puesto. Los espíritus me lo han arrancado cuando pasábamos por la neblina y puedo darlo por perdido para siempre en las profundidades del mar.

Otra parte de mi pasado que me han arrebatado.

Con otro tipo de instinto, mis cinco compañeros se levantan y forman un círculo estrecho a mi alrededor, apartándome del camino de Kennedy… donde sea que esté. Siento que anda cerca, pero no lo veo.

Entonces, aparece sigilosamente por las dunas que se elevan delante de nosotros, flanqueado por un grupo de hombres y mujeres, no guardias ni soldados comunes, sino magos con el emblema del puño. Tienen una presencia imponente, y el aura mágica que los rodea es muy intensa. El rostro de Kennedy permanece en la penumbra, pero aun así, es evidente que nos está mirando con desprecio.

—Fíjate, tenía el presentimiento de que acabarías aquí, Rhianna Blackwaters. No hace falta ser vidente para percibir esas cosas. Tenía el presentimiento de que no podrías resistirte a buscar esa profecía que algunos te atribuyen, como el canciller o el amigo

chucho de Moreau. Es increíble lo que puede llegar a soltar la gente por la boca c…

—Cuando se les tortura —ruge Spencer, tenso y luchando por contener a la bestia.

—Con el estímulo adecuado —corrige el *lord* Protector con una leve sonrisa—. El canciller siempre ha sido un lelo, y en cuanto al chucho… —Resopla—. Esas profecías no valen ni el papel en el que están escritas, y esta chica no tiene nada de especial. Nunca lo ha tenido ni lo tendrá.

—Entonces, ¿por qué no nos dejas en paz? —gruñe Stone—. No supone ninguna amenaza, no es de ningún interés. Nos la llevaremos al otro lado del océano, a Aropia, y nunca más volverás a saber de nosotros.

—No corras tanto, Phoenix Stone. La esperanza puede jugar muy malas pasadas. Aunque, bueno, eso no hace falta que te lo diga, ¿verdad? Si la gente se llega a convencer de que esta chica es especial y va a salvarlos de su miserable existencia, quién sabe en qué podría derivar todo. —Nos dedica una sonrisa maliciosa que me pone de los nervios—. ¿Te imaginas? No, creo que es mejor que se quede aquí conmigo, donde pueda tenerla vigilada; así que entrégala y me ahorrarás tener que mataros a todos.

—Sigue soñando, tío —dice Azlan—. Se queda con nosotros.

—Tu desobediencia me está empezando a cansar, sobrino. Menos mal que tu hermana va por mejor camino que tú. Mucho más obediente. Mucho más dócil y maleable, y sobre todo, receptiva al castigo correctivo.

Azlan da un paso al frente y se baja del bote con los puños en alto y su magia repentinamente peligrosa.

—Si le tocas un pelo a Ellie…

—¿Qué me vas a hacer? —Su tío se ríe—. Estáis en desventaja, y si creéis que vais a poder esfumaros como antes, siento decepcionaros…

Y así, sin más, nos dispara con su magia. Esta vez su jueguito no me pilla desprevenida, ni a Stone ni a Renzo. Nos juntamos los tres para desviar la descarga, que la última vez nos había atado de pies y manos. No nos va a atrapar una segunda. Como un bumerán, vuelve

en dirección a Kennedy, pero un simple gesto de muñeca suyo basta para frenarla y que caiga al suelo.

El *lord* Protector resopla molesto.

—¿No me he expresado con claridad? O estáis conmigo o estáis contra mí. O me entregáis a la chica y me juráis lealtad, o se os condenará como traidores y seréis ejecutados de inmediato.

—¡Ja! —se burla Renzo—. El único que va a estirar a pata aquí eres tú. ¿No has leído la profecía? —Me apunta con el dedo—. Ella es tu billete de ida para salir de aquí, y no creo que te lleve a ningún sitio agradable.

El *lord* Protector se enfurece y levanta los brazos de nuevo, y los numerosos magos que lo acompañan hacen lo mismo, de manera que se precipita sobre nosotros una avalancha de magia.

—¡Que así sea! —le oigo gritar por encima del estruendo de magia—. Habéis elegido vuestro camino. Preparaos para vuestra última parada.

Observo el ataque como si se acercara a cámara lenta, y mi optimismo y mi perseverancia se los lleva el viento. Este hombre está dispuesto a matar a su propio hijo solo por un antiguo verso escrito en un trozo de papel amarillento. Así de retorcido es. No veo cómo vamos a salir de esta. Estamos acabados. La corriente de magia es abismal y muy potente. Son demasiados. Y no son como las bandas del bosque, o los soldados que intentaron secuestrarme en el cementerio. Ni siquiera como los espíritus de la neblina.

Estos magos están mejor entrenados y son más hábiles. La fuerza de su magia, en su mayor marte magia oscura, me quema la cara; la siento, es una magia que se supone fue desterrada al oeste junto con aquellos magos.

La profecía se equivocaba. O quizá nunca se ha referido a mí.

Cierro los ojos, lista para aceptar mi destino, lista para sentir cómo esa magia derrite mi cuerpo desde la piel a los huesos.

Pero no llega el momento. Se produce un destello tan fuerte que lo siento reflejarse incluso con los ojos cerrados. Cuando los abro, veo que mis compañeros no están paralizados por el miedo como yo, sino contratacando.

—¡Rhianna —grita Stone—, te necesitamos!

Me acerco a ellos y libero mi magia, la dejo fluir por todo mi cuerpo y brotar de mis dedos al encuentro de la de mis compañeros. Se buscan como si siempre hubieran estado destinadas a combinarse, y se unen en una algarabía de colores que golpea la magia que se aproxima con tal energía que salimos volando hacia atrás.

—¡Joder! —exclama Renzo, con los colores reflejándose en sus ojos exaltados.

—No te vas a llevar a Rhianna —grita Tristan a su padre entre el silbido de la magia—. No te vas a llevar a ninguno de nosotros—. Nunca le había visto tan resuelto, tiene la frente y el pelo empapados de sudor. Siempre he sabido que Tristan Kennedy era poderoso, y verle ahora alzar su magia contra la de su padre definitivamente lo confirma—. Así que retírate, renuncia a tu cargo ¡Admite tu derrota!

—¡Más! —vocifera el *lord* Protector a sus fieles partidarios para que sigan disparando.

Mi magia se tensa, y estoy segura de que me quedan reservas para rato, de que puedo dar más, incluso de esa magia oscura que albergo. Pienso en el mensaje de mi tía, en Pip y en Spencer, mi único compañero con el que no he sellado el vínculo.

¿Tan tonta he sido al aferrarme a Pip pese a la advertencia de mi tía, al no conseguir que todos unidos seamos más fuertes por no estar totalmente unida a Spencer? ¿Caeremos ahora por culpa de mi terquedad?

A mi lado, Tristan saca uñas y dientes y se esfuerza en dejar salir toda la magia posible.

A mi otro lado, Spencer se transforma intermitentemente, a veces pareciendo más bestia y a veces más humano.

Pero pese a nuestros esfuerzos, pese a la fuerza considerable de nuestra magia, no es suficiente. La suya nos come terreno, se acerca cada vez más y hace retroceder la nuestra.

—Son demasiados —se inquieta Stone, y mira a Azlan.

—¡No! —grita reuniendo aún más magia, y por un momento parece funcionar. La combinación de nuestra magia avanza y

acomete la de nuestros enemigos, aunque solo dura un instante, y volvemos a perder terreno.

—Barone —lo llama Azlan—, coge a Rhianna y llévatela de aquí. ¡Ya!

—Ni se te ocurra —suelto yo dirigiéndome a Renzo—. No pienso ir a ninguna parte sin vosotros.

—¡Va a matarnos! —dice Azlan.

—Si cae uno, caemos todos —digo.

No sé nada de profecías. Ni siquiera estoy segura de entender el destino. Pero lo que sí tengo claro es que debemos permanecer juntos. Vivir sin ellos me mataría de todos modos.

—Joder, ratoncito. —Renzo chasquea la lengua—. ¿Es que nunca obedeces?

Niego con la cabeza, desafiante.

—Y ni se te ocurra dejarme inconsciente o…

—¡Toma! —Sin dejar de disparar magia caótica y errática, se saca el cuchillo del bolsillo y me lo lanza. Da varias vueltas en el aire y el mango aterriza firmemente en mi mano como si me estuviera buscando.

—¿Qué se supone que he de hacer con él? —pregunto, pese a que ya está vibrando sugerente contra mi piel.

—Yo qué sé, solo he tenido la corazonada de que podía ser útil —dice mientras se acerca la magia enemiga.

Me quedo mirando el cuchillo, paso el pulgar por el grabado y, por instinto, se lo lanzo al *lord* Protector y sus defensores.

Vuela hacia el caos de magia y queda ahí suspendido en el aire, entre ambas fuerzas. Contengo la respiración, expectante.

No sucede nada. Absolutamente anda.

Si eso es lo que iba a salvarnos, no ha funcionado.

Estoy cansada, y mi magia se está agotando.

¿Seguimos luchando hasta el final? ¿O nos rendimos y aceptamos nuestro destino?

Se me vienen a la mente varias ideas, y también algunos recuerdos, arrasando como un alud.

Vengo de una estirpe de mujeres que nunca se rindieron, que siguieron luchando, y eso es lo que haré.

Sonrío para mis adentros. He aguantado carros y carretas. He aguantado huyendo mucho más tiempo del que Stone se imaginaba. He vivido experiencias inconcebibles, como volar a lomos de un dragón, por ejemplo.

El cuchillo empieza a brillar y, como si me hubiera oído ese último pensamiento, de pronto la oigo. Arriba en el cielo, entre las nubes. Tan lejos que me pregunto si es fruto de mi imaginación desesperada.

Pero, entonces, la oigo de nuevo.

Renzo también mira hacia arriba.

«Sí», digo en mi mente. «Sí, ven, por favor. Ven».

Y así hace. Desciende en picado a través de las nubes, y su enorme tamaño me deja sin aliento. La luz que irradia el cuchillo se refleja en sus escamas doradas y todo se detiene: los magos, las magas, incluso el propio aire que respiramos. La atención se centra en ella, y el cuchillo cae al suelo.

Su envergadura nos sumerge a todos en la sombra y vuelve a silbar, llamándome.

—¿Qué? —dice Christopher Kennedy—. ¿Qué es esto? ¿Dónde está su jinete?

—Aquí la tienes. —Renzo me señala, sonriendo.

El *lord* Protector baja la mirada del cielo sin salir de su asombro.

—Así que es cierto… eres su hija. —Me mira con desdén.

La dragona se abalanza sobre ellos. Se ponen a gritar y a agacharse cubriéndose las cabezas. La dragona, en cambio, no hace nada; simplemente pasa rozándolos con las garras recogidas.

El *lord* Protector grita a sus partidarios:

—Esa dragona es suya. ¡Atacadla!

¡Por favor, que se aleje! En el momento en que se eleva, la disparan en el vientre, y ruge dolorida. Las chispas de magia se astillan como si hubieran chocado con unos gruesos escudos de metal.

—¡Dejadla en paz! —chillo, lanzándoles más magia. Algunos de los magos viran y nos atacan a nosotros de nuevo, y la dragona vuelve a emprender el vuelo y a silbar.

Pero esta vez no me está llamando a mí. Aparecen más dragones —uno, dos, tres— y vienen directos hacia aquí. Cada uno con su jinete.

Una dragona dorada y especialmente grande aterriza con un feroz rugido, y parece brillar todavía más de cerca y a la luz nublada. Entonces, lanza por la nariz una llamarada que fríe a diez magos en el acto. Aparto la mirada, el olor a carne quemada es fortísimo y se hace muy duro oír sus gritos agonizantes. Cuando abro los ojos, la dragona está planeando por encima de mí y vuelve a subir a las nubes mientras los magos que quedan la bombardean con magia. Se pierde por un instante entre el espeso manto de nubes y luego reaparece justo detrás de la gente de Christopher Kennedy, atacándolos; algunos se dispersan y se tiran al suelo para evitar el fuego.

Christopher Kennedy le arroja una magia tan oscura que parece absorber toda la luz del cielo y le da de lleno en la mandíbula. Su fuego se apaga de inmediato y le empieza a salir humo por la nariz. Se sacude con rabia, agarra con las patas delanteras a dos hombres, se impulsa en el aire y, cuando ha cogido suficiente altura, los suelta al vacío.

Christopher Kennedy, el autoproclamado *lord* Protector, se gira hacia nosotros con la mirada enloquecida propia de un asesino. Se echa a reír cuando la dragona vuela en círculos sobre su cabeza. Los demás dragones no están muy lejos.

—¿En serio pensáis que habéis ganado? —Se ríe como un poseso —. Pobrecitos, qué ingenuos. No tenéis ni idea de quién es ella en realidad. Ni de quién es él.

Mira a los dragones que se aproximan, y luego a la compañía que le queda.

—¡Retirada! —grita. Y, de repente, nos envuelve una capa de humo, tan densa que no permite ver nada y me asfixia.

—¡No! —Tristan se lanza hacia delante para coger el cuchillo y lo tira por los aires en dirección a su padre.

Espero el sonido sordo del metal clavándose en su piel. Espero su consiguiente represalia.

Nada.

El viento frío se lleva el humo negro y la arena frente a nosotros está vacía.

Christopher y sus partidarios se han marchado.

21

Rhi

—¡Se ha ido! —digo con la respiración entrecortada, mirando a mi alrededor.

—Ya, ¿y este dragón de dónde coño ha salido? —dice Stone, que se protege los ojos y observa cómo regresan los otros tres para reunirse. Dan tres vueltas por encima y, una vez más, mis compañeros me rodean para cubrirme, a la defensiva.

Entonces, descienden los cuatro a playa y el suelo retumba cuando aterrizan delante de nosotros.

La mochila de Renzo —de la que no se ha separado en todo este tiempo— está tirada en la arena y Pip se asoma enfadado.

Los demás no le hacen ni caso. Están preparados para otro ataque, pero los tres jinetes —un hombre y dos mujeres— se limitan a mirarnos. Estos dragones son más pequeños que el que curé, y de colores más apagados. Las mujeres montan unos dragones verdes pequeños, y el hombre uno marrón algo más grande.

Van vestidos con un traje de cuero ajustado; y las mujeres, además, con un casco negro.

—Podéis bajar las manos —dice el hombre con un acento del oeste muy marcado—. No vamos a haceros daño.

Chasquea la lengua y su dragón agacha la cabeza para que él pueda bajarse. Ahora, más de cerca, se nota la buena percha que tiene y la calidad del cuero, y también me fijo en los pesados anillos de oro que lleva.

—Veo que habéis encontrado a mi dragona —dice—, Gwenhwyfar.

Su tono es calmado, pero autoritario. Da una palmada y la dragona dorada lo mira fijamente.

—¿Tu dragona? —Frunzo el ceño automáticamente al recordar los grilletes que tenía en el cuello y los tobillos, así como en las cicatrices de su cuerpo, que seguro eran de latigazos.

—Al menos lo era, quizá se haya cambiado de bando y no me quiera ya como jinete, hija. Los dragones siempre han tenido preferencia por las mujeres como jinetes.

Me lo quedo mirando boquiabierta, incluso Pip deja de olisquearme los pies.

¿Hija?

—Sí, hija —dice.

Frunzo aún más el celo. ¿Puede leerme la mente? Levanto las barreras tal y como me enseñó Stone. Puede que crea saber quién es este hombre, pero no estoy segura. No quiero que deambule por mi mente.

—Te he estado buscando durante tantísimo tiempo… —dice con una mirada tierna—. Envié a mis hombres a que te buscaran. —¿Aquellos hombres? ¿Los que venían a por nosotras una vez tras otra? Siempre he pensado que eran unos indeseables que querían aprovecharse de las mujeres que viven solas, o bandas esperando capturar a magos para sacar beneficio de sus poderes. ¿He estado equivocada durante todos estos años? ¿Eran los hombres de este hombre? ¿Por eso mi tía luchaba contra ellos con tanta ferocidad? De ser así, ¿por qué? ¿A qué tenía miedo?

—Incluso salí yo mismo en tu búsqueda cuando empezaron a circular los rumores sobre una chica con muchos poderes, arriesgándome a que estallara una nueva guerra, hija. Y, ahora, por fin te tengo aquí.

El corazón me va a mil, y miro al hombre, que contiene las lágrimas.

—Debería haber anticipado que sería así —continúa—, que me llamarías, Rhianna.

—¿Llamarte? Yo no te he llamado —digo confundida.

—Sí. —Señala el cuchillo, clavado en la arena a sus pies. Extiende la mano bocarriba, con los anillos brillando a la luz. Sus yemas están arrugadas y callosas—. Ven, tenemos mucho de qué hablar y mucho tiempo que recuperar.

Levanto la vista hacia su rostro. Es guapo pese a las arrugas propias de la edad. Tiene unos ojos negros preciosos, una mandíbula prominente y una complexión robusta. Es el hombre de la foto del medallón. El hombre que vi cuando sostuve el cuchillo de mi padre. ¿Es este el hombre del que se enamoró mi madre? ¿El hombre que la sedujo?

¿Es mi padre?

Quiero cogerle la mano. Que me reciba con los brazos abiertos. Pero algo me frena.

—¿Cómo sé que puedo confiar en ti?

—Eso no puedes saberlo —dice simplemente. Asiento. Ya, no sé para qué pregunto—. Vamos, es hora de ir a casa.

22

Rhi

—¿A casa? —digo. Pip me resopla para que lo coja en brazos.

—Mi ratoncito no se va a ninguna parte —gruñe Renzo.

El hombre lo examina con ojos astutos.

—Ahhh, tú eres el perrito faldero de Lowsky, ¿no? He oído hablar de ti.

—Ya no. Ahora solo soy suyo. —Renzo me señala, con el pecho hinchado de orgullo—. Bueno, lo somos todos —añade, ladeando la cabeza hacia mis otros compañeros.

—Cinco compañeros… —dice el hombre—. Así que es cierto.

—Sí —susurro con un mariposeo en el estómago. ¿Es mi padre? ¿De verdad es mi padre?—. Cinco compañeros predestinados.

—Entonces con más razón aún tenemos que hablar. Este no es un lugar seguro, será mejor que nos vayamos cuanto antes. Hay suficientes dragones para todos. —Uno de los dragones suelta un rugido y dirige la mirada hacia la dragona—. Tú irás con Gwenhwyfar. —El hombre la mira con un semblante indescifrable—. Vosotras dos tenéis una conexión especial —comenta.

—Yo la curé —digo con tono acusador.

Él vuelve a bajar la mirada hacia mí.

—Curaste a un dragón… —Ahora mira a Pip, que se revuelve en mis brazos—. ¿Y este es…?

—Mi cerdo.

—Un espíritu familiar. Hacía tiempo que no veía uno. ¿Puedo? —Extiende la mano y, antes de decirle que no o apartar a Pip, le presiona la cabeza con la punta de los dedos. Los ojos de Pip se clavan desesperados en los míos y empieza a chillar. Pero no sucede nada extraordinario, y el hombre retira la mano.

—Su magia… —dice enigmáticamente—. Has sacado sus ojos. El mismo color. Precioso. Y su misma magia. ¿También tienes visiones como ella? —¿Me equivoco o esos ojos astutos desprenden ahora una chispa diferente, como de entusiasmo?

Se llevó a mi madre por sus poderes. Así fue como comenzó todo, aunque luego se truncara. ¿Se cree que a mí me va a usar de la misma manera?

No respondo a su pregunta.

—¿Quién eres?

Esa sonrisa otra vez, encantadora.

—¿No lo sabes?

—Algo intuyo, pero prefiero que me lo confirmes tú.

—Mi nombre es Caspian Moray, aunque algunos me llaman el príncipe Negro. Soy el soberano del Reino Occidental, y creo que soy tu padre.

—El príncipe Negro está muerto.

Se mira el cuerpo.

—A lo mejor me equivoco… cosa que no suele pasar nunca, pero me parece que estoy bien y vivo.

—¿El príncipe Negro? —Esta vez es Azlan el que gruñe, y apoya una mano en mi hombro.

—Estamos perdiendo el tiempo —dice el príncipe Negro, y se gira de vuelta a su dragón—. Sopherina y Portia llevarán a tus compañeros. Tú móntate en Gwenhwyfar.

Su dragón agacha la cabeza y se sume a su lomo.

—No creo que sea buena idea. —Azlan arquea una ceja, preocupado.

—Todo te parece siempre mala idea —sonrío.

—El príncipe Negro es nuestro enemigo.

—Es mi padre.

—Eso dice él —comenta Stone sarcástico por detrás de mí.

—Lo es —afirmo con más confianza que la que realmente siento —. Es el hombre que sale en la foto del medallón. El antiguo dueño de este cuchillo. —Miro de reojo a Renzo y asiente como señal de acuerdo antes de arrodillarse y sacar el chuchillo de la arena para guardárselo en el bolsillo.

—Eso no significa que debamos ir con él —dice Tristan.

Los escudriño a todos. Sé que en muchas ocasiones me he comportado como una niñata, que me he marchado enfurruñada dejándolos con la palabra en la boca y sin otra opción que seguirme. Sé que no solo es una actitud infantil, sino también egoísta. Miro a la dragona dorada y luego me centro de nuevo en mis compañeros. Voy a procurar hacer esto de una manera sensata y madura.

—Ya habéis visto lo poco que nos ha faltado. Si no hubiera intervenido el dragón, estaríamos muertos… Christopher Kennedy nos habría matado. —Tristan resopla y lo fulmino con la mirada—. Simplemente estoy siendo realista. No tenemos ninguna posibilidad de vencerle, y lo sabéis. Pero quizá sí con su ayuda. —Me dirijo al príncipe Negro, que nos observa montado en su dragón—. Tiene dragones y combatientes. Visteis los estragos que causaron en la escuela y en el Consejo.

Spencer asiente, y Renzo está embelesado con los dragones. Al menos ya me he ganado a dos.

—Y resulta que lo llamé yo —digo a Azlan, Stone y Tristan— sin pretenderlo. Llamé a mi padre para que viniera a ayudarnos. Debe de ser cosa del destino. El destino debe de estar interviniendo para ayudarnos.

—¿En serio piensas eso? —pregunta Tristan.

—Sí. —Estoy convencida. ¿Por qué si no habría sucedido todo así?

—No me da buena espina —dice Azlan arisco.

—A mí tampoco —agrega Stone.

—Pues parece que no nos queda otra opción, tíos —dice Renzo.

—Y sabéis que va a ir con él tanto si nos gusta o no —subraya Tristan.

Le hago un mohín.

—Quiero que estemos todos conformes con esta decisión.

Azlan me mira a los ojos.

—Yo no, pero lo aceptaré. Solo… —Baja la voz—. Ten cuidado, Rhianna.

Creo que eso es mucho pedir. ¿Cuándo he tenido yo cuidado? Pero se lo prometo de todas formas y nos ponemos todos en marcha caminando con dificultad por la arena hacia los dragones.

La dragona me observa mientras me acerco y, cuando llego junto a ella, apoyo las manos sobre sus frías escamas.

—Hola de nuevo, Gwenhwyfar —sonrío; se me hace raro llamarla por su nombre. Pip me gruñe celoso—. Gracias por rescatarme. Supongo que ahora estamos en paz. —Emite un rugidito y baja la cabeza. Es demasiado grande para subirme yo sola, y no tengo a Renzo para impulsarme… Está ocupado subiéndose a otro más pequeño con Stone, que parece fastidiado por haberle tocado a él como su compañero de viaje.

Me concentro y, con Pip en brazos, me las apaño para elevarme yo sola en el aire con mi magia, tal y como hice aquella vez en el gimnasio para subirme a la cuerda. Ya arriba, me sujeto fuerte a las escamas y me monto.

Sigo sintiendo mariposas en el estómago, y no sé si es por la emoción de volver a volar en un dragón o por los nervios de estar tomando otra mala decisión.

Los demás dragones emprenden el vuelo. Spencer se pone a gritar de alegría, y se nota que Azlan se está conteniendo la sonrisa.

Cierro los ojos y me tranquilizo. Estoy haciendo lo correcto. Tiene que serlo.

La dragona abre sus alas y se eleva para seguir al resto. Pronto el convento no es más que una pequeña mota y atrás queda Isla Gris: vamos rumbo al oeste.

Nos lleva casi todo el día y parte de la noche, pero no estoy para nada cansada, y reboso de energía contemplando cómo sobrevolamos el campo y los sitios por donde pasamos hace

semanas con las motos y el coche de Winnie. Aquí arriba el viento sopla fuerte y es frío, por lo que me mantendría igualmente despierta, aunque no fuera por la adrenalina.

A Pip el paseo no le entusiasma tanto como a mí. De hecho, creo que le está gustando incluso menos que la manera de conducir de Winnie. Se echa a temblar como cuando estuvo enfermo, cierra los ojos y se hunde en mi regazo. Intento consolarlo acariciándolo y narrándole todo lo que veo, pero no quiere escucharme, así que al final me rindo y disfruto del vuelo. Es mil veces mejor que volar en escoba, pese a que me esté haciendo daño en las piernas y la espalda y me lloren los ojos. La dragona se mueve con mucha elegancia, es increíble.

Renzo dijo que mi padre descendía de los mismísimos dragones, y ahora empiezo a creerle. Es como si hubiera estado haciendo esto toda mi vida, como si este fuera mi sitio, lejos de todos mis problemas en tierra, surcando el cielo con la melena al viento y las estrellas brillando a mi alrededor.

Los otros dragones vuelan al lado y se van turnando para guiarnos, entrando y saliendo de formación. Mis compañeros me llaman entusiasmados desde sus puestos, y nuestros vínculos vibran a la par.

El amanecer nos sorprende mientras sobrevolamos la frontera con una preciosa luz dorada en el horizonte que delinea cielo y tierra a la perfección. Justo debajo de nosotros se halla un enorme campamento militar, con tanques, camiones y otros equipos aparcados en filas ordenadas; los soldados parecen hormiguitas desde aquí. Deben de habernos visto, porque nos llegan un par de descargas mágicas dirigidas directamente hacia nosotros. Los dragones los esquivan con destreza y pasamos por un terreno que no creo que pertenezca a nadie; vacío como un pueblo fantasma, con unos árboles muertos que parecen esqueletos clavados en la tierra quemada y unos cráteres gigantescos.

Tierra de nadie.

Y, así, con los primeros rayos del sol reflejándose en el cuerpo dorado de mi dragona, cruzamos al oeste. Más campamentos militares y soldados. No hay ninguna diferencia. Excepto que aquí

nadie parece percatarse de nuestra presencia, o si lo hacen, les da igual. Nada de disparos ni de ataques con magia. Las hormiguitas continúan liadas con lo suyo.

No sé adónde vamos. El oeste es una inmensa masa de tierra desconocida. No sé dónde habita la gente, ni cuál es su modo de vida.

Volamos sobre una zona desolada, seca y desnuda; solo hay polvo y arena, ni siquiera un raquítico arbusto o un cactus aislado. No hay arroyos ni ríos. Nada. Nada en absoluto.

Así es el oeste. Inhóspito y peligroso. Donde la gente lucha por sobrevivir. Donde se desterró a los magos oscuros como castigo.

El sol invernal calienta aún más la tierra agrietada, y seguimos volando hasta que divisamos algo en la distancia. Los primeros signos de vida.

Primero, una granja con el ganado masticando una hierba sin podar y con un campo de cultivo pajizo.

Después, un pueblo. En ruinas como tantos otros del país. Desierto y tapiado.

Y luego otro, y otro más, cada vez más grandes y juntos, hasta que se funden entre sí y forman un extenso núcleo urbano, con los típicos rascacielos en el horizonte.

Ahí es donde nos dirigimos. Lo presiento. Y ojalá se le pasara el enfado a Pip y me hablara.

No es la imagen que me había hecho del oeste. El paisaje desierto, sí. Pero ¿que hubiese pueblos? ¿Y una ciudad?

Está repleta de rascacielos oscuros, y no se ve a nadie caminado por sus calles estrechas. Parece más nueva y sofisticada que la capital. Más moderna, limpia y, en cierto modo, intimidante. Esta gente no parece para nada estar pasando por dificultades. Se ve una sociedad que prospera.

Echo un vistazo en busca de alguna pista de hacia dónde nos dirigimos, y entonces lo veo, justo en el centro de la ciudad, ligeramente más elevado que los demás edificios, en un montículo: un amplio complejo blindado por unas verjas oscuras de metal y cuyas instalaciones podrían describirse como un gran palacio con

jardines muy cuidados (el primer trozo de verde que vemos en kilómetros).

Los dragones comienzan a descender, en círculo, y me percato entonces de lo lujoso que es el palacio. Nada de mansiones color arena o con grandes columnas blancas, aquí todo es de un metal oscuro y elegante y con ventanales negros. Incluso las plantas tienen un tono púrpura oscuro. También hay guardias escondidos entre los edificios y los jardines, y salen formando un círculo según nos acercamos, hasta que aterrizamos en medio de ellos en una zona de césped.

Estos soldados no son como los que intentaron tenderme una emboscada. No llevan esos uniformes cutres, ni pasamontañas, sino unas capas largas que me recuerdan a la de Christopher Kennedy, guantes de cuero y unos cascos negros puntiagudos. Permanecen todos de pie rectos, con la cabeza gacha, esperando.

—La hemos encontrado —dice el príncipe Negro desde lo alto de su dragón marrón—. Mi hija ha vuelto. —Los guardias levantan la cabeza al unísono, alzan el puño y dan un zapatazo en el suelo—. Esta noche lo celebraremos con un banquete.

23

Renzo

Me deslizo por el lomo del dragón y aterrizo en una especie de jardín pijo.

¿Yo? ¿Renzo Barone en un puto palacio? El cerebro me cortocircuita, incapaz de procesarlo.

Pasas la vida como un marginado. Sin encajar en ningún sitio. Sabiendo que los demás no funcionan como tú. Espiando por las ventanas las vidas ajenas. No puedes ir a ningún lado porque te arrestan y encierran en cuanto te ven aparecer.

Y, ahora, aquí estoy, de paseo por unos jardines de lujo hacia un palacio.

¡Hay que ver cómo cambian las tornas!

Se me dibuja lo que Lowsky llamaría «una sonrisa de comemierda». La cara que ponía cada vez que completaba una misión en tiempo récord o con especial disfrute.

Hoy sonrío así por otro motivo, porque siento que este es mi lugar. No importa lo que piensen esos hijos de puta estirados con apellidos largos. Aquí encajo.

Nunca me ha importado no encajar. No me molestado lo más mínimo. Pero ahora sí me importa —ahora mi lugar está aquí con

ella—, y me doy cuenta de todo lo que me he estado perdiendo por gilipollas.

Mi ratoncito no sonríe. Se está mordiendo el pulgar, inspeccionando todo a su alrededor como cuando nos vimos por primera vez. Supongo que eso significa que está asustada. ¿De qué? Es una puñetera princesa. Literalmente. Si lo que dicen es verdad. ¿De qué va a tener miedo?

Le paso el brazo por los hombros y la estrecho hacia mí, lo que me vale varias caras de pocos amigos por parte de sus otros compañeros. No les gusta que la sobe. Pero a ella sí. No conocen esa faceta suya. Y puede que yo sea muy cortito para algunas cosas, pero no me pasa desapercibida la chispa de su mirada cada vez que la toco.

Mi colega el cerdito está mareado por el viaje, pero nos sigue al trote de todos modos.

—Ratoncito —le susurro a ella al oído cuando cruzamos un arco de acero oscuro y entramos a un patio rodeado por las altas y brillantes fachadas del palacio—. Si te apetece irte, solo tienes que decirlo y te teletransporto a otro lado lejos de aquí.

—Si nos vamos, nos vamos todos juntos.

—¿En serio? —A ver, me los llevaría a todos de aquí si ella me lo pidiera. La escenita con el Kennedy ese ha sido una pasada, lo repetiría si a ella no la entristeciera. Y tampoco quiero morir sin follarla unas cuantas veces más. Eso sí que sería triste.

Me mira. Joder, qué ojazos. Me hacen sentir cosas por dentro. Me revuelven todo. Pensándolo mejor, follar con ella es mejor que morir.

Muchísimo mejor.

—No quiero decir que… —prosigue—. Lo que quiero decir es que a partir de ahora iremos todos juntos a todas partes.

Miro de reojo al hombre de negro y al profesor, que están charlando entre ellos muy serios.

Yo creo que todo sería más divertido si solo estuviéramos ella y yo, sin los demás, y quizá en otro momento habría hecho algo para asegurarme de que así fuera. Sin otros tíos pululando por ahí, desviando su atención de mí y de mi polla. Pero es lo que hay. No lo he hecho ni lo haré, no solo porque me ponga cachondo cuando la

imagino con uno de ellos —algo por lo que me muerdo de rabia al no poder verlo de verdad—, sino porque soy consciente de que ahora las cosas tienen que funcionar así.

¿Quién me lo iba a decir? Yo aceptando lo que hay. Mi madre estará revolviéndose en su tumba.

—Como quieras —le digo—. Pero que sepas que estoy de tu lado, ratoncito, solo de tu lado. Me la suda el destino, las profecías, los padres y todo eso.

—Lo sé. —Apoya la cabeza en mi hombro de tal manera que acelera el pulso de mi inútil corazón.

Aspiro disimuladamente su olor. Joder, me encanta cómo huele. No es de esos aromas dulzones o florales que te empalagan, ni de esos tan sutiles que apenas se perciben. No. Una combinación perfecta de notas.

Se abre una puerta y pasamos al interior. El aire se torna al instante cálido, perfumado, y nos encontramos con un amplio pasillo elegante, pero desnudo. Avanzamos y, pese a que no veo a nadie, sí que siento su presencia. Entonces nos detenemos.

El príncipe Negro da un paso adelante, y mi ratoncito se escabulle de mi brazo y también da un paso. El príncipe Negro le sonríe y le toma la mano, un gesto que nos pone a todos a la defensiva. Parece que tampoco les gusta que la toque él.

—Me alegro tanto de tenerte de vuelta, hija… Es el mayor regalo que le pueden hacer a uno, un regalo que temía no recibir nunca.

—Tengo muchas preguntas —dice ella.

—Lo sé. Pero de eso ya hablaremos luego. Ahora, toca celebrarlo. Sopherina y Portia os enseñarán vuestros aposentos para que podáis lavaros y arreglaros antes del banquete. Se os proporcionará ropa nueva.

Me echo un vistazo rápido. Se me han jodido las botas por el agua y llevo la cazadora cubierta de sal marina. Aun así, no me las pienso cambiar. Me da igual dónde estemos.

Luego miro a mi ratoncito. Se le han cedido las zapatillas y se le salen al caminar, y lleva los bajos de los pantalones calados. Tiene las mejillas enrojecidas por el viento y el pelo enredado. Parece una diosa recién salida del océano. Está impresionante.

—Mis hombres pasarán a recogeros dentro de una hora —continúa el príncipe Negro. Se inclina para besarle la mano a mi ratoncito y nos despachan a toda prisa.

El profesor se acerca a nosotros mientras avanzamos por más pasillos. Este palacio es un puto laberinto. Su expresión delata que algo que le carcome; la misma que cuando era niño y alguien le tocaba las narices.

—¿Qué te pasa, profe? —le pregunto.

—Stone —dice entre dientes—. ¿Podrías llamarme de una vez por mi nombre?

Le miro fijamente. Ambos sabemos que no se llama así. Tiene nombre de ave. La que resurge de sus cenizas. Y por eso le tenía tirria de joven. Me daban ganas de robarle el nombre.

—¿No te resulta extraño? —le dice a él mi ratoncito—. No pensaba que el oeste fuera así.

—Y no lo es —contesta mi colega el ave fénix, examinando todo —, en absoluto.

—¿Tiene importancia? —pregunto.

—No —dice ella—. Es solo… es solo que no lo entiendo.

Las dos jinetes se detienen ante otra puerta, y una de ellas agita la mano para abrirla.

—Estos serán sus aposentos. Cada uno con su propio dormitorio.

Es la primera vez que nos dirigen la palabra, y tienen un acento muy marcado. No dicen nada más. Hacen una reverencia y se van.

Nos quedamos todos plantados delante de la puerta.

—¿Entramos o nos largamos? —propongo—. Nunca se sabe con esta gente.

—Entramos —zanja mi ratoncito—. Tengo que contactar con Winnie por radio y contarle lo que ha ocurrido. —Entra en la habitación y abre los ojos como dos lunas—. ¡Guau! —Gesticula con los labios.

Miro a mi alrededor. No tengo ni puñetera idea de casas, pero esta es un palacio, y deduzco que eso basta para impresionar a mi ratoncito. Recorre con la mirada la enorme sala. Está abarrotada de cosas. Pero lo único en lo que realmente me fijo es en lo oscura que

es… Sí que les ha dado fuerte por el negro aquí. Hasta las ventanas están tintadas.

Mi ratoncito le hace una caricia al cerdo cuando pasa por su lado husmeando y explorando, y luego saca la radio de mi mochila. Gira un botón y pulsa otros cuantos más, pero no se enciende.

—No funciona —dice frustrada.

El ejecutor se la quita de las manos y usa su magia para resucitar el aparato. Se enciende y empieza a sonar como electricidad estática. Toquetea los botones.

—¿Localizas a Winnie? —pregunta mi ratoncito, asomándose por su hombro.

Él frunce el ceño y sigue girando y pulsando botones.

—No —dice finalmente—. Estamos demasiado lejos.

—Pero hay que informarle de lo que ha pasado. Estará preocupada esperándonos.

—Rhianna —dice él—, Winnie es una chica muy inteligente. Cuando vea que no aparecemos, concluirá que el plan no ha salido como previsto y se pondrá ella misma a salvo. No tienes que preocuparte por ella. Y, de todas formas, ahora mismo no podemos hacer nada al respecto.

Mi ratoncito se muerde el labio y asiente.

Entonces se da cuenta de que hay un burro con ropa en medio de la habitación. Con trajes, vestidos y toda esa mierda.

Va para allá como un cohete y empieza a pasar la mano por todas las prendas.

—Son todos preciosos —murmura—. ¡Es imposible escoger!

—Tú estás bien te pongas lo que te pongas —le digo, y me mira como si me faltara un tornillo—. ¿Qué? ¡Es la verdad! —Me acerco a ella lamiéndome los labios. Cómo me gustaría lamerle a ella la sal que se le ha quedado pegada por todo el cuerpo.

Levanta una mano y me frena.

—Van a dar un banquete. ¡En mi honor! —dice boquiabierta, casi sin aliento, como cuando me la follé—. Y solo tenemos una hora para adecentarnos. No hay tiempo para tonterías.

—Siempre hay tiempo para las tonterías —mascullo.

Se coge un mechón de pelo y me dedica una mirada asesina.

—¿Te das cuenta de lo que voy a tardar en desenredarme el pelo?

Pongo los ojos en blanco y, con un chasquido de dedos, se lo dejo perfecto y sin ningún nudo.

Se me queda mirando aún más perpleja.

—¿Cómo lo has hecho?

—Lo aprendí de mi madre. —Bostezo y me dejo caer en el primer butacón que pillo—. Solía pedirme que la peinara.

—¿Peinarla? ¿Tú? —pregunta el chaval medio bestia, que se acerca a echar un vistazo a la ropa.

Vuelvo a encogerme de hombros. No es para tanto.

—Sí. Sé hacer trenzas y peinados de esos complicados. —Hago un gesto girando el dedo por mi cabeza para mostrar lo que quiero decir—. Y ondas y todo eso.

—¿Y también sabes maquillar? —pregunta Kennedy hijo con lo que parece una sonrisa vacilona.

—No, no le gustaba que le tocase la cara.

La sonrisa se desvanece.

—¿Me peinarías? —pregunta mi ratoncito.

Me crispo.

Hace mucho que no peino a nadie. Y no me gusta recordar aquellos tiempos, aunque eso es irremediable.

Pero me lo está pidiendo mi ratoncito. Y no puedo negarme. Sobre todo al imaginarme agarrándola fuerte del pelo. ¡Joder, sí!

—Vale —digo por lo bajini—, pero ¿tú qué me vas a hacer a cambio? ¿Chuparme la polla?

—Compórtate, Barone —farfulla el ave fénix, que también se acerca a mirar la ropa.

El chico bestia saca una percha con un traje negro y se queda admirándolo.

—Debían de saber que vendríamos. Todos los modelos están disponibles en cada una de nuestras tallas.

—Yo no pienso ponerme un traje de pingüino de esos —digo balanceando las piernas. Hasta ahora, a nadie le había importado cómo iba vestido.

Mi ratoncito levanta la vista de la falda de volantes que tiene en las manos y vuelve a mirarme.

—Pues creo que estarías muy guapo en traje, Renzo —dice.

Dejo las piernas quietas y la miro fijamente. ¿Lo dice en serio? ¿Está de cachondeo?

—¿Crees que estaría *guapo*?

—Sí.

—¿No te gusta la cazadora? —Tiro del cuello. Esta cazadora es mi amiga del alma desde hace mucho tiempo, pero la echaría sin problema a la basura si ella la aborrece.

—Renzo —dice arqueando una ceja—, sabes de sobra que estás guapísimo con esa cazadora. —Miro mi cuerpo. ¿En serio?—. Es solo que… —Se muerde el labio, seductora—. Estarías todavía mejor en traje. —Suelta un suspiro—. Lo estaríais todos, en realidad.

—Ya habéis oído a la señorita —dice el ave fénix lanzándome un montón de prendas—, tenéis que ir todos de etiqueta.

Me levanto de un salto y empiezo a quitarme la ropa.

—¡Eh, tío! —dice el chaval medio bestia—. No te desnudes aquí en medio.

—¿Por qué? —pregunto mientras me bajo los pantalones. No llevo calzoncillos y lo dejo todo al aire para que lo vean. Puede que no supiera que era guapo, pero sí que tengo un buen pollón—. Jugáis en el mismo equipo, ¿no? Seguro que se la has visto —le digo señalando con la cabeza a Kennedy.

—Pero nunca haciéndome un estriptis.

—Me la vais a ver cuando follemos todos juntos, así que más vale que os vayáis acostumbrando.

—Renzo —dice mi ratoncito—, vete a duchar.

—¿Vienes conmigo? —digo esperanzado, con mi polla ya endureciéndose ante la idea y el chico bestia poniendo cara de asco.

—¡No!

—Pero cuando te duchaste aquella vez con el profe…

—¡Que te vayas a duchar! —chilla señalando el baño.

Recojo mi montón de ropa y me voy al baño arrastrándola. Mi colega el cerdito me acompaña. Parece que a él no le traumatiza

verme desnudo. De hecho, se queda tumbado en el sueño del baño y se echa una cabezada mientras yo me ducho.

Cuando termino, me enrollo una toalla a la cintura y desempaño el espejo con la mano para verme la cara.

Nunca me había preocupado mi aspecto. Me importaba un bledo llevar la cara llena de cortes y cicatrices por todos los tajos que me metían. Es solo una parte más del cuerpo. ¿A quién le va a importar?

Pero a ella le gusta. Ladeo la cabeza a la izquierda y luego a la derecha. Le gusta a pesar de sus imperfecciones. Joder, creo que le gusta todo de mí pese a todas mis imperfecciones.

Encima del lavabo hay frascos de todo tipo de porquerías, incluso espuma de afeitar y una navaja. Lo lleno con agua hirviendo y me mojo la cara. Quema y duele, y a la vez me da un chute de emoción. Después me echo la espuma.

—Me estoy poniendo guapo para mi ratoncito —le cuento a mi colega, que abre un ojo y levanta la vista—. Sí, es una ridiculez, pero es lo que ella quiere.

Llaman suavemente a la puerta.

—Oye, Renzo —dice mi ratoncito—, ¿está Pip ahí contigo?

—Sí, ¿quieres que le dé una ducha a él también?

Pip me mira como diciendo «ni se te ocurra».

Mi ratoncito suelta una risita.

—¿Puedo entrar?

Le hago un guiño al cerdito. Quizá haya cambiado de opinión.

Abro la puerta y pasa, agachándose primero junto al colega.

—No te vendría mal una ducha, Pip. A menos que quieras ser el único que apesta.

Tiene el pelo mojado y está envuelta en una bata de seda que pide a gritos que la desaten. Supongo que ya se ha duchado.

Pip resopla y sale pitando tan rápido como se lo permiten sus patas rechonchas.

—Deduzco que eso es un no. —Me mira a mí—. ¿Te estás afeitando?

Me paso la mano por el pelo húmedo.

—Querías que me arreglara en condiciones —farfullo.

—Sí —dice, y entonces cierra la puerta. ¿Vamos a ensuciarnos de nuevo?

Señala la navaja.

—¿Puedo?

—¿Vas a degollarme, ratoncito? —susurro con tono sombrío.

No me contesta, coge la cuchilla y se acerca. Con la mano izquierda, me echa la cabeza hacia atrás, exponiendo mi garganta. Joder, lo mismo sí que me degüella. Eso o me clava los dientes.

Agarro el cinturón de la bata y la acerco más a mí.

—¿Qué vas a hacer, ratoncito?

Me mira a los ojos, presiona la navaja contra la piel suave de mi mentón y la va deslizando con firmeza por mi garganta. Pese a la espuma, noto un pinchazo. Un pinchazo tentador. Cierro los ojos y suspiro. Aclara la navaja en el agua y vuelve a pasarla.

—Más fuerte —le pido.

—No te muevas —me dice, como si supiera lo que tengo en mente.

Aprieta más y me hace un raspón. ¿Cómo es posible? ¿Cómo ha podido el destino crear a una chica tan perfecta para mí? Tenebrosa como yo. Dispuesta a complacerme en mis jueguecitos enfermizos. Me relamo y observo cómo baja la navaja por mi garganta una tercera y una cuarta vez, con esos ojitos concentrados y esos labios rosados fruncidos.

Coge una toalla de manos y me la pasa por la garganta no sin antes examinar su trabajo. Luego, mientras inspecciona mi mentón, humedece de nuevo la navaja. Me inclina la cabeza hacia un lado y me vuelve a dar otra pasada por la mejilla, sobre las cicatrices, hasta la curva de la mandíbula. Lo repite una y otra vez, limpiando la navaja tras cada uso. Después se detiene y pasa suavemente la yema del pulgar por la zona que ha afeitado.

—Qué suave —comenta.

—¿Y estoy guapo? —pregunto, sin poder creerme lo que acabo de preguntar.

—Mucho —dice en un susurro que me envía un escalofrío por todo el cuerpo.

—¿Sí? ¿Incluso con… —hago una pausa— con estos ojos tan raros?

—Me encantan tus ojos. —Observa primero mi ojo izquierdo y luego el derecho—. Son preciosos.

—Hostia… —digo pasmado.

Me mira a los dos ojos a la vez, como si buscara algo en el fondo de mi alma oscura. Joder, ¿cómo puede una mujer excitarme tanto con solo mirarme?

Me inclina la cabeza hacia el otro lado y me afeita la otra mejilla, luego el mentón y, por último, la zona del bigote.

Sostiene la navaja justo a esa altura y se muerde la lengua, concentrada. Acerca la navaja un poco más.

—¿No vas a dejarme bigote entonces? —pregunto.

—¡Hay que ver, no paras! Estate quieto, que no quiero cortarte.

—¡Pero si eso es lo más interesante! —Hago un mohín—. Venga, aunque sea un cortecito.

—No entiendo tu fascinación por la sangre —dice sujetándome la cabeza, y me pasa la navaja con mucho cuidado por el estrecho trozo de piel entre la nariz y el labio.

—Son muy bonitos como para estropearlos —explica.

—¿También te gustan mis labios? —le pregunto cuando retira la navaja.

—Ajá —dice admirando el resultado final.

Aprovecho para cogerle la mano con la que me estaba sujetando y la bajo por mi cuello, obligándola a rodearme con sus dedos. Entonces, la beso, y mientras lo hago, la animo a que apriete más fuerte. Capta la indirecta y me clava los dedos en la piel recién afeitada, de manera que mientras la beso me quedo sin aliento y aturdido.

Sin embargo, justo cuando la cosa se pone interesante, se aparta, con esa picardía y oscuridad típica en su mirada.

—No quiero hacerte daño.

—Pero yo sí quiero, ratoncito —gruño.

Apoya una mano en mi pecho.

—Para mí eres muy especial, lo sabes —dice antes de acariciarme la mejilla con la otra mano—. Y ahora estás aún más guapo.

Mi corazón deja de latir. Siento como si volviera a morirme cuando me sonríe y sale del cuarto del baño, dejándome solo entre el vapor, como una especie de fantasma asustado.

24

Tristan

Alguien toca a la puerta y una voz al otro lado nos dice que el banquete está a punto de comenzar y que nos están esperando. ¿Estamos listos?

Los chicos al menos sí. Estamos los cinco en fila, como pingüinos con nuestros trajes a juego y camisa blanca.

Bueno, en fila realmente no. Spencer no deja de dar vueltas y Barone está otra vez repanchingado en un butacón, hablando solo y con una gran sonrisa en la cara. Solo falta Rhi, que ha desaparecido en una de las habitaciones hace un rato cargada de vestidos.

Azlan se acerca a llamarla.

—Rhi, ¿estás lista?

—Casi, dame un minuto.

Azlan vuelve a nuestra *suite* e informa a la persona que está al otro lado de la puerta que saldremos enseguida.

Yo le digo entre dientes:

—Cómo se nota que no sabes nada de mujeres.

—¿Y tú sí? —dice cascarrabias.

—Lo suficiente para saber que, cuando dicen que estarán listas en un minuto, no es cierto. Media hora como mínimo.

Azlan no me toma en serio, pero Stone, que se está colocando la pajarita, asiente.

—Tiene razón.

Azlan nos mira, dudando entre si le estamos vacilando o no. Luego se dirige de nuevo hacia la habitación de Rhi con paso firme.

—¿Podemos ayudarte en algo? El banquete está a punto de empezar.

Me rasco el mentón ocultando la sonrisa que se me dibuja. Azlan no soporta llegar tarde, es superior a él. Es muy disciplinado y puntual, rozando lo obsesivo. No me extraña que nunca haya tenido novia.

Oigo a Rhi murmurar algo y Azlan se mete en la habitación.

—¿Creéis que vamos a volver a verles el pelo esta noche? —pregunta Spencer con un tono un tanto resentido. No le culpo. Aún no le ha echado el guante a Rhi y sé exactamente lo que se siente.

—Azlan prioriza la puntualidad al sexo, ya te lo digo yo —respondo.

Stone se ríe.

—No sé yo…

Clavo la mirada en la puerta y, de inmediato, me lo imagino tirando a Rhi encima de la cama y…

La puerta se abre y sale Rhi.

Joder, es como si la habitación se hubiera quedado sin oxígeno. Nos falta la respiración a todos. Está guapísima. Como la noche del Baile de la Victoria. Más guapa todavía. Un millón de veces más. Tan guapa que me revuelve las tripas. Tanto que el vínculo se está marcando un baile en mis entrañas.

¿Por qué? ¿Porque ya lo hemos sellado? ¿Por cómo se ha peinado hoy, por el corte sexi del vestido, por el maquillaje oscuro que resalta sus ojos color miel?

¿O simplemente porque me he enamorado un poco más de ella?

Joder, un poco, no… Mucho.

Abro la boca para decirle lo increíble que está, pero el capullo de Stone se me adelanta.

—Estás increíble, cielo.

Ella se sonroja, y recuerdo que esta chica no sabe todavía aceptar un cumplido.

—¿Me queda bien? —Alisa con las manos la seda escarlata que se ciñe a su cuerpo como el agua—. ¿No es demasiado…? Ya sabes…

—A mí me parece que tiene la cantidad justa de «ya sabes» —dice Spencer con un gruñido.

—Pero mi padre… —traga saliva—. Quiero estar presentable para mi padre.

Me entra un escalofrío; de nuevo esa inquietud de la que no me he podido deshacer desde que nos subimos a esos dragones.

No estoy convencido de que hayamos tomado la decisión correcta al venir aquí. No sé si fiarme de su padre. El mismísimo príncipe Negro. ¿Cómo es que sigue vivo? ¿Y cómo… cómo es posible que esto sea el oeste, ese lugar de mala muerte árido donde la gente se moría de hambre?

—Estás perfecta —dice Azlan, rodeándole por la cintura con un brazo, pero con la mirada puesta en mí; y leo la misma inquietud en sus ojos. Es más, el único que parece tranquilo ante esta situación es Barone, y francamente, eso no ayuda en absoluto a paliar mis reservas. Como si me leyera la mente, Azlan añade—: Esta noche tenemos que ser cautelosos y estar alerta. No sabemos si podemos fiarnos de esta gente.

—Nos han salvado de Christopher Kennedy —puntualiza Rhi—. Y es mi padre.

—El mismo padre del que tu tía te mantenía escondida —digo, y me arrepiento de inmediato, cuando se apaga la emoción que brillaba en sus ojos hace solo unos instantes.

—Sé a qué te refieres —dice—. Y sé que debemos ir con pies de plomo. Yo también tengo muchas dudas.

—Quizá, con suerte, podrás resolverlas esta noche —dice Stone.

Me giro hacia el profesor. Tiene un poder que ahora mismo sería de gran utilidad.

—¿Has conseguido averiguar algo en sus pensamientos?

Niega con la cabeza.

—Todos con los que nos hemos cruzado hasta ahora están bien entrenados para proteger sus pensamientos.

—Sigue intentándolo —le digo, y me lanza una mirada fulminante. Nunca le he caído bien.

—Pongámonos todos de acuerdo en estar atentos, especialmente con Rhianna —insiste Azlan, y asentimos conformes, incluso Barone.

—Sabéis que puedo cuidarme yo solita —protesta Rhi mientras Azlan la guía hacia la puerta.

—Sí, sí, ya lo sabemos, cielo —dice Stone.

—Eso no suena muy convincente.

Él le guiña un ojo, y nos ponemos en marcha, incluido el cerdo.

Azlan se para con la mano en el pomo de la puerta.

—¿También se viene el cerdo? —dice mirándolo.

—Oh. —Rhi se agacha—. Pip, creo que será mejor que te quedes aquí. —El cerdo gruñe como si no estuviera de acuerdo—. Me da que los banquetes son como los bailes. Estará abarrotado de gente, y no quiero que te aplasten.

—O que te confundan con el plato principal —se mofa Stone haciéndole un guiño al cerdo, que vuelve a gruñir, dirigiendo ahora su descontento al profesor.

Nos apretujamos para salir todos rápido sin abrir mucho la puerta, para evitar que se escape. Una vez fuera, el hombre que ha venido a buscarnos se nos queda mirando como si estuviéramos locos.

—¿El banquete? —pregunta Rhi, y como si le hubieran metido un petardo por el culo, el hombre nos guía por el pasillo.

Sigo a Rhi contemplando su espalda y deseando ser yo el que tiene la mano en su cintura, susurrándole al oído y haciéndole reír.

—Es duro el tener que turnarse —me dice Barone justo al oído, haciendo que me sobresalte. Parece casi decente con ese rostro suave como el de un bebé y ese esmoquin… si no fuera por el tatuaje que le asoma por el cuello y el hecho de que ha insistido en ponerse sus botas y se ha negado rotundamente a la pajarita, por mucho que Rhi se lo haya suplicado.

—¿Qué quieres decir? —pregunto con el ceño fruncido.

—Con ella. Es duro esperar hasta que te toca tu turno.

—Yo no…

—Aunque disfrutas observándola, ¿verdad?

—¿Qué? —mascullo. A este tío cuesta seguirle el hilo.

—Te gusta mirarla. Pasas mucho tiempo haciéndolo.

—Mentira.

—Hum… —dice con sus ojos fijos en mí—. Habría jurado que eras tú quien la observaba todas esas noches en la escuela.

Siento un escalofrío por la espalda. ¿Cómo sabe eso? ¿Debería confesarlo? ¿Negarlo? ¿Agarrarlo por el pescuezo y preguntarle por qué demonios lo sabe? Pero antes de tener siquiera la oportunidad de hacerlo, se vuelve hacia atrás y le da conversación a Spencer. A ver, supongo que hay que reconocerle el mérito por intentarlo.

El guía se detiene al final del pasillo y se gira.

—Su padre desea anunciar su llegada —dice antes de desaparecer. Nos quedamos esperando en el oscuro pasillo, oyendo de fondo el murmullo de muchas voces detrás del portón que tenemos delante. Entonces, suenan unas cornetas y se hace el silencio.

—Fieles súbditos del Reino Occidental. Estamos esta noche reunidos con motivo de una gran celebración. —Es la voz del príncipe Negro—. Hoy, la princesa real, mi hija, ha regresado conmigo. Está aquí de vuelta.

Se produce un silencio sepulcral seguido de fuertes vítores y aplausos. Si son sinceros, eso ya no lo sé; pero no soy tonto. He visto con qué destreza nos alentaban las animadoras y luego nos ponían a caer de un burro, sobre todo a las que les habíamos roto el corazón o herido el ego.

—¡Y eso hay que celebrarlo! —prosigue el príncipe Negro por encima del ruido. Se abre el portón y se revela ante nosotros un salón de baile enorme, al menos tres veces más grande que el gran comedor de la escuela, y repleto de magos ataviados con túnicas y vestidos negros, todos con la mirada fija en nosotros. No, en nosotros no. En Rhi, que está entre medias de los cinco.

El salón de baile es abovedado como la capilla del convento, excepto que aquí todo está construido con un metal oscuro e impecable, nada de piedra; con chimeneas titilando en los rincones y

proyectando sombras en las paredes, y a lo largo de la sala se extienden unas mesas interminables en las que están sentados los magos.

El príncipe espera en una mesa situada en una plataforma al fondo, en un asiento mucho más grande y barroco que los demás, y con una corona de metal negro azabache en la cabeza. Ya no lleva el traje de cuero, sino una larga túnica negra con bordados en tono escarlata que, a la luz del fuego, parecen llamas abrazando su cuerpo.

Extiende la mano en nuestra dirección.

—Ven, hija. Ven, princesa. Toma el lugar que te corresponde, a mi lado.

Rhi duda un instante, nos mira y camina entre las mesas ante las miradas atentas y los aplausos efusivos de todos esos magos.

Me recuerda a su primer día en la escuela. Cómo cruzó el gran comedor, sin uniforme, en vaqueros y sudadera, con el pelo desaliñado, sin una pizca de maquillaje, con la cabeza bien alta, sin importarle los cuchicheos de la gente.

Ahora muestra la misma actitud desafiante. Por muchas piedras que le pone la vida en el camino, Rhianna siempre se mantiene en pie, decidida a no caer nunca. No puedo estar más orgulloso de ella.

Quizá estamos exagerando al ser tan precavidos. Rhi es una puta reina. Debería estar sentada en un trono. Quizá este sea el lugar preciso al que el destino quería traernos después de todo.

La seguimos los cinco, examinados con el mismo interés, y cuando llegamos a la mesa alta, veo que también hay sitio para nosotros.

El príncipe negro señala otro asiento a su lado algo más pequeño, aunque igual de pomposo.

—Siéntate conmigo, hija —ordena. Luego apunta al asiento que está a su otro lado, ya más normalito—. Tú también, Kennedy.

Me estremezco. Sabe mi nombre. Sabe quién soy.

Rodeo la mesa y me siento en mi sitio sin quitar ojo a Rhi. El resto toma asiento también y me fijo en cómo escudriñan a la multitud en busca de peligro.

Cuando estamos todos sentados, el príncipe Negro alza las manos.

—Y ahora, a comer. —Da una palmada y entran un montón de camareros. A diferencia de los otros sirvientes y empleados, van vestidos con uniformes sencillos, y mantienen la mirada fija en el suelo; no como en la escuela, donde el personal de cocina era capaz de escupirte a la cara o de tirarte la comida en el plato de mala gana.

Una vez atendidas todas las mesas, los magos reunidos esperan expectantes mirando la mesa principal. El príncipe Negro examina los platos, se echa una porción de carne en el suyo e inmediatamente los demás empiezan también a servirse.

Miro mi plato, vacío.

No tengo apetito. Estoy de los nervios.

Miro a Rhi y ella está igual, jugueteando con los cubiertos mientras el hombre que dice ser su padre sigue llenándose el plato.

—En nuestro país es de mala educación no comer cuando te ofrecen comida —dice sin mirarnos, metiéndose un trozo de carne en la boca—. No está envenenada, te lo prometo. Tengo a alguien que lo comprueba.

Me quedo mirando la comida, con menos hambre todavía.

—Decían que tu país… No entiendo —murmura Rhi—. Decían que el oeste era…

—El peor de los infiernos —sonríe encantador, y sin embargo, no puedo evitar ver en él algo turbio—. Tal vez un día lo fuera, pero he trabajado duro con el fin de construir un hogar para nuestro pueblo, un país para ellos. La tierra donde ahora se asienta esta ciudad antes era un paisaje tan desolado como el resto del país. Con esfuerzo y determinación conseguí moldearla hasta convertirla en esta gran ciudad.

—Por lo poco que he visto, parece espectacular —dice Rhi.

El príncipe Negro la mira mientras da un sorbo a su copa de vino.

—Imagino que te habrán contado muchas mentiras —sonríe de nuevo y baja la copa—. He oído todo tipo de historias hasta sobre mí mismo. —Se inclina hacia delante y susurra melodramático—: que

soy una gran fuerza malévola que puso en jaque la existencia de la república.

Se ríe.

—¿Y no lo eres? —espeto con tono seco.

Parte una patata asada a la mitad con el cuchillo.

—Por desgracia, hay momentos en que todo gobernante se ve en la obligación de actuar con dureza por el bien común. A menudo no hay otra opción. Pero me enorgullezco de mi justicia y mi humanidad. Fue vuestro país el que atacó el mío durante todos esos años cuando descubrieron lo que yo estaba construyendo aquí. Simplemente defendí lo que era nuestro.

—¿Y ahora? —dice Rhi—. ¿No podrías encontrar un modo de firmar la paz?

—Ahhh. Supongo que te han contado que seguimos siendo grandes enemigos, cuando en realidad tenemos una relación simbiótica. Uno no podría sobrevivir sin el otro. Las guerras mantienen al pueblo distraído, Rhianna. Dales un enemigo común y serán un país unido. Mejor que la inquietud toque la puerta del vecino y no cruce el umbral de la tuya.

—¡Atacasteis la capital! —digo—. ¡Redujisteis nuestra escuela a cenizas!

Sacude la cabeza.

—Estaba buscando a mi hija. —Posa su mano en la de ella—. Y, por supuesto, me alentó a ello mi aliado.

—¿Aliado? —digo—. ¿A qué te refieres?

—Tu padre, el *lord* Protector, es un político muy agudo. Siempre hablaba muy bien de ti, Tristan Kennedy. Siempre alardeaba del líder que llegarías a ser. No me pilló de sorpresa que fueras uno de los elegidos para mi hija. —Mastica la carne grasienta clavándome la mirada—. Pensaba que estabas al corriente.

—¿H-h-has hablado con mi padre? ¿Con Christopher Kennedy?

—Pues claro —dice, y vuelve a beber de su copa—. Tenemos un trato. Da un trago largo al vino, que le tiñe los labios de rojo sangre —. O al menos, lo teníamos. Teniendo en cuenta mi última intervención, puede que ya no sea válido. —Baja la copa. Detrás, las grandes chimeneas centellean y la gente come, bebe y charla.

—Sigo sin entenderlo —dice Rhi con evidente frustración, y nuestro vínculo vibra de inmediato.

El príncipe Negro le señala su plato.

—Come. Ya habrá tiempo de hablar. Celebremos ahora tu regreso. El pueblo está muy agradecido. Yo más todavía. —Le pellizca la barbilla—. Has heredado su belleza.

Me vuelvo hacia toda esa gente. La verdad es que se les ve felices. ¿Es por la comida gratis y la barra libre de alcohol o realmente están eufóricos por el regreso de la princesa desaparecida? ¿Tanto significa para ellos? Echo un vistazo a la mesa de Azlan, Stone, Spencer y Barone. Ellos tampoco han probado bocado, ni siquiera el chalado de Barone. Están todos observando el ambiente, igual de perplejos que yo.

25

Rhi

Es la comida con más especias y sabor que he probado en mi vida. Despierta cada una de mis papilas gustativas y hace que me ruja el estómago, pero aun así, sigo picoteando.

Nada de esto tiene sentido, y este banquete está retrasando mi oportunidad de hacer todas las preguntas que me corroen por dentro, de conseguir quizás alguna maldita respuesta. Desafortunadamente, parece que esas respuestas no van a llegar pronto, porque en cuanto se vacían todos los platos, vuelven a aparecer esos camareros sumisos para recoger. Entonces, como por arte de magia —bueno, obvio que con magia—, las hileras de mesas desaparecen y entra una orquesta cargada con sus instrumentos.

—¡Hora de bailar! —exclama el príncipe Negro, que me agarra fuerte de la mano y me saca al centro de la sala, y la gente se aparta a nuestro paso.

—Queridos y fieles súbditos —dice dirigiéndose una vez más a su público, y me aprieta la mano—, el destino no solo nos ha devuelto a nuestra princesa, sino que también la ha recompensado con cinco compañeros predestinados.

Acto seguido, una marea de júbilo se propaga por la multitud; siento cómo bulle su magia y cómo se les ilumina la cara. El

entusiasmo supera al del anuncio de mi regreso.

Arrastro los pies y tengo el impulso de morderme el pulgar, pero el príncipe Negro me aprieta demasiado la mano. Después de todo lo que he vivido en la escuela, debería estar ya acostumbrada a ser el centro de todas las miradas y que cuchicheen sobre mí. Sin embargo, me sigue desestabilizando, y ahora mismo preferiría que me tragara la tierra.

—Cinco magos poderosos —continúa, señalando a Azlan, Stone, Tristan, Spencer y Renzo, aún sentados a la mesa—. Incluido el hijo del mismísimo *lord* Protector de la república. —Se oyen algunos suspiros de asombro y un par de risitas divertidas—. ¿Con cuál de tus compañeros bailarás primero, hija? —me pregunta.

Suspiro aliviada para mis adentros. Pensaba que me iba a sacar él a mí en el primer baile, algo con lo que no me sentiría del todo cómoda, ya que apenas hemos cruzado dos palabras. O peor todavía, pensaba que me iba a pedir que bailara sola delante de todos, como en una de esas pesadillas de las que te despiertas empapada en sudor. Aunque bailar con uno de mis compañeros ante tanta gente no será mucho mejor.

Deben de ver el horror en mis ojos, porque los cinco se levantan y me ofrecen su ayuda.

—¿Por qué no bailamos todos? —digo con una sonrisa titubeante —. Ellos también —agrego, señalando el público de magos.

El príncipe Negro asiente y, con otro chasquido de dedos, comienza a sonar la música; antes de darme cuenta, tengo a mi alrededor cada vez más magos bailando en pareja, con sus capas y vestidos ondeando con cada giro. Mi padre es engullido por la multitud y yo me quedo apretujada en un vaivén de brazos y manos.

La cabeza me da vueltas. Me siento perdida en un mar de gente, con una extraña sensación de miedo que me sube por la garganta, y de repente, caigo en los brazos de Tristan Kennedy.

—¿Te encuentras bien? —pregunta preocupado, con sus ojos verdes recorriendo todo mi rostro.

Respiro.

—Ahora sí.

Me recompensa con una de sus sonrisas, muchísimo más encantadoras incluso que las de mi padre. El tipo de sonrisa que hacía que a todas las chicas de la escuela se les cayeran las bragas. Y a algún que otro chico también, de haber tenido la ocasión.

—No tuve oportunidad de bailar contigo en el Baile de la Victoria, y lo estaba deseando.

—Pues probablemente fuera mejor así. La petarda de Summer Clutton-Brock me habría arrancado los ojos y el pelo de cuajo.

—No creo. Tú te habrías adelantado y la habrías fulminado antes de que hubiera dado un paso. Y lo mismo habrías acabado con ella de una vez por todas —dice sonriendo de oreja a oreja.

Sacudo la cabeza.

—Sigo sin entender por qué nunca me delató. Estaba desesperada por que me expulsaran y desaprovechó la oportunidad perfecta.

—No te delató —dice girándome y protegiéndome con sus brazos — porque me aseguré de que no lo hiciera.

Pongo los ojos en blanco.

—Esa chica haría lo que fuera por ti, pero aun así, me veía como un obstáculo entre vosotros dos, y por eso…

—Estaba celosa porque se dio cuenta de lo mucho que me atraías… Ella lo vio mucho antes que cualquiera. En su universo retorcido, quería que estuviéramos juntos, y yo sabía que era capaz de hacerte daño; así que la obligué a hacer una promesa inquebrantable: que no te delatara.

—Oh. —Me detengo—. ¿Hiciste eso por mí?

Asiente.

—De todas formas —dice, con la sonrisa desdibujándose de su rostro—, con la mentalidad que tiene, pensará que le ha salido bien la jugada: ha perdido un Kennedy, pero ha terminado llevándose otro mejor.

Resoplo.

—Tu padre es un gilipollas. Eres un millón de veces mejor que él, Tristan.

—A veces pienso que sí, que mi poder podría superar al suyo.

—No estoy hablando de magia —digo, olvidándome de todos los magos bailando a nuestro alrededor—. Me refiero a esto. —Le doy un toquecito en el pecho—. Eres mejor que él porque eres buena persona… cuando quieres.

—Lo intento. Me estoy esforzando en ser una mejor persona por ti. Estoy intentando desaprender toda la mierda que me ha inculcado.

—No lo desaprendas todo —digo con media sonrisa—, puede que lo necesitemos.

—Cierto —me susurra al oído—. No quiero acabar tan chalado como Barone. —Me estruja como si temiera que me arrebataran de su lado, pero eso no va a pasar. Apoyo la cabeza en su pecho y dejo que me abrace mientras nos balanceamos en medio de este mar de gente. Puede que no sea la forma correcta de bailar, ni que se considere siquiera decente, pero me da igual.

Me transporta al Baile de la Victoria, a cómo podría haber sido todo si los dos hubiéramos aceptado que nos gustábamos, si hubiéramos dejado que la atracción entre nosotros siguiera su curso natural, si hubiéramos reconocido lo desesperada que estaba nuestra magia por combinarse, si hubiéramos cedido.

—¿En qué piensas? —pregunta al sentir mi tristeza a través del vínculo.

—¿Alguna vez te has imaginado cómo habría salido todo si las circunstancias hubieran sido diferentes?

—¿Te refieres a tu padre? ¿A la relación entre él y tu madre?

—No, entre nosotros dos.

Se para.

—Joder, no hay minuto del día en que no me lo imagine.

Miro el verde intenso de sus ojos y, en el fondo, siento su sinceridad. Quiero contarle más, pero la mano de mi padre se posa en su hombro y lo aparta. Vuelvo a quedarme sola, contemplando cómo el príncipe Negro reclama su atención.

Me sobrepasa el caos de mis propios sentimientos.

Porque tiene razón.

¿Qué habría sucedido si mi madre no me hubiera abandonado? ¿Si se hubiera quedado aquí con él? ¿Si mi tía no me hubiera

escondido nunca? ¿Si él me hubiera encontrado?

¿Así habría sido mi vida? Lujo. Vestidos preciosos y alta gastronomía, viviendo en un palacio con sirvientes y súbditos.

Pienso en todos aquellos días de sufrimiento, luchando por sobrevivir, rebuscando comida, huyendo de quienes querían hacernos daño.

Mi vida podría haber sido tan distinta… Todo habría sido distinto.

La cabeza me vuelve a dar vueltas, y me invade esa misma sensación, impidiéndome respirar.

Me abro paso rápido entre el grupo de bailarines, la gente repartida por los laterales, los guardias y los sirvientes con la cabeza gacha, y me dirijo directa al pasillo. Siguiendo mi instinto, abro la primera puerta que encuentro y salgo al aire frío de la noche, con tal alivio que casi caigo de rodillas.

Los jardines están tranquilos y en silencio —menos mal—, y no tengo más compañía que la de un dragón solitario, rojizo y dorado que está sobrevolando en círculos.

26

Spencer

El salón de baile es enorme, pero como en cualquier otra estancia, no por ello uno deja de sentirse como en una prisión. No importa lo amplia que sea, las paredes se van estrechando y yo las araño buscando una salida. Encima, todo este gentío lo empeora y no dejan de darme empujones.

Ya no puedo más. Pero tengo que aguantar por ella, aunque cada hueso de mi cuerpo pida a gritos espacio, libertad, alivio. Hago de tripas corazón.

Entonces, la veo escabullirse sin que nadie se percate, y la sigo, como su sombra protectora. Le sigo la pista fuera del salón, por los pasillos, hasta salir a los jardines, donde el aire gélido me golpea como una bofetada en la cara.

La encuentro mirando al cielo, envuelta en una manta que antes no llevaba. Los nubarrones se han despejado y entre las estrellas, que parecen lejanas luciérnagas, hay una sombra dando vueltas.

—Creo que está haciendo guardia por mí —dice.

—¡Eso está genial! —Me froto las manos y los brazos.

—Al mismo tiempo da muy mal rollo —continúa, y al verme tiritar, me ofrece un poco de manta—. Estaba ahí colgada en una de las sillas de jardín. —Me acerco tanto que nuestros brazos se rozan,

y nos arropo bien a los dos—. ¿Qué se supone que tengo que hacer con un dragón?

—Montarte en él, según Barone.

Sonríe.

—¿Te ha gustado más el viaje en dragón que en escoba?

¿Tanto se me nota?

—Esa escoba no estaba diseñada para alguien de mi talla.

—Eres muy grandote.

Vaya, también se ha dado cuenta de ese detalle.

—Joder, qué frío hace —miento. No siento nada con ella tan cerca—. Anda, arrímate un poco más para hacerme entrar en calor. —Le paso el brazo por la cintura y la acerco de manera que queda justo delante de mí, y la rodeo con mis brazos y la manta. Para mi deleite, se acerca sin rechistar, aunque no sin su toque de sarcasmo.

—Podrías haber usado tu magia para calentarte, ¿sabes?

—Sí —digo eufórico—, pero así mola más.

—Mmm… Sí. —¡Ostras! ¿Es cosa mía o acaba de restregar su culo en mi polla?

—Es increíble que llevaras tú sola ese dragón, Rhianna Blackwaters. ¡Qué máquina estás hecha!

Me gustaría que se montara en otra cosa y sellar ya el vínculo. Hacer que todo esto sea por fin permanente. Estoy harto de sentirme tan lejos de ella cuando la tengo tan cerca. Pero me lo voy a tomar con calma. Tengo que mentalizarme de que no hay más remedio.

—Si te portas bien, a lo mejor te dejo que subas conmigo a dar una vuelta —me vacila.

—¿Y cómo te demuestro mi buen comportamiento?

Se queda callada, así que me la juego. Me la juego pero bien. Rezo a todas las estrellas del cielo para que no me salga el tiro por la culata. Al fin y al cabo, yo también merezco un poco de suerte, aunque a *ella* no me la merezca.

Inclino la cabeza y acerco mi boca a su cuello, deteniéndome y dejando que mi aliento acaricie su piel. Ella contiene la respiración y voy más allá y le doy un beso en el cuello.

—¿Así? —susurro.

No contesta, pero lo interpreto como un sí. La lleno de besos y le bajo los tirantes del vestido, rozando la piel suave de sus hombros, para luego continuar por su pecho.

—¿Esto es un ejemplo de buen comportamiento? —pregunto mientras froto la yema de mi pulgar contra su pezón, hasta que se arruga y se endurece—. ¿Te gusta?

—Ajá —dice con voz jadeante y echando la cabeza hacia atrás, lo que deja al descubierto su largo y precioso cuello. La agarro de la barbilla y la giro ligeramente hacia mí; esta vez la beso en la boca mientras le masajeo un pecho y ella sigue restregando su culo contra mí.

Ya no tengo nada de frío. De hecho, estoy que ardo. Si nos vuelve a interrumpir Barone, dejaré que la bestia tome el control y le rebane la garganta.

La beso apasionadamente, explorando su boca con mi lengua, succionando y mordiendo sus labios. Dejo que mi mano baje un poco más, a la altura de su tripa, y siento la cinturilla de las bragas por encima de la seda del vestido.

—¿Quieres que te demuestre lo bueno que puedo llegar a ser y cómo puedo hacer que te corras? —le digo, y recorro la cinturilla con un dedo para provocarla.

Me muerde el labio y lo interpreto como otro sí; le subo la falda del vestido y sumerjo mi mano en sus bragas, donde me encuentro una fina línea de vello y, más abajo, el comienzo de los labios de su coño. Está húmeda y pegajosa por la excitación, y la bestia gruñe en mi interior, sabiendo que es obra nuestra. Sabiendo que nos desea, pese a todas las veces que la hemos jodido. Quizá nos desea tanto como la deseamos nosotros a ella.

—¿Puedo tocarte? —pregunto, prácticamente suplicando. Pensar en este momento era lo único que me mantenía en pie en aquel calabozo infernal.

—No volverás a marcharte, ¿no? —me pregunta con ternura, mirándome a los ojos.

—Joder, no —prometo—, nunca. Ahora soy tuyo. Ambos lo somos. Y nunca te abandonaremos. —Introduzco un dedo entre sus labios y da un respingo, gimiendo, con los ojos cerrados—. Lo siento

—le susurro al oído mientras empiezo a trazar círculos en su sensible botón—, lo siento por todo. Por cada crueldad e idiotez por las que te he hecho pasar. Perdón por ser tan capullo. Perdón por no haber sabido ver lo increíble que eres, Rhianna Blackwaters. Perdón por no haber sido capaz de superar mis propios complejos y decirte cuánto significas para mí. —Se me quiebra un poco la voz—. Joder, lo siento de veras. Voy a dar lo mejor de mí para compensártelo, todos los días.

—Lo sé —me devuelve, sonrojándose—, y te perdono.

Me fallan las rodillas y la cabeza me da tantos tumbos que casi me caigo. Me perdona. A pesar de que no debería, a pesar de que soy un cabronazo. Me perdona de todos modos.

Vuelvo a besarla, con pasión, gratitud y algo que va más allá. La beso con todas mis fuerzas, jugueteando con su clítoris, hasta que la tengo gimiendo en mi boca y temblando en mis brazos; entonces, hundo un dedo dentro de ella. Apretadita y caliente, rompe en una convulsión de placer.

—Joder, cuántas ganas tengo de ti… —murmuro. Sé que aquí fuera es peligroso. En cualquier momento podrían darse cuenta de que la invitada de honor se ha ausentado de su banquete, y saldrían a buscarnos.

Me trae sin cuidado.

—Sí —jadea—, sí.

Encuentro el punto clave en su interior y se lo masajeo, mientras la sujeto del cuello y centelleo mi magia en su clítoris.

Cuando alcanza el clímax, me retiro deseoso de verla, de observar su cara. Se tensa un instante y, al siguiente, relaja el semblante, parpadea, se le suben los colores, y mientras su coño se apodera de mi dedo, suelta unos gemiditos muy sexis.

Considero tirarla al suelo y hacérselo aquí mismo. Si fuera cualquier otra chica, ni me lo pensaría. Pero algo me frena, y no es la amenaza de que nos pillen in fraganti. Es la necesidad de que nuestra primera vez sea especial.

Me río para mis adentros.

¿Especial?

¿Cuándo ha sido el sexo especial? Hasta ahora no había sido más que un picor que necesitaba rascar. Nada más.

Pero con ella creo que podría ser… sé que será mucho más que eso.

Así que me toca ser paciente.

La manera en que su coño se aferra a mí cuando saco los dedos me revela que no quiere que termine, y se le escapa un largo gemido. Me miro la mano y mis dedos brillan con su humedad. Huele un poco más amarga que la de las demás chicas. De costumbre, iría corriendo a lavarme las manos. ¡Qué narices! Directamente ni me molesto en hacerles un dedo así de primeras. ¿Por qué molestarte con un preliminar patético cuando puedes pasar al paso principal? Pero, de nuevo, esta vez es diferente. Me apetece conocerlo todo de ella, incluso cómo sabe. Así que me meto el dedo en la boca y lo chupo como si fuera un chupachups.

Tiene un sabor agridulce que vuelve loco al monstruo en mi interior, desesperado por liberarse y lamerla él mismo. Le opongo resistencia. Por mucho que haya mejorado nuestra convivencia, es mi momento con ella, y no pienso desperdiciarlo.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, Rhianna está girada de cara a mí, apoyada en mi pecho, ambos arropados todavía bajo la manta. Nos quedamos mirándonos y, entonces, hace lo último que me esperaría en el mundo. Se arrodilla en el suelo frío y se dispone a desabrocharme la bragueta del pantalón.

—Nos van a pillar —me quejo sin mucha preocupación, en realidad.

—Sabré si viene alguien.

—No tienes por qué hacerlo, no te sientas obligada.

Me sonríe.

—Spencer, ¿de verdad crees que haría algo obligada?

Le devuelvo la sonrisa. Cierto, no me imagino a Rhi haciendo algo sin que ella quisiera.

—¿Entonces lo haces porque realmente te apetece o porque piensas que te gustará?

Ladea la cabeza.

—Pues espero que ambas cosas.

—Solo para que todo quede claro, ¿te excita chupármela?

Pone los ojos en blanco.

—¿Quieres que lo haga o no?

—Sí, sí. —Coloco mis manos sobre las suyas para que no las quite. ¡Puf, qué ganas! Su boca. Sus labios aterciopelados y carnosos. Llevo tanto tiempo soñando con lo bien que se vería su boca alrededor de mi polla… Joder, no he tenido ese tipo de sueños desde que era adolescente—. Solo quería oírtelo decir.

—Spencer —dice mientras me baja la cremallera—, quiero chuparte la polla. —Entonces me lanza una de esas miradas desafiantes suyas, como si me retara—. Me gusta, ¿vale?

Joder, me acaba de matar. Suelto un gruñido y observo maravillado cómo me la saca de los calzoncillos y examina su longitud con una mirada lasciva, como si realmente le apeteciera hacer esto.

Otra puta novedad más. Pensaba que para las tías esto era un paripé igual que para nosotros hacerles un dedo. Que decían bobadas sobre lo magnífica que era tu polla y todo ese blablabá solo porque creían que tenían que hacerlo. Pero Rhianna Blackwaters mira mi polla como si de verdad estuviera deseando devorarla. Sin postureos. Todo auténtico.

Esta chica me sorprende cada día más.

Al arrastrarse hacia delante, la punta de mi polla le roza la mejilla y le deja un rastro plateado de líquido preseminal.

Entonces, me la atrapa con la boca y empieza a chupar. Y las estrellas del cielo parecen multiplicarse.

—Joderrrrr —gimo—. Joder, qué buena eres.

Traza círculos con la lengua en la punta como si quisiera saborear cada milímetro de mi miembro, y luego me la agarra con las dos manos y me masturba a la vez que chupa con todas sus fuerzas. Madre mía, qué bien se le da.

Me dolían los huevos casi como de forma crónica. Llevaba mucho tiempo sin follar, sin que se arrodillaran a comérmela así, sin masturbarme yo solo. Al principio, Rhianna ocupaba demasiado espacio en mi mente como para pensar en otras chicas, y mucho

menos en follármelas. Y, después, surgió todo lo demás, y una vez que se disipó el dolor, no quedó nada. No más sentimientos.

La más absoluta insensibilidad.

Ahora cada parte de mí se siente viva. Es como si su manera de chuparme la polla me devolviera a la vida. Me tiembla cada nervio. Me chascan los tendones.

No sé cuánto voy a aguantar. Quiero que dure para siempre. Que ella no se detenga jamás. Parece una reina, una diosa, aquí arrodillada ante mí, con las mejillas sonrojadas, y esa mirada intensa. Estiro los brazos y enredo mis dedos en su pelo oscuro, tan suave como la seda de su vestido.

Vuelvo a gemir. Nunca lo había gozado así. Nunca.

Quiero aguantar. Pero no puedo. Estoy demasiado sensible, demasiado cachondo. Mis huevos se tensan y, con un gruñido, derramo todo mi semen en su boca y veo cómo se lo traga.

—Buena chica —murmuro, sin ser consciente siquiera de lo que estoy diciendo. Es tal el subidón que no estoy seguro de tener los pies en el suelo—. Buena chica…

Cierro los ojos y disfruto de este momento de felicidad, suspendido en algún lugar entre el cielo y la tierra del que no me apetece bajar.

Había empezado a pensar que ya no volvería a sentirme así nunca más. Y que ella nunca me daría esto. Algo que muchos considerarían sucio, depravado. Yo, un cucho maldito. Es demasiado. Mi cuerpo tiembla, y no porque la bestia esté intentando salir. Es otra cosa. Todas las emociones que he estado reprimiendo, enjaulando en mi interior. Ahora están saliendo a borbotones.

Me arrodillo ante ella, con el cuerpo sacudido por los sollozos y la cara empapada de lágrimas saladas.

—¿Spencer? —dice, apoyando una mano en mi hombro—. Spencer, ¿qué pasa? ¿He hecho algo mal?

Niego con la cabeza, incapaz de hablar.

—Entonces, ¿qué pasa?

El ambiente huele a sexo. El olor de su excitación y la mía. Y cuando la miro con los ojos borrosos por las lágrimas, me fijo en que le ha quedado una gota de semen en la mejilla. Me mata por dentro.

—No me merezco esto. —Me sale del alma, sin la típica chulería del viejo Spencer. La verdad. Así de simple.

—No digas eso —responde seria.

—Es la verdad.

—Pues yo no estoy de acuerdo. ¿Sabes cuántos chicos quieren ser tú, Spencer Moreau? ¿Cuántas chicas desean estar contigo? —Enarca una ceja.

—Eso era antes de que conocieran mi verdadera naturaleza.

—¿No crees que ser un hombre bestia te hace un millón de veces más sexi?

Resoplo.

—No, me hace ser un bicho raro.

—Un bicho raro sexi —me chincha—. A mí el añadido del hombre bestia me pone mucho, la verdad.

Le sonrío y parpadeo para contener las lágrimas.

—Con esos gustos, no sé yo quién es más raro de los dos.

—Pues… Cinco compañeros, un cerdo como mascota… Te gano.

—Me gusta lo rara que eres. Más aún cuando lo eres conmigo. —Le limpio el semen y se lo ofrezco para que lo chupe. Me sostiene la mirada, me chupa el dedo y después se relame.

—Joder —murmuro—. Me encanta.

Me dedica una amplia sonrisa.

—Quiero sellar el vínculo —dice, y el corazón casi se me sale del pecho, latiendo tan deprisa que me da miedo que explote. Y luego se para en seco. Porque lo leo en su rostro, en esa sonrisa que se le va borrando. Hay un «pero». Un puñetero «pero».

—Pero… —la insto. Lo va a decir igualmente, así que, ¿para qué andarnos con medias tintas?—. No me has perdonado del todo.

Niega con la cabeza.

—No es eso. Es que… —Alza la vista hacia el cielo y el dragón que vuela en círculos sobre nosotros—. ¿Qué pasa si no soy quien tú crees? —Frunzo el ceño, no sé a qué se refiere—. ¿Qué pasa con la magia escarlata, Spencer? ¿Y si resulta que soy una maga malvada? —Baja la voz—. Soy la hija del príncipe Negro.

—Rhi, soy un tonto integral. Lo sabes de sobra. Pero si algo he aprendido, es que no hay buenos ni malos. Hacemos cosas buenas y

cosas malas. —Cierro los ojos, pensando en cómo la encerré en aquella taquilla, deseando no haberlo hecho nunca—. Solo tenemos que esperar hacer más cosas buenas que malas en la vida. Eso es lo que nos definirá como personas. Y sé quién eres, Rhianna Blackwaters. Estás un poco loca y eres una friqui de mucho cuidado.

Sonríe de nuevo y se le escapa una risita. Le cojo la mano.

—¿Te apetece volverte loca conmigo ahora? —digo en voz baja y con un tono lleno de deseo.

Va a decir que no. No es el momento. Deberíamos volver al banquete, socializar con esa gente y encontrar respuestas en este extraño lugar.

Ella asiente y me lanza una mirada seductora.

La ayudo a levantarse y la invito a irnos adentro.

—¿Sabes por dónde podemos ir? —le susurro mientras entramos.

Los pasillos están a oscuras y en silencio; la música y el barullo se oyen muy de lejos. ¿Nos habrán echado ya de menos?

Echa un vistazo por la izquierda y me hace una seña para que sigamos en esa dirección. Avanzamos juntos trastabillando, los dos con una sonrisa de oreja a oreja, y yo voy con el corazón a mil… y empalmado otra vez.

Se detiene ante una de las puertas cerradas.

—Creo que es esta —murmura.

La abro y asomo la cabeza. Sí, es esta. ¡Menos mal! La meto en la *suite* y luego en el dormitorio más cercano, enciendo una lamparita con mi magia y cierro la puerta con un conjuro que espero ninguno de los otros pueda romper.

Y, así, nos quedamos frente a frente, sin perder la sonrisa, durante un segundo antes de arrancarnos la ropa. Literalmente. Le agarro el escote del vestido y lo rasgo por la mitad; los pedazos de tela caen al suelo y la dejan en bragas.

—Oye —me regaña entre risas—, que no es mío. Y no tengo mucha ropa, Spencer.

—Mierda. —Le devuelvo la sonrisa con aire culpable y me paso la mano por el pelo—. Rómpeme tú también la mía.

Le ofrezco mi pecho. Me arranca la pajarita, me agarra del cuello de la camisa y tira con todas sus fuerzas. Nada.

—No puedo —protesta.

Sacudo la cabeza.

—Ya trabajaremos en ello, mejoraremos tu fuerza.

Cubro sus manos con las mías y la ayudo a rasgar mi camisa por delante, haciendo que salten los botones.

—¡Madre mía! —exclama mientras sus ojos recorren mis pectorales y mi abdomen—. ¡Qué morbo!

Sin embargo, no se detiene mucho más. Ataca directa a la cremallera de mis pantalones de traje al tiempo que yo me quito los zapatos y los calcetines. Luego se queda de pie delante de mí, en bragas. Son de encaje y seda, una mejora considerable desde la última vez que la vi en ropa interior, hace unas semanas en los vestuarios.

—Joder, Rhianna. Estás increíble. Deberías haber entrado al equipo de animadoras. Tienes el cuerpo perfecto para ello.

—¿Yo? ¿Animadora? —se mofa.

Me río mientras me quito los pantalones y los calzoncillos.

—Te imagino saltando con los pompones y vitoreando mi nombre.

—Spencer Moreau, retira eso —dice con una mano en la cadera de una forma que resalta sus curvas y hace que mi polla esté ya a punto.

—Hum… Me gusta la idea.

—Eso no va a ocurrir nunca.

—Vale, pero apuesto a que sí puedo hacerte gritar mi nombre. —Me acerco a ella.

—Te lo tienes un poco creído, ¿no?

Sonrío travieso. Luego me agacho y me doy un festín con sus tetas, chupando y succionando sus pezones duros. Todas esas dudas e inseguridades que sentía hace unos instantes en el jardín se desvanecen. Estar con Rhi es lo más natural del mundo. Creo que nunca había sonreído ni me había reído tanto con una chica. Nunca me había divertido tanto.

Mientras recorro su teta con mi lengua, le bajo las bragas y ella se contonea, lo que hace que le reboten las nalgas. Se las agarro y aprieto. Fuerte.

—¡Spencer! —chilla.

Me levanto y vuelvo a sonreír.

—¡Bingo!

—¿Qué?

—Has gritado mi nombre.

Me da un golpecito en el pectoral izquierdo.

—Esperaba que lo dijeras en otro sentido.

—¿Ah, sí? —La atraigo hacia mí—. ¿En qué sentido?

—Te gusta que diga estas cosas, ¿eh?

—Sip.

—En el sentido «métemela», «fóllame» —dice con sus ojos clavados en los míos.

—Hostias… —mascullo—. Me encanta cuando te pones a hablar en plan guarrilla. Vaya boquita tienes…

La empujo sobre la gran cama que hay detrás de ella, le cojo un muslo con cada mano y le separo las piernas, admirando los brillantes pliegues de su coño.

—Será mejor que haga caso a lo que la señorita me pide, ¿no? —Me acerco y me alineo con su vagina.

—¡El conjuro barrera! —grita, y murmuro las malditas palabras mágicas lo más rápido posible. Después respiro hondo, la miro fijamente, y dejo que mi polla se adentre en ella.

Gime como poseída, arqueando la espalda.

—Oh, sí… —murmuro. Quiero darla hasta hacerla perder el conocimiento. Pero también quiero que sea especial. Que lo disfrute ella. Así que la penetro despacio, rozando cada recoveco de su interior, calentándola poco a poco. Se retuerce en la cama y siento cómo su coño palpita contra mí mientras sigue gimiendo.

He visto mucho porno, he visto a muchas chicas fingir. Pero esto es erótico de verdad, y podría estar provocándola así eternamente, si no fuera porque pronto me suplica.

—Spencer —jadea—. Spencer, por favor.

—¿Por favor qué, compañerita? ¿Qué quieres de mí?

—Que me folles. Duro.

Suelto una risita. Otra vez ese vocabulario obsceno. Sin remilgos para pedir lo que quiere. Me encanta ese lado suyo.

La embisto unas cuantas veces más; en parte porque siempre me ha divertido provocarla, en parte porque me encanta sentir su coño en mi polla.

Cuando sus jadeos empiezan a acelerarse casi sin control, la follo duro, hundiéndome en ella una y otra vez, haciendo que la cama golpee contra la pared y que el suelo cruja.

Quizá debería preocuparme por si nos descubre alguien, sobre todo cuando ella se vuelve más ruidosa y gime cada vez más alto, pero yo he tenido que aguantar oírla en otras ocasiones. Ahora es mi turno.

—Vamos, Rhi, córrete para mí y di mi nombre.

Se aferra a las sábanas enredadas bajo su cuerpo y se muerde el labio. Y casi está.

Levanto sus piernas y las apoyo en mi pecho para cambiar de ángulo y darle justo dónde lo necesita. Y ahora sí que se corre. A voces, gritando mi puto nombre más alto que cualquier animadora. El mayor chute de autoestima de toda mi vida. Y yo también me corro justo después, derramando mi semen por segunda vez, solo que esta en lo más profundo de ella y con su coño apretándome.

—Cielos… —mascullo mientras el éxtasis se apodera de mí y el vínculo ruge y se tensa. Se asienta en mis entrañas y siento todas las emociones de Rhi, me transmite todo ese placer que está experimentando—. Cielos, Rhi…

Ya está hecho. Hemos sellado el vínculo y el monstruo ronronea más satisfecho de lo que jamás le había visto.

27

Rhi

A Spencer se le dibuja una enorme sonrisa mientras cae desplomado en la cama, y me atrae hacia él.

—Joder —dice eufórico—. Ha sido increíble.

—¿La sensación al sellar el vínculo? —le pregunto.

—El vínculo, tu coño, tu coño envolviendo mi polla. Todo. Me abraza y me besa en la boca. Creo que nunca había visto a Spencer Moreau así de feliz, ni siquiera cuando ganó la copa de duelo.

Se retira y me mira.

—¿A ti también te ha gustado? —dice, sonriendo todavía, porque el tío nunca es que haya sido modesto precisamente, y sabe que me ha gustado—. ¿Te sientes bien?

Le devuelvo la sonrisa.

—Sí, estoy bien.

Se acomoda y me abraza muy fuerte; enseguida su respiración se vuelve más suave y noto que se queda dormido.

Yo me quedo tumbada a su lado.

No quería decírselo, no quería cortarle el rollo, pero me siento distinta. No solo por el nuevo —y último— vínculo, vivo y vibrante en lo más profundo de mis entrañas. Mi magia también.

Con cada vínculo sellado se ha ido fortaleciendo un poco más. Esta vez, en cambio, es diferente. Esa magia oscura que llaman magia escarlata se extiende por todo mi cuerpo, más fuerte que antes, siseando en mis venas, potente, aplacando mi otra magia.

¿Qué significará?

Las palabras de Christopher Kennedy siguen reconcomiéndome: hay algo en ser la hija del príncipe Negro que me incomoda. La explicación de mi padre me reconfortó en cierto modo, y Spencer había calmado mis preocupaciones. Ahora vuelven a inundarme. El miedo se fusiona con la magia oscura en mi interior.

Me pongo a mirar al techo, asustada. Me apetece quedarme aquí con Spencer, acurrucados. Su presencia me hace sentir mejor y me da miedo que mis temores y la magia oscura me asalten si salgo de esta cama. Pero tengo que regresar a la fiesta. Seguro que ya se han percatado de que no estoy, y quién sabe lo que pensará la gente de mí.

Con cuidado, me quito de encima el brazo de Spencer, me incorporo y me arrastro por el colchón. Cuando ya estoy sentada en el borde de la cama, Spencer se sobresalta.

Al principio creo que le he despertado, pero entonces comienza a convulsionar con violencia. Se está transformando, y yo me quedo ahí pasmada observando cómo su cuerpo se cambia dolorosamente por el de la bestia.

En cuestión de minutos, mi mirada se cruza con los ojos de la bestia, que brillan con un color castaño.

—¿Tienes miedo, compañerita? —me pregunta con una mirada intensa.

—No —digo, y vuelvo a acostarme a su lado—. Es solo que no te esperaba.

Se relame.

—No he podido resistirme —dice, bajando la mirada por mi cuerpo desnudo—. Te ha hecho suya —gruñe—. Se ha corrido dentro de ti.

Me sonrojo. No me importa decir guarradas con Spencer, pero con la bestia ya es otra cosa.

—Hemos usado un conjuro barrera —le cuento, prediciendo lo que tiene en mente. Resopla, claramente descontento—. Tener un bebé no forma parte de nuestros planes.

—Pero habéis sellado el vínculo. Ahora eres nuestra. Estamos unidos para siempre.

No sé por qué, pero la manera en que lo dice me hace estremecer. La bestia levanta una de sus enormes patas y la desliza por mi cuerpo; las almohadillas son duras y callosas, y tiene las garras retraídas. Tiemblo aún más.

—Qué cosita más bonita y sensible. ¿Te ha hecho llegar a lo más alto?

Asiento.

—A mí también me gustaría llevarte a lo más alto, compañerita. Una y otra vez.

Trago saliva con dificultad. Esto no lo había planeado. Tengo una visión clara de lo que le cuelga entre las patas, y es bastante monstruoso.

—¿O tal vez podrías chupármela como se la has chupado a él? —Saca una garra, la posa bajo mi mentón y me levanta la cabeza para encontrarse con mi mirada—. Se te veía tan preciosa bebiéndote su semen. Como una cosita hambrienta y ansiosa.

Abro la boca para contestarle. No puedo negar que la bestia despierta algo en mí, porque diga lo que diga Winnie, es evidente que soy una guarra degenerada que se pone cachonda con cada uno de sus compañeros independientemente de lo que hayan hecho… o de lo que sean. Y aun así…

—¿Qué tal si nos quedamos aquí tumbados charlando? —sugiero.

—¿Voy demasiado rápido, compañerita? No pasa nada. He esperado una eternidad hasta reencontrarme contigo. Puedo esperar un poco más.

—¿Qué quieres decir? —pregunto con el ceño fruncido.

—Llevamos siglos destinados a estar juntos, a través de los tiempos —dice acariciándome con el pelaje de su pata—. En diferentes formas. En diferentes lugares. A veces, durante un tiempo efímero. Otras, durante toda una vida humana.

Recuerdo lo que me contó Ellie sobre que las parejas predestinadas permanecían unidas para la eternidad. ¿Es eso a lo que se refiere?

Winnie parece convencida de que soy la reencarnación de la reina Æðelflæd. Pero puede que solo fuera en uno de esos tiempos, un momento en el tiempo en el que destino nos unió a todos. Quizá se diesen otras ocasiones también.

Todo esto es muy fantástico. No me entra en la cabeza. Pero aquí estoy, tumbada en la cama con un hombre bestia, en un palacio al que he llegado a lomos de un dragón dorado.

Tal vez todo sea posible.

—Solo nosotros o…

—Los seis, compañerita.

—¿Y cada vez que nos hemos cruzado tú has tenido siempre la forma de un hombre bestia?

No parece escucharme. Sigue acariciándome y me hace un pequeño rasguño. A la altura de mi tripa, se detiene y ladea la cabeza. Se le ilumina la mirada.

—Algo en ti ha cambiado. Noto algo distinto.

Me quedo muy quieta. Quiero volver a tragar saliva, pero no me atrevo, y le sostengo la mirada, sin pestañear, negándome a revelar nada.

No puede saberlo, ¿verdad? Es imposible.

Traza un círculo con la garra alrededor de mi ombligo.

—Hay algo oscuro acechando en tu interior. Siempre ha estado ahí. Oscuro, siniestro, poderoso. Ha crecido… aunque algo lo reprime. —Bajo la vista hacia mi tripa, ahora cubierta de arañazos, y casi alcanzo a ver la magia oscura arremolinándose por debajo de la piel—. Podrías destruir el mundo si quisieras, compañerita. Aplastarlo todo. Como ya elegiste hacer una vez.

Frunzo todavía más el ceño.

—¿La reina Æðelflæd? Ella salvó el mundo. Fue una buena gobernante.

—¿Lo fuiste? —me pregunta, indagando en mi mirada.

—Piensas que soy ella. O que ella es yo.

—Tú eres tú, compañerita. Cada vez que nos hemos cruzado. —Inhala mi olor—. La moneda siempre tiene dos caras, y nadie sabe de cuál caerá. Cada vez es diferente. Me pregunto cómo caerá esta vez.

—¿A eso se refiere la profecía? —le pregunto.

Me aprieta un pecho con la pata, sin perder ese destello en los ojos.

—La profecía… —ronronea—. ¿Necesitas que una profecía te diga cuál es tu destino?

Me levanto de la cama, más perturbada por sus palabras que por su invitación a chuparle su miembro gigante.

—Compañerita, te he asustado —dice un tanto preocupado.

—No entiendo de qué me estás hablando. —Recojo las bragas y el vestido roto del suelo y me apresuro hacia la puerta—. Necesito un vaso de agua.

La puerta está bloqueada, pero me las apaño para romper el hechizo de Spencer y salgo a la *suite*, con un dolor agudo en el vínculo recién sellado.

Pip viene trotando a mis pies, resoplando. Estoy demasiado angustiada para prestarle atención, así que me visto y arreglo el vestido con mi magia.

Este secreto que he estado guardando, este miedo que ha ido creciendo en mi pecho… Es todo verdad. Hay una oscuridad habitando dentro de mí, una oscuridad que siempre ha estado ahí. Solo la presencia de Pip ha conseguido reprimirla, y ahora la siento más fuerte y peligrosa que nunca.

Quiero contárselo a Azlan o Stone. ¡Maldita sea, ojalá estuviera Winnie aquí! Pero no puedo contárselo. No puedo contarles la verdad.

Que quise matar a Christopher Kennedy. Disfruté de la oportunidad de hacerlo. Sentí cómo esa magia escarlata me cosquilleaba, y ahora amenaza con apoderarse de mí.

Me quedo de pie en medio de la *suite*, con el corazón en un puño y esa magia oscura silbando y sumiéndome presa en la indecisión: ¿qué hago?

Pienso en las palabras de Spencer.

«Son los actos los que nos definen, no de dónde venimos.»

Pero ¿cuáles han sido mis actos? He matado y mutilado. Estoy enamorada de unos hombres que matan por diversión, que me han torturado y me han herido a su manera. ¡Por no hablar de mi temperamento! Ataqué a Spencer y Summer con magia escarlata. Tuve suerte de no haberlos matado. Y no será porque no me han faltado ganas de cargarme a Summer Clutton-Brock y su grupito. ¿Me convierte eso en una mala persona? ¿Una persona malvada? ¡Seguro! ¿Es la sangre oscura que me corre por las venas, la magia escarlata, la que me hace ser así? ¿Es Pip, mi fiel amigo, lo único que me ha impedido caer completamente en la oscuridad y destruir el mundo? Y ahora que esa magia es más arrolladora que nunca, ¿acaso hay algo que pueda detenerme?

¿Y si soy un ser más siniestro y tenebroso que el propio *lord* Protector?

La bestia parece pensar que sí que lo soy. Y que he estado en el pasado.

Aunque también decían que el príncipe Negro era un mago oscuro, ¿no? Un hombre perverso. Y por ahora no se ha mostrado así. Se le ve encantador, con su reino próspero, sus súbditos leales y felices, celebrando el regreso de su hija.

El dolor de estómago por el vínculo es insoportable y me agacho a rebuscar algo de savia de sauce entre las pertenencias que hemos traído.

—Rhianna. —Alzo la vista y me encuentro a Azlan en la puerta—. Te estaba buscan… ¿Sucede algo?

—Nada —respondo secamente, sacudiendo los bolsillos vacíos—. Estoy buscando savia de sauce.

Azlan mira hacia el dormitorio.

—Has sellado el vínculo con Spencer. Lo he sentido. Lo hemos sentido todos.

—Sí —murmuro casi retorciéndome de dolor.

—¿Qué haces que no estás ahora con él? No hace falta la savia de sauce si…

—Es complicado.

Se acerca y se agacha junto a mí, posa un dedo en mi barbilla y levanta mi cara hacia la suya.

—¿Me vas a contar qué te pasa o voy a tener que sonsacárselo a él a hostias? —Su voz suena cargada de amenaza.

—Spencer no tiene nada que ver. Quería sellar el vínculo con él. Quería estar con él.

—Entonces, repito: ¿por qué estás aquí y no con él en la cama?

—Tengo que volver al banquete —murmuro sin mucho entusiasmo.

—Muy bien —dice, y se pone en pie, se cruje los nudillos y camina hacia el dormitorio.

—¡Espera! ¡No!

Se para, pero no se gira.

—Algo ha cambiado. —Me duele mucho. Aprieto los ojos y los dientes.

—Tus poderes han vuelto a crecer. Ocurre cada vez que sellas el vínculo con uno de nosotros. Aumenta tus poderes.

—Sí, pero esta vez es diferente.

Vuelve a agacharse a mi lado, coge su capa de la pila de ropa, saca del bolsillo la savia de sauce y me la da. Mastico las hojas y el dolor se alivia de inmediato. Suspiro y me siento en el suelo.

—Explícamelo —dice.

—La magia oscura… la magia escarlata la siento más fuerte que antes. Mucho más fuerte. —Observo su rostro con angustia. ¿Es ahora cuando Azlan, siempre tan fiable y leal, al fin se da cuenta de lo jodida que estoy y me repudia?

Permanece impasible.

—Es lógico, Rhianna. Sellar el vínculo ha aumentado tus poderes… todos tus poderes.

—Pero la bestia ha dicho…

—¡¿La bestia?! —gruñe.

—Viene incluido… —agito las manos atacada— en lo que sea que es esta situación.

—Familia.

—Vale —digo—, la bestia es tan parte de esta familia como tú o como yo.

Azlan asiente sin discutir. Tal vez una bestia y un asesino no sean sus miembros predilectos en esta familia, pero la suya de sangre incluye un psicópata sediente de poder, así que no tiene de qué quejarse.

—¿Qué te ha dicho la bestia?

—Piensa que ya nos conocemos de antes, que estuvimos predestinados en vidas pasadas.

—Me recuerda a las bobadas esotéricas de Ellie.

—Eso no es lo que me preocupa —digo frotándome las manos, y me las agarra fuerte.

—¿Qué es lo que te preocupa, compañerita? —pregunta con ternura.

—Dice que siempre ha sido igual: cada vez que nos hemos encontrado en esas vidas pasadas, siempre albergaba tanto luz como oscuridad. A veces era la luz la que se imponía y… y… a veces la oscuridad… —No termino la frase, y observo de nuevo su rostro, con el corazón en la garganta.

—Mmm… —Sopesa mis palabras—. Spencer… Spencer no es el primer hombre bestia con el que me cruzo, Rhianna. Todos me parecen muy místicos y supersticiosos. Quizá sea por las circunstancias en las que se encuentran, quizá necesitan algo más grande en lo que creer para perseverar ante los prejuicios y la persecución. —Voy a contestarle, pero continúa hablando—. O quizá sepan más que nosotros. Quizá tenga razón. ¿Qué más da lo que hayas hecho en otras vidas pasadas? ¿Lo que hayamos hecho todos en general? Lo único que cuenta es el presente y lo que decidamos hacer ahora.

—Eso es lo que me ha dicho Spencer —mascullo—, que las decisiones que tomamos es lo que determina lo que somos.

—Entonces más vale que le escuches a él en lugar de a la bestia —dice con sarcasmo, y sonrío—. Rhianna —dice tirando de mí hacia él—, me he pasado la última década persiguiendo a gente mala…

—Gente mala como yo.

—No, Rhi. Tú no eres mala. Si te soy sincero, muchos de ellos no eran malas personas, simplemente se toparon con el bando equivocado de las autoridades. En cambio, algunos sí que eran

malos de verdad, de lo peorcito. Y te digo con la mano en el corazón que tú no eres como ellos. En absoluto.

Respiro hondo. Su olor masculino invade mi nariz y me llena los pulmones antes de exhalar lentamente.

—¿Y si la magia siniestra se hace con el control? ¿Y si no puedo manejarla? Tengo muy mal genio y no siempre soy la más paciente del mundo.

Azlan me sienta en su regazo.

—¿En serio? No me había dado cuenta —me vacila, y le pellizco el bíceps—. Ni tampoco de tus agresiones aisladas —dice tocándose justo donde le he pellizcado—. Ya en serio, Rhianna, te creo. Te creemos todos Y si eso sucediera, si alguna vez te costase controlarla, estaríamos ahí para ayudarte. Te lo prometo.

Me acurruco contra su robusto torso. Hay algo en sus brazos, fuertes y fiables, que me hace sentir segura, como si nada ni nadie pudiera hacerme daño.

—Gracias, Azlan.

Me acaricia la mejilla y enreda los dedos en mi cabello.

—Ambos pecamos a veces de ocultar nuestros sentimientos. No soy precisamente el mejor hablando de los míos, pero creo que debemos intentarlo.

—Sí. —Me siento mejor después de hablar con él, mis preocupaciones se disipan. Lleva razón, tengo a estos cinco hombres aquí para ayudarme… para ayudarme a tomar las decisiones correctas—. No obstante —añado—, me parece que eres muy bueno compartiendo tus sentimientos de otras maneras.

—¿Ah, sí? —dice bajando la voz, y me sujeta del pelo con más fuerza—. ¿Cómo, compañerita?

—Con tus labios. —Paso los dedos por el contorno de su boca—. Con tus manos. —Le quito la mano de mi cintura y le acaricio los dedos—. Con tu cuerpo. —Le acaricio el pecho—. Y con tu polla. —Lo agarro por la parte delantera de sus pantalones, dura y abultada.

—Te has olvidado de mi lengua —gruñe, y me lame el cuello antes de sumergir su lengua en mi boca. Me acomodo y me siento a horcajadas sobre su regazo mientras me besa. Me froto contra él.

Apuesto a que Winnie pondría el grito en el cielo si me viera. De verdad, estoy cachondísima. La culpa es del vínculo y las hormonas, y el hecho de que el destino me ha regalado a los que posiblemente sean los cinco hombres más buenorros del planeta. Así no puedo hacerme responsable de mis actos.

Supongo que Azlan está pensando lo mismo.

—Tienes un apetito insaciable —gruñe en mi boca—. Vas a necesitar a los cinco para satisfacerlo.

Sus palabras me hacen estremecer de deseo, y antes de que me dé cuenta, me tumba en el suelo y me levanta el vestido.

Por si hacerlo en el dormitorio no era arriesgado, ahora lo estamos haciendo aquí en medio de la *suite*, a la vista de cualquiera que entre buscándonos.

Debería importarme.

Pero no es el caso.

Lo único que me importa son sus manos sobre mi cuerpo, su boca sobre mi piel y él dentro de mí. Sus dedos surcan mis pliegues —todavía húmedos y con el rastro de Spencer— y me restriego contra él, con un gemido burbujeando en mi garganta.

No se molesta siquiera en desvestirme ni desvestirse él. Se baja la cremallera, se libera y murmura el conjuro barrera.

Luego, con los brazos apoyados a ambos lados de mi cabeza, me penetra.

—Me encanta sentirte dentro de mí. —Lo observo hipnotizada por el modo en que usa su cuerpo fuerte para darme placer, el modo en que se introduce en mí, reverberando en mi clítoris y haciendo que pierda la cabeza en un mar de sensaciones.

—Porque tú eres mi lugar —dice con esa voz ronca suya, una voz que retumba en su pecho y parece vibrar también en el mío.

Cuando vivía sola en el bosque, solía imaginarme cómo sería este momento. Y no se parecía en nada. Me siento tan vulnerable y a la vez tan querida… Es algo tan invasivo y al mismo tiempo tan íntimo… Tan crudo a la par que cerebral… Nunca pensé que fuera posible sentir esta conexión con otra persona.

Al correrme, arqueo la espalda y un latigazo de felicidad atraviesa todo mi cuerpo. Azlan se queda mirando cómo me retuerzo debajo

de él, y cuando paro, me da la vuelta, presionando mi pecho contra el suelo, y me levanta las caderas. Entonces empieza a darme por detrás, y la postura hace que sea incluso más profundo e intenso. Estiro los brazos, araño el suelo pulido y me arqueo como una felina, obligándolo a hundirse todavía más.

—Joder —dice clavando los dedos en la carne de mis caderas—. Joder, compañerita. Estás deliciosa.

Abandona su ritmo delicado y me embiste una, dos, tres veces, hasta correrse dentro con la cuarta, jadeando de tal manera que me lleva al orgasmo de nuevo. Luego se deja caer encima de mí, me aparta el pelo de la cara y me besa la mejilla.

—Eres buenísima —me susurra al oído, y me levanta en brazos para llevarme de vuelta a la cama junto a un dormido Spencer. Me revuelvo y me acuesto hecha un ovillo junto al cuerpo caliente de Spencer, mirando a Azlan—. Duerme un poco —murmura a punto de marcharse. Lo agarro de la muñeca.

—No te vayas —le digo dando una palmadita al colchón.

—No hay hueco —refunfuña.

Le lanzo mi mirada más decidida.

—Hay de sobra. —Vuelvo a dar una palmadita al colchón.

Menea la cabeza, pero finalmente se quita la americana, la camisa y los pantalones, que se han quedado arrugados, y se mete en la cama conmigo.

Acurrucada de espaldas a Spencer, rodeo la cintura de Azlan con mi brazo y pongo una pierna entre las suyas.

—¿Sabes qué? Phoenix dice que eres una niñata, y estoy empezando a ver que quizá tenga razón.

—Acababas de decir que soy buena —ronroneo.

—Sí —dice con voz suave, acariciándome la cara de nuevo—. Mi buena compañera.

Cierro los ojos con una sonrisa en los labios, y pronto me quedo como un tronco. Con todas mis preocupaciones, por ahora, silenciadas y sedadas.

28

Renzo

No consigo dormir. Tengo mil cosas en la cabeza, mil voces parloteando a la vez. Me siento en un butacón con las piernas colgando del brazo, y me pongo a lanzar magia por toda la habitación sin hacer ruido.

Las voces no cesan. Por mucho que intente acallarlas. De nada sirve discutir con ellas. Esperaré a que pierdan fuelle ellas solas. O también puedo esperar a que venga mi ratoncito. Todas las voces se callan siempre que ella está cerca, como si quisieran prestar atención a lo que está haciendo.

Aunque qué narices, es de madrugada. Mi ratoncito debe de estar durmiendo.

Lanzo otra bola de fuego y me echo hacia atrás.

Con la cabeza colgando bocabajo, veo al profesor caminar por el techo hacia la ventana. Está oscuro. No me ha visto.

Lleva unos calzoncillos ajustados. La polla del profe es igual de grande que el resto de su cuerpo. No me sorprende. He oído cómo la hace gritar. Seguro que ella está encantada.

—Oye —digo—, la tienes más grande de lo que recordaba.

El profe da un respingo. Sí, después de todo lo que ha pasado, puedo seguir asustándolo si quiero.

Es bueno saberlo.

—Qué cojones… —masculla—. ¿Qué haces sentado así a oscuras?

—No podía dormir —digo, y lanzo un poco de magia hacia arriba y la atrapo con las manos.

—Ya veo… —Se rasca la barba. Me mira y se sienta en uno de los otros butacones. Apoya las manos en los reposabrazos y tamborilea con los dedos en el cuero—. ¿Por qué no puedes dormir?

Me siento recto para poder hablar de frente y me doy un toquecito en la sien.

—Demasiadas voces en la cabeza.

Me sostiene la mirada.

—¿Sabes que hay medicamentos para eso?

Resoplo. Sí, ya lo sé. Anda que no se empeñaba mi madre en que me tomara todo tipo de medicamentos, pociones y más mierdas de esas.

—¿Tú los has tomado alguna vez? —le pregunto.

—No.

Era de esperar. Cualquiera en su sano juicio que los haya probado no los recomendaría.

—Te nublan la mente. Prefiero seguir con las voces.

—¿Qué te dicen?

Suspiro y apoyo los codos en los muslos, sin dejar de columpiar las piernas.

—Pues una es de una anciana —sonrío—, mi favorita. Siempre está hablando del tiempo y de sus tartas, y de si el perro tiene diarrea o no.

—Claro… —El profe arruga el entrecejo.

—Luego hay un tío al que no soporto. Es un mamón. Le gusta recordarme todas mis cagadas. Está constantemente incitándome a… ya sabes… —Hago un gesto como si me atara una cuerda al cuello y tirara de ella.

—¡Hostia puta!

—Ya, es un capullo. También hay un par de voces que suenan como la de mi madre. Otra que es idéntica a la del padre de Lowsky. Y esta. —Me inclino hacia delante—. Habla en un idioma que no

entiendo. Nunca lo había oído. Por mucho que el tío insista, no entiendo una mierda de lo que me dice.

—Tiene que ser… duro.

Me vuelvo a recostar en el respaldo.

—Al final te acostumbras. —Desvío la mirada hacia la puerta del dormitorio—. Y ella las silencia. —Asiente—. ¿Y tú qué, profe? ¿Qué haces despierto?

Tamborilea más rápido en los antebrazos.

—Tengo un mal presentimiento sobre este sitio.

—¿Un presentimiento? Pensaba que los académicos solo os guiabais por hechos, pruebas y esas cosas.

—Ese es el problema. Ahora mismo no tengo ninguna prueba ni nada. Solo un presentimiento. —Deja las manos quietas y se inclina hacia delante—. Esta gente nos oculta algo. Están como expectantes por algo. Lo he leído en sus mentes, es solo que no consigo descifrarlo.

—Que han encontrado a su princesa desaparecida.

Niega con la cabeza.

—No creo que sea eso. Pero a ella se la ve tan contenta aquí y por haber encontrado a su padre… Tampoco puedo cargármelo todo y arruinarle la ilusión solo por un mal presentimiento. —Vuelve a dar golpecitos, y lo miro fijamente.

—¿Puedes leerme a mí la mente y esas voces?

—Sí.

—¿Entonces por qué me has hecho soltarte todo ese rollo, tío?

—Tenía curiosidad. —Se rasca la barba y me mira él a mí también.

—Cambiaste… cambiaste los pensamientos de aquel tipo, ¿verdad? —pregunto. Él asiente—. ¿Crees que podrías acabar con las voces de mi cabeza?

—¿Quieres que lo haga?

Me lo pienso, con todas esas voces de fondo mientras intento concentrarme.

—No —digo—. Es mi naturaleza. Soy así y punto, no se puede cambiar.

El profe asiente de nuevo y se pone en pie.

—Me vuelvo a la cama. Tú también deberías dormir un poco.

—Sí —digo, pero me quedo donde estoy y lo veo marcharse. De nada sirve su consejo. Hoy no voy a pegar ojo.

Al cabo de un rato, me levanto y deambulo por la habitación jugueteando con el cuchillo. Observo una última vez ambas caras de la hoja y me vuelvo a sentar.

Cuando llega la mañana, la habitación no se ilumina mucho más al tener ventanas con cristales tintados. Alguien llama a la puerta y entra a colocar todo tipo de comida para el desayuno en la mesa gigante sin dirigirme ni una palabra.

El olor despierta a los demás y van apareciendo uno a uno. Primero, el profe; luego Kennedy, seguido del ejecutor; y, finalmente, el chico bestia y mi ratoncito juntos. Las voces se callan al instante. Como si se hubiese apagado una radio de golpe.

Ella tiene la melena revuelta y un color especial en la cara: me da que él se lo ha hecho pasar en grande ya desde por la mañana.

Mientras pruebo unas pastas con una tonelada de chocolate, me fijo en cómo se acercan tímidos, cogidos de la mano, y en que mi ratoncito lleva puesta su camiseta.

—Buenos días —dice el chico bestia, con ese aire inconfundible de quien acaba de echar un polvo.

Retira una silla de la mesa para que ella se siente.

Toma asiento justo a su lado y, nada más apoyar el culo, me da corriente.

—¡Hostias! —exclama Kennedy—. ¿Habéis sentido lo mismo?

—Sí —responde el chico bestia—. Me ha dado como corriente por todo el cuerpo. ¿Por qué habrá sido?

—Por los vínculos —explica el profe. Vaya ojeras tiene, supongo que no habrá dormido nada al final—. Ya están todos sellados.

—¿Habéis follado? —pregunto a la parejita.

—Sabes de sobra que sí —sisea el ejecutor. Me encojo de hombros. Quería oírselo decir a ellos.

—¿Qué significa esa corriente? —pregunta mi ratoncito.

—Que nuestra magia está ahora unida y entrelazada. El círculo se ha cerrado —responde el profe. Echo un vistazo alrededor de la mesa. Tiene razón. Literalmente es un círculo. Apoya una mano en

la mesa—. Creo que habrá muchas más posibilidades de que se vuelva incluso más fuerte si nos damos la mano.

—Conmigo no contéis —se mofa el chico bestia.

—Pues a ella bien que la tenías ahora cogida de la mano —señalo.

—Es una chica.

—¿Tienes algún problema en coger a los chicos de la mano? —dice el profesor, que empieza a cabrearse.

El chico bestia mira a mi ratoncito y se remueve en la silla.

Ella apoya la mano en la mesa como el profe.

—Venga, intentémoslo.

El chico bestia le da la mano y finalmente también al profesor. Por la mueca que hace, el profesor debe apretársela bien fuerte.

Engullo la pasta que me queda, me chupo los dedos y les tiendo las manos a Kennedy y al ejecutor.

Con los ojos clavados en mi ratoncito, el ejecutor se lo piensa y, con mala cara, me coge de la mano. Ahora solo faltamos Kennedy y yo para cerrar el círculo. Lo agarro y me mira la mano como si le fuera a contagiar de algo.

—¡Qué asco!

—¿El qué? —pregunto.

—Tienes las manos llenas de saliva.

—¿Sabes qué he dejado también lleno de saliva? —digo guiñándole un ojo, y él maldice por lo bajini.

La magia nos envuelve enseguida con la misma rapidez que el efecto de una buena droga.

—¡Hala! —exclamo mientras la magia me atraviesa en bucle.

—¡Qué fuerte! —dice mi ratoncito—. Parece que fuésemos a abrir un agujero el cielo.

—O a prender fuego al mundo entero —musito.

Mi ratoncito se suelta y coge una pasta. Alcanzo a saborear esa magia oscura que habita dentro de ella, y se ha vuelto aún más fuerte, aunque a ella no le guste la idea.

29

Rhi

—Su padre, el príncipe Negro, desea verla.

Llevo toda la mañana esperando este momento y por fin ha llegado. Por fin vamos a hablar, tal y como me prometió.

—Rhi —dice Stone cuando me dispongo a seguir a la joven que han enviado a buscarme—. Ten… ten cuidado.

—¿De qué? —pregunto con el ceño fruncido.

Mira de reojo a la chica y baja la voz.

—No conocemos a esta gente y no sabemos si podemos fiarnos de ellos.

—Es mi padre —subrayo. ¿Qué pretende decirme Stone? ¿Que esta gente es mala, que rebosa de magia oscura justo igual que yo? No estoy segura de querer quedarme a escucharlo.

Baja todavía más el tono y apoya una mano en mi brazo.

—El mismo padre del que te escondía tu tía.

—Necesito hablar con él —digo, e intento apartarlo pese a que tengo a Pip enredado en los pies. Tiene razón. Pero en el fondo de mi corazón, espero que mi tía se equivocara. Que todo fuese un gran malentendido.

Pip y yo seguimos a la joven por los pasillos oscuros y luego doblamos una esquina y bajamos unas escaleras.

—¡Madre mía, qué laberinto! —digo a la chica en un intento de darle conversación. Desde que llegué apenas he hablado con nadie aparte del príncipe Negro—. ¿Cómo no os perdéis?

No contesta y avanza con la mirada fija en el suelo. En la escuela había estudiantes así, tan tímidos que eran incapaces de establecer contacto visual. A veces solo necesitaban un pequeño empujoncito para salir de su cascarón, aunque en la mayoría de los casos simplemente no querían hablar con magos sin registrar como yo.

Pip empieza a cansarse y a resoplar, así que lo cojo en brazos. Luego vuelvo a intentarlo con la chica. Me pica la curiosidad por saber más de este sitio, de mi padre. Podría hacerle un billón de preguntas.

—Yo soy Rhianna, y este es Pip. —Lo levanto un poco—. Lo llamé así porque era el más pipiolo de su camada.

Alza la vista hacia Pip y la vuelve a bajar, sin decir nada.

—¿Trabajas aquí? —Vaya pregunta más tonta… Pero es que no se me ocurre otra cosa.

De nuevo, nada.

Suelto un suspiro y finalmente llegamos a una puerta enorme. Esa extraña sensación de *déjà vu*, de familiaridad, me recorre todo el cuerpo: la estancia de mi padre. Estoy segurísima. La chica toca a la puerta y abre el príncipe Negro, ataviado con otro traje regio.

—Pasa —dice.

Entro en un gran despacho, mucho más amplio que el de la directora en Arrow Hart, y decorado en colores metálicos oscuros, con dos cuadros gigantescos de dragones volando por el cielo nocturno, y las ventanas opacas no dejan entrever nada del exterior.

El príncipe Negro chasquea los dedos y se alumbra una chimenea en el centro de la sala, con las llamas reflejándose en cada superficie brillante, incluidas las pupilas de sus ojos. La puerta se cierra. Abrazo fuerte a Pip.

Tengo tantas dudas que consultarle… Tantas cosas que quiero entender… Echo un vistazo a la sala, con diferencia la más grandiosa y sofisticada que jamás he visto.

El príncipe Negro señala un sofá de cuero oscuro.

—Sentémonos. Tenemos mucho por tratar y por descubrir el uno del otro.

Asiento con la cabeza y, sin soltar a Pip, me coloco a su lado en el sofá. Al tenerle tan cerca, me fijo en lo apuesto que es. No me extraña que mi madre no pudiera resistirse a un hombre así. Esa predisposición debo de haberla heredado de ella.

—¿Por dónde empezar…? —dice sonriéndome con cariño—. Me gustaría saberlo todo de ti, Rhianna.

Me encojo de hombros.

—No hay mucho que contar.

Se ríe.

—No sé yo… Te rescaté de Christopher Kennedy, que parecía decidido a matarte. Seguro que hay mucho que contar.

Me muerdo el carrillo. Puede que este hombre sea mi padre, pero apenas lo conozco, y aunque odie admitirlo, Stone tiene razón: no sé si puedo fiarme de él. ¿Le cuento lo de la profecía? Decido que por ahora es mejor guardármelo para mí.

—Me ve como una amenaza.

—¿Por tus cinco compañeros predestinados?

—Sí, creo que sí.

Me coge las manos. Las suyas están sorprendentemente frías pese al calor del fuego.

—Aquí estás a salvo. Yo te protegeré.

—Gr-gracias —digo, dándome cuenta en ese momento del alivio que supone sentirse a salvo—. Yo también tengo muchas preguntas que hacerte a ti. Hay muchas cosas que no entiendo.

—¿Qué te han contado?

Hago cabeza. Tantas cosas… Tantas historias contradictorias…

—Mi tía decía que no se podía confiar en las autoridades —digo al fin.

—Y tenía razón. —Su semblante se ensombrece—. Mataron a tu madre.

—¿Cómo sé que no lo hiciste tú? —susurro.

—Yo la adoraba —dice conmovido—. Era… —Me aprieta las manos—. Era el amor de mi vida. Éramos muy felices juntos.

—Entonces, ¿por qué huyó de ti? ¿Por qué me escondió de ti?

Algo se despierta en su mirada, y siento cómo su magia inunda el aire. La reconozco, es oscura como esta estancia. Mi magia será como la de mi madre, pero la otra, la magia escarlata que ha crecido en mis adentros, esa la he sacado de él.

—Discutimos… Fue una discusión tonta de la que a día de hoy me sigo arrepintiendo. Cuando me di cuenta de mi error, fui tras ella, hice todo lo posible por encontrarla para implorarle perdón y arreglarlo, para suplicarle que volviera conmigo. —Agacha la mirada —. Pero era demasiado tarde. Ya la había encontrado él. Ya la había matado.

—¿Quién? —digo, enderezando la espalda. El canciller dijo que había sido un mago oscuro.

Su rostro permanece impasible.

—El padre de tu compañero.

—¡¿Christopher Kennedy?!

—Sí.

La sala empieza a dar vueltas y se me revuelve el estómago, aunque, por alguna razón, no me pilla de sorpresa.

Aun así, ¿debería creerlo?

—¿Y ahora es tu aliado? —digo asqueada, y le suelto las manos.

—Eres joven y todavía tienes mucho que aprender. —Suspira—. A veces uno se ve obligado a aliarse con sus enemigos por el bien común. No quiero una guerra para mi pueblo.

Me froto la frente, intentando encontrarle el sentido a todo esto.

—Y si te pide que me entregues, ¿lo harás por el bien de tu pueblo, para evitar una nueva guerra?

—No —se limita a decir.

No sé cómo narices sentirme al respecto. ¿Una nueva guerra? ¿Por mi culpa?

Nos quedamos en silencio, con Pip refunfuñando en mi regazo y las llamas crepitando en la chimenea.

—¿Por qué discutisteis? —pregunto—. Mamá y tú.

—No me acuerdo. —Sacude la cabeza y se queda con la mirada perdida, como si estuviera recordándolo todo—. Una tontería que en aquel momento parecía algo de vital importancia. Ojalá pudiera retroceder en el tiempo y deshacer aquella discusión. Los dos

perdimos los estribos y nos dijimos cosas que no sentíamos de verdad.

Me acuerdo de todas las veces en que me he peleado con Stone, Tristan y Alzan. En caliente todo se magnifica, pero luego te das cuenta de que no era para tanto.

—Bueno, no nos quedemos anclados en el pasado —continúa—. Mejor pensemos en el futuro.

—Quiero entender mi pasado para entenderme a mí misma.

—¿Qué es lo que hay que entender? Sientes esa grandeza correr por tus venas. A todos nos pasa. Buscas alimentarla.

Frunzo el ceño.

—Yo no quiero…

Se inclina hacia delante con una repentina chispa de curiosidad.

—He estado este momento… esperándote a ti desde el mismo instante en que tu madre vio tu futuro.

La magia oscura parece chisporrotear y despertar en mi sangre con cada palabra que articula. Pip gruñe y me empuja la mano con el hocico. Lo aparto con delicadeza. Mi tía me lo dio para contener mis poderes, para impedir que me convirtiera en quien estaba destinada a ser.

Y quiero saber por qué. Lo necesito. Tal vez mi padre sea el indicado para mostrármelo.

—¿Qué fue lo que vio? —digo clavando la mirada en sus ojos oscuros.

—Una chica con un poder que no conocería límites. Una chica a la que no se podría detener, a la que no se podría reprimir. Una chica capaz de ver el futuro y doblegarlo a su voluntad. —Me sostiene la mirada—. Mi hija.

Mi magia crepita y forcejea con las ataduras que la inhiben, deseando liberarse y arrasar con todo.

—Lo que te han contado es todo mentira, Rhianna. —No puedo apartar la mirada de él, sus palabras encienden un sentimiento de ira en mi interior—. Te han dicho que los que vivían en el oeste eran malvados, que habían sido sometidos a base de golpes. Te han dicho que lo único que impedía a esas fuerzas malvadas ocupar tu país

eran los magos, entrenados para proteger su territorio, sacrificándose por la causa. Y te han dicho que yo estaba muerto.

Sí, mentiras y más mentiras. Todo ha sido una farsa.

—Pero ¿por qué? —Estallo—. ¿Por qué nos han inculcado todo eso?

—¿Por qué iba a ser? Para teneros bajo su yugo.

Arrugo el entrecejo. No puede ser tan sencillo.

—A ver, dime, ¿cómo funcionan las cosas en tu gran república? ¿La gente vive en paz y armonía? ¿No existe la hambruna? ¿Ni la pobreza? ¿Ni las enfermedades? ¿Ni el sufrimiento? ¿Todo el mundo soporta la misma carga y recibe la misma recompensa?

—No —digo, con la ira acrecentándose, ardiente y desenfrenada —. Para nada es así.

—No, claro que no. Las mentiras perpetúan a los ricos y poderosos en lo más alto.

Pienso en el canciller, en Christopher Kennedy, en Tristan y Spencer, y hasta en la maldita Summer Clutton-Brock. Pienso en el cuchitril que tenía como habitación en la escuela. Pienso en todas las burlas y el ridículo por los que tuve que pasar por ser más pobre que ellos. Pienso en mi vida con mi tía, luchando por llegar a final de mes.

La ira se detona por mis venas y no puedo controlarla. Me abrasa, y si no la libero, me va a quemar viva. Desesperada, la lanzo contra la pared más cercana y mi magia se estrella contra uno de los cuadros, que empieza a arder, como si uno de los dragones pintados hubiese cobrado vida propia; y luego, se cae al suelo.

Pip se sobresalta y hunde la cabeza en mi regazo.

El hombre que tengo sentado a mi lado ni siquiera parpadea. Se queda observando cómo las llamas devoran el lienzo.

—Ves la injusticia y quieres cambiarla, ¿verdad?

—Cr-creo… —tartamudeo— creo que ese es mi destino. Que ese es el significado de la profecía: yo soy la elegida, junto con mis cinco compañeros, para cambiar las cosas.

Mis hombros se relajan de golpe, la magnitud de la revelación es abrumadora.

—Déjame mostrarte cómo podría ser todo.

30

Stone

Azlan está sentado a la mesa trasteando con la radio que nos dio Trent mientras esperamos a que vuelva Rhianna. Pulsa y gira varios botones y de vez en cuando salta alguna chispa.

—¿Puedes parar ya? —espeto paseándome de un lado a otro ante las ventanas.

Estoy irritable de cojones. No me gusta que Rhi ande lejos de nosotros. Sobre todo en una tierra llena de gente con la que hemos estado combatiendo durante las últimas décadas. Sobre todo con un padre del que se rumorea que es un cabrón cruel, tenebroso y malvado. Me rasco la barba. ¿Por qué narices la hemos dejado ir sola?

Azlan alza la vista hacia mí.

—Estoy preocupado por Ellie.

—¿Y cargarte esa radio va a ayudar en algo?

—Si consigo ponerme en contacto con Winnie, quizá pueda darme noticias de mi hermana. —Sus ojos desbordan preocupación y me acuerdo de las palabras que nos soltó ayer Kennedy.

Dejo escapar un suspiro y apoyo una mano en el hombro de mi amigo, masajeándole los músculos tensos.

—Ellie estará bien. Tu padre es un patán, pero adora a tu hermana, y no permitirá que le ocurra nada malo.

—Mi padre actúa bajo la influencia de mi tío. Es su cómplice.

—Eso no significa que vaya a hacerle daño a Ellie.

Azlan no parece muy convencido, pero al menos por fin deja en paz la radio.

—Rhi está tardando mucho —mascullo.

—Tenían mucho de qué hablar —dice Tristan desde el otro lado de la mesa.

—¿No deberíamos ir a buscarla? —pregunta Azlan.

Estoy a punto de asentir con la cabeza, cuando alguien toca a la puerta.

Spencer se levanta como un cohete y la abre con ímpetu.

Rhi aparece en el umbral con el príncipe Negro, alto y elegante, con otra capa bordada. Cuesta imaginarse que este hombre sea el mismo que nos describían de niños: aquel villano peligroso que nos mataría a todos dormidos, en la quietud de la noche. El hombre que se encuentra de pie junto a Rhi es apuesto y rebosa encanto. Parece más un héroe que un villano.

—Me llevo a la princesa de excursión por la ciudad —anuncia—. Sería un honor que nos acompañarais.

Intento leer el semblante de Rhi y descifrar su estado de ánimo a través del vínculo… procurando no caer en la tentación de leerle la mente. ¿Qué tal habrá ido la conversación con su padre?

Parece experimentar un barullo de sentimientos: emoción, duda, confusión.

A continuación, intento leerle la mente al príncipe Negro, pero está muy bien protegida y se necesitaría una fuerza considerable para penetrar en ella.

—Vamos —dice—. Tengo mucho que enseñaros.

He de reconocer que la visita es impresionante. Nos lleva por las calles de la ciudad, unas amplias avenidas con la oscura firma del oeste ondeando en las banderas que flanquean el camino. Todo es nuevo y elegante, y está bien construido y limpio.

Sin embargo, también noto que llevamos mucha vigilancia. ¿Es para impedir que nos escapemos? ¿Para que no fisguemos donde no

debemos? ¿O es para proteger al querido líder de su pueblo?

Muchos han salido a la calle para ver la procesión del príncipe Negro, su hija desaparecida y sus cinco compañeros predestinados. La gente paraliza su rutina para vernos pasar. Otros se reúnen en puntos desde los que esperan poder vernos bien.

Oigo sus pensamientos, todos revueltos y charlando a la vez. No están tan protegidos como los de los guardias, pero hablan el idioma del oeste, que apenas estudié en su día en la escuela. Me suenan algunas palabras, pero no les encuentro sentido, no en este contexto. ¿Qué significan? Busco entre mis recuerdos, pero queda demasiado lejos.

En esos pensamientos hay ciertas palabras que despiertan algo en mi interior. No las entiendo, pero me dan mala espina.

Si el príncipe Negro esperaba convencernos de que el oeste no es un país sumiso en ruinas, ha logrado su objetivo. Aunque también parece empeñado en querer demostrarnos que su reino es mejor que la república, más justo y hospitalario.

Nos hace una visita por una clínica con última tecnología, accesible para todos, magos y no magos. Nos lleva a una escuela llena de libros, ordenadores y estudiantes muy aplicados. Nos lleva a un centro de acogida donde se da cama y comida a aquellos que no pueden trabajar.

Todo este paripé parece haber convencido a Rhi. Hace muchas preguntas y, a medida que avanza el día, siento cómo sus dudas se debilitan y crece la admiración por su padre.

Para cuando regresamos al palacio ya ha anochecido.

—Bueno —dice el príncipe Negro mientras cruzamos la gran verja, con una sonrisa burlona—, ¿qué os ha parecido mi reino decrépito y desolado?

—Es maravilloso —responde Rhi con una risita, claramente cautivada—. No me puedo creer que esto sea el oeste.

—Las cosas no son siempre lo que parecen —digo mirando al príncipe a la cara—. Pero la verdad siempre termina saliendo a luz.

—Exacto. —El príncipe asiente serio—. Ha sido un placer enseñaros este reino, pero ha sido un día largo. Quizá lo mejor sea que os lleven algo de cenar directamente a vuestros aposentos. Ya

nos veremos por la mañana. —Chasquea los dedos y la chica de antes surge de la nada—. Charmaine, acompañe a la princesa y a sus cinco compañeros a sus aposentos.

De camino a los dormitorios, Rhi se me acerca sigilosamente y me pellizca con fuerza en el bíceps.

—¡Oye! —murmuro, frotándome el brazo—. ¿A qué ha venido eso?

—Por ser borde con papá.

Arqueo una ceja. ¿Papá? ¿Así es como vamos a llamar a partir de ahora al principito oscuro?

—No he sido borde.

—Hum… Entonces —dice bajando el tono—, ¿qué ha sido eso de «la verdad siempre termina saliendo a la luz»? Básicamente le has llamado mentiroso en toda su cara.

La miro de reojo. No quiero herirla. No quiero aguar sus esperanzas ni la emoción que está sintiendo estos días. Pero al mismo tiempo quiero protegerla.

—¿Y si lo es, Rhi? Tu tía…

—Nos ha enseñado la ciudad. ¿Cómo iba a ser eso mentira? ¿Crees que ha creado una ilusión y en realidad está todo en ruinas y plagado de ratas? —Resopla.

—No, pero no hemos hablado con nadie. ¿O no te has fijado?

—Hemos hablado con los doctores del hospital y los niños de la escuela.

—No hemos hablado con gente *real*, Rhi. ¿Cómo sabemos que el pueblo es tan feliz como quiere hacernos ver tu padre?

—Eres un desconfiado, Stone. —Chasquea la lengua molesta—. Nunca te fías de nadie ni de nada.

—Eso no es cierto —digo, eso me ha dolido un poco.

—¡No te fiabas de mí!

—Eso era… esto es… distinto.

Suelta otro resoplido y la agarro del brazo para girarla hacia mí.

—Eres lo más valioso de mi vida, señorita Blackwaters. No puedes culparme por ser un pelín precavido.

—Y ha prometido mantenernos a salvo. A salvo de Christopher Kennedy. —Su gesto se relaja y me mira fijamente—. Tú tampoco

puedes culparme a mí de sentirme emocionada con todo lo que estoy viviendo en este lugar. Es… —Respira hondo—. Es mucho mejor que volver a casa. —Esbozo media sonrisa, no tengo ganas de seguir ridiculizando sus creencias—. Stone, está bien creer en las personas —susurra.

—Creo en ti —respondo también en un susurro, y luego deslizo una mano por su cabello suave y la beso en la boca, sin importarme hacer esperar a los demás.

Cuando se separa, cruzo la mirada con la chica. Es obvio que nos estaba observando, asombrada, pero ahora disimula. Tampoco consigo acceder a sus pensamientos, aunque percibo algo de incomodidad en ellos. ¿Será porque está en compañía de personas a las que puede que considere enemigas? ¿O hay otra razón?

Deslizo mi mano por el brazo de Rhi, haciéndola estremecer con mi contacto, y la cojo de la mano. Pese a todas mis sospechas y mi desconfianza, por mi sangre flota una sensación de satisfacción que solo siento cuando estoy con ella. El mundo entero podría estar reduciéndose a cenizas, pero mientras me encuentre con ella y esté sana y salva, a mí me la traería al fresco.

Seguimos avanzando por más pasillos, balanceando nuestras manos como dos adolescentes enamorados, y no puedo evitar sonreír para mis adentros.

Joder, podríamos estar cayendo en la trampa más estúpida del mundo, y sin embargo, estoy más feliz que una perdiz.

Y entonces caigo en la cuenta.

Polen de nube.

Casi me caigo de espaldas como si me golpeara un tren de mercancías. ¡Ya me acuerdo para qué sirve esa cosa!

Se me hiela la sangre y el corazón me da un vuelco.

Nada más llegar a nuestros aposentos, la llevo al dormitorio más cercano y cierro la puerta, ignorando las protestas de sus otros compañeros indignados.

—¿Po-po-polen de nube? —tartamudeo.

—¿Qué? —dice palideciendo delante de mí.

—¿Estás…? Rhi, ¿estás embarazada?

—¡¿Embarazada?! —dice Azlan de pie en la puerta, ahora abierta.

—¿Qué? —repite Rhi—. ¡No! ¡Shhh! —Pasa junto a nosotros y cierra de un portazo.

—¿Estás embarazada? —vuelve a preguntar Azlan, con la voz entrecortada. Se acerca y se arrodilla de manera que su cara queda justo a la altura del vientre de Rhi.

Un vientre muy plano.

—No, no. No estoy embarazada —sisea, intentando levantar a Azlan—. A ver, creo que no. Espero que no. Tomé el polen de nube para asegurarme.

—¿Por qué tenías que asegurarte? —pregunto cruzándome de brazos, mientras Azlan continúa con los ojos fijos en el vientre de Rhi.

Rhi gira la cabeza a mí.

—Se me olvidó el conjuro barrera. Cosas que pasan. —Me fulmina con la mirada—. Profesor Stone, es un engorro tener que estar acordándose cada vez del dichoso conjuro, sobre todo cuando mis compañeros son tan…

—Estoy de acuerdo —digo—. En cuanto… dejemos de huir, pensaremos en otro anticonceptivo que te sea menos latoso.

—¿Que «me sea»? ¿Y vosotros qué? —Frunce el ceño como si fuera culpa mía que nadie en todo el universo haya encontrado un buen anticonceptivo para los hombres.

—Sabe que no funciona así, señorita Blackwaters.

—¿Qué tipo de anticonceptivo?

—Hay una pastilla que te puedes tomar a diario.

—¡Genial! ¡Eso sí que no es para nada un engorro!

—También hay una inyección. El efecto dura un par de meses.

—Vale —dice, sonando más satisfecha con esa opción—. Eso sí parece más útil. —Baja la mirada hacia Azlan, que la sujeta por las caderas y sigue absorto mirando su vientre.

—Eh, Az —le despierto.

Mi amigo parpadea varias veces como si saliera de un trance.

—Mierda. —Carraspea—. Mierda, lo siento. La mera idea de pensar que estabas… ha sido un mazazo.

—No estoy preparada para tener un bebé —dice Rhi categórica.

—Sí, lo sé, claro —dice él, asintiendo rápido con la cabeza.

Mira a mi amigo y, al igual que hace un rato conmigo, se relaja y enreda los dedos en su pelo.

—En un futuro quizá sí. En una situación diferente… más tranquila. Entonces, sí que tendría uno, sí que me gustaría formar una familia. Todo a su debido tiempo —recalca—. Ahora mismo no.

Azlan gruñe y la sujeta más fuerte.

A mí también se me escapa un gruñido.

—Es… es algo normal en pareja, Rhi —intento explicar—. El deseo de dejarte embarazada puede ser…

—Abrumador —gruñe Azlan.

Rhi traga saliva.

—En fin, como decía —prosigue, con la voz ligeramente temblorosa, imagino que por deseo y no por nervios—, no estoy preparada para eso todavía. Pero creo que no estaría mal ir practicando.

—Practicar… —Azlan vuelve a soltar un gruñido.

—Ajá.

—Dicen que la práctica hace al maestro, Az —señalo.

Azlan se pone de pie, agarra a Rhi por los muslos y la levanta.

—Y nuestra compañerita parece estar practicando bastante.

—¿Tenéis alguna queja? —comenta ella con sarcasmo.

—Ninguna —dice Azlan con la boca pegada a su cuello—. No me canso de oírte gemir cuando te corres, compañerita. De escucharte cuando follas. Cuando te follo yo.

—¡Ay, Dios! —murmura ella, y le rodea la cintura con las piernas echando la cabeza hacia atrás, mientras él le mordisquea el cuello. La entiendo. Azlan es siempre tan serio que, cuando se lanza a soltar obscenidades, desconcierta lo erótico que llega a resultar, sobre todo con nuestra chica en sus brazos, estremeciéndose ya de deseo.

—¿Nos permite compartirla, señorita Blackwaters? —pregunto cuando mi amigo la tumba en la cama y se quita la camiseta. Mi corazón deja de latir mientras espero su respuesta conteniendo la respiración.

Ya la hemos compartido una vez los dos.

Una vez. Solo una vez.

Ella dijo que le gustó. Que la idea de que la compartamos entre nosotros la excita. Pero eso lo dijo cuando iba borracha. ¿Habrá cambiado de opinión?

Se asoma por el hombro de Azlan y me indica con el dedo que me acerque. No hace falta que me lo verbalice. Me acerco directamente a la cama.

Por un momento, me quedo de pie y los contemplo a los dos juntos: mi compañera predestinada y mi mejor amigo. Él es mucho más grande que ella, mucho más fuerte, con una musculatura bien definida que se le marca en la espalda desnuda mientras la besa en la boca y le masajea intensamente las tetas. En comparación, a ella se la ve tan pequeña, tan frágil, tan delicada.

El contraste es hermoso.

Veo cómo mi amigo se pone de rodillas y, con los ojos clavados en nuestra compañera, le desabrocha poco a poco la camisa y la abre como si fuera un regalo de cumpleaños. Se la quita y se queda tumbada en ropa interior.

Él sacude la cabeza, murmurando algo sobre lo guapa que es, luego chasquea los dedos y el sujetador y las bragas se vuelven invisibles. Se inclina a lamerle los pezones y yo me quito la camisa y los pantalones para liberar mi polla erecta. Cruzo la mirada con Rhi mientras me masturbo y mi amigo besa su cuerpo. Se detiene en la cinturilla de las bragas y se las baja con los dientes.

Sus ojos siguen fijos en mí, hambrientos.

—¿Quiere esta polla, señorita Blackwaters?

—Sabe que sí, profesor —murmura, y arquea la espalda cuando Azlan le da un beso en el clítoris y la abre de piernas—. Y la de Azlan también.

Azlan suelta tal gruñido que parece él el hombre bestia y no Spencer.

—Ya la has oído, Azlan. Túmbate bocarriba y deja que cabalgue tu polla.

—Pero… —empieza a quejarse Rhi.

—Señorita Blackwaters, no sea niñata —digo—. Haga lo que le piden.

Me lanza una mirada fulminante, pero entonces Azlan la cambia de posición y murmura el conjuro barrera mientras se baja el pantalón y los calzoncillos y se los quita de una patada cuando le llegan a la pantorrilla.

Su polla es igual de robusta que el resto de su cuerpo, dura, erecta y enmarcada por una impresionante mata de vello oscuro que se extiende hasta el ombligo.

—Vamos, compañerita —le dice—. Ven a sentarte en mi polla.

Su mirada oscila de él a mí, luego a mi polla, y finalmente aterriza en la suya. Se sienta encima, apoyando una pierna a cada lado de su enorme cuerpo, y se arrastra por él.

A la altura de las ingles, se inclina hacia delante y apoya las manos en sus hombros, lo que me ofrece unas vistas perfectas de sus nalgas y todo lo que hay entre ellas. Se acomoda y se hunde lentamente en su polla, los dos jadeando al unísono. Azlan la sujeta fuerte de la cintura mientras ella se mueve encima, y la fricción los acelera a ambos; ella aumenta el ritmo de sus vaivenes y él no deja de gemir.

—Joder —gruñe mi amigo, sin rastro del hombre comedido que suele ser, levantando a nuestra chica y volviéndola a bajar. Yo estoy tan hipnotizado mirándolos que ya se me ha olvidado qué estábamos planeando hacer.

Hasta que ella se echa la melena hacia atrás y vuelve la cabeza hacia mí.

—Stone —gime y se muerde el labio inferior.

Entonces me acuerdo.

Según me acerco, murmuro el conjuro para relajar su orificio trasero, asegurándome de que no esté demasiado prieto y que quede bien lubricado. Al llegar junto a ella me fijo en el sudor que le brilla en la espalda, en su nuca húmeda, en cómo su coño apretado se traga el pollón de Azlan, en cómo ella sube y baja.

Me inclino y le lamo el cuello por detrás, saboreando su toque salado, y le mordisqueo el hombro mientras alcanzo su culo de melocotón, busco su ano y se lo cosquilleo.

—¿La quieres? —pregunto metiéndole un dedo muy despacio.

—¡Oh, joder, sí! —grita mientras Azlan frota el pulgar contra su clítoris.

El conjuro ha surtido efecto, pero sigo jugando con mi dedo igualmente, dilatándola un poquito más, sintiendo cómo sus músculos se contraen y palpitan. Luego, me coloco de rodillas entre las piernas flexionadas de Azlan y vuelvo a mordisquearla en el cuello.

—Relájate, cielo —le digo, y justo después, me hundo en ella.

Está apretadita y perfecta, y perdiendo el control. No deja de mover las caderas y de soltar gemiditos de placer, y levanta los brazos hacia atrás cuando la embisto.

Siento a Azlan a través de las paredes de su cuerpo, lo siento moviéndose dentro de ella, moviéndose contra mi polla.

Joder, es una sensación de otro mundo, hasta yo mismo pierdo el control y me tengo que sujetar a la cintura de Rhi para encontrar algún tipo de apoyo.

—Voy a correrme —avisa ella entre gemidos.

—Sí, nena —jadeo—, córrete. Córrete para tus compañeros.

—¡Ya, ya! —grita.

Y no estaba mintiendo. Aprieta mi polla y se sacude encima de Azlan rendida a la descarga de placer. Su magia sale dispara por los aires y explota en una multitud de colores que ilumina el dormitorio.

Es demasiado, no aguanto más, y acto seguido me corro yo también, y después Azlan, llenándola ambos de nuestro semen como prometido.

Y, entonces, los tres nos derrumbamos sobre el colchón, sudados, pegajosos, complacidos.

Rhi se queda tumbada entre nosotros, con la cabeza apoyada en el bíceps de Azlan y con mi brazo enredado en su tripa.

—Practicar está bien —dice Azlan con voz baja y ronca—, pero un día tendremos que pasar a la acción de verdad.

31

Rhi

Stone gira la cara hacia mí con una sonrisa de oreja a oreja.

—Vaya cabreo se va a pillar Barone.

—¿Renzo? —digo—. ¿Por qué?

—¿Me lo estás preguntando en serio, Rhi? No hace más que hablar sobre compartirte y observarte. ¡No tiene otra cosa en la cabeza!

Dejo que Azlan nos arrope a los tres con la manta.

—Podrías disimular un poco el hecho de que te encanta que le vaya a sentar mal —digo a Stone.

Él sacude la cabeza.

—¿Por qué te cae tan mal? —Resopla y le lanzo una de mis miradas tipo «conmigo tonterías las justas».

—¡¿Que por qué me cae tan mal?! —repite con sorna.

—Sin contar que es un sicario ni sus tendencias psicopáticas —añade Azlan.

—Puestos a hablar, vosotros dos también sois un poco psicópatas —digo entre dientes, y entorno los ojos dirigiéndome a Stone—. ¿Qué líos te traes con Renzo?

—Ninguno.

—Mentira, se ve a legua que os conocíais de antes.

A Stone se le borra la sonrisita de la cara.

—No exactamente.

—¿Entonces eso es que sí?

—Cosas del pasado.

—¿De cuándo?

Stone se da la vuelta y se queda tumbado bocarriba mirando el techo.

Miro a Azlan.

—¿Tú lo sabes?

Niega con la cabeza, lo que en cierto modo me sorprende. Pensaba que estos compartían todo. ¡Incluida yo!

—¿Phoenix? —pregunto.

Suspira y gira la cabeza para mirarme a los ojos.

—Sabes que fui un niño de acogida, ¿verdad? Después de que a mi madre… —carraspea— se la llevaran.

—Sí, lo sé —digo con delicadeza, y saco una mano de la manta y le acaricio la mejilla.

Me atrapa la mano y me besa los dedos uno a uno, sin mirarme a los ojos cuando dice:

—No todos los padres de acogida estaban hechos para ello. No eran precisamente afectuosos.

—Lo siento, Phoenix.

Sacude la cabeza.

—Es lo que hay. —Me aprieta la mano—. Llegó un momento en que no pude soportarlo más, no podía seguir soportando lo que ese cabrón me estaba haciendo, así que me escapé. Durante un tiempo, estuve en la calle. No era el único. Éramos unos cuantos. La unión hace la fuerza, o al menos eso creíamos. —Hace una pausa—. Barone también estaba allí. Era más joven que yo. Muy delgaducho y bajito. Ya por aquel entonces estaba chalado.

—¿Y qué sucedió entre vosotros?

—Nada. Absolutamente nada. Creo que más bien me admiraba. Me seguía a todas partes. Pegado como una lapa. Entonces me cogieron las autoridades y me enviaron con un hombre mayor. Adoraba leer. Le encantaban los libros y me lo contagió a mí también.

—¿Y por eso terminaste siendo profesor? —pregunto sonriéndole.

—Fue el comienzo de todo, digamos. —Se queda callado un instante—. Yo tuve suerte, Rhi. Me cogieron las autoridades y no Lowsky padre. Renzo no corrió la misma suerte y a veces me sigue reconcomiendo. A veces me siento muy culpable.

—Solo erais unos niños. No fue culpa tuya.

—Ya, pero podría haberlo ayudado. Podría haber sido más amable con él.

—Puedes serlo ahora.

Cierra los ojos.

—Verlo me trae recuerdos que prefiero olvidar. Pero llevas razón. Debería ser amable con él. —Vuelve a abrir los ojos—. Lo intentaré.

—Gracias —digo, y le doy un beso en la mejilla.

✳

Por la mañana soy la primera en levantarme. Me han despertado los calambres en la parte baja del abdomen. Debe de estar a punto de venirme la regla. Nunca me había sentido tan aliviada.

Me escabullo entre Azlan y Stone con cuidado de no despertarlos. Una vez que me planto la camiseta de Azlan —me estoy volviendo una adicta a llevar la ropa de mis compañeros y a sumergirme en la mezcla de sus olores— y voy al baño, salgo a la salita principal y me encuentro a la chica de ayer ocupada preparándonos la mesa del desayuno. Me sorprende verla aquí tan temprano. Qué locura de turnos debe de tener.

—Charmaine, ¿verdad? —pregunto, y no puedo evitar bostezar y estirarme. Entonces, recuerdo que no llevo bragas y que le podría estar enseñando todo a la pobre, y bajo los brazos de golpe.

Deja lo que está haciendo, se endereza y hace una reverencia.

—Su Alteza, lamento si la he molestado.

Resoplo.

—No soy Su Alteza ni nada por el estilo.

Su mirada se eleva discreta para encontrarse con la mía.

—Es la hija del príncipe Negro. Su heredera.

Vuelvo a resoplar. Pip sale de debajo de la mesa, donde apuesto a que estaba husmeando en busca de migas que se hayan caído, y él también suelta un resoplido.

—Eso no lo sé. Me he pasado toda la vida huyendo, escondiéndome o esquivando puñetazos. Desde luego, nunca me he sentido como una princesa.

Ayer se mostraba muy vergonzosa, apenas podía mirarme, y mucho menos hablarme. Hoy, la curiosidad puede más que ella y me pregunta con una voz tan baja que casi ni la oigo:

—¿Vivía en el este?

—Sí.

—¿Y cómo es?

Ladeo la cabeza, picada yo también por la curiosidad.

—¿Cómo te han contado que es?

—Que es un lugar lleno de oscuridad y dolor.

Se me escapa la risa.

—Bueno, en parte sí es un poco así a veces. Al igual que aquí, seguro. Aquí también habrá momentos de oscuridad y dolor. —Aunque, por lo que llevo visto, con mucho menos frecuencia que en mi país. La chica abre los ojos como platos, horrorizada, como si le hubiera dicho una blasfemia atroz—. Allí nos describían la misma versión respecto al oeste —explico.

Le cuesta un poco procesarlo, y luego asiente con la cabeza.

—Aunque —añado— aquí todo parece más bonito, mejor gestionado, más justo.

Me mira fijamente con esos ojos claros, sin decir nada.

Sonrío, sin hacer caso a Pip, que me está lamiendo los tobillos. La chica baja la mirada hacia mi cerdo y después vuelve a mirarme a mí. Yo sigo sonriendo. Se debe de pensar que estoy como una regadera.

—¿El cerdo es suyo? —pregunta no muy segura.

—Sí. Pip.

—Contamos con un establo en los terrenos de palacio donde se guarda el ganado.

—Oh, no, no hace falta. Pip se queda conmigo. —Me agacho y lo cojo en brazos, esta vez con cuidado para no enseñarlo todo, y Pip

me da un lametazo en la cara.

—¿El cerdo?

—Sí, es mi mejor amigo.

La chica me mira inmutable.

—¿Tiene cinco compañeros predestinados?

—Sí.

—¿Y también necesita la compañía de un cerdo?

Frunzo el ceño y decido cambiar de tema. Doy un paso hacia ella, ignorando que mi gesto parece alarmarla. Ahora sí que pensará que estoy loca de remate, más aún cuando llevo la cara llena de babas de cerdo.

—Charmaine, en realidad, me preguntaba si me podrías hacer un pequeño favor.

Asiente con la cabeza como respuesta.

—Estoy a punto de… de que me venga la regla, y no tengo compresas ni…

Sus pálidas mejillas se sonrojan.

—Por supuesto. Perdón, deberíamos habérselo proporcionado con todo lo demás. Qué desconsiderado por nuestra parte.

—Oh, no, no te preocupes. ¿Crees que podrías conseguirme alguna compresa ahora? —Todo ha pasado tan rápido en los últimos días… Si no tuve tiempo de prepararme una mochila, como para abastecerme de productos de aseo.

—Ahora mismo —dice, hace una reverencia y sale pitando.

Regresa al cabo de un cuarto de hora, en pleno ajetreo mañanero y con mis compañeros alrededor de la mesa del desayuno. Lleva los brazos cargados con una caja y me hace una seña hacia el baño.

—Su Alteza —murmura.

—Por favor, llámame Rhi —digo, y la sigo.

—¿Qué es todo eso? —pregunta Spencer señalando la caja.

—Compresas y esas cosas para la regla —digo en voz alta, y lanzo unas miraditas con segundas a un par de compañeros en particular.

Ya en el baño, cierro la puerta y Charmaine coloca la caja en la encimera junto al lavabo y la abre.

—No sabía qué necesitaba exactamente —dice—, así que le he traído un poco de todo. También hay chocolate y una bolsa de agua caliente.

—¡Ay, madre! ¡Me has salvado la vida! —digo, y voy directa a por la primera tableta de chocolate que veo. Abro el envoltorio, parto un trozo y me lo meto directamente en la boca con un gemidito. Charmaine me mira como desconcertada, y me recuerdo a mí misma que tiene razones de sobra para pensar que estoy cucú. Parto otro trozo y se lo ofrezco—. ¿Quieres? Está riquísimo. Divino. Puedo que incluso mejor que el sexo.

—No creo que pueda… —Se lamenta con la mirada puesta en los tres cuadraditos de chocolate.

—Claro que puedes. —Agito la mano—. Toma.

Un pelín nerviosa, como si este gesto fuera uno de los más prohibidos del reino, coge el trozo de chocolate y le da un mordisco con los ojos cerrados.

—¿Ves? ¿A que está bueno? —Echo un vistazo al contenido de la caja. Hay un montón de tabletas, así que cojo una y se la ofrezco a ella—. Llévate una tableta entera. Hay muchas.

Niega con la cabeza rotundamente.

—No puedo, de veras. Hay escasez de chocolate.

—¿Hay escasez de chocolate? ¡Pero si la caja está llena de tabletas! —exclamo perpleja.

—Sí, le hemos dado a usted las reservas del palacio.

—¿Todas?

Asiente.

—¿Por qué?

—Porque es la princesa —justifica.

—¡Oh! —Me arden las mejillas—. Bueno, llévate una de todas formas.

—No, por favor —murmura—, podría causarme problemas.

—¿Problemas?

Miro la tableta de chocolate empezada que tengo en una mano y la que tengo aún sin abrir en la otra. No entiendo por qué el chocolate podría meterle en problemas, pero recuerdo cómo las gallinas se lanzaban unas encima de otras cuando rara vez les daba

moras como golosinas. Vuelvo a dejar las dos tabletas en la caja, y el chocolate que me he tomado me deja ahora un sabor más amargo.

—Después de todo, quizá este sitio no sea tan maravilloso si para conseguir chocolate hace falta ser princesa —bromeo.

Charmaine me mira con cara de póker.

—¿Quiere que le llene la bañera, Su Alteza? —pregunta apuntando con el dedo a la bañera de mármol con grifos dorados.

—¡No, faltaría más! Puedo hacerlo yo. —Niego con la cabeza. Qué apuro. Estoy acostumbrada a que la gente me trate fatal, esta vuelta de tuerca me descoloca por completo.

—¿Quiere que le comunique a su padre que se encuentra indispuesta?

—Te lo agradecería mucho, la verdad —digo frotándome la barriga—. Lo único que me apetece es meterme una hora en la bañera con agua caliente hasta que se me pasen los calambres.

—Ya, los calambres menstruales son de lo peor —dice Charmaine comprensiva.

—Sip —confirmo—. ¿Por qué no existe ningún conjuro para calmarlos?

—Oh, conozco uno que ayuda bastante. —Desvía la mirada—. No puedo convocárselo yo misma, mi magia está un poco baja. Pero la suya… ¿La suya está bien?

—Sí. Ayer gasté muchísima, pero ya se ha regenerado.

—¿Se ha regenerado?

—Esto… sí —contesto, confusa—. ¿Me enseñas el conjuro? —Me siento en uno de los taburetes acolchados del cuarto de baño y hago una mueca de dolor porque me da otro calambre.

—De acuerdo. Mi madre me enseñó este. Es una especialidad familiar. —Esboza una leve sonrisa—. Apoye la mano sobre su vientre y deje que la magia penetre en la piel. Luego, pronuncie las siguientes palabras. —Susurra algo en la lengua del oeste, una lengua que no conozco. Sin embargo, me las ingenio para repetir sus palabras con suficiente precisión para que una fuente de calor irradie desde mano a mi tripa y alivie los calambres.

—¡Guau, qué bien sienta! Muchas gracias.

—Es un honor poder servirla —dice con una reverencia, lo que me incomoda todavía más. No me entra en la cabeza que una chica de mi edad esté constantemente haciéndome reverencias y llamándome Su Alteza.

La puerta se abre una rendija y pasa Pip trotando hacia mí con ojos de «necesito mimitos». Lo levanto, le doy un beso y me lo dejo sentarse en mis piernas.

—En mi casa criábamos cerdos —cuenta Charmaine—. Nunca había visto uno tan pequeño.

—Es un renacuajo.

—Mi padre solía ahogar a los más pequeños de las camadas. —Pip gruñe y a la chica se le ilumina un poco la mirada—. A mí me parecían muy monos.

—Pip puede ser muy mono cuando quiere. —Me inclino hacia ella —. Una vez lo disfracé con un halo y alas de ángel. A él no le hizo ni pizca de gracia, pero estaba adorable. —Charmaine sonríe con naturalidad—. Le pirra que le hagan cosquillas en las orejas.

Vacila, pero lentamente extiende una mano y acaricia las orejas aterciopeladas de Pip.

—¿Tu familia tiene una granja?

Deja la mano quieta.

—Ya no. —Pip le olisquea la mano y ella le hace cosquillas por debajo del hocico—. Yo tuve un gato como mascota. Le gustaba que le rascaran así. Hasta se le caía la baba —sonríe de nuevo.

—A Pip a veces también, sobre todo cuando le rascas la barriga o si te está viendo comer. —Pip resopla como si protestara ante tal acusación, y a ella se escapa una risita—. ¿Tu familia vive aquí en la capital contigo?

—No, ahora estoy yo sola.

—Lo siento. —Sé lo que es estar sola. Espero que al menos tenga amigos. Conocer a Winnie, Trent y a mis cinco compañeros me ha cambiado la vida a mejor y de un modo que no puedo siquiera describir.

—Gracias por ayudarme —digo—. Deberías estar descansando si tienes tu magia tan débil.

—El señor me pidió que la ayudara —dice simplemente.

—¿Es muy exigente? —Intento que la pregunta suene inocente, pero se me ve el plumero.

Me mira con sospecha.

—Tengo que irme —dice. Pip resopla y le lame la mano.

—Claro. Espero que podamos volver a charlar pronto.

Hace una reverencia y camina hacia la puerta con paso inestable. Su magia está realmente debilitada.

—Tu magia está muy débil. Deberías descansar, en serio.

—Sí —dice sin mirarme a los ojos. Es evidente que no tiene intención de hacerme caso.

—Tal vez podría acompañarte a casa. Me encantaría ver…

—No. Lo siento, pero tengo mucho trabajo.

—No deberías estar trabajando —le digo, pero ya está saliendo del baño.

32

Rhi

Me paso gran parte del día sumergida en la bañera, entre burbujas perfumadas, escuchando música relajante y comiendo chocolate. Ayuda a aliviar los calambres menstruales, aunque al mismo tiempo no dejo de darle vueltas a todo y yo sola me impido desconectar. Me siento muy agradecida por que el príncipe Negro se haya ofrecido a protegerme, por la comida y todas estas comodidades. Pero no me siento a gusto disfrutando de un baño de lujo mientras mis amigos —Winnie, Ellie y los demás— podrían estar viviendo un tormento. ¿A quién quiero engañar? De «podrían» nada, seguro que están pasándolas canutas de verdad.

Quito el tapón, salgo de la bañera y me envuelvo en un albornoz suave que había también en la caja de Charmaine. Me cojo otra onza de chocolate para armarme de valor y vuelvo a la *suite* con mis compañeros.

Sin embargo, no hay nadie. Se han ido. Refunfuño molesta porque no me han dicho dónde iban y me tiro en uno de los sofás. Pip suelta un chillido y me lo siento encima de la tripa. Siempre me ha servido de bolsa de agua caliente, y hacía muchas semanas que no estábamos los dos solos. Nos quedamos acurrucados disfrutando mutuamente nuestra compañía.

Debemos de quedarnos dormidos, porque unos minutos más tarde me despierto sobresaltada cuando entran los cinco en la *suite*.

—¿Dónde habéis estado? —pregunto apartando a Pip, y al estirarme, me crujen todas las vértebras.

—Sopherina y Portia nos han llevado a ver una sesión de entrenamiento para jinetes de dragón noveles —dice Spencer, que se deja caer en el sofá a mi lado—. A mí me parece bastante intuitivo. Muchísimo más fácil que volar en escoba.

—¿Sopherina y Portia? —pregunto.

—Las dos jinetes que nos trajeron aquí —explica Spencer—. Tendrías que ver lo que son capaces de hacer subidas a un dragón. Son increíbles.

—¿Ah, sí? —Me cruzo de brazos y el vínculo se muere de celos.

—Sí. ¡Cómo se mueven! —continúa, ajeno a la mirada asesina que le lanzo.

—Pero —dice Stone, sentándose a mi otro lado—, apuesto a que han debido de pasar horas y horas de entrenamiento para llegar a ser tan buenas. No son ni de lejos tan innatas como usted, señorita Blackwaters. Ni… —añade rozándome el cuello con la boca— tan… niñatas.

—¿Te sorprende que me comporte como una niñata cuando venís poniendo por las nubes a otras mujeres?

—¿Qué tal te encuentras? —pregunta Azlan, directo al grano, sin importarle lo más mínimo nuestro coqueteo.

—Mejor, pero… —Los miro a todos—. No podemos quedarnos aquí. No podemos seguir en el oeste.

Se me quedan mirando, sorprendidos por mi repentino cambio de opinión.

—¿Por qué no? —pregunta Tristan, alarmado—. ¿Qué ha ocurrido?

—No ha ocurrido nada. Es solo… Ya sabéis lo que dice la profecía. Lo que se supone que he de hacer. No puedo seguir viviendo aquí a la bartola rodeada de tanto lujo —señalo el cuarto de baño— mientras que tu padre anda por ahí en busca de Winnie y probablemente del resto de nuestros amigos. Y quién sabe lo que le haya podido pasar a la abuela de Winnie, y a Ellie y…

—Echa el freno, cielo —dice Azlan acercándose.

—Pero si prácticamente acabamos de llegar. Aún nos queda mucho por entender y descubrir —dice Spencer.

—Ya habrá tiempo para eso después. Ahora mismo nuestros amigos están en peligro. Tú mismo dijiste que Christopher Kennedy podría acabar con todos los hombres bestia. ¿De verdad puedes quedarte de brazos cruzados y dejar que eso ocurra?

—No —dice Spencer, tensando la mandíbula.

—Si quieres marcharte, ratoncito —dice Renzo ofreciéndome su mano—, nos vamos ya.

Estoy sentada en albornoz, con el pelo mojado y empapando los cojines. ¿Lo dice en serio?

—¡No ya literalmente! —contesto.

Se encoge de hombros y baja la mano.

—Vale.

—Necesito hablar con mi padre, asegurarme de si estaría dispuesto a ayudarnos.

—¿Quieres empezar una guerra? —dice Stone con el ceño fruncido.

—No si no es necesario. Debe de haber otra vía para… —trago saliva— derrocar al padre de Tristan.

Tristan resopla como si solo se pudiera lograr con una invasión a gran escala.

—Voy a vestirme y luego voy a hablar con él —digo, y me dirijo al dormitorio.

—Iremos contigo —vocea Stone.

—No. Esta conversación debemos tenerla los dos a solas.

33

Rhi

No sé cómo, pero me las apaño para orientarme por los pasillos laberínticos y llegar a la puerta del príncipe Negro unos minutos más tarde. Es imponente y majestuosa, y de repente me siento muy pequeña y muy sola.

No importa que haya una supuesta profecía escrita sobre mí. No importa que el destino me haya unido a cinco hombres poderosos. Ni siquiera importa que sea la hija desaparecida de un príncipe. Me siento igual que aquellos primeros días en la escuela. Como si no fuera nadie. Como si no encajara.

Enderezo los hombros. Basta de gilipolleces. Ya es hora de echarle ovarios. Winnie anda escondida por ahí, a saber lo que estará sufriendo Ellie en manos de su tío, y no quiero ni imaginar lo que le haya podido pasar a Rosa.

Toco a la puerta firmemente y, por un momento, mi corazón se detiene. No está. Nuestra conversación va a tener que esperar. Estoy ya dando media vuelta cuando una voz me llama desde dentro.

—Adelante. —La puerta se abre.

El príncipe Negro está de pie hablando con dos magos mayores que él: un hombre y una mujer, ambos enfundados en unas túnicas

con unos bordados muy finos. Sus ojos se posan en mí y su magia combinada cobra vida.

—¡Rhianna, qué casualidad! —me llama el príncipe Negro—. Estábamos hablando de ti.

—¿Sí? —espeto, confusa.

—Estamos tan contentos de que haya regresado, princesa —dice la mujer. Su larga cabellera canosa le cae por la espalda recogida en trenzas, y sus ojos son de un marrón rojizo y penetrantes.

—Justo de eso venía a hablar contigo —digo tras recuperar la voz.

La mujer desvía la mirada hacia el príncipe Negro. Él asiente y los dos magos se marchan. Al salir, el brazo frío de la mujer me roza y su magia me pone la piel de gallina.

Cuando se cierra la puerta, el príncipe Negro me mira con su típica sonrisa encantadora.

—He oído que te encontrabas mal esta mañana. ¿Supongo que ya te sientes mejor, que mi sirvienta te ha atendido y se ha encargado de que estuvieras a gusto?

¿Sirvienta? Sabía que Charmaine era una empleada doméstica, o una ayudante, pero ¡¿de ahí a llamarla sirvienta?! En fin, al lío, Rhianna; que estás aquí por otro motivo.

—Ya me siento mucho mejor, gracias. —Miro a mi alrededor y me fijo en que se han llevado el cuadro que destrocé y lo han sustituido por otro—. No puedo seguir aquí. Tengo que volver a la república.

El príncipe Negro me escudriña.

—De ninguna manera. Es demasiado peligroso. Aquí estás a salvo. Nosotros te protegeremos.

—Pero mis amigos están en peligro, y no puedo quedarme tan tranquila mientras que ellos…

—Tienes a tus compañeros predestinados. Y a tu espíritu familiar también. Harás nuevos amigos aquí en el reino. Puedo buscar a alguna joven de tu edad y hacerla venir, y…

Doy un paso más hacia él.

—No, no lo entiendes. No me preocupa no hacer amigos nuevos. Me pasé toda mi infancia sin ninguno. Pero ahora sí que tengo, y son muy importantes para mí. Tengo que ayudarlos.

—¿Y cómo esperas ayudarlos? Christopher Kennedy te quiere muerta. Si no hubiera intervenido mi dragón, ¡ahora mismo lo estarías!

—Con tu ayuda podríamos…

—¿Con mi ayuda? —Aguza la vista—. ¿Qué tienes en mente, hija?

—Christopher Kennedy es un monstruo. Tiene a su propio pueblo aterrorizado. Debemos eliminarlo del poder.

—¿Y tomarlo nosotros? —El príncipe Negro da un paso adelante y en sus ojos se refleja la luz roja de la chimenea.

—No, me refiero a que…

—Llevaba mucho tiempo esperándote. Tú, mi poderosa hija, con tu fuente de magia ilimitada —dice más rápido, con una voz ávida y las llamas titilando en sus pupilas—. Llevaba tanto tiempo esperando a que te unieras a mí.

Retrocedo, alarmada por su repentino cambio de tono. Se inclina y me agarra de la muñeca. Tiene la mano fría y mi magia oscura comienza a chisporrotear vívida, superando a mi otra magia, pasando a primer plano en la punta de mis dedos.

—Juntos nada podrá detenernos —prosigue—. Juntos podemos ofrecer una utopía a ambas tierras. Podemos gobernar sobre ambas.

—¿Qué? —digo, intentando soltarme—. No quiero…

—Hija —sisea mi padre—, ¡muéstrame de lo que eres capaz!

—Yo no…

—¡Rhianna! —espeta—. ¡Muéstramelo!

Mi magia escarlata acepta el desafío. Es arrogante y orgullosa, y quiere una oportunidad para demostrar exactamente lo que quiere hacer. Sus tentáculos negros trepan por las paredes de la sala, derritiendo y destruyendo todo a su paso; deja un agujero humeante en el techo y continúa su camino de destrucción, subiendo por las plantas superiores, hasta reventar el tejado y disparar al cielo un rayo mortal de color negro azabache que chamusca el aire.

El rayo sume al cielo en la oscuridad y yo grito mientras mi magia sigue elevándose.

Entonces, mi padre me suelta y toda la magia cae en picado.

Me desplomo en el suelo, luchando por respirar. Miro a mi padre con ira. La magia sigue ardiéndome furiosa en la sangre.

—¿Qué diablos acabas de hacer? —chillo.

—Lo siento. —Asiente ligeramente con la cabeza—. Mis más sinceras disculpas. No era mi intención hacerte daño. Me he dejado lleva por la emoción. —Le brillan los ojos—. Tus poderes son mucho mayores de lo que esperaba.

Se mira la mano con la que me tenía sujeta y parecen saltarle chispas de los dedos.

Con el corazón desbocado, me pongo de pie y me aliso la ropa, que se me ha quedado toda arrugada.

—Será mejor que regreses a tus aposentos y descanses un poco más. Ya seguiremos hablando en otro momento —me sonríe rebosante de encanto—. Estoy tan feliz de tenerte aquí, Rhianna. Por fin de vuelta conmigo.

Me hace una seña hacia la puerta.

—No necesito descansar —digo bruscamente, y al instante me doy cuenta de que me podría haber expresado mejor y que sueno como una niña en plena rabieta. Por mucho que sea mi padre, ambos somos adultos, y lo sigo viendo como un extraño. No puede darme órdenes, aunque gobierne esta nación—. Tenemos que hablar sobre…

—Sí, pero también tengo otros asuntos que atender. Unos asuntos que tú has interrumpido. —Me arden las mejillas.

—¡Esto es importante!

—¡Puede esperar! —me suelta con una mirada llena de furia, y me alejo rápidamente de él. Entonces, se recompone—. No hay que precipitarse con esas cosas. Déjame hablar con mis asesores sobre la mejor forma de proceder.

No quedo muy satisfecha con este acuerdo, pero necesito su ayuda, y enfadarlo aún más no parece la mejor manera de ganármelo. Me trago mi mosqueo y esbozo media sonrisa.

—Gracias —digo, y me largo.

Me siguen hirviendo las venas mientras regreso a nuestros aposentos; tanto que me equivoco dos veces de pasillo y tengo que volver a dar marcha atrás.

Me paro.

¡Mierda! Si va a hablar con sus asesores sobre cómo eliminar a Christopher Kennedy del poder, entonces yo también voy a tener que estar presente. No soy una niña pequeña. Soy Rhianna Blackwaters.

Doy media vuelta y regreso por donde he venido, pero cuando llego al despacho del príncipe Negro, me encuentro con que ya no está. Ha debido de irse a tratar esos otros asuntos tan importantes. Chasqueo la lengua, molesta, y decido ir a buscarlo.

Avanzo por los pasillos tocando y asomándome a cada puerta. Qué extraño, no hay nadie por ningún lado. Ningún mago a la vista. Puede que estén todos en esa reunión tan importante con el príncipe Negro.

Entonces, a lo lejos entreveo el movimiento de una falda girando una esquina: la falda de Charmaine. La persigo sigilosamente por la escalera que se adentra en el corazón del palacio. No sé por qué estoy viniendo así hasta aquí y a hurtadillas, pero siento que tengo que hacerlo.

Al pie de la escalera, Charmaine se detiene y mira hacia arriba, y me echo hacia atrás ocultándome en las sombras. ¡Ojalá no hubiera perdido el medallón! Después se pone de nuevo en marcha y continúa por otro pasillo. A mitad de camino se encuentra con otra chica, vestida similar. Le habla tan bajito que no consigo oír nada, y se dirigen juntas a una tercera dirección. Las sigo con suficiente distancia para que no me vean ni me oigan.

Al final del pasillo me fijo en que estamos cerca del salón de baile, pero se detienen ante otra puerta, ligeramente entreabierta.

Se oye un barullo de voces procedente del interior y un extraño chisporroteo de magia.

Las dos chicas esperan en la entrada hasta alguien las llama. Entran y, una vez más, las sigo.

La sala está hasta los topes de magos, vestidos con sus mejores galas, repartidos entre divanes y cojines, con la mirada fija en algo que hay en el centro de la estancia. Miro hacia allí yo también, y mi mente tarda un tiempo descifrar lo que veo.

El príncipe negro —mi padre—, inclinado sobre un joven, con la boca presionando su cuello como si lo estuviera besando. Es un

chico de mi edad, con el mismo uniforme que Charmaine y la otra chica. Lo han encadenado a un sofá bajo y está semiinconsciente.

Qué bochorno… Me estoy metiendo en algo privado que a mí ni me va ni me viene. Algo que una hija no debería ver… aunque no entienda lo que estoy viendo. No debería estar aquí. El bullicio y la fuerza succionadora de la magia en el ambiente me ponen los pelos de punta a la par que esa fuerza parece tirar de mi magia.

Y entonces caigo en la cuenta.

Me tambaleo hacia atrás.

Mi padre no está besando a ese chico. No se trata de una extraña orgía. No al menos de ese tipo.

No, mi padre le está clavando los dientes en el cuello a ese chico. No lo está mordiendo, está absorbiendo la magia de sus venas… ¡y se la está bebiendo!

Quiero girarme y salir corriendo lo más lejos posible de este sitio, pero mis pies están pegados al suelo y la bilis y la repulsión se revuelven en mi estómago.

Todo me da vueltas.

El príncipe Negro —el horror de pensarlo me da náuseas— es un chupasangre.

Todos lo son. Todos.

Nosferatu.

Los vampiros.

Los seres mágicos más oscuros.

Observo cómo el príncipe Negro se levanta con la boca cubierta de sangre y se lame los labios. Chasquea los dedos y las cadenas se desatan. Pero el joven no se mueve. Tiene los ojos cerrados y la cabeza caída hacia un lado. Las dos chicas se acercan arrastrando los pies y lo coge cada una por debajo del brazo. El príncipe Negro se repantinga en un sillón con la mirada aturdida como si estuviera drogado. Mientras se disponen a llevarse al chico, agarra a Charmaine del brazo para frenarlas cuando pasan junto a él.

—Sigues muy débil, Fuente —se mofa—. Ven a verme cuando te hayas recuperado.

Me tapo la boca con la mano para ahogar un grito. Por eso su magia estaba tan debilitada… Era el príncipe Negro quien se la

estaba apropiando.

Un millón de pensamientos se agolpan en mi mente bailando al son de esa extraña música y la imagen del príncipe Negro con la boca manchada de sangre. Durante un horrible segundo, me siento tan mareada que estoy a punto de caerme redonda al suelo.

Charmaine asiente y hace una reverencia con la misma actitud sumisa de siempre.

No era timidez. Era miedo. No era una empleada, sino una esclava.

¡Cómo he podido ser tan estúpida y estar tan ciega!

Con un brillo rojo en los ojos por la luz perturbadora de la sala, los demás magos se quedan observando atentamente mientras ella y la chica se llevan al joven.

Me escondo en la penumbra, con el corazón a mil y los pulmones jadeando en busca de aire. Tambaleándome, las sigo por el pasillo hasta otra sala. Dentro hay una fila de camas, todas ocupadas por magos inconscientes. Me froto los ojos, incapaz de creer lo que estoy viendo. Una veintena de magos, todos ellos al borde de la muerte, despojados de casi toda su magia, salvo unas gotas. Es espeluznante. Da pavor. ¿Cómo puede alguien ser capaz de hacer algo así?

Las dos chicas tumban al joven en una cama. Charmaine se inclina sobre él, vacilante, y apoya una mano en su pecho. Deja escapar un grito silencioso pero desgarrador, y cae hacia atrás en los brazos de su compañera. Por un momento se abrazan y, finalmente, Charmaine se vuelve hacia el joven y, tras respirar hondo, le cubre la cabeza con una sábana.

Muerto.

Está muerto.

Salgo de la habitación con la espalda apoyada contra la pared y toda esa mezcla de emociones y pensamientos que me asaltan. Tengo ganas de vomitar. Me encuentro fatal. Caigo de rodillas y me tapo la boca con la mano para contener las arcadas.

No puede ser. Esto no puede estar pasando. Debe de haber otra explicación.

—¡Princesa!

Abro los ojos y, justo ante mí, flanqueada por otros tres magos, está la mujer canosa de antes.

Todos me miran con ese brillo rojo en los ojos y un apetito voraz que no se molestan en disimular.

34

Rhi

—¿Vampiros? —digo sin aliento y con las rodillas temblorosas mientras intento ponerme en pie.

La mujer de pelo canoso chista, enseñándome sus colmillos, y me agarra la muñeca. Su mano está gélida, y ahora entiendo por qué. No tiene calor propio, ni magia. Para ella, la única forma de sobrevivir es absorbiendo la sangre ajena. De magos como Charmaine.

—Sí, preciosa, vampiros. —Sus ojos rojos brillan de emoción—. Esperábamos que te unieras a nosotros, aunque no tan pronto; pero ahora el príncipe Negro ya no tendrá motivos de alargar la espera.

Me levanta de un tirón y forcejeo para soltarme; me va a salir un cardenal por lo fuerte que aprieta. A mi alrededor acuden más magos oscuros que quieren tocarme. Siento cómo tiran de mi magia y la succionan.

—¡Soltadme! —grito. Busco la magia luminosa que usé para ahuyentar a los espectros del agua en Isla Gris, pero lo único que sale a la superficie es la magia escarlata, potente y oscura. Parece enloquecer a estos chupasangres. Se abalanzan sobre mí para tocarme y arrastrarme, murmurándose entre ellos.

—¡No! —chillo—. ¡Soltadme!

Llamo a mis compañeros a través del vínculo y rezo por que me oigan.

Y, así, me llevan a rastras a esa misma sala oscura, me dejan en la misma plataforma y me tiran de rodillas a los pies del príncipe Negro. Mi padre.

Todas esas historias sobre él eran ciertas. Todo el mundo tenía razón. Su reino no es un paraíso. Se ha fundado a base del sufrimiento ajeno. No es mejor que la república. De hecho, es peor, mucho peor. Un millón de veces peor.

Con razón mi madre huyó de él. Debió de descubrir la verdad y salió corriendo.

—Rhianna —dice con una voz mucho menos encantadora que antes—. No había planeado que te unieras a nosotros tan pronto. Pero aquí estás.

Echo la cabeza hacia atrás y lo fulmino con la mirada.

—Me das asco —digo.

—Eres igualita a tu madre. Creo que esas fueron también sus palabras.

—¡Antes de que la mataras! —Le disparo con mi magia. Él la bloquea con la suya, fortalecida por la que acaba de arrebatarle a ese chico. Nuestras dos corrientes de magia crepitan la una contra la otra, como un bar de bengalas oscuras, iluminando fugazmente la sala. Después se apagan y caen al suelo.

—Ya te lo dije. No fui yo. Nunca quise hacerle daño. —Se agacha frente a mí—. Del mismo modo que tampoco intención de herirte a ti, hija. Eres demasiado valiosa como para matarte. Vales mucho más viva. Kennedy es un imbécil por creer lo contrario. Sin duda, serás una Fuente envidiable.

Se pone de pie y se encara a la multitud de vampiros señalándome con la mano.

—Es mi hija. Os prometí que sería poderosa, que su poder transcendería los límites de lo conocido. Con su magia, seremos imparables. Se acabó seguir relegados a esta tierra árida. Se acabó seguir atrapados en este páramo. Con su magia, podremos tomar la república. Al fin y al cabo, es lo que ella quiere. —Se gira y me

sonríe, asomándole los colmillos y mirándome con esos ojos carmesí llenos de crueldad.

Me levanto a trompicones y le miro directamente a los ojos.

—Sé lo que eres —espeto—. Y ahora entiendo por qué mi madre huyó de ti.

—Tu madre contaba mucho para mí, pero ella no lo comprendía. No comprendía lo que podríamos lograr si nos uníamos.

—¿Si os uníais? Querrás decir si le absorbías toda su magia.

—Con tu poder, Rhianna, y mis habilidades, podríamos alcanzar grandes logros. Podríamos conquistar no solo la república, sino también Aropia.

—¡Has matado a ese chico! ¡Le has arrebatado su magia y lo has dejado morir! Este sitio no es mejor que la república. Es peor.

—Has malinterpretado lo que has visto. Él mismo ha dado su magia de manera voluntaria, se ha sacrificado por un bien mayor, por un líder que ha unido sus territorios y ha detenido los ataques del oeste.

—Entonces, ¡¿qué hacía encadenado?! —grito—. ¡Eres un mentiroso! ¡Y bajo ningún concepto vas a usar mi magia!

—Pero es tu destino, Rhianna. Tu madre lo previó.

—¡A la mierda el destino! ¡Ni en sueños vas a quitarme mi magia!

Su sonrisa se amplía y, así sin más, me da una bofetada que me deja atontada y hace que se me salten las lágrimas; y sin ninguna consideración, me tira después al suelo.

Con los oídos zumbando y tratando de ubicarme, veo que se me echa encima.

—Puedo oler tu sangre. Tan potente con esa magia escarlata… Tan deliciosa. —Se relame y, antes de tener siquiera la oportunidad de levantar los brazos, los demás vampiros vuelven a abalanzarse sobre mí. Me agarran por los brazos y las piernas, me llevan al sofá donde estaba tumbado el chico antes y me esposan las muñecas y los tobillos.

Me doy cuenta de inmediato. Las esposas son idénticas a las que me puso Christopher Kennedy. Reducen y atan mi magia, y mi padre se inclina sobre mí. Me revuelvo en el sofá para alejarme de él, pero las esposas me lo impiden, y él me aparta el pelo del cuello.

—Esta noche nos alimentaremos de la princesa —dice, presionando el pulgar contra mi vena, lo que hace que me maree. Los otros vampiros asienten con un murmullo en coro.

El corazón me va a mil, y me imagino que él notará mi pulso su pulgar. Sus colmillos se alargan todavía más y sus ojos se vuelven tan rojos que parecen sangre.

Se acerca.

Pero ahora soy más fuerte. Estoy unida a cinco compañeros muy poderosos.

Rompo las ataduras mágicas y empujo su cuerpo con mi magia, justo cuando mis compañeros entran corriendo en la habitación.

A los vampiros les lleva un momento entender qué está pasando: el príncipe Negro cae al suelo y yo me libero de las esposas y me levanto de un salto del sofá. Corro a reunirme con mis compañeros, que acuden hacia mí, y me abro paso entre la multitud de vampiros lanzándoles mi magia para que no me toquen.

Cuando llego hasta ellos, dejo que la ira y el asco que siento hiervan en mi interior, y los cojo de la mano. Formamos un círculo, combinamos nuestra magia y la arrojamos contra los chupasangre.

Caen al suelo como bolos. Y solo entonces se dan cuenta de que algo no va bien. Están en peligro. Responden arrojándonos su magia, pero se les ha debilitado — a fin de cuentas, les he interrumpido la comida—, y no son ni de lejos tan fuertes como nosotros.

Se oye un alboroto desde la puerta que tenemos detrás, y de reojo veo a Charmaine y dos sirvientes más. Ahora entiendo por qué la magia de Charmaine estaba tan débil. Son las Fuentes de los vampiros. Magos con buenas reservas de magia de los que se alimentan.

Me la juego. Recuerdo lo asustada que parecía Charmaine, cómo se negaba a responder a tantas de mis preguntas.

—¡Ayudadnos! —voceo—. ¡Ayudadnos a acabar con ellos! ¡Ayudadnos a derrocarlos!

Tras vacilar un instante, Charmaine entra en la habitación y lanza la poca magia que tiene contra los chupasangre. Los otros la siguen. Se oyen unos gritos procedentes del pasillo y entonces entran más

sirvientes, se colocan a nuestro lado y se vengan de los vampiros que han estado utilizándolos y abusando de ellos.

Y funciona. Los vampiros caen uno a uno, reduciéndose a polvo.

Hasta que el príncipe Negro se levanta y contraataca.

Alza su magia, lanza unos rayos rojos hacia el cielo y, acto seguido, el grupo de Fuentes que nos rodean se desploman de rodillas, cubriéndose la cara como si el dolor les atravesara el cráneo.

—¿Ves? —dice—. Son míos. Quedan corrompidos por mi magia cuando les absorbo la sangre, programados para obedecer incluso a costa de sí mismos. Noble intento, por cierto, pero de nada te ha servido. Ya sospechaba yo que eras igual de floja que tu madre. —Sus ojos resplandecen como enajenados—. No pasa nada. Regresad a vuestros aposentos y olvidémonos del tema.

—¡Ni de coña! —dice Renzo, y me envuelve con sus brazos y me teletransporta.

35

Renzo

Mi ratoncito me pega en el brazo.

—¡¿Qué narices…?! ¡Tienes que avisarme antes de hacer eso!

—No había tiempo —digo, y la furia de sus ojos va en aumento.

—¿Por qué lo has hecho?

—Órdenes del ejecutor. Debía teletransportarte si la cosa se ponía fea. Y estaba muy pero que muy fea. Eran…

—Vampiros, lo sé. El príncipe Negro es un vampiro, y quería chuparme la sangre él mismo.

Aprieto los puños y me imagino todas las formas en las que voy a hacérselo pagar.

Mi ratoncito da una patada al suelo, frustrada.

—Voy a matar a Azlan, y después a ti —dice, pero a estas alturas, por desgracia, sé que no lo dice en serio—. ¿Dónde estamos? —Mira a su alrededor, en la oscuridad—. Hay que volver con los demás.

Me rasco la cabeza.

—Ni idea.

—¡¿Cómo que «ni idea»?! —Levanta las manos al aire—. ¿Me estás diciendo que no sabes dónde me has traído?

—Exacto —respondo, y parece dispuesta a pegarme de nuevo—. Pero estamos cerca del dragón. —Hago un gesto ladeando la cabeza —. Pensaba que tu padre descendía de los dragones, no de los murciélagos.

Me ignora.

—¿El dragón está por aquí? —Levanta una mano y le salta una chispa en la palma—. Los establos… Creo que estamos en los establos.

Bajo nuestros pies hay paja, y por encima tenemos un techo alto de madera. Hay unas ovejas encadenadas a una pared que enseguida reconozco: son como las que estaban cargando los hombres de Lowsky en los camiones. Aunque no veo ningún dragón. Y anda que no son grandes como para no verlos.

—Vamos —dice, cogiéndome de la mano, lo que me provoca un mariposeo—. Siento su presencia por aquí.

Mi ratoncito me lleva por ese vasto espacio y se detiene ante una puerta. Está cerrada con cadenas, pero las reviento con mi magia y la cruzamos.

Es un nido. Un nido de dragones. El suelo está cubierto de paja que nos llega hasta las rodillas, hay esqueletos de ovejas enterrados entre las briznas y cinco dragones hechos un ovillo en el centro, dormitando.

Al fondo está la dragona de mi ratoncito, con sus escamas doradas rojizas apenas visibles.

Mi ratoncito entra y uno de los dragones alza la cabeza y la mira fijamente, echando unos aros de humo por la nariz como si fuera a cocinarla a la parrilla.

Mi ratoncito no se da cuenta. Señala en la dirección de los dragones. Me recorre un escalofrío. A los tipos duros no les gusta que les señalen con el dedo. A Lowsky nunca le gustó. Yo nunca he tenido problema con eso. Que me apunten en la cabeza con una pistola, o con un cuchillo en la garganta, a mí me divierte. Pero dudo que a los dragones les vaya ese rollo.

—Están atados.

—Pues desátalos —digo, apoyado en la pared. Podría hacerlo yo, pero me fascina ver a mi ratoncito usando su magia, la manera en

que parpadea con esa mezcla de magia clara y magia oscura. Es precioso.

Dispara a los collares y las esposas y las cadenas caen. Los dragones se mueven y se estiran bostezando como felinos.

La dragona dorada es la última en levantarse, y mi ratoncito la llama por su nombre.

— Gwenhwyfar, necesitamos tu ayuda. Ahora mismo. Porfa — dice como si se dirigiera a un hombrecito y no a un dragón gigantesco.

Me da un tembleque cuando la dragona baja la cabeza a pocos centímetros de mi ratoncito y suelta un gruñido. Luego se estira y balancea su enorme cabeza de un lado a otro, rugiendo, antes de levantarla hacia arriba. Abre las fauces y escupe una llamarada hacia el techo que quema las vigas.

—A lo mejor me equivoco —digo—, pero creo que quiere salir por ahí.

Mujeres… siempre tan dramáticas. ¿Por qué no hacerlo sutilmente? Ahora sí que no hay posibilidad de pasar desapercibidos en la noche con un incendio sin control.

Aunque, por otra parte, dudo que escapar sea el plan de mi ratoncito. Va a querer volver para ayudar a los demás, pese a las órdenes del ejecutor.

Nos caen encima chispas, escombros y trozos del tejado en llamas. La dragona no se inmuta, baja la cabeza y nos invita a subirnos a su lomo.

Cojo a mi ratoncito por su cintura de avispa, la monto en su amiguita y después me subo yo también, justo detrás de ella, pegadito.

La dragona se levanta sobre sus cuatro patas y mira hacia el techo en llamas, que ya empiezan a rozarme la cabeza. El agujero es muy pequeño, no cabemos por ese hueco. Vamos a tener que esperar a que se consuma más.

Mi ratoncito se muerde el pulgar, y yo no consigo dejar quieta la pierna derecha. La temperatura va aumentando, lo que está genial si eres un dragón, pero no para un humano. Créeme, he visto lo que sucede cuando fríes a una persona.

La dragona debe de leerme la puta mente —tiene mérito, no es nada fácil—, porque empieza a escupir más llamaradas hacia arriba y el fuego se expande con mucha rapidez.

Despliega las alas y…

—¿Ya os vais? ¿Tan pronto? —El príncipe Negro está de pie detrás de nosotros, sonriéndonos—. Pero si acabas de llegar, hija. Justo ahora que se estaba poniendo la cosa interesante…

La dragona no se anda con rodeos y le lanza un chorro de fuego directo.

Mi ratoncito grita horrorizada, lo que me sorprende, porque no es el primer tío al que ve quemarse vivo. En cambio, el príncipe Negro se protege la cara con los brazos y las llamas se apartan sin siquiera rozarle, como si fuera ignífugo. Tal vez sí que tenga genes de dragón después de todo.

—Gwenhwyfar siempre ha sido muy difícil de domar por su mal genio. Después de todo el tiempo que pasé buscando a los de su especie… casi tanto como el que pasé buscándote a ti… Después de rescatarla de ese volcán… ¡Será desagradecida!

Con un simple giro de muñeca, hace que un latigazo mágico golpee a la dragona en el costado.

—¡Déjala en paz! —implora mi ratoncito.

—No. Al final y al cabo, es mi dragón. Todos lo son.

—No —digo—, este es de Rhi.

—¡Soy el príncipe descendiente de los dragones! —Observa las llamas que lo rodean y se pasa la mano por la piel.

—¡Entonces Rhi también!

El príncipe Negro sonríe.

—Dicen que mi poder, la imposibilidad de quemarme, proviene de los dragones. Qué versión más bonita. Pero, por supuesto, no es así. No es más que otro hábil conjuro que tomé prestado de otra Fuente.

—¡Querrás decir «robado»! —chilla mi ratoncito.

—No lo robé, me lo dieron —contesta con un destello en los ojos y mostrando sus colmillos afilados—. Me pregunto qué poderes ganaré contigo, hija. Y con cada uno de tus compañeros predestinados. No está nada mal el truco que ha hecho este.

—Sigue soñando —le espeto—. Nos largamos.

—¡Yo de aquí no me muevo! —protesta Rhi.

Personalmente, entablar conversación con un chupóptero como él me parece una chorrada. Y un aburrimiento. Yo opino que nos larguemos cuanto antes. La gente solo usa las palabras para engatusarte, enredarte, confundirte. Nunca ha salido nada bueno del hecho de hablar. Es mejor atacar. Huir. Si te pones a hablar, date por muerto.

Aunque es verdad que mi ratoncito está aprendiendo rápido, todavía no sabe todo eso.

Al príncipe Negro le tiemblan los labios.

—Bájate del dragón, hija. ¡Bájate ahora mismo!

—Para que lo sepas… —digo inclinándome para hablarle justo al oído—. Eso no va a pasar.

—¿Con que esas tenemos? —ruge el papaíto de Rhi, y vuelve a girar la muñeca. Esta vez su magia azota el grueso cuello de la dragona y se enrolla apretándolo muy fuerte. La dragona se rasca el cuello desesperadamente con las garras y sacude la cabeza de modo que casi nos tira al suelo—. Lo siento si he dado la impresión de que era una petición. No lo era. No os vais a ninguna parte. Hija, serás mi fuente de poder, y por fin podré abrazar mi destino. ¡Me convertiré en el mago que siempre debí ser! ¡Se acabaron las negociaciones con tipos como Kennedy y Lowsky! ¡Tendré el control absoluto!

—Esto… no —digo mientras me saco el cuchillo del bolsillo para lanzárselo directo a la cabeza. Por desgracia, no es de mis mejores lanzamientos, y lo frena con su magia y me lo devuelve. Lo esquivo justo a tiempo, pero no sin que antes me arañe la cara y me corte la oreja por la mitad.

—Mierda —mascullo con dolor. Noto cómo la sangre ruge dentro de mi cabeza y me deja aturdido mientras brota por el oído. Todo me da vueltas y pierdo el equilibrio; me resbalo del dragón y caigo de golpe al suelo. Por un momento, me falta el aire y lucho por respirar. Me pongo de pie y siento la presión de un metal frío contra mi garganta. Es el cuchillo.

Mi cuchillo.

El cuchillo de Rhi.

El cuchillo de él.

Solo que ahora no se trata de un jueguecito divertido con mi ratoncito. El príncipe Negro va en serio. Aprieta más el cuchillo, a punto ya de clavármelo.

—¡Ni se te ocurra tocarlo! —le advierte mi ratoncito.

—Bájate del dragón y lo dejaré vivir.

Lo fulmina con la mirada como si no fuera el legendario príncipe Negro, un maldito chupasangre, un vampiro, el más oscuro de los magos.

Joder, cuánto quiero a esta chica.

Me sobresalto y casi me araño con el filo del cuchillo.

¿Querer?

¿Yo? ¿Querer?

¡Me parto y me mondo!

Para querer a alguien primero hay que tener corazón. Yo nací con uno que cumple una única función: bombear la sangre por el cuerpo. Pum, pum. Pum, pum.

Eso es todo lo que hace. Está congelado. Ni siente ni padece.

Aunque sí que tengo sentimientos por mi ratoncito. Unos sentimientos tan grandes como una catedral. Unos sentimientos que hacen que esté empalmado las veinticuatro horas del día y que me impulsan a cortarle el cuello a cualquiera que intenta hacerle daño. Además, me gusta hacerla feliz. Y, por feliz, me refiero a hacerla llegar al orgasmo.

Joder, pues igual sí que la quiero. ¡Mira tú por dónde!

Más vale que la rescate entonces.

—¡Vete! —le digo, y me lanza una de esas miradas fieras suyas, igual que cuando sugiero algo que no le gusta; pero esta vez no pienso ceder.

Siempre me han dicho que actúo como un perro de caza. Pero no soy ningún perro. Soy uno de esos gatos callejeros sarnosos. Parece que tengo siete vidas. ¿Cuántas habré perdido ya? Seguro que todas. O casi todas.

Agarro al príncipe Negro de la muñeca y empujo su mano —y el cuchillo— contra mi garganta.

—No importa si me mata —digo mientras empieza a rasparme—. ¡Ratoncito, vete!

—¡No! —chilla, y siento cómo la magia escarlata empieza a rugir por su cuerpo, aún más potente. Sale disparada de su mano y atrapa al príncipe Negro, obligándolo a soltar el cuchillo y a arrodillarse. Él forcejea con su propia magia, pero no sirve de nada. Mi ratoncito lo supera con creces.

—No vas a morir otra vez —me regaña—. No hasta que yo te lo diga. ¡Y eso solo ocurrirá cuando seamos los dos muy mayores!

—¿Vas a matarlo? —pregunto curioso, con los ojos oscuros de él puestos en los míos mientras lucha inútilmente—. ¿O prefieres que lo haga yo? —Cojo el cuchillo manchado de sangre y lo giro en la palma de mi mano.

—Y-y-yo… —vacila, pero la decisión final resulta no estar en sus manos.

Los establos se llenan de gente: el chico bestia, el ejecutor, Kennedy hijo y el ave fénix, más la amiguita esa que ha hecho ella y unos cuantos más. Supongo que deben de estar cabreadísimos de verdad, porque al ver al príncipe Negro de rodillas, se desfogan abalanzándose sobre él hasta que queda sepultado por una torre de personas y el destello de la magia.

Me recuerda a Lowsky y su hermano Joey. El momento en que estallaron. El momento en que se volvieron contra su propio padre y lo despedazaron. Estoy segurísimo de que eso es lo que le están haciendo ahora al príncipe.

Mi ratoncito gira la cabeza, incapaz de mirar.

El agujero del tejado ahora es lo suficientemente grande, el fuego avanza por las paredes del establo, y mi ratoncito le susurra algo a su nueva mascota. La dragona abre sus alas y me subo justo a tiempo antes de que eche a volar hacia el cielo nocturno.

Varios de los otros dragones también despliegan las alas con la intención de hacer lo mismo.

—¡Vamos! —grito al resto—. Supongo que nuestra chica quiere irse.

Se suben a los dragones mientras que las Fuentes se alejan y dejan el cuerpo destrozado del príncipe entre la paja ensangrentada.

La dragona dorada emite una especie de rugido y todos se elevan a la vez a través del ya desaparecido tejado.

Debajo de nosotros, las Fuentes luchan con los chupasangre que quedan, pero es obvio quién va ganando, quién tiene el control. El príncipe Negro ha muerto, y con él, el control de estos magos poseídos. El oeste está ahora en manos del pueblo, para bien o para mal.

Los dragones alzan el vuelo en círculos, y cuando estamos en lo alto del cielo, me inclino hacia delante y le digo a mi ratoncito al oído:

—Supongo que nos largamos de aquí, ¿no? —Ella mira hacia abajo, hacia el caos, y asiente.

—Este no es mi hogar —concluye, y luego parpadea varias veces y mira alrededor y a los demás—. ¿Dónde está Pip?

Suelto un suspiro y me teletransporto al palacio. Me encuentro a mi colega olisqueando una tableta de chocolate encima de la cama, me lo coloco debajo del brazo, y regreso al dragón. Una vez sentado justo detrás de mi ratoncito, me inclino de nuevo y le susurro:

—¿Y ahora adónde, princesa?

36

Rhi

TODO EL MUNDO me mira esperando una respuesta.

En tierra, no dejan de explotar rayos mágicos mientras Charmaine y sus amigos toman el control del país que siempre debería haber sido suyo.

—Nos volvemos a la república —dice Azlan con una determinación de acero.

—¿Se te va la olla? —reacciona Stone—. El *lord* Protector nos quiere muertos.

—Ya os lo dije, hay que volver —añado yo.

—Me importa un bledo la profecía. Debemos mantenerte a salvo —continúa Stone.

—¿Y Ellie? —dice Azlan.

—¿Y Winnie? —agrego.

El semblante severo de Stone titubea.

—No podremos con él.

—Si no podemos nosotros, ¿quién si no? —espeta Azlan.

—Sí que podremos —digo dirigiéndome a Stone—. Y lo sabes.

—¿No habéis visto cómo mi ratoncito a ha acabado con su papi, con un puñetero vampiro? —dice Renzo.

Se acabó seguir corriendo, se acabó el huir. Ya me he hartado. Muchas personas dependen de mí. Entre ellas gente a la que quiero. Es hora de enfrentarme a mi destino. Solo hay un lugar al que ir.

—Arrow Hart —zanjo—. Regresamos a Arrow Hart.

Acto seguido, Gwenhwyfar se yergue, aprovecha una corriente de aire caliente y nos aleja de las instalaciones del palacio y de la ciudad rumbo al este.

Me giro y miro más allá de Renzo, y escudriño el horizonte, por el que ya empieza a asomar el sol, y la ciudad que dejamos atrás para siempre. Al igual que la gente, ahora que la observo con mayor conocimiento, adquiere una forma más siniestra. Ya no es tan elegante, pulcra y moderna, sino más bien opresiva, desalmada y lúgubre.

No podría vivir en un sitio así. Echaría de menos el caos, la autenticidad y la franqueza de mi hogar.

Apuesto a que todo lo que nos enseñó era una farsa. Todo.

Vuelvo la cabeza y contemplo a Renzo de cerca, sentado detrás de mí, con sus manos sujetándome fuerte por la cintura, y con Pip acurrucado entre los dos. Tiene un corte en el cuello y la oreja le cuelga en dos. Doy un respingo y me giro por completo para verlo mejor.

—Deja que te cure —digo, levantando la mano.

Me coge la muñeca.

—No.

—Te va a quedar cicatriz si no.

—Una más para la colección. —Me guiña un ojo.

—¡Pero la oreja…!

Se palpa las dos partes.

—Mierda —dice mareándose, con la mirada desenfocada. Será un asesino y le gustará el dolor, lo gore y más cosas en las que prefiero no pensar, pero esto no parece entusiasmarlo…

—Deja que te la cure, por favor —insisto.

—No me vas a tocar la oreja —sisea.

Le echo un vistazo. Una cosa es una cicatriz y otra esto. No puede quedarse con la oreja así. Cambio de táctica.

—Creía que te gustaba que te tocara —digo deslizando la punta de los dedos por su torso.

No se fía.

—Sí, pero no en las orejas.

Me quedo mirándolo.

—Renzo, ¿tienes algún problema con tus orejas?

—No —responde muy rápido.

—Entonces, ¿dejas que te toque la otra? —Alzo la mano hacia la oreja sana y él gira la cabeza de inmediato.

—No me toques las orejas.

—¿Por qué no?

Me mira fijamente. Yo le sostengo la mirada. Cede, se acerca y susurra algo tan bajo que apenas lo oigo:

—Es que las orejas tienen algo.

—¿Algo?

Baja aún más la voz.

—¿Me prometes que no se lo dirás a nadie?

—Te lo prometo.

Traga saliva.

—Las orejas son mi punto débil.

Parpadeo y trato de no reírme. Pero no consigo contenerme. Después de todo lo acontecido en las últimas horas —toda esa tensión, que casi me chupe la sangre y la magia una habitación entera de vampiros—, no puedo evitar que se me escape una risita burlona.

—No hace gracia —dice.

Me pongo seria.

—No, no tiene ninguna gracia. —Aunque sí que la tiene. Ha torturado a otros hombres y lo han torturado seguro a él también, se mete voluntariamente en un *ring* en un duelo uno contra uno con algunos de los luchadores más violentos de la república… Pero no le gusta que le toquen las orejas.

—Son… sensibles.

—Estoy de acuerdo. —Presiono los dedos en su abdomen—. Pero eso hay que arreglarlo, zorrito.

—¿Zorrito? —Frunce el ceño.

—Tigre —corrijo, y hace una mueca—. Prometo que lo haré con cuidado. —Me mira con desconfianza—. Pensaba que confiábamos el uno en el otro…

—Vale —dice al final. Extiendo la mano y, de nuevo, me la agarra —. Con cuidado.

Sonrío. Tanto afán por el dolor y el sufrimiento, pero cuando se trata de sus orejas…

—Te lo juro. —Hago un gesto con el dedo para cruzar los meñiques.

Él asiente y me suelta. Con la mayor delicadeza posible —lo cual es complicado teniendo en cuenta que voy subida en un dragón, sentada en dirección contraria y con Pip entre medias de los dos—, le toco el lóbulo de la oreja con la punta del dedo índice. Se estremece, pero enseguida se arma de valor.

—¿Todo bien? —pregunto.

—Sí —responde cascarrabias.

Recorro con cuidado su oreja hasta el punto donde está partida a la mitad. Concentro mi magia en pegar ambas partes. Es más difícil y a la vez más fácil que las curas que he hecho hasta ahora. Más difícil porque la magia oscura sigue ahí, vibrando por mi cuerpo y con ningún interés en curarlo, dominando a mi otra magia. Y, más fácil, porque mi magia se ha fortalecido de nuevo desde que sellé el vínculo con Spencer.

A pesar del movimiento del dragón y de que Renzo no hace más que quejarse, consigo reconstruirle la oreja; y, para mi tranquilidad, queda como nueva.

—Ya está, listo —digo, y Renzo deja escapar un profundo suspiro —. ¿De verdad no quieres que te cure la herida de la garganta? — Chasquea la lengua como negativa, pero igualmente le echo un ojo. Al menos ya no sangra—. Te va a quedar cicatriz.

—Un recuerdo del día en que mi ratoncito fue la puta ama —me sonríe pícaro, pero meneo la cabeza y vuelvo a colocarme mirando al frente. Ya estamos cerca de la frontera.

—Será mejor que evitemos los barracones —me dice Azlan, señalando hacia el norte. Los dragones se desvían en esa dirección y luego hacia el este, y pronto estamos ya volando sobre un páramo

lleno de cráteres y maleza. Spencer murmura que debe de haber soldados patrullando por esta área, vigilando la valla de alambre. Pero no nos cruzamos con nadie, no hay soldados por ningún lado. A lo mejor volamos tan alto que pasamos desapercibidos.

El cielo sigue aclarándose a nuestro alrededor, con el sol de finales de invierno subiendo poco a poco por el horizonte. Sobrevolamos las ciudades en ruinas donde deambulaba de pequeña, con las montañas a lo lejos y sus cimas irregulares como primer indicio de que la nieve comienza a derretirse para dar paso a la primavera en sus empinadas laderas. Sobrevolamos bosques, carreteras de un solo carril vacías y flanqueadas por árboles, y después comienzan a aparecer pueblos más grandes. Sobrevolamos fábricas en funcionamiento, lagos que brillan como espejos y extensos campos sembrados, listos para la próxima cosecha. Sobrevolamos praderas de hierba alta con el ganado vagando. Sobrevolamos ríos que corren hacia la costa.

El sol ha empezado a descender al horizonte cuando las casas y los edificios se vuelven ya más frecuentes, apiñándose hasta que no hay más que edificios por todas partes, y sé que hemos llegado a la capital. Aún seguimos muy alto y nadie se percata de nuestra presencia; podrían hasta confundirnos con una pequeña bandada de pájaros. O tal vez es que están demasiado atemorizados como para levantar la cabeza y mirar hacia el cielo.

Nos alejamos de la ciudad y avanzamos por el campo. Arrow Hart se ve ya a lo lejos, con la mansión casi reparada en la cima de la colina. Las ventanas reflejan la luz roja del sol poniente, y es como si la propia escuela nos hubiera visto, como si supiera que vamos hacia allí.

Contengo la respiración.

¿Hemos hecho bien en venir?

—Ahora hay guardias en la escuela —dice Tristan.

—Pues nos deshacemos de ellos. —Spencer se cruje los nudillos. Teniendo en cuenta cómo lo trataron los guardias de Christopher Kennedy cuando estuvo encerrado, entiendo su entusiasmo por vengarse.

—¿Crees que será posible? —pregunta Azlan.

Tristan le da una palmadita al dragón en el que va montado.

—Sí, yo creo que sí.

—Pero los estudiantes podrían volverse contra nosotros —aviso —. Si nos topamos con que la escuela se ha llenado ahora de mini Summers, entonces…

—¿Vosotros dos no teníais loquita a toda la escuela? —pregunta Renzo, señalando a Tristan y Spencer.

—Yo ya no —dice Spencer.

—Pues entonces él. —Renzo vuelve a apuntar a Tristan.

—No sé… —dice Tristan, pero es obvio que está siendo modesto. Da igual lo que diga Summer, su padre o quien sea, Tristan Kennedy es popular por una razón, y todo el mundo se tiraría por un puente si él también lo hiciera.

—¿Estás segura de que es aquí donde debemos venir, cielo? —pregunta Stone.

—Sí —contesto—. Creo que es lo que la profecía nos quería decir. Tengo esa corazonada.

Tengo una corazonada… y lo he soñado. Hace mucho tiempo. Un sueño en el que todo arde a mi alrededor. No sabía qué era, qué significaba. Pero ahora, según voy recordando, empiezo a reconocer el espacio donde sucedía: la escuela. Había descartado ese sueño como una predicción sobre el ataque a la escuela. Había algo que no encajaba. Ese sueño representaba el final. El final de la historia. De mi historia.

Estamos volando hacia mi destino. De eso estoy segura.

37

Tristan

OÍMOS LOS PRIMEROS gritos según descendemos en picado hacia la escuela, seguidos de unas descargas mágicas que nos disparan. Los dragones vuelven a ascender en vertical y luego bajan, pero a diferencia de la noche del Baile de la Victoria, no lo reducen todo a cenizas con su fuego.

Ninguno de nosotros quiere que la escuela vuelva a quedar destruida y, o bien los dragones nos lo huelen, o bien Rhi les ha dado algún tipo de orden. Ellos no escupen llamaradas, pero nosotros sí nos servimos de nuestra magia. Solo nos atacan los guardias que mandó aquí mi padre, y los pocos estudiantes que deambulan por el exterior corren a refugiarse en los dormitorios o las aulas.

Mi magia ha cambiado. Se ha fortalecido y fluye con mayor libertad. Emerge fácilmente cuando la invoco, ni siquiera tengo que formular el pensamiento ni necesito visualizar lo que quiero que haga; ya lo está haciendo.

Noqueo a uno de los guardias casi sin ningún esfuerzo pese a que se revuelve y opone resistencia, y elimino a otros dos con un simple chasquido de dedos. En frente de mí, mi primo lucha con la

misma destreza y hace un pleno al golpear a unos cuantos guardias a la vez y hacerlos volar por los aires.

Se abren los portones de la mansión y sale la mayoría del profesorado en tropel, mirando hacia arriba y moviendo las manos, listos para atacar.

—¡No! —les grito—. ¡No disparéis!

Entre toda la marabunta distingo a York; sus ojos se encuentran con los míos y luego inspeccionan a los demás, y enseguida nos reconoce. Vacila. Luego baja las manos y dispara a uno de los guardias. Los profesores que la rodean se quedan boquiabiertos, pero el entrenador Hank hace lo mismo, lanza su magia contra otro guardia; y otros cuantos siguen su ejemplo.

—¿Qué estáis haciendo? —oigo decir a la Dra. Johnson con su voz de pito, mientras las gafas se le escurren de la nariz y se le quedan colgadas con la cadena que lleva—. El *lord* Protector…

—¡Cierra el pico, Diana! —le espeta el entrenador Hank con tal rudeza que ella se encoge.

Los guardias juegan con desventaja, son muchos menos. La mitad da media vuelta y sale por patas, mientras que el resto se paran con las manos en alto y se rinden.

El entrenador Hank y un par de profesores más los reúnen en círculo, y York nos grita con las manos en jarra:

—¿Vais a bajar o qué?

Stone señala el prado, y los dragones vuelan hacia allí y aterrizan en la hierba, desplomados. Ha sido un viaje largo, así que imagino que estarán exhaustos. Nos bajamos y nuestros pies vuelven a pisar suelo republicano, con el cerdo de Rhi intentando liberarse de los brazos de Barone.

La primera persona que cruza los árboles y llega al prado es la directora York, seguida poco después por el entrenador y la señora Holyhill, la anciana profesora de Historia y Política de la Magia (hay que ver lo rápido que corre para lo chiquitita que es). Los siguientes son varios de nuestros antiguos compañeros de equipo y algunas animadoras, incluida Summer. Me sorprende verla aquí, había dado por sentado que estaría con mi padre.

Quizá se haya cansado ya de ella.

El dragón de Rhi ruge, pero ella levanta la mano.

—No está claro si estas personas son amigos o enemigos —dice al dragón—, pero prefiero no quemar a nadie hasta que se sepa con certeza, ¿vale?

—¿Y vosotros? —nos pregunta la directora York, con una mirada astuta fija en mí—. ¿Venís como amigos o como enemigos?

—Amigos, espero —contesta el profesor Stone, dando un paso adelante y asumiendo el rol de portavoz.

La directora York exhala un largo suspiro que ha debido de estar conteniendo durante mucho tiempo y relaja los hombros.

—Bueno, bueno… —Empieza ella.

—¡No sabe lo que dice! —interrumpe Summer indignada, con las manos en las caderas—. ¡Son enemigos del Estado!

Summer es cortita y dura de mollera, al final resulta que nunca ha sido tan brillante como la creía.

—Señorita Clutton-Brock, cállese —le dice York—. No recuerdo haberle pedido su opinión ni su consejo, y la verdad es que tampoco lo necesito.

—Pero…

—¡Silencio! La señorita Blackwaters y el señorito Kennedy son alumnos de esta escuela, y por tanto, son bienvenidos.

—Está cometiendo un grave error —amenaza Summer, y me dedica una mirada asesina antes de sacudirse la melena y largarse.

—¿Quiere que vaya tras ella? —pregunta el entrenador—. Seguramente informará al *lord* Protector de que están aquí.

York niega con la cabeza.

—Tengo la sospecha de que ya lo ha hecho.

Los estudiantes que aguardan tras ellos se quedan dudando, y algunos miran nerviosos por donde se ha ido Summer, pero entonces Al se nos acerca y abraza fuerte a Spencer y después a mí también.

—¡Jo, tío, cuánto me alegro de que estés vivo! —exclama—. ¿Te has enterado de lo de Will y Samson…?

Niego con la cabeza y maldigo. ¿Will? ¿Samson? No, no he oído nada.

El resto de los miembros del equipo se acercan también a saludarnos y me alegro de recibir todos esos apretones de manos y

las palmaditas en la espalda, pero Spencer parece menos entusiasmado. Tal vez ya no esté tan convencido de su amistad, y lo entiendo. ¿Cuántos de ellos han apoyado la enfermiza forma de pensar de Christopher Kennedy y que encierren y torturen a todos los hombres bestia?

Las animadoras también parecen dispuestas a venir a abrazarnos, pero Rhi las examina de arriba abajo, como diciendo que de ninguna manera va a quedarse ahí y permitir que manoseen a sus hombres. Supongo que la dragona está de acuerdo con ella, porque suelta un rugido y todo el mundo da un brinco y se aleja.

—Es una belleza —dice la señora Holyhill ajustándose las gafas y admirando al dragón—. Y la madre de familia, creo.

—¿Sí? —dice Rhi, mirando de reojo a su dragón.

—Por su tamaño y el vínculo que ha creado contigo, yo diría que sí.

—Mi ratoncito la curó cuando estaba herida —dice Barone con tal orgullo que hace que Rhi se ruborice.

—¿De verdad? —pregunta la directora.

—¡Una verdadera hazaña! —añade la señora Holyhill, mientras el claro se va llenando de profesores y estudiantes curiosos—. Un dragón no permitiría hacer eso a cualquier mago, especialmente si se trata de una madre de familia.

—¿Las madres de familia también son especiales, profe? —se interesa Renzo, adelantándose a la pregunta que yo también me estaba haciendo.

—Bueno, según los libros escritos en la época de los dragones, sí. Los dragones son como los elefantes: son las madres las que mandan en la horda.

—¿La horda?

—Es el nombre que se le da a un grupo de dragones, casi siempre emparentados y que viven juntos —nos explica la anciana, y sonríe a la dragona como si se tratara de un gatito adorable y no una máquina de matar.

—Así que, ¿son todos una familia… una horda? —Señalo al resto de dragones, que ahora descansan dispersos por el prado.

—Seguramente.

La directora carraspea y frunce el ceño.

—¿Es seguro dejar a los… dragones aquí? Creo que es más apropiado que sigamos hablando en algún lugar privado.

Rhi se vuelve hacia su dragona.

—Gracias por salvarnos. Otra vez. —Suena igual de chalada que cuando le habla al cerdo. La dragona la mira fijamente. La misma mirada que le suele lanzar el cerdo—. Puedes irte. No es necesario que te quedes. Eres libre. Pero no regreses al oeste, ¿vale? Vete a las montañas, o por los océanos, o…

—No tiene pinta de querer irse —dice Barone—. Creo que esa profe tiene razón. Te ha cogido cariño.

Rhi suspira. En cierto modo, entiendo su posición: un cerdo, cinco tíos y ahora varios dragones que añadir a su colección.

Ah, se me olvidaba, y una mejor amiga.

Una mejor amiga que viene corriendo hacia ella, seguida de su novio, Trent, y mi prima Ellie.

—¡Rhi! —vocea Winnie, apartando a empujones a los demás estudiantes, y salta al cuello de Rhi. Ellie hace lo mismo y abraza a su hermano.

—¡Winnie! ¡Ellie! ¿Qué…? ¿Qué hacéis aquí?

Winnie le cuchichea algo de lo que supongo me enteraré más tarde.

Rhi la abraza muy fuerte.

—Con que ahora os dedicáis a montar en dragón, ¿eh? —bromea Winnie, sin soltar todavía la mano de Rhi.

—Me alegro de volver a verla, señorita Wence —dice Stone, y le da un beso en la mejilla.

—Sí, qué alegría volver a verte, Winnie —dice Spencer.

—Señorita Blackwaters… —interrumpe York.

Rhi se dirige a su dragona.

—Luego vengo a buscarte, ¿vale? —La dragona se sienta y apoya su enorme cabeza en el suelo.

—Venga, vayamos a hablar —sugiero.

—Beryl, Hank —dice la directora a ambos profesores—, venid con nosotros.

La Dra. Johnson da un paso al frente separándose de la multitud que se ha formado.

—Quizá yo también pueda ser de ayuda, Stella.

—No, no lo creo —responde tajante la directora York, que ya se está volviendo para irse. La multitud se aparta para dejarla pasar y la seguimos entre los susurros que ondulan a nuestro alrededor como la brisa de los árboles y la mirada curiosa de los estudiantes.

Ya en la zona principal de la escuela, nos encontramos por los senderos con más estudiantes que han salido de clase para vernos, y cuando llegamos a la mansión, algunos se quedan en la puerta y otros se asoman. Subimos la escalinata reparada y avanzamos por el pasillo hasta el despacho de la directora, con una puerta nueva. Nos invita a entrar y luego cierra.

—Imagino que estaréis hambrientos y sedientos —dice.

Miro a Azlan.

Nos hemos plantado aquí sin avisar, trayendo unos dragones con nosotros, hemos dispersado a los hombres que se suponía tenían que vigilar la escuela, con los problemas que todo ello implicará para ella. Lo que menos me esperaba es que nos recibiera con un té y pastas.

—Te lo agradeceríamos muchísimo, Stella —dice Stone, que hace aparecer varias sillas con su magia y sienta primero a Rhi, seguida de mí.

Barone deja al cerdo en el suelo y este se escabulle hacia Rhi.

La señora Holyhill también toma asiento, mientras que el entrenador Hank se queda apoyado en la puerta de brazos cruzados, como si vigilara la entrada… o para que no nos escapemos.

La directora York chasquea los dedos y se enciende un hervidor de agua que hay en el rincón a la vez que en mi regazo aparece una lata de galletas. Cojo dos. Dudo y cojo una tercera, aunque la verdad es que tengo tanta hambre que me podría comer la lata entera yo solo. Después se la paso a Rhi, que hace lo mismo.

—Tienen poderes reparadores mágicos —explica la directora York mientras coloca varias tazas de té a lo largo de su mesa.

Me acomodo en mi silla y doy un mordisco a la galleta. No hemos parado a comer durante el trayecto y tengo el estómago vacío.

Supongo que Rhi se sentirá igual. Suelta un gemidito de placer mientras come sin importarle que tenga delante a tres profesores. Sin embargo, aunque está hambrienta, pega un par de bocados más y le da el resto a su cerdo.

York vierte agua caliente en una vieja tetera y, tras removerla con la magia de sus dedos, sirve té humeante en cada taza.

—No tengo leche, lo siento —dice, y pasa la primera a Rhi.

Rhi se apoya las galletas en las piernas y da un sorbo largo que le quema la lengua y hace que le lloren los ojos.

Stone la mira como diciendo «obvio que iba a quemar» y sopla su té antes de dar un sorbo.

—Veamos… —dice la directora una vez que estamos todos servidos, con la mirada fija en Renzo, que sorbe ruidosamente—. Contadme todo desde el principio y luego ya me diréis qué pensáis hacer ahora.

—¿Ahora? —digo cuando me dispongo a comerme mi segunda galleta.

—Supongo que habéis venido con un plan o un propósito. —Su mirada recorre todos nuestros rostros—. No sé cuáles son vuestras intenciones, señorita Blackwaters, señorito Kennedy. —La directora se gira y mira a Stone a los ojos—. Parece que me habéis mantenido al margen de ciertas cosas. Sin ir más lejos, ¿cómo es que habéis venido en esos dragones?

—El príncipe Negro —le digo simplemente.

—¿El príncipe Negro? —repite la señora Holyhill, derramando el té sobre su regazo—. ¿Está vivo?

—Ya no. Y era el padre de Rhianna —dice Azlan, y York se atraganta con el té.

—¡¿Tu padre?! —exclama Winnie.

—¿Por qué demonios nadie me ha contado nada? —pregunta York.

—Porque ni yo misma lo sabía hasta hace solo unos días —responde Rhi.

—¿Lo sabe el *lord* Protector?

—Lo más seguro —digo.

—Y también estará de camino —añade el entrenador desde la puerta—. Es solo cuestión de tiempo. Le habrán avisado de vuestra presencia.

York no parece alertada.

—¿Eres… eras… su hija? —Aparenta estar igual de imperturbable ante esa revelación—. ¿Lo habéis matado vosotros?

—Era un chupasangre. Un vampiro. —De nuevo, se toma la noticia como si nada, aunque el entrenador murmura una serie de tacos.

—Siempre he creído que era solo una leyenda.

—Expulsaron a los magos oscuros —dice la señora Holyhill, y por una vez, desearía haber prestado más atención en sus clases. Quizá nos habrían advertido sobre el príncipe Negro y su inclinación por la sangre de otros magos.

Rhi nos mira a todos.

—Planeaba absorber mi magia… y la de todos para usarnos como sus Fuentes. Nos defendimos.

—¿Contra todo un aquelarre de vampiros? —dice York.

—Las Fuentes se aliaron con nosotros, nos ayudaron a luchar. Lo mataron ellos. No nosotros.

—Ya veo…

—Planeaba usar mis poderes —agrega.

—¿Tus poderes? —York alza las cejas.

Winnie se inclina hacia delante en su asiento.

—Rhianna es la chica de la Cuarta Profecía, Stella. —¿Stella? ¿Desde cuándo Winnie tiene esa confianza con la directora para tratarla por su nombre de pila? Ni siquiera a mí se me concedió nunca ese privilegio.

—¿La Cuarta Profecía? —La señora Holyhill mira a Rhi con mayor interés todavía—. «Y ella volverá».

—¿La reina Æðelflæd? —La mirada de York sigue clavada en Rhi —. ¿Y qué os hace sospechar que la profecía se refiera a la señorita Blackwaters?

Stone levanta la mano y hace un gesto abarcándonos a todos.

—Somos seis. Seis compañeros predestinados.

—Hum… —dice el entrenador Hanks.

—Eso es muy poco probable. No os imagináis cuántos estudiantes he tenido a lo largo de los años que afirman ser parejas predestinadas. El enamoramiento —dice desviando la mirada hacia mí— y la lujuria —ahora a Barone— pueden confundirse fácilmente con fuerzas superiores.

—Lo nuestro es de verdad —digo con firmeza, y Stone y Azlan asienten con la cabeza.

—¿Tú qué opinas, Beryl? —pregunta York a la profesora de Historia y Política de la Magia.

La señora Holyhill moja una galleta en el té y mastica mientras sus ancianos ojos nos evalúan a todos.

—¿De verdad te cabe alguna duda? Cinco compañeros predestinados. El príncipe Negro. Los dragones.

La directora York mira a la anciana profesora y luego a Rhi. Sus ojos son igual de perspicaces que los de la anciana, incluso más penetrantes. Siento como si nos estuviera sometiendo a un examen. Levanto la barbilla y saco pecho. Nunca he suspendido un examen.

—¿Habéis encontrado la profecía? —pregunta Winnie a Rhi, que asiente—. ¿Qué decía?

—No estaba muy claro —masculla Spencer.

—Perdona, Spencer —replica Winnie—, pero ¿por qué mejor no dejas que la escuchemos? ¿Qué decía?

Hay unos minutos de silencio y, como nadie se decide a hablar, apoyo la taza en el suelo, me aclaro la garganta y cito todo el verso. La memoria fotográfica puede resultar muy útil.

—¡Oh! ¡Dios mío! —exclama Winnie, y sonríe a Stone—. Tenía yo razón.

—Tal vez —admite él, reprimiendo una sonrisa.

—Sip —dice Rhi—. Tenías razón. Creo que soy… que somos los elegidos para detener a Christopher Kennedy. Por eso estoy aquí. —Mira fijamente a lo lejos y endereza los hombros—. Creo que aquí es donde termina todo. Donde se cumple la profecía.

—¿Qué te hace pensar eso? —le pregunto con un escalofrío y el vínculo zumbando.

Se gira, con sus ojos color miel alerta.

—«Donde todos deben acudir a aprender» —cita la línea de la profecía.

—Podría tratarse de cualquier sitio.

—Quizás, pero tuve un sueño.

—¿Un sueño? —dice York frunciendo el ceño.

—Una premonición —aclara Rhi—. La escuela es el lugar donde todo termina.

York lo sopesa y se alisa la falda.

—Entonces más vale estar preparados.

38

Spencer

—¿Para qué? —digo—. ¿Me he perdido algo? ¿Qué narices está pasando?

Pero York no me responde. Se dirige al entrenador.

—Hank, ¿sabes lo que hay que hacer?

—¿Todos los alumnos?

—Todos. Nosotros os alcanzaremos enseguida.

El entrenador asiente enérgico y sale del despacho.

—Bien —continúa York, pero antes de que pueda decir nada más, un aparato que hay en el rincón empieza a hacer ruidos y a pitar. Se yergue y mira hacia allí—. Debe de ser el *lord* Protector. Permaneced en silencio.

Se levanta y camina hacia el aparato, pulsa varios botones y observa cómo se enciende la pantalla. Aparece una imagen con nieve que termina enfocándose y deja ver a un Christopher Kennedy imperturbable.

—Directora York. —Su voz me revuelve el estómago y me hace apretar los puños.

—*Lord* Protector —responde York tranquila—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Hemos recibido el aviso de que han detectado intrusos en la escuela.

—¿Ah, sí? —dice inocente.

—Sí, y nuestros guardias están ilocalizables.

—Como puede ver, estoy en mi despacho. A mí no me ha llegado ningún aviso. —Le sostiene la mirada—. Pero sé que su información es siempre correcta.

—Exacto. Al parecer se trata de fugitivos en busca y captura. —Hace una pausa—. Altamente peligrosos. Encárguese de detenerlos.

—Ahhh —dice York despacio—, me temo que eso no será posible.

—¡¿Cómo que no será posible?! ¿Por qué no? —espeta Christopher Kennedy frunciendo tanto el ceño que casi se le salen los ojos de las órbitas—. ¿Acaso…?

—No. Es solo que he decidido no seguir más sus órdenes. No voy a detener a nadie.

La cara de Kennedy se vuelve roja de ira. Parece a punto de explotar.

Pero no hay ninguna explosión.

Simplemente asiente comprensivo.

—Allá tú, Stella. Ya sabes lo que esto significa.

—Soy consciente de ello.

A Kennedy se le dilatan las aletas de la nariz como las de un toro enfurecido, y luego se apaga la pantalla.

—¿Se da cuenta de lo que acaba de hacer? —pregunto, incapaz de contenerme.

—Habéis venido aquí a encontraros con vuestro destino. ¿De qué sirve alargar la espera?

Me pongo en pie.

—¿Y cuál es nuestro destino? Porque sigo sin entender una puta mierda —suelto.

—Es nosotros o ellos.

—¿Ellos?

—El *lord* Protector y sus partidarios. Vienen de camino. Vienen a por mí.

—Pues larguémonos —digo mirando rápido hacia la ventana. Tenemos tiempo. Sobre todo con la ayuda de esos dragones.

—Se acabó salir huyendo. Nos quedamos a luchar.

—¡Pero somos solo seis contra él y su ejército!

—Seis compañeros predestinados. La reina Æðelflæd y sus caballeros. Vuestros poderes no conocen límites —dice la señora Holyhill, con la taza de té vacía en equilibrio sobre las piernas— si lucháis juntos.

—Y nosotros os ayudaremos. —York se quita su americana de *tweed* y se remanga.

—Algunas nos hemos estado preparando —dice Winnie, balanceándose de puntillas, y hace un gesto con la cabeza hacia la prima de Tristan, Ellie.

—¿Cómo es que estáis aquí? —Sacudo la cabeza con incredulidad. Winnie está en busca y captura como nosotros, y Ellie siempre ha estado vigilada muy de cerca por su familia. Y para más inri, Christopher Kennedy tiene guardias y espías hasta en la escuela, entre ellos Summer. ¿Cómo han conseguido colarse en la escuela?

—Stella… perdón, la directora York —dice Winnie— ha estado acogiendo fugitivos y nos ha ayudado a escondernos.

—Con el fin de formar una resistencia —especifica York.

—Hemos estado viviendo en la enfermería del sótano y preparando… reflexionando sobre cómo formar una resistencia y sabotear los planes del *lord* Protector. A Trent se le han ocurrido algunas ideas muy ingeniosas con sus saberes informáticos —dice orgullosa—. Y Ellie y yo hemos estado mezclando pociones especiales.

Ellie sonríe tímidamente y juguetea con las cuentas de su collar.

—¿Cuántos sois? —pregunta Azlan.

—Unos veinte.

Resoplo.

—No basta.

—Contaréis también con el apoyo del personal y del alumnado —dice York.

—¿De todos? —pregunta Stone escéptico y con una ceja levantada, pensando obviamente en Summer.

—Ya sé que de todos no, pero casi todos. Estos estudiantes llevan formándose para la batalla desde que llegaron a Arrow Hart, Phoenix. Ahora tienen la oportunidad de decidir en qué bando quieren luchar.

—¿Van a luchar por mí? —pregunta Rhi con vacilación.

—Sí, creo que sí, sobre todo cuando vean que tienes el apoyo de Spencer y Tristan —dice York, refiriéndose a mí con mi nombre por primera vez en la vida—. Debes convencerlos de que este es el bando correcto.

—¿Convencerlos? —me burlo—. La mayoría piensan que soy un chucho sucio y degenerado.

—Y también piensan que yo soy una loca inculta que habla a los cerdos —murmura Rhi, con el cerdo en cuestión a sus pies olfateando una galleta que ella le ha dado.

—Spencer, has sido el mejor capitán de duelo que hemos tenido en la historia —dice York, y después se vuelve hacia Tristan—. Y tú, el mejor subcapitán. Sabéis cómo motivar y coordinar un equipo, así que salid y haced que así sea.

Me giro hacia Azlan. He aprendido a confiar en los consejos del ejecutor. Casi siempre es la voz de la razón.

—¿Tú qué opinas? —le pregunto.

—Creo que la directora York tiene razón.

—De acuerdo. —Asiento despacio con la cabeza, mientras la idea va calando en mí—. ¿Cuánto tiempo creéis que tenemos antes de que llegue el *lord* Protector disparando a diestro y siniestro?

—Calculo que estarán aquí para el amanecer —dice York.

—¿No pensáis que tal vez estén ya merodeando por aquí? —planta Rhi.

—No. Christopher Kennedy es un tipo listo. Habrá deducido sin duda que yo lideraré alguna especie de resistencia en la escuela y sabrá que tenéis dragones. Necesitará tiempo para reunir a sus tropas y planear su ataque. Aquí estamos bien defendidos, y ahora todavía más con los dragones. ¡Debemos aprovechar ese tiempo desde ya!

Me vuelvo hacia Tristan y apoyo una mano en su hombro.

—Es hora de darlo todo, amigo.

—¡Sí! ¡Ha llegado la hora de darlo todo! —repite.

—El entrenador Hank ha reunido a los estudiantes y al personal en el gimnasio.

—¿Seréis capaces de organizarlos? —pregunta Winnie con un poco de duda en su tono.

—Puede que no sea tan cerebrito como tú, Winnie Wence —digo haciéndola sonrojar—, pero sí sé cómo luchar.

Una vez que estamos fuera en el sendero corriendo hacia el gimnasio, Tristan me pregunta:

—Ahora ya en serio, ¿tienes un plan, Spence?

Le sonrío. ¿Que si tengo un plan?

—El plan de siempre, Tris.

—¿Atraerlos y atacar?

—Nunca falla.

Me devuelve la sonrisa.

—Qué cabrón estás hecho.

Le doy un puñetazo en el brazo y me río con una repentina sensación de ligereza. Quizá sea por el vínculo, que vibra en mi vientre como un rayo de sol; quizá sea el hecho de volver a la escuela, mi territorio, mi terreno; o quizá sea porque vamos a pasar a la acción, vamos a contraatacar, vamos a tomar nuestro destino con nuestras propias manos.

Total, ¿qué más da lo que sea? Me ha devuelto el aplomo y la sonrisa, y les voy a demostrar a esos estudiantes quién es Spencer Moreau.

Aumento el ritmo, cruzo las puertas del gimnasio y levanto los puños al aire ante un montón de miradas asustadas.

No los culpo. Huele a guerra en el ambiente. Y aunque lleven años entrenándose en la escuela, no les sirvió de mucho a la hora de enfrentarse a un combate real el día del Baile de la Victoria.

Esta vez estarán preparados. Esta vez estoy yo aquí.

—¡He vuelto, hijos de puta! —grito con los puños en alto, y Tristan se detiene en seco detrás de mí—. Y él también. —Hago un gesto con la cabeza y les guiño un ojo.

Se hace el silencio durante un largo y agónico minuto mientras doscientas caras me miran como si me hubiera escapado de un

manicomio.

Mantengo la sonrisa y los puños en alto. No dejaré ver la duda. Tengo que proyectar fe y confianza. Mostrarme como su guía.

El silencio parece interminable, no se oye ni una mosca, cuando se oye un grito al fondo y alguien alza el puño también. Es uno de los chicos del equipo. Se produce un efecto dominó y lo imitan primero el resto de sus compañeros y, después, los que están a su alrededor, hasta que casi todo el gimnasio está gritando y vitoreando.

—¡Sí! —Río y después me llevo el dedo a los labios para indicarles que guarden silencio de nuevo—. Joder, tíos, sois los mejores. —Entre la multitud veo a aquel chico al que había dejado acojonado unas semanas antes de irme, y le saludo con la cabeza—. Os he echado de menos.

—¡Nosotros también a ti, Spence! —grita el equipo de duelo desde el fondo. No estoy muy convencido de que sea verdad, pero no me queda más remedio que seguirles la corriente a todos y tirar para adelante con esto.

—He oído que la cosa ha estado… ejem —sonrío pedante— un poco jodida mientras he estado fuera. —Algunos asienten y murmuran, otros agachan la mirada al suelo—. Yo también las he pasado canutas. De hecho —añado agarrando a Tristan por el hombro y atrayéndolo hacia mí—, si no fuera por mi colega, seguramente estaría muerto. Arriesgó su vida por venir salvarme. —Esta vez el murmullo es global y algunas chicas miran a Tristan con tal admiración que solo falta que se les dibujen corazones en los ojos —. Y ahora hemos venido aquí a salvaros a vosotros.

Más cuchicheos, más miradas nerviosas intercambiándose por todo el gimnasio. Ahora sí que deben de pensar que estoy majara perdido.

—¿Salvarnos cómo? —pregunta una chica que masca chicle con tanta furia que me sorprende que no se le rompa la mandíbula.

—¿Habéis oído hablar de la reina Æðelflæd? ¿De la Cuarta Profecía?

Más murmullo y miradas de confusión. Supongo que no soy el único que no prestaba atención en clase de Historia.

—La reina Æðelflæd tenía cinco compañeros predestinados y juntos libraron al país de la oscuridad y los monstruos. Según la Cuarta Profecía, regresará y nos salvará a todos de nuevo —explica Tristan, aunque estoy seguro de que tanto Winnie como el profesor Stone discreparían con su manera de interpretarla y resumirla. Pero qué más da. A fin de cuentas, es eso. Es lo que estos chavales necesitan oír. Necesitan una razón para ser lo suficientemente valientes y volver a luchar—. Y ya está aquí.

La chica deja de mascar y casi se le cae el chicle de la boca.

—¿Quién es ella?

Tristan y yo nos miramos mutuamente. Bueno, ahora es cuando todo se complica. Nosotros sabemos lo increíble que es Rhi, ¿pero esta gente? No.

—¿Tiene cinco compañeros predestinados? —dice el chico asustadizo de antes, fascinado.

—Sí —respondo—, cinco compañeros predestinados. Y yo soy uno de ellos.

—Y yo otro —afirma Tristan.

Se desata un caos absoluto que solo consigue calmar el entrenador, que emerge por el fondo tocando su silbato.

—¿Pero de quién se trata? —insiste la chica del chicle—. ¿Es Summer?

Todo el mundo se gira hacia la silueta de alguien que observa en la penumbra al final del gimnasio. Está de brazos cruzados y parece clavarnos puñales con la mirada.

Suelto un resoplido fuerte mofándome y los chavales de la primera fila dan un respingo.

—No —digo—. Ni de coña.

—Antes muerta que estar predestinada a un chucho degenerado como tú —espeta mientras avanza hacia delante.

Me río como si fuera lo más gracioso que jamás me hayan contado.

—No, no es Summer —continúo—. No podría tratarse de alguien tan egoísta, narcisista y cruel. —Va a replicar, pero la corto—. Nuestra compañera predestinada es alguien… alguien que entiende lo que es que la vida te pisotee y te trate como una mierda. Alguien

que se ha tenido que levantar siempre después de cada caída y seguir luchando. Alguien…

¿Cómo describirla? ¿Por qué significa tanto para mí? No sé expresarlo con palabras ni cómo hacérselo entender a ellos.

Por suerte, interviene mi amigo, que tiene mucho más carisma y se desenvuelve mejor que yo con las masas.

—Es divertida, inteligente, cariñosa y… la seguiría al fin del mundo y donde hiciera falta. Daría mi vida por ella. —Se pasa la mano por su pelo rizado—. Es más, ya lo he hecho una vez.

—¿Quién es? —pregunta la chica del chicle, que ya empieza a mosquearse.

—Rhianna Blackwaters —revela Tristan.

Sabía que nos iba a costar meterles la idea en la cabeza, pero hasta que no empiezan las risitas y las burlas, supongo que no me daba cuenta de lo realmente difícil que va a ser.

—¿En serio, tío? —dice Al—. ¿Cerdita?

—No la llames así —gruño.

—Así que es verdad lo que nos contó Summer, que te había lanzado un hechizo para enamorarte —se burla Fiona.

Summer asiente.

—E intentó matarme con magia escarlata. Es malvada y peligrosa.

El chico al que empujé aquella vez al suelo parece espabilarse y dice:

—¿Pero no te salvó de un dragón cuando atacaron la escuela?

—¡No! —dice Summer de morros.

—Pues yo lo vi —dice el chico a los que le rodean.

—No os podéis fiar de lo que os diga Summer. ¿Sabéis en qué cama se ha estado metiendo? —sisea Tristan.

—¡En la de tu padre! —grita alguien. Esto se nos está yendo de las manos. ¡Me cago en…!

—¿Entonces todo esto es para vengarte de ellos dos? —pregunta la chica del chicle, hecha un lío.

—¡No! —Tristan deja a un lado su encanto y muestra claramente su enfado. Y con razón. A la mayoría de estos chicos siempre le has costado seguirle el ritmo, yo incluido, como su mejor amigo. Y sé lo

frustrante que es. Sin embargo, él nunca lo había dejado ver—. Lo estamos haciendo porque el *lord* Protector, mi padre, está restringiendo vuestras libertades, atemorizando a vuestros amigos, matando a vuestras familias.

—Y también nos está protegiendo de otro ataque del este —dice Summer—. ¡Y de degenerados como tú! —Me apunta a mí con el dedo.

—¡Estáis en busca y captura! —vocea otro chaval—. Algún motivo habrá.

—¡Venga ya! —exclama Tristan frustrado—. ¿De verdad os habéis creído todas esas trolas? Conozco a mi padre mejor que nadie en este gimnasio. —Frunce el ceño dirigiéndose a las animadoras—. Mejor que la mismísima Summer. Él solo piensa en sí mismo. En su poder y su control. Os estáis engañando a vosotros mismos. Y os aseguro que la situación solo irá a peor.

Se callan y parecen procesarlo. Después, alguien murmura:

—Han arrestado a mi hermana porque salía con un hombre bestia. Decían que se podía contagiar —cuenta la chica del chicle, a punto de romper a llorar—. Ella ni siquiera sabía que el tío era un hombre bestia. No hemos vuelto a tener noticias de ella.

—Mi mejor amigo está en busca y captura. Bueno, él y toda su familia. Y no saben por qué —añade otro chico—. Llevan una semana desaparecidos.

—Seguro que por algo sería —dice Summer, pero sus palabras quedan silenciadas por más testimonios similares.

—Así que, ¿lo que nos quieres decir es que Cerdita es nuestra única esperanza? —pregunta una de las admiradoras, ignorando la mirada asesina que le lanza Summer.

—No la llames así —gruño de nuevo.

—Lo que quiero decir es que, gracias a ella, aún podéis tener esperanza —argumenta Tristan—-. Pero una chica sola y sus cinco compañeros predestinados no bastan para cambiar el rumbo de los acontecimientos, por mucho que lo diga una profecía. Por eso os necesitamos. A todos. Si queréis acabar con este reino de terror, si queréis ver un mundo mejor, tenéis que ayudarnos a luchar por ello.

—Entonces, ¿nos ayudáis? —pregunto, y mi mirada recorre cada una de las personas presentes, hasta posarse por último en el entrenador, que está de pie al fondo, con las manos en los bolsillos y el silbato colgado del cuello—. ¿Lucharéis con nosotros?

No sé qué están pensando. Igual podrían volverse en nuestra contra que apoyarnos.

—No sé —dice una de las animadoras—. Todo esto me parece cogido un poco por los pelos.

—¿Cogido por los pelos? —salta el pobre chaval al que aterroricé en el pasillo—. Han venido volando en dragones. —Eso reaviva el murmullo, y él da un paso al frente—. Si Tristan y Spencer creen en esta chica, creen en su causa, entonces yo también. —Se vuelve y me mira a los ojos—. Se llevaron a mi abuelo solo porque… —Agacha la mirada.

—Lo siento, tío —digo apoyando una mano en su hombro—. Por eso hay que poner fin a esto.

—Sí —dice él con firmeza.

Ostras, es para ponerle un monumento a este chico. Todo el mundo le sigue y asiente expresando su acuerdo, y relajo los hombros.

Lo hemos logrado. Nos los hemos ganado.

—¡Estáis todos locos! —chilla Summer, y sacude la cabeza frustrada—. Lo único que vais a conseguir es que os maten. —Se vuelve hacia su pandilla—. ¡Vámonos!

Ellas nos miran y las sonrío, y de nuevo miran a Summer y su cara de amargada.

Una a una, niegan con la cabeza. Summer se desespera y termina marchándose sola entre alguna que otra risita.

Cuando ya se ha ido, los demás vuelven a centrar su atención en nosotros.

—Y bien, ¿cuál es el plan? —pregunta uno de mis compañeros del equipo de duelo.

—Ahhh —digo con una de mis mejores sonrisas—. Entrenador, ¿nos presta su pizarra?

39

Rhi

—Si Spencer y Tristan pueden movilizar a los estudiantes para que te apoyen, creo que aún tenemos una oportunidad —dice York cuando salen los dos del despacho.

—Sobre todo con la resistencia que hemos formado —añade Ellie.

—En cuanto llegue Kennedy —dice Winnie—, Trent inhabilitará sus canales de comunicación.

—Y yo soltaré una poción que desorientará a sus tropas —agrega Ellie.

—Gracias —respondo, pero me puede la inquietud.

Stone debe leérmelo en la mente o a través del vínculo, porque me pregunta:

—¿Qué te pasa?

Me muerdo el pulgar sin dejar de mirarlas a ellas.

—Siento que esta es mi batalla, mi cita con el destino, y no debería involucraros a los demás.

Winnie chasquea la lengua y Ellie menea la cabeza.

—¿En serio, Rhi? —dice Winnie—. Esta batalla nos concierne a todos. El destino te ha dado a cinco hombres por una razón, y también nos ha puesto a Trent, a Ellie y a mí en tu camino. —Me

coge la mano—. Puede que no estemos unidos a ti por un vínculo, pero nos ha traído hasta aquí para ayudarte, y eso es lo que vamos a hacer.

No puedo evitar sonreír a mi mejor amiga con los ojos llorosos. He pasado de tener un único amigo (un cerdo que no sabe hablar) a contar con tanta gente a la que quiero y que me quiere a mí también… No sé a qué me estoy enfrentando, pero me siento muy afortunada… y qué coño, ¡feliz!

—Gracias —repito, esta vez con más sentimiento—. Gracias a todos.

—Winnie, Ellie, quizá podríais ir a poner al día a los demás combatientes. Beryl, nos sería de gran ayuda que averiguaras más información sobre la reina Æðelflæd o la profecía. Y vosotros, profesor Stone, ejecutor Kennedy y… —Hace una pausa y mira a Renzo.

—Renzo Barone —dice él, extendiéndole la mano. Si la profesora reconoce su nombre y quién es, no lo demuestra; permanece indiferente y le estrecha la mano, no sin percatarse de los restos de sangre y de su oreja.

—Lo mejor sería que vosotros tres fuerais a ver cómo les va a Tristan y Spencer.

—No pienso dejar sola a mi ratoncito —dice Renzo.

—¿Cómo dices? —La directora alucina, y yo me muero de la vergüenza.

—No te preocupes, Renzo —insisto, al intuir que la directora quiere hablar conmigo a solas—. Solo será un momento.

Aunque a regañadientes, Stone y Azlan consiguen llevárselo.

Se cierra la puerta y nos quedamos solo la directora y yo. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que hablamos a solas, y han sucedido muchas cosas desde entonces.

Me vuelvo de cara a ella. Los primeros días de clase me intimidaba bastante. No quería que me cogiera manía y, sobre todo, no quería decepcionarla. Después de todo, esta mujer me permitió quedarme con Pip cuando todo el mundo se oponía a ello.

Ahora, en cambio, tengo una percepción distinta de ella. Sigo sin querer decepcionarla, pero siento que hay más respeto mutuo entre

nosotras, sobre todo porque ha reconocido lo estupenda que es mi mejor amiga.

—¿Va a preguntarme si estoy segura de saber lo que estoy haciendo? —le pregunto—. Porque la respuesta es «no». No estoy segura. No puedo estarlo. Es más, creo que debería preocuparse si así fuera. Solo los ombliguistas tienden a creer en sí mismos y sus decisiones al cien por cien… Al menos según mi experiencia. Los demás debemos lidiar con nuestras dudas y sopesar qué es lo correcto.

—Totalmente de acuerdo —dice la directora—, pero no iba a preguntarte si estás segura. Es irrelevante que lo estés o no. Hay que hacerlo de todas formas. Es aprovechar esta ocasión para atacar ahora o bien desperdiciar años de miseria y dolor, esperando a que el destino nos conceda otra oportunidad así.

—¿Eso cree?

—Sí, Beryl lleva razón. Tenemos a Spencer y Tristan, a los que la mayoría de mis estudiantes seguirían hasta el borde de un precipicio. Luego tenemos a una talentosa resistencia, entre los que se encuentran Ellie, Winnie y Trent. No nos olvidemos tampoco que contamos con varios dragones que parecen estar de tu lado. Y, Rhianna, te tenemos a ti. A ti y tus cinco compañeros predestinados. Si es cierto todo lo que dicen la profecía y las leyendas sobre la reina Æðelflæd, los seis juntos haréis un trabajo extraordinario. —Asiente con la cabeza—. No te reprimas. Llegado el momento, aprovecha todo tu potencial, no dejes que te frenen las inseguridades.

Contemplo sus ojos inteligentes. Quizá, al igual que Stone, sea capaz de leer la mente, porque siento como si se hubiera metido y se hubiera deshecho de todas las preocupaciones que flotaban allí: que no seré lo suficientemente fuerte, o peor, que soy una retorcida y corrupta como mi padre, y si dejo que mis poderes tomen el control, quién sabe el daño que podría causar.

—Voy a hacer todo lo posible por detener a ese hombre —digo—, pero debería saber que existe un riesgo…

—¿Un riesgo? —Frunce el ceño.

Respiro hondo.

—La magia… la magia potente que poseo… no es del todo buena. Parte de ella… una buena parte de ella es oscura.

—Lo sé.

—¿Lo sabe?

—Sí, lo percibo. Siempre lo he percibido. Aunque, como bien dices, ha crecido junto con tu otra magia.

—¿Lo ha sabido durante todo este tiempo?

—Sí. —Ladea la cabeza—. Es una habilidad muy útil cuando se es directora, y una de las razones por las que me dieron este puesto… Mi habilidad para detectar talentos.

—Pero yo creía que usted no veía nada de extraordinario en mí —suelto sin pensar.

—Bueno, claro, depende de si consideras que tu magia es extraordinaria —dice con una sonrisa que me hace sonrojar—. Yo sí lo creo, Rhianna. Pero también tengo una larga experiencia como directora y he visto a muchos estudiantes con poderes extraordinarios hacer un mal uso de ellos o no estar a la altura de su potencial. Veo que no es tu caso.

—Eso espero —murmuro.

—También sé cuándo compartir este conocimiento con los demás y cuándo guardármelo para mí.

—Gracias —digo por tercera vez—. Se lo agradezco de veras.

—En fin, ya te robado mucho tiempo. Seguro que quieres ir a reunirte con los demás y prepararte. Te aconsejo que estés lista para actuar desde bien temprano por la mañana. La resistencia tendrá vigías en sus puestos para avisarnos de cualquier acercamiento. Esta noche descansa.

✳

Me reúno en el gimnasio con mis cinco compañeros, apiñados alrededor de una pizarra y escuchando a Spencer, que no deja de agitar los brazos y, de vez en cuando, señala lo que ha escrito. Los demás asienten y hacen preguntas. Por una vez, no están discutiendo.

Miro a Pip.

—¿Me engañan mis ojos o se están empezando a llevar bien?

—A grandes males, grandes remedios —vocea Stone, y los demás se vuelven hacia mí.

—¿Dónde están todos los estudiantes? —pregunto—. Creía que estabais intentando convencerlos de unirse a nosotros.

—Y eso hemos hecho —dice Tristan con una sonrisa creída—. Les hemos informado de todo y ahora les hemos dicho que se vayan a descansar para estar frescos y luchar por la mañana.

—Eso me ha aconsejado York a mí también.

—Tiene razón —dice Azlan—. Llevamos ya bastante tiempo con los niveles de adrenalina por las nubes; hay que descansar.

—Dudo que pueda pegar ojo. ¿Quién podría irse a dormir plácidamente en esta situación?

—Inténtalo —insiste Azlan.

—No hasta que me hayáis explicado el plan. —Me acerco a la pizarra. Tiene dibujado un plano chapucero de la escuela con un montón de garabatos, cruces y flechas.

—En realidad, es muy sencillo —dice Spencer, que vuelve a ser el mismo, y siento su entusiasmo a través del vínculo—. La escuela es inexpugnable a los ataques. No solo por los viejos conjuros que impiden la entrada de intrusos, sino también por su ubicación física, por dónde y cómo se construyó.

—Eso de que es inexpugnable… Mira el Baile de la Victoria.

—Vale, sí —dice haciendo rodar el rotulador entre sus manos y balanceándose de puntillas—. Es vulnerable a los ataques desde arriba, pero ya no, no ahora que tenemos dragones. Y esta vieja mansión se construyó de tal manera que estaría protegida. Está situada en lo alto de un montículo, desde donde se divisa a cualquiera que se acerque, y para llegar hasta nosotros, primero tendría que subir toda la colina y enfrentarse a nuestro ataque desde arriba.

—También pueden venir por el bosque —subraya Tristan.

—Lo cual ningún mago en su sano juicio intentaría —argumenta Spencer, sonriendo a su amigo y dándole un toque con el codo.

—Podrían excavar un túnel —planteo.

—Sí, pero eso lleva su tiempo, y aquí la tierra es caliza; y cualquier túnel que intentasen construir terminaría inundándose de agua.

—También podrían bombardearnos con magia —añado.

—Sí, desde abajo. Nosotros tendríamos la ventaja de encontrarnos en terreno elevado.

Me cruzo de brazos y examino el plano.

—Vale, todo esto está muy bien, pero no queremos solo sobrevivir al ataque. Queremos acabar con todo de una vez por todas.

—Sí —dice Spencer—, por eso vamos a atraerlos hacia nosotros, ya sea con dragones o desde tierra, y luego les tenderemos una emboscada.

—A la vieja usanza —comenta Renzo.

—Es lo que hay, atraerlos —digo señalando la pizarra.

—Sí. Kennedy enviará primero a sus soldados de infantería. Los atraemos y luego los eliminamos, y así quedaremos solo nosotros y Kennedy.

—Pero todos juntos, ¿cierto? —interrumpo—. La única manera de derrotarlo es luchando todos juntos. —Escudriño a los cinco. Significan mucho para mí. Pero ¿se apoyarán entre ellos en plena batalla? ¿Lucharán los unos por los otros?—. No creo que esto funcione si no luchamos en equipo.

Pip, a mis pies, suelta un chillido como muestra de que está de acuerdo.

—Todos es todos —acentúa Azlan, y tanto Tristan como Spencer asienten.

—¿Stone? —digo—. Sé que tienes cuentas pendientes con Renzo… Sé que tienes problemillas con él…

—¿Tienes problemas conmigo? —le pregunta Renzo, con un tono genuinamente herido.

—Pues claro que tengo problemas conmigo. Eres un psicópata.

—Oye, no está bien insultar —dice Renzo—. No puedo cambiar ser quién soy, ave fénix, al igual que tú tampoco puedes.

—Ya, pero yo no disfruto matando a gente.

—He descubierto una nueva afición que me gusta aún más que matar —dice devorándome con la mirada.

Stone pone los ojos en blanco y se mete las manos en los bolsillos.

—Si no queda más remedio, tendré que lidiar con él.

«Puede que incluso termine cayéndote bien», digo en mi mente. «Y, recuerda, me prometiste que harías un esfuerzo».

Stone hace una mueca, pero está dispuesto a intentarlo, y eso me basta. Porque estoy segura de que, si no permanecemos unidos, caeremos todos.

Y mucha más gente caerá con nosotros.

40

Rhi

A LOS ESTUDIANTES parece que lo que les ha aconsejado Spencer les ha entrado por un oído y les ha salido por otro. No hay nadie durmiendo. La escuela entera es un alboroto, y de camino a la cabaña de Stone, nos cruzamos con varios grupos reunidos en los senderos, asomados por las ventanas o juntándose de una habitación a otra. Se callan cuando pasamos por su lado y se nos quedan mirando como si fuéramos unicornios, o como si estuviéramos hechos de diamantes, o como si fuéramos unos dioses. A mí me incomoda un poco, la verdad, pero Tristan, Spencer y Renzo parecen estar en su salsa. De hecho, Renzo no deja de saludar con la mano o de lanzar besos como si fuera un miembro de la realeza.

¡Qué alivio cuando llegamos al prado, lejos de todo el mundo! Aunque a Pip le cuesta avanzar entre la hierba alta y me toca cogerlo en brazos.

—En serio —se queja Stone—, ese cerdo recibe más amor y cariño que todos nosotros juntos.

—Es que él es especial —le chincho.

—¿Y nosotros no? —pregunta Spencer travieso.

—Mmm… —Me encojo de hombros y me hago la longuis.

—Vaya niñata… —dice Stone, a quien se le oscurecen los ojos, y aprieto el paso, deseosa de llegar ya a la cabaña.

Pensándolo fríamente, ninguno sabemos qué va a pasar mañana, si será un éxito o un fracaso. Podemos tener la esperanza de que todo saldrá bien, podemos planear, rezar y desear que así sea. Pero los sueños que he tenido no daban ningún tipo de señal, ni para bien ni para mal. Lo que significa que es muy probable que esta sea nuestra última noche juntos, y estoy decidida a hacerla especial.

Sin embargo, cualquier plan que tuviera se viene abajo: han derribado la puerta de la cabaña y hay libros y otras pertenencias tirados por todo el porche.

—Parece que he tenido visita durante mi ausencia —dice Stone. Sube los escalones, coge uno de los libros y chasquea la lengua con desaprobación mientras pasa la mano por la cubierta con delicadeza, como si le diera mimos. Tras su apariencia de tipo duro, se esconde un auténtico friqui.

Se coloca el libro en el brazo y cruza la puerta. Un minuto más tarde, sale con otros dos libros y cara de pocos amigos.

—Lo han destrozado todo. Lo siento, Rhi, no podemos pasar aquí la noche.

—¿Y no podemos repararlo con nuestra magia? —pregunto.

—Creo que es mejor conservarla toda para mañana —me dice Azlan.

—Entonces, ¿adónde vamos? Dudo que mi habitación haya sufrido menos daños, y tampoco es que fuera una habitación estupenda de por sí.

—Era una mierda de habitación —dice Renzo, y mira de reojo a los demás como si fuera culpa de ellos.

—La mía seguramente esté igual —murmura Spencer.

—Pues vamos a ver la mía —sugiere Tristan, que ya se está dando la vuelta.

—¿La tuya no la habrán destrozado también? —pregunto mientras me apresuro a alcanzarle.

—Por muy traidor que sea, sigo siendo el hijo del *lord* Protector. Sospecho que nadie se habrá atrevido a tocarla.

Volvemos por donde hemos venido, pasando junto a todos los curiosos, y entramos en el bloque de dormitorios más glamuroso, el que tiene las paredes pintadas, bombillas y cortinas. La habitación de Tristan se sitúa en el ático, y nos encontramos con que su puerta está intacta, al igual que el resto de la estancia cuando la abrimos.

Azlan nos hace esperar fuera mientras busca micrófonos.

—¿Micrófonos? —digo sin entender nada.

—No los de karaoke, cielo —explica Stone—. Los que ocultan para escucharte.

—Oh —exclamo viendo cómo Azlan busca debajo de la cama y del colchón y entre las persianas.

—No siento ni veo que haya ninguno —concluye.

—Qué más da —dice Tristan dejando la chaqueta en la silla del escritorio—. Deben de saber que estamos aquí. Deben de saber lo de la profecía, lo de Rhianna y nosotros cinco. —Da una vuelta por la habitación agitando las manos, luego se detiene y cambia el gesto de las manos por otro más grosero—. Si estás viendo esto, papá, ¡vete al infierno!

—¿No es de ahí de donde viene? —masculla Spencer, dejándose caer en la cama.

—Probablemente. Lo más justo es enviarlo allí de vuelta mañana.

—¿Estás seguro? —le pregunto, y dejo a Pip en el suelo—. Es tu padre, Tristan. Es normal tener sentimientos encontrados.

—Me he pasado toda la vida deseando su muerte —dice, y me clava sus ojos con una determinación de acero que me recuerda todos los huesos rotos y cicatrices ocultas que acarrea su cuerpo.

¡Dios, me dan más ganas todavía de acabar con Christopher Kennedy!

La magia oscura burbujea caliente y violenta por mis venas ante la idea, y cierro los ojos para borrarla de mi mente.

—¿Estás bien? —me pregunta Tristan, acercándose.

—No… no me entusiasma la idea de ir matando gente. Aunque sean unos hijos de puta. —¿Estoy mintiendo? A mi magia oscura sí parece gustarle, y mucho.

—Ya… —dice. Regresa al escritorio y empieza a rebuscar entre sus cosas. Me asomo, intrigada. Creo conocer a Tristan Kennedy

mucho mejor que antes, pero hay facetas de él que siguen siendo un misterio, facetas que siguen pareciendo contradictorias. En parte, sé que se debe a esa máscara que siempre ha llevado, una máscara que he llegado a comprender que era necesaria al criarse con un padre como el suyo.

Miro por encima de su hombro, curiosa por saber qué guarda en el cajón. Por lo desgastada que está la alfombra bajo el escritorio en contraste con el resto de la habitación, deduzco que pasaba mucho tiempo aquí. En un lado del cajón hay una fila ordenada de porros ya enrollados, una bolsita con maría y varias notas y esquemas garabateados con la letra del entrenador Hank y de Spencer. En el otro lado, hay una fila de lápices cuidadosamente afilados y un bloc de dibujo.

—¿Qué es eso? —pregunto señalando el bloc. Lleva su nombre bien claro en la esquina superior derecha de la cubierta, lo que parece contradecir su actitud pasota.

—¿El qué? —dice mientras examina cada porro.

—¿Qué es ese cuaderno?

Desvía la mirada hacia él, suelta todos los porros menos uno, e intenta cerrar el cajón.

—Nada —masculla, lo que despierta aún más mi curiosidad.

—Si no es nada, ¿puedo echar un vistazo?

—No. —Se coloca entre el escritorio y yo.

—¿Por qué no?

—Es privado. —¿Es cosa mía o Tristan Kennedy se está ruborizando?

—Seguro que es porno —dice Renzo desde la cama, donde se ha repantigado al lado de Spencer, con Pip tumbado en su regazo y haciéndole cosquillas.

—No es porno —refunfuña Tristan.

—Entonces, ¿qué es? —pregunto con el ceño fruncido, intentando esquivarlo, convencida de que en ese cuaderno elucubraba algún plan para deshacerse de mí en los días en los que no era precisamente amable conmigo.

—Ya te lo he dicho, nada.

—Eso no suena muy convincente —se ríe Spencer.

—Tristan —digo—, o te quitas o te quito yo con mi magia.

—Se supone que tienes que conservarla, recuerda lo que ha dicho Azlan.

Me coloco los brazos en jarras y lo fulmino con la mirada.

—A tomar por culo —dice entre dientes, y se sienta en el suelo junto a la cama, jugueteando con el porro.

Sorprendida de que haya cedido tan fácilmente, abro el cajón con cuidado, medio esperando que contenga una trampa bomba y me explote en las manos. Pero no es el caso. Se abre sin problema y me quedo mirando el cuaderno. Ahora me siento culpable. Estoy atentando contra su privacidad. No tengo derecho a estar hurgando en sus cosas. Aunque ese sentimiento de culpa dura dos segundos: lo cojo y lo abro. La primera página es un detallado boceto a lápiz de la cara de Tristan. Un autorretrato. Me río disimuladamente. Sabía que el tío era vanidoso, pero ¿a este nivel?

—No está tan mal —dice entre dientes, y da una calada al porro para encenderlo.

—¿Tú técnica de dibujo o la cara? —Se me escapa una risita.

—Ambas.

—Son muy… llamativas.

Tristan mira a su amigo.

—¿Eso es bueno?

—Tío —dice Spencer—, no tengo ni idea de qué estáis hablando.

Paso la página y encuentro varios bocetos ligeros de una flor, una que he visto que crece a los lados de los senderos de la escuela. La siguiente página es un boceto de una de las armaduras que había en el gran comedor, y después, hay otros dos de su cara y uno de Spencer, seguidos de la mansión vista de frente.

Tiene mucho talento, la verdad, no solo capta las dimensiones y el detalle de los edificios, sino también la personalidad y la humanidad de las personas. Me siento en la silla del escritorio, me apoyo el cuaderno en las piernas, y me quedo absorta entre el olor a porro, café y, al fin, a comida.

Seguro que también habrá dibujado a chicas semidesnudas, o completamente desnudas. Tristan se ha acostado con muchas y apuesto a que la mayoría estarían más que dispuestas a posar para

él. Y si no lo han hecho, le habrán enviado desnudos a diario por teléfono.

Deben de estar en las últimas páginas. No debería mirar. Solo conseguiré enfadarme o ponerme celosa. Pero, una vez más, mi autocontrol es lamentable. Voy directa al final del cuaderno. No me encuentro ninguna chica desnuda. Me encuentro a mí misma. Mi cara mirándome fijamente.

Se me escapa un grito ahogado.

—¿Qué? —pregunta Azlan, dejando un bol de fideos encima del escritorio.

—Mira. —Le paso el cuaderno.

—Es… precioso. ¿Quién ha dibujado esto?

—Tristan. —Hago una seña con la barbilla hacia su primo.

—¡A ver! —dice Spencer.

Le paso el cuaderno a él también.

—¡Hostia, tío! ¿Hay algo que no sepas hacer?

—Viajar en el tiempo y el espacio —dice Renzo mientras le rasca la tripa a Pip.

—Seguro que, si me pongo, aprendo —sonríe Tristan despreocupado. Renzo resopla y Pip lo imita.

Voy pasando más páginas. Ese no es el único dibujo mío. Hay más. Muchos más. Mi cara de frente, ladeada, mirando hacia abajo, mirando hacia arriba, de perfil, mis manos… Hasta uno en el que estoy agachada acariciando a Pip.

Los demás ya han pasado a otro tema —las ventajas del entrenamiento de fuerza—, pero cuando miro a Tristan, me fijo en que no está escuchando, me está mirando a mí. Supongo que siempre me ha estado mirando.

A cualquier chica normal esto le resultaría turbio y le daría mal rollo. A mí no. Yo lo encuentro… lo encuentro excitante. No mentía. Me dijo que se había obsesionado conmigo desde el día en que nos conocimos, y parece que era verdad.

—Este me lo quedo —le digo señalando el dibujo en el que salgo con Pip, mientras que los demás siguen de cháchara.

—Todo tuyo. Quédatelos todos si quieres.

Vuelvo a ojear el boceto suyo y el de Spencer y decido que sí, que me quedo el bloc entero. Lo cierro, me lo llevo al pecho y me siento en el suelo con él, sin tocar mi bol de fideos. El ático de Trent es grande, pero carece de las comodidades básicas de una casa, como sillas, por ejemplo.

—Cuando todo esto haya terminado —digo—, ¿podrías dibujar también a Azlan, Stone y Renzo?

—No soy un experto —murmura—, pero si…

Se me escapa una carcajada.

—¿Estás siendo modesto por primera vez en la vida, Tristan Kennedy?

—A mi padre no le gustaba que desperdiciara mi tiempo en chorradas como el dibujo. —Me pasa el brazo por encima del hombro y me ofrece una calada.

Niego con la cabeza y se lo pasa a Spencer.

—No has desperdiciado tu tiempo —le animo—. Crear algo tan bonito no podría ser nunca una pérdida de tiempo.

—Pues estoy de suerte —sonríe—, porque pienso pasar mucho tiempo dibujándote.

—No estás comiendo nada —dice Azlan desde la otra punta de la habitación, en la única opción de asiento, un puf, con las rodillas dándole casi en el mentón.

—No tengo hambre —admito.

—Aun así deberías comer algo.

Cojo el tenedor del bol de Tristan y enrollo unos cuantos fideos.

—¿Contento? —le pregunto con la boca llena.

—No —dice Azlan con una de esas miradas severas suyas que significan que tengo que hacer lo que me ordena y comerme mi bol entero. No pasa ni una.

—¿No suelen dar una buena comida antes de la batalla final? —dice Renzo mientras pincha sus fideos ante la atenta mirada de Pip, que está prácticamente babeando en su regazo.

—Es ramen —dice Stone—. ¿Qué tiene de malo?

—Está demasiado picante —se queja, y yo sonrío para mis adentros. Las orejas, yo, el picante… Estoy empezando a hacer una lista con sus puntos débiles—. ¿Quieres un poco, colega?

—¡No le des comida picante a Pip! —digo levantándome de un salto.

—¿Por qué no? ¿Se va a transformar en un demonio? —dice Stone mirando de soslayo a mi cerdo.

—No, pero después lo vomita todo.

—¿Me recuerdas por qué tienes un cerdo como mascota?

No respondo. Es algo sobre lo que no he sido sincera. Me da miedo contárselo por si me obligan a deshacerme de él.

Hago un gesto a Pip para que venga y me sigue hasta la zona de la cocina. Me paso un rato husmeando en los armarios de Tristan y, al igual que en casa de Azlan, me decepciona la falta de chocolate y de dulces. Lo que sí encuentro son varias barritas de cereales; les quito el envoltorio y se las ofrezco a Pip.

—Toma. Cómete esto y no vayas luego olisqueando en busca de restos de fideos. ¿Me oyes? —Resopla como si fuera algo que él no ha hecho nunca, cuando ambos sabemos que lo estaba ya tramando —. Pip. —Deja su destrozo de barritas y me mira—. Esto… ¿te importaría quedarte aquí un ratito? —Mi cerdo me mira con evidente desaprobación—. No me mires así. Podrían ser nuestros últimos momentos juntos. Y son mis compañeros predestinados. Y… me ponen mucho. —Pip suelta un chillido como rechazo—. Lo siento, Pip, pero no me puedes negar lo buenos que están.

Resopla y vuelve a centrarse en las barritas de cereales. Aunque no le haga mucha gracia, va a darnos nuestro espacio y nuestra privacidad.

Vuelvo a mirar a la zona de la sala de estar e inhalo profundamente. Siento un mariposeo en el estómago y estoy de los nervios.

Si esta va a ser mi última noche en la tierra, voy a encargarme entonces de que sea inolvidable.

41

Stone

Últimamente me está costando más entrar en la mente de Rhi. Pero, de vez en cuando, se deja la puerta abierta y puedo echar un vistazo rápido a lo que está pensando. Y lo que está pensando ahora hace que se me caiga el tenedor de la mano.

—¿Qué? —pregunta Azlan al leer mi cara de asombro.

Trago saliva.

—Rhi —digo cuando vuelve contoneándose de la cocina y con la mente llena de todo tipo de ideas ardientes. La miro a los ojos, con lujuria.

Azlan sigue mi mirada hacia donde está Rhi ahora, de pie apoyada en el marco de la puerta.

—¿Qué? —le dice ahora a ella, pero los ojos de Rhi están fijos en mí—. ¿Qué? —prueba conmigo.

—Parece ser que a la señorita Blackwaters se le han ocurrido unas cuantas ideas sobre cómo pasar la noche.

—A mí también —se entromete Barone.

—Prefiero oír las de Rhianna —dice Azlan, incapaz de apartar la mirada de ella.

—Bueno —dice ella mientras se desabrocha el primer botón de la blusa.

—¿Bueno? —Me recuesto, encantado de que vaya a regalarnos un estriptis. Todavía tengo el último grabado en la memoria.

—Es tarde y deberíamos ir yéndonos a la cama. Tristan, ¿tienes alguna camiseta que puedas prestarme para dormir?

—Puedes ponerte mi sudadera —dice con una mirada tan ardiente como la mía.

—Señorita Blackwaters. —Me pongo en pie y camino hacia ella—. No se haga la remolona. Dormir no es lo que tenía en mente.

—¿Qué tenía en mente entonces, profesor? —pregunta.

Le sonrío y le aparto las manos de la blusa, y le desabrocho yo cuidadosamente botón por botón. Estoy seguro de que todos estos ya han visto a Rhi desnuda y se habrán acostado con ella. Y, aun así, sigue habiendo en ella algo irresistible, algo tentador que hace que sea igual de emocionante que la primera vez. Quizá sea por el vínculo. O quizá sea por toda ella.

Cuando la blusa queda abierta, la deslizo por sus hombros y la dejo caer por sus brazos, flotando hasta el suelo. Lleva uno de esos sujetadores que le compró Azlan. Joder, siempre se me olvida agradecérselo. O sea, Rhi estaría perfecta hasta vestida con una bolsa de basura. Con esas curvas, lo que sea. Pero el sujetador, la forma que le da a sus tetas, las transparencias que dejan entrever sus pezones… ¡Ay!

Recorro con los dedos el borde de la copa del sujetador, lo que la hace estremecer, con ese torbellino de ideas activándose de nuevo en su mente; y luego le bajo los pantalones y la ayudo a sacar las piernas.

Lleva unas braguitas diminutas a conjunto, y le doy la vuelta para admirar su trasero… para que todos podamos admirar su trasero… ese trasero que lleva semanas volviéndome loco.

—¡Venga ya, Phoenix! —gruñe Azlan—. ¿Qué es lo que está pensando?

Vuelvo a girarla de cara a todos nosotros y, arrodillado, alzo la vista hacia ella.

—¿Estás segura, cielo?

—Más que nunca —susurra, y esta vez soy yo quien se estremece.

Acerco la cara a sus partes. La seda de sus braguitas me separa de sus rizos y sus pliegues húmedos, pero aun así puedo inhalar su aroma y hundir mi lengua, presionando justo en su punto más sensible. Ella suspira, sus piernas empiezan a temblar ligeramente y sus manos aterrizan firmes en mi cabeza para mantener el equilibrio.

—Stone —murmura. Qué bien suena mi nombre en su boca.

—¿Sí, nena? Quieres más. Quieres que te haga estallar de placer delante de ellos.

—Mierda —oigo murmurar a Spencer por detrás.

—Oh, sí, hazla estallar de placer —se motiva Renzo.

—¿Nena? —vuelvo a preguntar, porque su consentimiento es el único que cuenta para mí. Si los demás no quieren ver esto… si de verdad están tan bobos, pues que salgan de la habitación.

—Sí, Stone, quiero eso.

Sonrío a su coño, agarro sus braguitas y se las bajo de golpe, susurrando:

—Entonces vas a tener que ofrecerles un espectáculo, señorita Blackwaters. Yo haré que te corras, pero tú tienes que ser buena chica y jugar con esas tetitas tuyas. —Hace un mohín a sabiendas que me vuelve loco—. No seas niñata, haz lo que se te pide y te recompensaré con mi lengua. —Le guiño un ojo—. Ahora, separa las piernas, cielo.

Esta vez me obedece sin rechistar y le paso las manos por las piernas, desde los tobillos hasta arriba del todo, acariciando la parte interior de sus muslos, suave y tierna. Luego le abro los labios de la vulva y les regalo a los demás unas buenas vistas mientras presiono mi boca contra su clítoris. Ya está vibrando, al igual que su magia, tensa y eléctrica. Succiono y ella se contorsiona sin control encima de mí, agarrándome del pelo con una mano y tirando tan fuerte que me hace daño, diciendo mi nombre una y otra vez, al tiempo que se masajea y se aprieta las tetas con la otra.

Me detengo. Ella me suelta un taco quejándose.

—Vosotros, cabrones, decidle lo guapa que está —espeto.

Supongo que estaban demasiado ocupados contemplando la escena ojipláticos. Responden elogiándola efusivamente y yo retomo mi tarea. En su mente alcanzo a leer lo mucho que le gustan los

elogios y cuánto le gusta que la observen, y chupo con más fuerza todavía mientras introduzco dos dedos en su vagina que hacen que se corra en mi boca enseguida.

Es demasiado para ella y se cae justo en mis brazos, con mis dedos todavía dentro de su coño. No los saco. Masajeo ese punto preciso de su interior mientras sigue convulsionando y contrayéndose en mis dedos, y en nada vuelve a alcanzar un segundo orgasmo, esta vez gritando tan alto que la deben de oír por toda la escuela.

Después se desploma, sin fuerzas y jadeando.

—¿Eso es lo que tenías en mente, Rhianna? —dice Azlan con tono sombrío.

Ella le sonríe.

—Eso… y más cosas —murmuro yo.

—¿Qué cosas? —pregunta Barone, que se arrastra por el suelo para venir a nuestro lado—. Yo también quiero hacer que te corras, ratoncito. —Me la arrebata de los brazos y, aunque no me apetece, sé que es lo que ella quiere, así que me quedo donde estoy y dejo que él la tumbe en el suelo y le quite el sujetador.

—Deberías dibujarla así —le propone a Tristan cuando ella arquea la espalda. Todos la miramos fijamente, la devoramos con la mirada, hasta que ella se incorpora apoyada en los codos y mira a su alrededor, frunciendo el ceño frustrada.

—¿Vais a quedaros ahí sentados mirando o…?

42

Rhi

Al principio resulta un poco abrumador tener a cinco hombres desesperados por tocarme, saborearme y dar placer a mi cuerpo; pero, en medio de todo ese caos, encontramos la manera de que funcione.

Spencer me levanta y me tumba en la cama de Tristan. Después, los cinco se desnudan delante de mí y me regalan mi propio espectáculo en privado, de lo más sexi.

Me río para mis adentros mientras los observo: Renzo se apresura a quitarse la ropa como si su vida dependiera de ello; Azlan deja su camisa y sus pantalones bien doblados encima de la silla, y Tristan se desnuda con un pavoneo insuperable.

—¿Qué te hace tanta gracia? —pregunta Spencer, contemplando su cuerpo perfecto y su erección.

—Sois todos tan distintos…

—¿Ah, sí? —dice Stone—. Pues a mí me parece que te ha tocado la lotería. Somos muy similares. —Me guiña un ojo y se agarra la polla. Sé exactamente lo que está insinuando: que están todos muy bien dotados. Pero no seré yo quien lo verbalice.

—Y arrogantes —digo.

—Arrogantes no —insiste Tristan—. Realistas.

—¡Hala! ¿Tienes un *piercing* ahí? —dice Renzo con ojos fijos en la polla de Stone—. Yo siempre he querido hacerme uno.

—¿No te gusta lo que ves? —me pregunta Spencer, ignorando a Renzo, y se frota la mano por el pecho.

Me lamo los labios, despacio, y no hace falta nada más.

Renzo se hunde entre mis piernas y murmura algo sobre que soy una provocación y que está hambriento de mí. Me abre los muslos y empieza a lamerme el clítoris y luego el resto de mis partes. Me da que el resto se va a quedar mirando como antes con Stone. Suelto un resoplido de frustración. Yo quería que me tocaran los cinco a la vez.

Pero vamos, que al final no tengo nada que temer: Spencer se coloca a un lado y Tristan a otro, mientras Renzo sigue lamiéndome el clítoris, y se ponen a morder y besar mis pechos y mis pezones, uno cada uno.

Suspiro y, al elevar la vista hacia el techo, me cruzo con la mirada sombría de Azlan. Por un momento, nos quedamos mirando mutuamente y me sumerjo en sus iris oscuros, leyendo en su expresión todo lo que necesito saber. A continuación, baja su boca y presiona sus labios contra los míos. Los abro por instinto y su lengua se hunde en mi boca del mismo modo que la de Renzo se hunde en mi coño.

Vuelvo a suspirar, esta vez en la boca de Azlan, y me besa más fuerte, hambriento, persistente.

Noto una mano firme en mi muslo, otra agarrándome de la cintura, y otra envolviendo mi cuello. Una oleada de sensaciones se precipita y me embriaga por completo.

Azlan se retira, pero no tengo oportunidad de recuperar el aliento porque Stone toma el relevo y me besa con la misma intensidad. Y, así, se ponen los dos a besarme al mismo tiempo; tengo sus dos lenguas en mi boca, sus labios acariciándome los míos, sus dientes mordiéndome a la par.

—¡Joder! ¡Qué vistas desde aquí abajo, nena! —murmura Renzo justo en mi clítoris, lo que hace que me corra de inmediato en su boca, sacudiéndome y retorciéndome en la cama mientras cinco pares de manos me sujetan.

—Pareces una diosa, y te estamos adorando —dice Tristan.

—¡No lo parece! ¡ES una puta diosa! —replica Renzo, y empieza a darme unos lengüetazos tan violentos que libero otro orgasmo.

—¡Joderrrrr! —grito forcejeando. Porque es demasiado… demasiado placer… demasiado perfecto.

—¿Quieres más, compañerita? —gruñe Spencer; y, aunque juraría que es su voz y que es él quien está arrodillado a mi lado, es la bestia quien me está hablando.

—Sí —jadeo—. Mucho más. Lo quiero todo.

—Vaya… —dice Tristan pasándose la mano por el pelo, ya empapado de sudor—. ¿Podemos… compartirte Spence y yo?

Renzo se incorpora, se sienta con las piernas cruzadas y me pasa las yemas callosas de sus pulgares por la parte interna de mis muslos mientras lame mi secreción. Sus ojos bicolor se desvían de mí hacia Tristan y Spencer.

—¿Cómo? ¿Cómo queréis compartirla?

Tristan mira a Spencer, que tiene dibujada una amplia sonrisa, de esas que me remueven todo.

—¿A ti todavía no te la ha chupado, Tris? Porque se le da muy pero que muy bien.

—¿Ah, sí? —Los ojos de Tristan se oscurecen.

—¿Quieres averiguarlo por ti mismo? —le sugiero, y me pongo a cuatro patas.

—¿Tú qué crees? —dice acariciándome el cabello.

—Creo que la estás animando todavía más —participa Stone.

—¡Eso! ¡Anímala! No me lo quiero perder, tío. —A Renzo se le ilumina la mirada como si le fueran a revelar el secreto del universo.

Tristan se pone de rodillas con la polla meneándose justo enfrente de mí. Me arrastro hacia delante y me sujeta fuerte del pelo cuando lo acojo con mi boca.

Al principio, solo lo caliento deslizando la lengua por la punta, saboreando el toque salado del líquido preseminal. Él, con la mano que tiene libre, me acaricia suavemente la mejilla.

—Qué boca más bonita —murmura alguien.

Ahueco las mejillas y empiezo a chupársela. Desde este ángulo, apoyando mi peso en los brazos, no puedo agarrársela con las

manos, pero ya se encarga él de moverse y empujar sus caderas hacia delante, metiéndomela hasta la campanilla, y vuelve a salir.

Me da una pequeña arcada y me lloran los ojos, ninguno de mis compañeros había llegado a tal profundidad.

—¿Quieres que paremos? —pregunta Tristan, frenando el ritmo. Le miro a la cara con determinación, y él me sonríe—. Lo consideraré como un no —dice, y vuelve a embestirme en la boca.

Un par de manos fuertes aterrizan en mis caderas y el colchón se hunde detrás de mí.

—¿Puede tomarte también Spence? —pregunta Tristan.

Retiro la cabeza y su polla sale de mi boca con un «pop» húmedo.

—¿Lo habíais hecho antes? —le pregunto mirándolo a los ojos.

—No, nunca nos hemos montado un trío con una chica juntos.

—Pero ¿esto en concreto? —aclaro.

—¿La doble penetración? No, Rhi, nunca —dice Spencer.

Sostengo la mirada de Tristan, y niega con la cabeza. La verdad es que no me lo esperaba. Los rumores sobre las orgías en la casa común de Venus eran muy fuertes, al igual que lo que los vi hacer a ellos. Pero esto no lo han hecho nunca, y aunque para muchos sería algo sórdido y obsceno, para mí es especial.

—Sí. —El mero hecho de pensarlo me da escalofríos.

Spencer murmura el conjuro barrera y siento su miembro empujando mi entrada.

—Abre las piernas un poco más, Rhi. Estás muy apretadita…

Hago lo que me dice y, al introducirse en mí, soltamos un gemido al unísono.

—¿Te gusta, ratoncito? —pregunta Renzo desde atrás, con los ojos como platos, embelesado por la escena de los tres.

—Ajá —murmuro.

—Pues sigue chupando, cielo —me pide Azlan, de modo que atrapo de nuevo la polla de Tristan con la boca y obedezco.

Solo que esta vez resulta más complicado al tener a Spencer penetrándome, golpeando ese punto que me arrebata todos los sentidos. Gimo y gruño, pierdo la concentración y es Tristan quien toma el control y la mete y la saca.

—Qué vista tan maravillosa, ratoncito. Tan indecente, obscena y deliciosa. Me encanta que seas una guarra en la cama.

—¿Sabes qué lo haría mejor aún? —sugiere Stone.

Azlan se mofa como si fuera algo imposible.

—¿Qué? —gruñe Tristan, intrigado.

—Barone —dice Stone—, ¿podrías colocarte justo debajo y terminar de comerle el coño a nuestra chica?

Mis ojos se posan en los de Renzo y adopta el semblante más sombrío que jamás le he visto. Lo siguiente que sé es que desaparece y reaparece debajo de mí, tendido entre mi cuerpo y las piernas de Spencer.

—Desde aquí abajo la vista es incluso mejor —masculla. Luego se yergue sobre sus codos para que su boca se encuentre con la punta de mis labios, y me succiona directamente el clítoris.

Me equivocaba.

Pensaba que ya era demasiado antes.

Pero esto va mucho más allá.

—¡Me voy a correr! —grito, retorciéndome entre los tres, mientras la intensidad no deja de aumentar.

—¡Joder, sí! ¡Córrete con mi polla dentro! —dice Spencer, que me embiste aún más fuerte y hace que me mueva hacia delante y la polla de Tristan se me meta de nuevo hasta la campanilla.

Por un momento, me quedo sin respiración. No me llega el oxígeno a los pulmones. Todo se intensifica: cada sentimiento, cada sensación. La electricidad recorre todo mi cuerpo y enciende cada nervio a su paso; y el orgasmo me asalta con tal fervor, que creo que me voy a desmayar.

Cuando me corro, Spencer baja el ritmo. Me sujeta fuerte y, con un gruñido animal, eyacula dentro de mí.

Tristan, con los ojos fijos en nosotros dos y el lugar en el que está clavado su amigo, también se corre. Me trago el sabor salado de su semen, disfrutando del calor que me deja en la garganta y el estómago.

Mis brazos y piernas ceden y me caigo justo encima de Renzo.

Sin pausa alguna, me da la vuelta bocarriba y tira de mí hacia el borde de la cama; se baja de un salto y se coloca entre mis piernas.

—Como buen perro de caza que soy, siempre me ha gustado hacerlo por detrás. Hasta que te conocí a ti, ratoncito. Ahora quiero verte cuando te follo. Quiero verte enterita. Tu preciosa cara, cómo rebotan tus tetas, tu coño…

Me levanta las piernas y las apoya en su pecho.

Le sonrío y le hago cosquillas en las orejas con los dedos de los pies; no puedo evitarlo.

La piel bajo su ojo derecho se contrae y se me escapa una risita.

—Ratoncito —gruñe—, pórtate bien.

«Eso nunca», gesticulo con los labios, sin hablar, y gime como si le estuviera destripando antes de penetrarme.

Estoy todavía más receptiva, y cada embestida se siente divina. Esa ferocidad de su expresión —la expresión que le hace parecer tan siniestro— se desvanece enseguida y la sustituye ese otro aire infantil tan suyo. El que hace que mi corazón se hinche por él.

Los demás, tumbados la cama, contemplan cómo me folla. Me alegro de que seamos solo nosotros dos, de que él les demuestre que también es capaz de obrar bien, y no solo de destruir, pero pronto ansío más manos, más caricias. Más compañeros.

—Stone —digo entre dientes—, Azlan, Tristan, Spencer.

—¿Sí, cielo?

—¡No os quedéis ahí tumbados!

43

Azlan

No hace falta que termine la frase; nos abalanzamos todos a la vez sobre ella y nos perdemos en una combinación de besos, caricias, pellizcos, mordiscos y lametadas.

Siento su excitación húmeda en los dedos y en la lengua, y su piel se vuelve resbaladiza por el sudor. Me deleito con su sabor salado.

Mi mano cubre una que no es la suya. Aprieto uno de sus pechos y mi lengua choca con la de otro cuando la introduzco en su boca.

Nuestra magia estalla y brilla a nuestro alrededor, iluminando la habitación de tal modo que cualquiera que vea la ventana de Tristan desde fuera se pensará que estamos tirando fuegos artificiales.

En un momento dado, alguien tiene la previsión de lanzar otro conjuro barrera, y mientras la estoy besando fuerte, otro la penetra y otro se mueve entre sus muslos. Luego ella se acomoda sobre mi regazo y se sienta en mi erección mientras las demás manos y bocas no dejan de explorarla.

Está mojada y pegajosa, con semen en la mejilla y en los muslos, y el pelo enredado en el puño de alguien. Me corro abrazándola fuerte, comiéndola a besos, cuando alguien desde atrás la reclama.

Y así durante casi toda la noche, nosotros con ganas de ella y ella con ganas de nosotros, hasta terminar en un enredo de cuerpos bajo las sábanas que se queda dormido contento, satisfecho, en una nube de felicidad sin importar lo que depare el mañana.

44

Rhi

Me quedo dormida acurrucada en medio de cinco hombres —mis cinco hombres— más feliz que nunca… Bueno, vale, seca y cansada también. Pero teniendo en cuenta que mañana podría enfrentarme a la muerte, me duermo en cuestión de minutos.

Sueño.

Sueño con la batalla. Sueño con el gran esfuerzo que va a requerir vencer a Christopher Kennedy. Todo transcurre ante mis ojos con tal detalle que no hay lugar a dudas.

Cuando me despierto, el sueño no se desvanece como de costumbre. Sigue vívido y claro en mi mente.

He visto el futuro. He visto qué se necesita. Ahora solo me queda hacerlo realidad.

Sé lo que tengo que hacer.

Con cuidado de no despertar a los cinco hombres que tengo dormidos como un tronco a mi alrededor, me bajo de la cama, me pongo la ropa interior y me visto. Pip ya me está esperando tranquilamente en la puerta, ha debido de pisparse de todo. Aunque me cuesta mirarlo a los ojos, lo cojo en brazos y lo achucho. No se retuerce ni protesta. Se queda quieto y deja que lo lleve conmigo por el pasillo y las escaleras.

Es temprano, está amaneciendo, pero ya hay gente de acá para allá, probando su magia, y hace eco por los senderos. Me miran fascinados cuando paso por su lado, pero nadie me dirige la palabra, no hasta que paso por la puerta de mi antiguo bloque. Entonces oigo que me llama Winnie.

—¡Rhi, Rhi, espera!

Me detengo, esperando a que me alcance, y afloja el paso cuando ve que llevo a Pip en brazos y que estoy llorando.

—¿Rhi? —pregunta preocupada—. Rhi, ¿qué está pasando? ¿Adónde vas?

—Hay algo que tengo que hacer… en el bosque.

—¿Pip?

Asiento y me seco las lágrimas.

—Rhi, ¿no irás a…? —Da un paso firme hacia mí como si fuera a intervenir.

—¡Winnie! ¡No, Dios, no! —Sorbo por la nariz—. Es solo… que tengo que… Es hora de despedirse.

—Despedirse… —dice, y mira a Pip con ojos tristes—. ¿Es…?

—Winnie, por favor, no me hagas preguntas. No…

—Rhi. —Me agarra de los brazos—. Yo nunca lo haría. Confío en ti. Te confiaría mi vida.

Esbozo una sonrisa.

—Yo también confío en ti, amiga. Y te quiero. No sé si te lo había dicho antes.

—Lo mismo digo. ¡Te quiero muchíííííísimo! Eres como mi chica idea, mi modelo a seguir y mi mejor amiga, todo en uno. ¿Quieres que te acompañe?

—No, creo que esto es algo que debo hacer sola.

Ella asiente, acaricia a Pip y le da un besazo en la cabeza.

—Sé que al principio tuvimos nuestras diferencias —le dice—, pero te voy a echar de menos. Eres único.

Sollozo y Winnie me abraza y me da un beso igual de empalagoso en la mejilla.

—Estaré aquí esperándote cuando termines, Rhi.

—Gracias —digo, y me alejo en dirección al bosque.

Al pasar por debajo de las primeras ramas desnudas, me sorprende lo tranquilo y silencioso que está todo, como si todos los seres vivos que habitan aquí nos estuvieran observando. Supongo que debería darme mal rollo, Tristan me contó lo que acecha en este bosque, lo mismo que nos acechó en aquellas aguas que rodeaban el convento. Pero no tengo miedo. Pip desprende una sensación de calma que me envuelve en una manta cálida y, pese a que los árboles se ciernen cada vez más sobre nosotros, tanto que pronto cualquier rastro de luz se pierde detrás de nosotros, no me desaliento lo más mínimo.

Sé lo que hay que hacer. Lo he sabido desde el momento en que mi tía me contó la verdad sobre Pi. Ha estado aquí para protegerme —tanto de mí misma como de los demás—, para vigilarme, pero ya ha llegado la hora. Si quiero enfrentarme a mis enemigos, si quiero derrotarlos, tengo que dejarlo ir, igual que mi madre me dejó ir a mí, aunque me rompa el corazón.

La temperatura desciende. La quietud se vuelve asfixiante. Y, entonces, oigo a un extraño, como en el agua. Excepto que esta vez no me está llamando a mí.

Me agacho y dejo a Pip en el suelo frío. Sus ojos negros me evalúan y, por una vez, se queda callado. No intenta volver a mis brazos ni me da golpecitos en las piernas con el hocico. Me agacho un poco más para que nuestras miradas queden a la misma altura.

—Voy a echarte de menos —susurro, aunque en mis oídos suene alto—. Muchísimo.

Me ha acompañado en las buenas y en las malas, durante las noches largas y solitarias; en mis momentos más bajos tras la muerte de mi tía, cuando parecía el fin del mundo. Nunca me ha abandonado, por muy dura que fuera la situación, por mucha hambre qué el tuviera, por muy asustado que estuviera, y pese a todos mis errores, locuras y aventuras.

—Gracias por ser mi amigo.

Lo beso en el hocico y me lame la cara, con una mirada tan triste como la mía. Lo abrazo por última vez, sintiendo los latidos de su corazoncito, inhalando ese olor a cerdo que todos salvo yo parecen repudiar, pero es Pip, es la esencia de Pip.

Al cabo de un rato, se zafa de mis brazos. Ya está. Es hora de que se vaya.

Me lanza una última mirada penetrante, gruñendo, y se aleja trotando entre los árboles sin detenerse, sin mirar atrás. Observo cómo se marcha hasta que su figura se evapora y, en lugar de mi cerdo, veo a mi tía. No tan firme como lo era en vida, sino ondulante como la superficie de un lago. Y, tras ella, mi madre, tan guapa y espléndida como en la foto. Y, después, mi abuela, otra mujer que solo he conocido en fotos, de pie entre sus dos hermanas. Entre las sombras de los árboles aparecen más mujeres, más parientes, todas ellas observándome como han estado haciendo todo este tiempo.

Siempre han estado a mi lado. Como Pip.

Me caen varios lagrimones por la mejilla.

Eran ellas. Mi tía, mi madre. Me han acompañado todo este tiempo. Han estado protegiéndome, ayudándome, queriéndome.

—¡No os vayáis! —grito.

Pero no me responden. Esos espíritus, esos ecos que una vez fueron de carne y hueso, se disipan entre los árboles hasta desaparecer por completo, y me quedo yo sola.

Sola, pero más fuerte.

El control sobre mi magia —la jaula que la contenía— también ha desparecido.

45

Mabel

Observo cómo se marcha mi hija, la hija de Bronwyn, nuestra niña. Ya no nos necesita. Ha crecido. Ya es una mujer. Ya no es aquella niña. Es una mujer fuerte, llena de determinación, valentía y amor. Como su madre, como su abuela, como yo, como todas nosotras. Esa entereza la llevamos en las venas.

Ha llegado el momento de que ella ponga fin a la historia. De que cierre lo que comenzó hace mucho tiempo.

No se aprovecharán de sus poderes. No la capturarán. No abusarán de ella. Tal vez no vuelvan a usar a una mujer nunca más. Ese será el legado que ella deje. Su regalo para el mundo. Nuestro regalo.

Y mientras esta chica que siempre ha albergado luz y oscuridad continúa su aventura en este mundo, nosotras, tal y como hacen todos los espíritus, permaneceremos aquí a la espera de reencontrarnos algún día.

Mientras tanto, no la abandonaremos. Ella llevará nuestro amor en su corazón, lo sentirá ahí, aunque no nos tenga a su lado para guiarla.

Nuestra niña, nuestra dulce y preciosa niña.

Nuestra Rhianna.

46

Rhi

Me encuentro a Winnie donde la he dejado, esperándome en la entrada del bosque, con una angustia en el rostro que se disipa en cuanto me ve. Corre hacia mí y me envuelve en un abrazo.

—Oh, Rhi. Lo siento.

—No pasa nada, Winnie. Estoy bien. Te lo juro, estoy bien. Ahora lo entiendo todo.

—Pero ¿por qué…?

—Pip era un espíritu familiar, justo como dijiste. No era un cerdo cualquiera.

—No me digas… —Esboza media sonrisa y sorbe por la nariz—. Entonces, ¿por qué dejarlo marchar? ¿Por qué dejar ir a esos espíritus si estaban aquí para ayudar?

—Para dar rienda suelta a mi potencial, a mis poderes. Creo que los necesitaré al máximo para lo que se avecina.

—Aun así, es duro dejar ir a la gente —dice, y la tristeza inunda de nuevo de su mirada.

—¿Te refieres a Rosa? —pregunto, aunque no muy segura de si quiero saberlo.

Winnie niega con la cabeza.

—¿Qué ha sucedido?

—La detuvieron… O al menos eso nos contó uno de sus vecinos. No hemos sabido nada desde entonces.

—Lo siento mucho, Winnie. —La estrecho en mis brazos—. Es una mujer excepcional y maravillosa.

—Sí.

Nos quedamos así, abrazadas, consumidas por el dolor, pero agradecidas por tenernos la una a la otra.

Winnie es la primera en separarse y recomponerse.

—Están sirviendo el desayuno en el gran comedor. ¿Te apetece ir a tomar algo juntas, como en los viejos tiempos?

Se engancha a mi brazo.

A través del vínculo, siento a mis compañeros alterados. Se preguntarán dónde me he metido, pero al mismo deben de sentir que estoy cerca, que estoy bien. No creo que haya necesidad de volver corriendo con ellos. Al menos no todavía.

—Pues claro —le digo a Winnie—. ¿Por qué no? Nada como empezar el día con *bagels* rancios y gachas encharcadas.

Me pellizca el brazo.

—No creerás en serio que te van a dar eso para desayunar siendo la «elegida».

—¿La elegida?

—Así es como te llama ahora todo el mundo. Tienes que admitir que es mejor que «Cerdita».

—La verdad es que «Cerdita» empezaba a gustarme.

—Vale, pues seguiré usándolo. Sospecho que alguien tendrá que asegurarse de que mantengas los pies en la tierra. Ah, a todo esto… la gente se olerá que pasa algo en cuanto se den cuenta de que tu cerdo ha desaparecido.

—Creo que tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos —digo, y alzo la vista hacia el sol, justo en el horizonte, y los dragones volando en círculo por el cielo.

—A estas alturas deberías saber que los estudiantes de esta escuela no permitirán que algo tan insignificante como una batalla apocalíptica y su inminente fatalidad se interpongan en el camino de un buen chisme.

Me desternillo y dejo que Winnie me lleve a desayunar.

Sin embargo, a medio camino, empieza a sonar una alarma ensordecedora que hace retumbar el suelo bajo nuestros pies. Miro boquiabierta a Winnie, a punto de preguntarle qué será, pero mi pregunta se responde por sí sola: se desata el caos y la gente echa a correr por todas partes.

—¡Winnie!

—Sí, lo sé, Rhi. Tienes que reunirte con tus cinco hombres. ¡Ve! ¡Rápido!

Empiezo a correr, pero me detengo y regreso a darle otro abrazo a mi amiga.

—Cuídate, ¿vale? No hagas ninguna tontería.

—¿Yo? ¿Cuándo he hecho yo alguna tontería? Tiene guasa que seas tú la que me sermonees a mí, Rhianna Blackwaters, «la Elegida».

—Prométemelo, Winnie. Ya he perdido a un amigo hoy.

—Tendré cuidado siempre y cuando tú también me prometas que lo tendrás.

Esa es una promesa muy difícil de hacer, pero cruzo los dedos por detrás y se lo prometo igualmente antes de volver a salir pitando.

Me encuentro en el camino con tres de mis compañeros, que vienen corriendo hacia mí.

—¡Rhi! ¡Gracias a Dios! —dice Spencer, que es el primero en llegar, y me da un abrazo mientras lo alcanzan Renzo y Tristan.

—¿Dónde están Stone y Azlan? —pregunto con la voz amortiguada por los pectorales de Spencer.

—Han ido a averiguar quién ha dado la alarma y de dónde viene el ataque. Hemos quedado en reunirnos en el prado, donde espero que sigan los dragones. —Levanta la vista hacia el cielo.

—Pues claro que seguirán allí —le tranquilizo.

—¿Dónde está mi colega? —pregunta Renzo cuando me separo de Spencer—. Creía que estaba contigo.

—He… he dejado que se marche.

—¿Cómo que has dejado que se marche? —Spencer me mira con incredulidad—. ¡Pero si ese cerdo era lo que más querías! ¡Era mutuo!

—Lo sé, pero tenía que hacerlo.

Spencer y Tristan me escudriñan con curiosidad, mientras que Renzo asiente comprensivo.

—Tarde o temprano tenías que dejarlo ir, ratoncito. Has hecho lo correcto. —Se rasca la herida del cuello—. Aunque me habría gustado poder despedirme de él.

—Sabe que le tenías mucho aprecio —digo.

Renzo abre los ojos como platos.

—¿En serio? ¿Le tenía aprecio? ¿Yo?

Lo cojo del brazo.

—Sí, tú.

Nos apresuramos rumbo al prado y respiro aliviada al ver que los dragones siguen tendidos entre la hierba alta, como si estuvieran esperándonos.

Al oír que Gwenhwyfar emite un rugido, camino hacia ella y apoyo la mano en el hocico. Los hombretones que me acompañan se ponen nerviosos, yo creo que ni siquiera Renzo se fía del todo de estos dragones. Es cierto que mi mano se ve diminuta comparada con su enorme tamaño, como si fuera un simple grano. Si quisiera comerme de un bocado, podría hacerlo ahora mismo con un solo movimiento de sus mandíbulas.

Me recorre entera con la mirada y busca a Pip.

—Se ha ido —le informo a ella también. ¿Sabía quién era? ¿Qué era? Parecía reconocerlo cuando nos la encontramos en las montañas. ¿Y si conocía a mi madre? ¿Lo sabía todo?

Ruge como apenada.

Le acaricio el hocico.

—No hay tiempo para estar triste —digo, sin saber de dónde he sacado esa fuerza, Oigo que la hierba cruje detrás de mí, y resulta tratarse de Azlan y Stone, que también están ya aquí.

—¿Qué habéis averiguado? —les pregunta Tristan.

—Es tu padre —responde su primo—. Y, tal y como sospechábamos, ha traído un ejército entero.

—Y todo solo por mí —sonrío.

—Supongo que el *lord* Protector cree en la Cuarta Profecía más de lo que deja entrever.

—¿De verdad vamos a dejar que vengan hasta aquí? —digo, mirando colina abajo. Se nota movimiento a lo lejos. Mucho movimiento—. ¿No vamos a ir a luchar contra ellos?

—Eso es lo que esperan que hagamos —dice Tristan—. Siempre me ha tachado de impulsivo y temerario. Si bajamos a enfrentarnos a ellos, perdemos toda nuestra ventaja.

—Nos quedamos aquí y esperamos —añade Spencer.

—¡Pero tenemos los dragones!

—Y él estará al tanto de ello y se habrá preparado.

Me vuelvo hacia Gwenhwyfar.

—Tenemos una misión. Vienen de camino. —Me mira fijamente y sé que lo comprende—. Vais a tener que quedaros aquí, vendremos a por vosotros cuando os necesitemos.

Regreso con el resto a las instalaciones de la escuela. Tanto los estudiantes como los profesores se han desplegado en posiciones estratégicas. Tristan y Spencer les dedican guiños de ánimo y algunos consejos al pasar, y luego bordeamos la mansión para esperar en la parte delantera. Recibirlos en la escuela podría ser nuestra mayor vulnerabilidad, pero contamos con nuestros mejores combatientes: la directora York, el entrenador Hank y varios de los magos que han formado la resistencia, incluidos Winnie y Trent.

Con mis cinco hombres a mi lado, me acerco a la multitud y miro colina abajo. El movimiento lejano de antes se ha transformado en una nube plomiza que avanza por el campo pudriendo todo a su paso. Se mueve a gran velocidad, y a medida que se acerca, se empiezan a distinguir los tanques y los camiones y el aura de magia que desprenden.

Vuelvo a mirar hacia el prado, donde nos esperan los dragones. Podría montarme ahora mismo en Gwenhwyfar e ir a reducir a cenizas esas tropas y su maquinaria. Pero Tristan insiste en que eso es precisamente lo que su padre quiere que hagamos: atacar con una precipitación que nos llevará a la derrota.

Me muerdo el pulgar. Winnie siempre se burla mi impaciencia. Desde luego que no es una mis virtudes. Pero el destino me ha dado a estos hombres por una razón. Tengo que confiar en ellos y en su plan.

Azlan me quita el dedo de la boca y me sujeta fuerte la mano.

—¿Estás nerviosa? —pregunta.

—Un poco —confieso.

—No deberías estarlo —dice con esa seguridad en sí mismo que tanto me gusta de él—. Nos tienes a nosotros. Nos tenemos los unos a los otros. Anoche sentí lo fuerte que es nuestro vínculo. Ni siquiera un dragón como Gwenhwyfar o un mago oscuro con un ejército podrían romperlo. Es más que simple magia —añade en un susurro que me atraviesa como una descarga de electricidad por todo el cuerpo. Entiendo a lo que se refiere.

Aun así, se hace duro quedarse de brazos cruzados viendo cómo se aproximan, sabiendo el peligro que supone para toda la gente que más que quiero. Sobre todo cuando una nube, ahora literal, parece expandirse por delante del ejército y avanzar rápido hacia nosotros.

—¿Qué diablos es eso? —pregunta Spencer.

—Miasma de araña —responde Tristan—. Una de sus tácticas favoritas. ¡Preparaos! ¡Puede atravesar los escudos! —advierte antes de que nos alcance un minuto más tarde.

Es como un huracán. El cielo se oscurece, azota un viento fuerte que intenta derribarnos y el polvo se nos mete en los ojos. Formamos un círculo para bloquear el viento y mandarlo hacia arriba, pero esa oscuridad permanece y se cierne sobre nuestras cabezas.

Cuando volvemos a mirar el paisaje, nos encontramos con que las tropas de Christopher Kennedy ya están abajo rodeando el montículo de la escuela, con cientos y cientos de magos: algunos son soldados y guardias, al estilo de los que he visto hasta ahora; otros llevan esas túnicas con la insignia, más cualificados e importantes, y como aquellos con los que nos topamos en la playa. Van equipados con armas y maquinaria, y por mucho que busque, no veo al *lord* Protector por ningún lado. Aunque al momento siguiente oigo su voz resonando por toda la escuela.

—Estudiantes y profesores de Arrow Hart —anuncia con una voz amplificada e intimidante—, entre ustedes se hallan ciertos traidores de nuestra gran república, unos fugitivos peligrosos que suponen

una amenaza fatal para su seguridad, para la seguridad de esta nación, para la seguridad de todos. Entréguenlos de inmediato y yo mismo me ocuparé de ellos. No hay por qué tener miedo. Le estarán haciendo un gran favor a su país: unos cuantos degenerados más eliminados gracias a su ayuda. —Hace una pausa—. A menos que los fugitivos en cuestión tengan la cortesía de entregarse ellos mismos.

Echo una ojeada a los demás. Azlan niega con la cabeza firmemente, y Renzo se ríe por lo bajo.

—Sí, claro…

Me giro a mirar a los otros, a todos esos estudiantes esperando listos para luchar. ¿Siguen seguros de querer hacerlo? ¿Ahora es el momento en que cambian de opinión y nos dejan en la estacada?

Estoy con el corazón en un puño.

Nadie se mueve ni se inmuta.

Entonces, la voz de York rompe el silencio. Igual de fuerte, igual de decidida.

—No. No seremos cómplices de tu reinado de terror.

—¿Reinado de terror? —se mofa Kennedy—. El único terror que deberías temer es el caos que causará esa chica. Creéis que es la luz, una especie de salvadora, pero no tenéis ni idea de quién se trata en realidad.

Ya está, va a decírselo, va a revelar quién es mi padre, quién soy yo, la magia oscura que llevo en mis venas. Pero no lo hace. Supongo que está deseando que esto acabe tanto como yo, porque acto seguido cientos de flechas mágicas vuelan hacia nosotros, brillando por el cielo como fuegos artificiales.

Spencer tiene razón. La escuela está protegida con magia antigua y las flechas caen al chocar con los escudos que hay conjurados. Aunque eso no disuade a Christopher Kennedy de seguir disparando más magia.

—¿Cuánto podrán resistir?

—Lo suficiente —dice Tristan entre dientes—. Dejémoslos que sigan agotando así su magia.

Asiento y alzo la vista hacia el cielo, donde parece tener lugar un verdadero espectáculo de fuegos artificiales.

Su magia se vuelve más pesada, densa y poderosa, y consigue hacer una grieta en los escudos protectores a través de la cual se cuela un rayo que impacta contra el suelo por detrás de nosotros. El suelo tiembla y la hierba se chamusca.

—¡Han atravesado el escudo! —grita Azlan—. ¡Todo el mundo alerta!

Levanto las manos. El escudo continúa agrietándose y se derrumba en forma de grandes escombros dorados, lo que nos obliga a cubrirnos las cabezas. Desde abajo se oye a las tropas cantar victoria y la magia se precipita ahora directamente contra nosotros. Entre todos, las esquivamos y las desviamos enviándolas de vuelta colina abajo, lo que rompe sus filas y provoca que sus soldados se dispersen. Pero, aun con esas, nos siguen superando en número. Kennedy sabía cuántas personas teníamos aquí en la escuela y se ha traído al menos al doble.

—¡No está funcionando! —grito a los demás.

—¡Está saliendo justo como habíamos planeado! —responde Tristan—. Esto es lo que queríamos, Rhi. Debilitarlos.

Viendo cómo al instante le alcanza un rayo a una mujer y la tira al suelo, no estoy yo muy segura.

La magia se estrella contra la mansión y deja unos agujeros enormes en el tejado recién reparado, revienta las ventanas y tira parte de la fachada. A mis espaldas oigo a una mujer gritar y cómo hieren a otro hombre.

Esto está yendo demasiado lejos. No merece la pena. ¿Por qué estamos luchando así cuando tenemos dragones? Podría salir corriendo y estar montada en el lomo de Gwenhwyfar en cuestión de segundos.

—Ya vienen —avisa Azlan—. ¡Retirada! ¡Retroceded!

Cierto, ya están subiendo la colina en dirección a la mansión.

¿Sigue en pie el plan? ¿Está funcionando?

Stone me empuja por el hombro para ir corriendo al corazón de la escuela y reunirnos allí con los estudiantes.

—Una vez que lleguen a la mansión —anuncia Spencer a los estudiantes, profesores y miembros de la resistencia—, los

encerramos y atacamos. —La gente alza los puños, de acuerdo—. ¿Rhi? —me dice Spencer.

Ahora es el turno de los dragones. Me marcho por los viejos y familiares senderos y, al dar la vuelta al edificio del gimnasio, ¿con quién me cruzo de frente? Con la maldita Summer Clutton-Brock.

47

Rhi

—Sabía que una miedica como tú saldría por patas en cuanto la pelea se pusiera seria —dice Summer bloqueándome el camino, con los ojos llenos de ira—. Siempre has sido tan patética y…

—Summer, en serio, no tengo tiempo para esto. ¿Por qué no te vas a molestar a otro?

—¡De aquí no te vas! —Da un paso más. No va tan arreglada como de costumbre, aunque supongo que es normal, ninguno estamos para pensar en eso ahora. Pero esta chica podría estar adentrándose en el mismo infierno y aun así se aseguraría de llevar el maquillaje intacto y una manicura impecable. Hoy, en cambio, lleva la raya de ojos y el rímel corridos, y me he fijado en que tiene moratones en las muñecas y la clavícula—. ¡No pienso dejarte ir! ¡Seré yo quien te entregue! ¡Seré yo quien se gane sus elogios!

—¿Por qué? —no puedo evitar preguntar—. ¿No los tienes ya?

—¡Me lo has robado todo, Cerdita! —chilla—. ¡No permitiré que me robes esto también!

—¡Venga ya! ¿Qué te he robado? Eres guapa, tienes talento, y supongo que eres una buena amiga cuando quieres. Todo el mundo te adora, Summer.

—¡Ya no! —berrea. No me sorprende particularmente oír eso. Si ha estado actuando como la espía del *lord* Protector, va a ser en parte responsable del daño causado, y muchos la van a odiar por ello—. Ahora todos te adoran a ti. Me los has robado. ¡Tú, una cerda apestosa, sin culo, con los dientes torcidos y una seria falta de modales!

Esos insultos me habrían dolido hace unos pocos meses, pese a mi coraza, pero ahora me resbalan.

—Summer —digo con un suspiro—. Aún hay tiempo. Ve a luchar junto con tus amigos. Demuéstrales que te has equivocado, que lo sientes. Eres guapa y lista, te perdonarán.

—No, no. A mí no me engañas con tu lógica retorcida. Sé lo que eres. —Entorna los ojos—. Y cuando te entregue, él te exhibirá y lo confirmará delante de todos.

—¿Y cómo piensas proceder? —digo con las manos en las caderas—. Sabes de lo que soy capaz de hacer. ¿Quieres que te envíe al olvido con solo un pequeño chispazo?

—Me ha estado enseñando magia —replica con la voz ligeramente temblorosa—, magia oscura. No te tengo miedo. —Levanta las manos y adopta una pose de ataque.

Mi magia oscura silba ante su desafío. Detesta a esta chica incluso más que yo, y en mi mente puedo ver qué le gustaría hacerle: envolverla y destruirla en mil pedazos.

La idea me entusiasma y la magia escarlata empieza a rugir por mis venas, apoderándose de mí.

Se cree que puede igualarme. ¡Lo lleva claro! Quiero hacerle pagar su insolencia y todo el daño que me ha hecho.

La magia escarlata arde violenta, se ha fortalecido.

Levanto los brazos. Voy a acabar con ella.

Por detrás oigo las primeras explosiones de la batalla. Y justo en ese instante recuerdo por qué estamos luchando.

Me miro las manos y luego a Summer. Esto es lo que ella quiere, una pelea final entre nosotras dos, para entregarme al *lord* Protector y llevarse su momento de gloria.

Pues va a ser que no.

Reprimo la magia escarlata con todas mis fueras.

Después sigo el ejemplo de Renzo: chasqueo los dedos y empieza a tambalearse. La animadora cae al suelo inconsciente. Se cierra el telón. Considero dejarla ahí mismo —me gusta cómo le cuelga la lengua de esa manera tan indecorosa—, pero cabe la posibilidad de que recupere el conocimiento y cause más problemas.

La arrastro a un lado del sendero, la apoyo sentada contra el tronco de un árbol y le ato los tobillos y luego las muñecas a la espalda.

—Ha sido un placer charlar contigo —le digo—. Luego seguimos la conversación. ¡Chao!

Corro hacia el prado lo más rápido posible. Ya he perdido mucho tiempo.

Me encuentro a los dragones deambulando de acá para allá, resoplando y levantando la cabeza hacia el cielo, cansados de esperar.

Hago una seña a Gwenhwyfar para que se acerque y me subo a ella. Si todo sale según lo previsto, la batalla podría terminar en un par de minutos. Los hombres de Kennedy caerán como moscas, quedarán atrapados, atascados en el cuello de una botella sin poder salir, vulnerables a nuestro contraataque, vulnerables ante mi artillería.

Mi vientre burbujea de emoción y la magia oscura vuelve a vigorizarse. Esta vez me dejo llevar. No me apetece quemar vivos a esos hombres, pero es un por bien mayor. Lo hacemos para evitar más derramamiento de sangre y dolor.

Doy un toquecito a Gwenhwyfar con el talón y echa a correr desplegando sus alas, seguida de su horda de dragones. Me eleva hacia el cielo y sobrevolamos la escuela directas a la entrada de la mansión, donde debe de estar el ejército de Christopher Kennedy.

Gwenhwyfar ruge y noto cómo se le calientan las escamas. Está lista para arrasarlo todo con su fuego.

Pero me doy cuenta de que no es tan sencillo.

48

Spencer

A MEDIDA que los conjuros protectores de la escuela de desquebrajan y caen, las tropas de Kennedy avanzan colina arriba en dirección a la mansión, tal y como habíamos planeado.

Mantengo los brazos extendidos e indico a los demás que esperen, que se contengan, que sean pacientes. Cuesta, sobre todo con tanto estruendo y magia cayendo alrededor, además de las ansias de entrar en acción. Siento presión en la espalda y los hombros, y me cuesta contenerme.

No podemos atacar, todavía no. Hay que esperar. Hay que esperar a que estén justo donde queremos que estén.

—Ellie —digo.

La hermana de Azlan da un paso adelante y coloca una botella en el suelo. Contiene una neblina verde que se arremolina como nubes de tormenta enfurecidas. Abre el tapón y, con la ayuda de otros combatientes, la arroja en una ráfaga de viento hacia las tropas que suben por la colina.

Los atrapa y los deja titubeando, tosiendo y agitando las manos.

Sonrío para mis adentros. Ha funcionado. Es nuestro momento. Pero justo cuando voy a dar la orden de atacar, otra magia disipa la neblina y los soldados vuelven a formar filas.

Siguen avanzando, y los primeros llegan a la cima y corren a toda velocidad con un clamor feroz.

Observo sus rostros enfadados y sus armaduras, preguntándome por qué diablos estarán luchando por un loco como Kennedy, preguntándome cómo han caído en sus mentiras, preguntándome si han tenido elección o no.

Entonces mis ojos se detienen en un rostro en concreto que me resulta familiar: aquella mujer del campamento militar, la que me enseñó el lugar el primer día. Su mirada delata el terror que siente.

Joder, ya no estoy tan seguro de poder hacer esto.

Luchar es lo único que se me ha dado bien, lo único por lo que la gente me ha admirado. Y qué narices, también despertaba algo en mi interior, me hacía sentir vivo, imparable, como un héroe.

¿Qué siento ahora? Nada, absolutamente nada. Pienso en todas las palizas que me dieron en aquella celda, los puñetazos, las patadas, los pisotones y las bofetadas.

Me acuerdo de cómo golpeaban a Jacob hasta dejarlo inmóvil. Me acuerdo de cómo lo mataron ya fuera de la prisión.

Me acuerdo de mi hermano, del olor de su sangre aún vivido en tierra de nadie.

Dejo caer los brazos. Me flojean las piernas.

Todos los que se encuentran detrás de mí se abalanzan hacia delante.

Por un instante, nada cambia. Ambos bandos se abalanzan el uno sobre el otro, pero se mantiene la distancia entre ellos.

Paz. Silencio.

Cierro los ojos.

Los dos bandos chocan. Oigo el silbido, el rugido, la explosión y el estruendo de la magia.

—¡Spencer! ¡Spencer! ¿Qué demonios estás haciendo? —Alguien me zarandea el hombro, pero permanezco inmóvil de rodillas.

Abro los ojos.

Azlan.

—No puedo —murmuro.

Me escudriña la cara y parece entenderlo. Me pregunto si él alguna vez se ha sentido así. Si matar y mutilar también le ha

superado en algún momento. O si es lo que le motiva, como a Barone. O si simplemente ya no siente ni padece.

—Da igual —dice zarandeándome más fuerte—. Tienes que hacerlo. Tienes que hacerlo por Rhianna.

«¡Sí, hazlo por ella!»

La bestia ruge en mi interior, toma la decisión por mí y mi cuerpo se transforma.

49

La bestia

TODAVÍA EN PLENA TRANSFORMACIÓN, me lanzo sobre la multitud de magos.

El plan del chico se está yendo al traste. Los estudiantes no han logrado mantener su posición. En lugar de contener al enemigo, se han puesto a luchar cuerpo a cuerpo, con rayos mágicos volando por los aires, estallando en el suelo o contra cuerpos y caras.

Ignoro toda la magia, ignoro cómo me chamusca el pelaje y la piel. Lo ignoro todo y hundo mis fauces en el cuello de un enemigo, desgarro el cuerpo de otro, y a otro lo derribo al suelo y le parto el cráneo.

En lugar de estar aquí con nosotros, la chica está sobrevolándonos en uno de esos reptiles gigantes, con sus alas extendidas y sumergiéndonos en una penumbra todavía más oscura.

Sus otros compañeros sí que están aquí.

El ejecutor lucha con destreza y una eficiencia despiadada, determinado, con la mandíbula apretada y el ceño fruncido.

Por el contrario, el lunático lucha con una amplia y salvaje sonrisa, acuchillando a cualquiera que se le ponga delante, lanzando su caótica magia en el aire, desapareciendo y reapareciendo.

El hombre culto no lucha solo. Está posicionado en medio de los más jóvenes, dirigiéndolos y animándolos, y les recuerda los hechizos mientras él mismo lanza el suyo y lucha por mantener al enemigo bajo control.

Y luego está el amigo del chico. El chico siempre lo ha admirado por su fortaleza y su talento, y ahora veo por qué. Su magia es espléndida, elegante y hermosa. Atraviesa a los enemigos y los dispersa, y nada ni nadie se le acerca.

Sin embargo, todo es en vano.

Lógico. Son demasiados. Y por muchos que derribemos, suben más a sustituirlos. A mi alrededor siguen cayendo magos.

Primero uno, luego otro, y otro.

Los que quedan en pie se debilitan y se cansan.

Alguien llama a su madre. Otro suplica piedad. Otro llora mientras la sangre le brota por el cuello.

La mujer que es más mayor —la que conoce nuestro secreto— hace señas a sus estudiantes para que se acerquen. Les pide que sigan luchando. Se encuentra entre ellos, y esgrime su magia en forma de rayos, con la melena al viento y un destello plateado en los ojos.

Es formidable.

Aunque pronto a ella también la alcanza un rayo que ha salido de la nada. La impacta de lleno en el pecho. Su magia le parpadea en la punta de los dedos. Baja la mirada hacia el agujero que tiene en el pecho. Abre la boca para gritar, pero ya está muerta.

Vuelvo a mirar al cielo, al dragón y a la chica.

«¿Qué tienes en mente ahora, compañerita?»

50

Rhi

HEMOS FALLADO en acorralar a los combatientes de Kennedy, y los estudiantes y los profesores están luchando uno contra uno con ellos, con la magia explotando por encima de sus cabezas.

El fuego de Gwenhwyfar no hace distinciones. Si la dejo lanzarlo ahora mismo, se llevará por delante tanto a los enemigos como a los nuestros. No puedo correr ese riesgo.

—¡Maldita sea! —despotrico, y le doy un toque con el talón animándola a volver a volar alto.

Nos quedamos entre las nubes grises de Christopher Kennedy, dando vueltas, esperando el momento oportuno para atacar, y sopeso abandonar este plan conjunto para volar colina abajo y abrasar al resto de los hombres de Kennedy, cuando oigo un silbido débil.

Miro hacia arriba, pero es demasiado tarde.

Unas armas de grandes dimensiones surcan el cielo en nuestra dirección, tan rápido que a Gwenhwyfar apenas le da tiempo a apartarse y una de las enormes bolas de acero casi le rozan el ala izquierda. Los otros dragones se dispersan para esquivarlas, mientras que yo me inclino sobre el lomo de Gwenhwyfar y le indico que baje al prado.

De nuevo, demasiado tarde. Una de las bolas alcanza a uno de los dragones más pequeños.

Por un momento, es como si se detuviera el tiempo. Chocan y quedan suspendidos en el aire, y la bola se incrusta en el costado del dragón. El dragón ruge dolorido y cae en espiral en la ladera de la colina.

Aplasta a varios hombres de Kennedy y luego cae rodando hasta llegar abajo del todo, donde su enorme cuerpo se detiene con un golpe seco. Yace inmóvil, muerto.

Gwenhwyfar echa la cabeza hacia atrás y suelta un rugido de desconsuelo, que me transmite la crudeza de su dolor. Se precipita sobre el dragón muerto, rozando su cuerpo, y noto que sus escamas se calientan de nuevo mientras arroja una llamarada para incinerar el cadáver. A continuación, vuelve a subir hacia el cielo, con las escamas hirviendo de ira, una ira que reverbera por todo su cuerpo.

Posa sus ojos en los hombres que hay debajo, ignorando las bolas de cañón que silban a su alrededor. Va a quemar la tierra, va a arrasarlo todo y a todos.

Sí, esto es lo que tenemos que hacer. Podemos acabar con las tropas restantes, las que aguardan al pie de la colina, los refuerzos. Gwenhwyfar y yo podemos debilitar al ejército de Kennedy y dar una oportunidad a nuestros combatientes.

La dragona ruge en respuesta a mi planteamiento y sus escalas están tan calientes que me abrasan la piel. Me aferro igualmente a ellas, determinada y con la magia oscura impulsándome hacia delante.

La dragona desciende en picado y sumerge en la sombra a todos los que están debajo.

Vamos a hacerlo. Ella y yo, juntas. Vamos a matarlos.

Esto es lo que vi en el sueño. El mundo en llamas. Y somos nosotras las que vamos a prenderlo.

Mi piel desprende el mismo calor que la de Gwenhwyfar. Mi magia me resuena en los oídos. El enfado y la rabia se liberan por mis dedos.

Se me vienen a la mente aquellos recuerdos oscuros del pasado. Todas las veces que nos vimos obligadas a huir, todas las veces que

pegaron a mi tía, todas las veces que la hirieron. Todas esas veces.

La magia escarlata pasa al primer plano, reacciona a mi miedo y mi furia, y se alimenta de la rabia de la dragona. Ya no está Pip para contenerla, para enjaularla. Es libre.

Es más potente que mi otra magia. Más ambiciosa. Más destructiva.

Sí, quiero quemarlos a todos.

Sí, quiero destruirlo todo.

Sí, voy a hacérselo pagar.

Christopher Kennedy mató a mi madre. Ahora voy a matarlo yo a él.

Gwenhwyfar escupe su fuego, que achicharra a los magos que tenemos justo debajo, y yo libero un torrente de magia oscura y siniestra que estrangula y asfixia a los que escapan de las llamas.

Mi mirada, más aguda y vívida, teñida de sangre, cuenta los cadáveres. Uno, dos, tres… cientos. Cientos de hombres yacen muertos.

Se apodera de mí una energía que quiere más. Más muerte, más destrucción.

Desvío la vista hacia la escuela y me asaltan más recuerdos oscuros. Más recientes, más frescos. Esas personas que están luchando ahí arriba no son mis amigos. Me desprecian. Me trataron como un trapo. Me acosaron y me hicieron daño. Una y otra vez.

Ahora es mi oportunidad. Mi oportunidad de vengarme de ellos.

Gwenhwyfar da un giro en el aire y esquiva hábilmente las armas que vuelan hacia ella. Su pecho retumba con fuego y vuelve a bajar en picado.

Esta vez hacia la escuela.

También voy a quemarla.

Levanto la mano.

«¡Rhi!»

Es una voz muy lejana. Débil. Apagada. Luchando por que se la oiga.

«¡Rhianna!»

No es una única voz. Son cinco.

Mis compañeros. Mis hombres. Los siento a través del vínculo. Algo claro y bueno. Algo que quiero proteger y mantener. No algo que quiera destruir. No algo a lo que quiera hace daño.

Me sobresalto. La ira se desvanece y resurge algo más cálido, algo más luminoso.

Pero la magia escarlata tiene el control absoluto sobre mí y esta vez no será tan fácil someterla.

—¡No! —grito mientras forcejeo y me concentro en oír esas voces y sentir el vínculo—. ¡No! —Intento empujarla hacia abajo, hacia el fondo de mis entrañas. Tiro de las escamas de Gwenhwyfar mientras se dirige a la mansión—. ¡No, Gwenhwyfar, no!

Me ignora. Su propia rabia la impide oír mis súplicas.

Presiono mis manos contra sus escamas e intento hacerla entrar en razón con mi magia, con esa magia clara que se esfuerza en mantener alejada a la magia escarlata. Los recuerdos oscuros se arremolinan en mi mente para arrastrarme al odio y la venganza, pero me focalizo en lo bueno. En mi tía. En Pip. En Azlan y Stone, Tristan y Spencer, Renzo. Me focalizo en ellos y poco a poco la luz domina mi interior y la oscuridad. Lucho contra la fuerza de la dragona y tiro de ella hacia arriba para alejarla de todas esas personas.

—No, Gwenhwyfar —repito, acariciando las escamas abrasadoras de su cuello—. Sé que duele. Sé que es muy doloroso. Pero no te supondrá ningún alivio. No te reconfortará. Créeme, de verdad.

Progresivamente, según le voy susurrando, su rabia se enfría y con ello sus escamas, su pulso se ralentiza y su cuerpo planea por la corriente de aire que atraviesa en este momento el cielo.

Estoy tan centrada en consolarla, en calmar la situación, que no veo venir la bola de cañón.

No la veo hasta que es demasiado tarde. Hasta que la tenemos ya encima. Gwenhwyfar se desvía hacia un lado y la esquiva. El movimiento es tan repentino, tan brusco, que salgo disparada.

Y caigo al vacío.

51

Rhi

Caigo dando vueltas y más vueltas, como antes el dragón, y el suelo se va acercando muy rápido.

Voy a morir. Como el dragón. Si impacto contra el suelo, muero en el acto.

No estoy preparada para morir. No todavía. No así. Si tengo que morir, que sea en los brazos de mis compañeros predestinados, no cayendo así en medio del campo.

Lucho por salvarme con mi magia.

Pero ¿qué puedo hacer? No puedo hacer que me crezcan alas. Estoy demasiado bajo para un paracaídas. Y ningún mago ha sido capaz de volar hasta la fecha. Lo único que puedo hacer es ralentizar la bajada y amortiguar el golpe. Pese a lo mareada que me siento y el torbellino de emociones, encuentro una solución, y concentro toda mi magia y mi atención.

El suelo se sigue aproximando, duro, pero ahora más despacio, un poquito más despacio, y cuando caigo, aunque duele —vaya que si duele—, sigo aquí, de carne y hueso, respirando, con el corazón latiéndome, y el cerebro todavía pensando. No estoy segura de si el resto de mi cuerpo sigue funcionando. Muevo un dedo del pie y uno

de la mano, y me reviso todo, cada extremidad, cada parte de mi tronco, en busca de algún daño.

Un brazo no pinta muy bien. Está dislocado y, cuando lo muevo, el dolor me recorre todo el cuerpo.

Por suerte, es la única lesión y puedo curármela yo sola. Con la mano sana, tomo impulso para incorporarme, y vuelvo a ver las estrellas.

Abro los ojos y me encuentro con la cara Christopher Kennedy justo encima.

Lo veo borroso. Estoy más grogui de lo que pensaba. Por el dolor. Por la caída. Por todo.

Pero ahora soy más fuerte. Más fuerte que él. Con mis compañeros a mi lado, soy más fuerte que nadie. Es mi oportunidad. Mi oportunidad para acabar con él. Pero el dolor y el mareo pueden conmigo. No consigo concentrarme para usar mi magia.

—Ahhh, pensaba que el destino estaba de tu parte, Cerdita. Pero parece que te ha puesto en mis manos. Parece que esa tontería de profecía con la que todo el mundo se ha emocionado era mentira. O quizá es que nunca se ha referido a ti, para empezar. Porque parece que el que está destinado a gobernar soy yo, no tú —dice con una desagradable sonrisa en los labios y sus ojos sombríos brillando divertidos. Percibe que estoy débil. Que estoy débil y lejos de cualquiera que pudiera o quisiera ayudarme. Me mira de arriba abajo —. ¿Te rindes? ¿Ya has tenido suficiente?

«¿Suficiente?»

Esa última palabra me enciende la bombilla. Sobre una noche hace mucho tiempo. Una noche estrellada en el páramo, en casa. Una noche estrellada en la que había magia zumbando en el aire como luciérnagas, y en la que el hombre de negro, con sus ojos oscuros llenos de asombro y su capa levantada por la brisa, también se me había echado encima. La noche en que comenzó esta historia, mi historia.

Entonces no me rendí. A pesar de que estaba sin aliento y hambrienta y con mi magia mucho más debilitada que la suya. A pesar de que era una chica sin registrar y sin formación oficial, sin un entendimiento del mundo real del que me estaba escondiendo.

No me rendí.

No he llegado hasta tan lejos ni he soportado tanto para rendirme ahora.

Ni de coña.

—¿Que si he tenido suficiente? No te lo crees ni tú. Esto no ha hecho más que empezar —espeto, y tal y como hice hace tantos meses en aquel páramo, como hice con el hombre de negro, le meto una patada en las piernas y veo cómo se tambalea y se cae. Me pongo en pie pese al dolor del brazo y me abalanzo sobre él con el brazo sano extendido.

La magia me chisporrotea en la punta de los dedos, tanto la clara como la oscura. Juntas.

—Mataste a mi madre —digo calmada.

—He matado a mucha gente, Cerdita —responde tranquilo, como si no creyera que voy a hacerle daño de verdad—. ¿Me refrescas la memoria?

—Bronwyn.

—Ahhh, la vidente. Sí, por supuesto. El don de la adivinación puede ser tanto una ventaja como un fastidio. Resultó beneficioso mientras nos permitía ver cómo irían las cosas con el oeste, y un fastidio cuando vio mi subida a lo más alto. No podía dejarla vivir. No podía dejar que fuese difundiendo mis planes, mis tratos, la corrupción y todas las desagradables medidas que habría que tomar para ganarme mi lugar al frente de este país.

—El canciller dijo que la mató un mago oscuro.

—Eso fue lo que le dije —sonríe—. Era una mentira a medias, en realidad. Al igual que tú, Cerdita, poseo magia oscura y clara. Seguro que te habrás dado cuenta —dice mirando al nubarrón que se cierne sobre nuestras cabezas—. Aunque a mí se me ha dado mejor que a ti disimularlo. Ahora ya no tengo necesidad de seguir escondiéndolo.

Me río.

—Tú y yo no somos iguales. No sabes nada de mí.

—Oh, sé más de lo que te piensas. Todas esas pequeñas revelaciones que me hizo mi hijo cuando estaba atiborrado de drogas… Fue de lo más esclarecedor.

—Lo torturaste —digo acercándome a él—. He sentido sus heridas internas.

—Solo pretendía enseñarle, hacer de él un hombre de provecho.

—¡Me aseguraré de que no vuelves hacerle daño a nadie nunca más! —exclamo con la magia rugiendo por todo mi cuerpo. Ya está. Es mi momento.

—¿Qué vas a hacer? ¿Matarme? —se burla, y me dispara su magia. Tal y como había previsto. Sabía que lo haría. Y estoy preparada.

Mi magia emerge más fuerte y poderosa que nunca. La oscura y la clara se alían. Golpea la de Christopher Kennedy y luego, aunque me hiele hasta los huesos, aunque me revuelva el estómago, la atraigo toda hacia mí, tanto la que me lanza como la que retiene.

Absorbo su magia. Extraigo la magia de todo su cuerpo y la absorbo en el mío.

Inmediatamente, la penumbra se disipa y la luz del sol irrumpe entre los nubarrones y nos ilumina a ambos.

Caigo de rodillas. Su magia actúa en mi cuerpo como un veneno, tengo arcadas y escupo en la hierba.

—¿Qué has hecho? —le oigo chillar—. ¿Qué has hecho, estúpida mocosa? ¡Mi magia! ¡Mi magia! ¡Ha desaparecido! ¡Ha desparecido!

—La he absorbido —me oigo decir, desplomándome en el suelo, con la hierba suave contra mi mejilla—. Supongo que no lo sabías todo de mí. Mi padre, el príncipe Negro, era un Nosferatu. Oh, y por cierto, no tengo ningún interés en gobernar ningún lugar.

—¡No! —grita, y noto cómo me agarra de la sudadera y me zarandea. Pero ya me estoy alejando, me estoy zambullendo en el abismo.

52

Azlan

—¡Rhianna! —grito cuando veo a mi compañera caer del dragón.

Alzo mi mano y envío mi magia hacia el cielo para sujetarla.

Esta demasiado lejos.

Echo a correr, arrollando a los que me esperan delante, golpeándolos indiscriminadamente, corriendo lo más rápido posible con la esperanza de poder cogerla, con la esperanza de llegar tiempo.

Pero sé que no va a ser posible. Está lejísimos. Y no puedo correr más.

Me resigno a verla caer, sin esperanza alguna y sin poder hacer nada.

Veo cómo cae al vacío la mujer que amo, la persona que más me importa en este mundo, lo más preciado en mi vida, y no hay nada que pueda hacer para salvarla, para ayudarla.

Corro hacia ella y, aunque no vea dónde impacta contra el suelo, lo siento. Siento el impacto de su cuerpo menudo y me derrumbo.

—¡Rhianna!

Por favor, no, no te la lleves. Haré lo que sea. ¡Lo que sea! ¡Llévame a mí!

Me quedo con la cabeza agachada mirando la hierba. Todo me da vueltas. Me zumban los oídos. El oxígeno me arde en la garganta.

Y, entonces, la siento; la siento a través del vínculo.

No está muerta.

Vive.

Me obligo a levantarme y sigo corriendo.

Está herida, lo siento. Herida y con mucho dolor. Tengo que llegar hasta ella.

No sé dónde ha ido a parar exactamente, pero sigo el tirón del vínculo, tan familiar y reconfortante que me cuesta recordar la época en que lo envidiaba. Sí, lo envidiaba.

Es lo mejor que me ha pasado en la vida —Rhianna, obvio, más allá del vínculo—, y no pienso perderla ahora.

Corro colina abajo, resbalando y tropezando, disparando a diestro y siniestro, desesperado por llegar a ella, cuando las nubes —la magia oscura— que mi tío ha conjurado se disipan y los rayos de luz atraviesan el cielo, reflejándose en las escamas de la dragona en lo alto.

Sé lo que significa. Y no me importa. Lo único que me importa es llegar hasta ella.

El vínculo tira hacia el este, lejos de los terrenos quemados, de los soldados muertos y los que quedan vivos, hacia los campos por donde la llevé en mi moto.

Cruzo los setos y salgo a un campo de hierba, donde los veo.

Rhianna y mi tío.

Ella está de pie, así que respiro por fin aliviado; pero solo por un momento, porque enseguida se vuelve a desplomar y ese cabrón se le echa encima y empieza a zarandear su cuerpo inerte.

Disparo un rayo mágico contra él. Lo pilla por sorpresa, en el costado, y lo lanza hacia atrás. No me devuelve el disparo, no contraataca, y según me acerco, entiendo por qué. No hay nada. Su aura de magia, tan intensa y fuerte, se ha esfumado.

Me agacho junto a Rhianna.

Tiene los ojos cerrados y la piel pálida… muy pálida.

Pero no está muerta. La siento a través del vínculo. Lo sabría si estuviera muerta, ¿no? Lo sentiría.

—¿Rhi? —digo con voz entrecortada—. ¿Rhianna?

No me contesta, de modo que la cojo en brazos y la acuno contra mi pecho. Su cuerpo cuelga laxo, pero está caliente y siento el latido de su corazón.

—¡Joder, Rhi! —Me ahogo.

Noto que alguien se deja caer a mi lado, y luego alguien más.

—¿Azlan? —dice mi primo con voz temblorosa—. Por favor… por favor, dime que no está…

—Está viva —susurro, y le aparto el pelo de la cara para darle un beso en la mejilla. Tiene un corte sangrando en la frente, y un brazo dislocado en una posición monstruosa. Sin embargo, no creo que sea a causa de esto—. Hay algo que no me cuadra. Algo va mal. Necesitamos un médico. ¡Ya! —Echo un vistazo a mi alrededor esperando que se haga un milagro y aparezca un médico. Pero no hay nadie, solo están Tristan y Spencer. Ninguno de los dos parece en buenas condiciones físicas. Spencer, totalmente desnudo, se lleva las manos a las costillas, como si las tuviera rotas; y Tristan tiene la boca y la ropa llenas de sangre.

—Déjame verla, Azlan —dice Tristan. Estrecho a mi compañera aún más fuerte. No voy a separarme de ella. No voy a volver a separarme de ella. Nunca más—. Puedo curarla.

Suelto un resoplido.

—Algo grave le pasa. Tiene que atenderla un profesional.

—Puedo hacerlo, Azlan —dice Tristan con tacto mientras se acerca a ella.

Niego con la cabeza.

—Es un sanador experto. —Spencer da una palmadita en el hombro de su amigo—. Hazme caso, sé de lo que hablo. Ya he perdido la cuenta de las veces que me ha curado. Deja que la vea, Azlan.

Miro a los ojos de Moreau y luego a los de mi primo. Es evidente lo preocupados que están ambos, lo mucho que les importa Rhianna.

Aunque me duela, aunque no quiera separarme de ella, sé que he de hacerlo. La tumbo en el suelo con cuidado y, al instante, mi primo pasa la mano por encima de la herida de la cabeza y por el

brazo dislocado, y cura las dos lesiones antes de inclinarse para examinarla más de cerca.

Aparto la mirada y veo el cuerpo desplomado de mi tío a cinco pasos de nosotros. Me pongo en pie y camino hacia él.

Sigue vivo.

Me agacho y lo agarro por el cuello de la túnica.

—¡¿Qué demonios has hecho?! ¡¿Qué demonios le has hecho!? —le grito. Está semiinconsciente por mi ataque, y tiene la mirada perdida. Le pego un puñetazo en la cara y oigo cómo se le rompe el hueso de la nariz. Lo golpeo de nuevo—. He dicho que qué demonios le has hecho, pedazo de capullo. —Le meto otro puñetazo. Y otro. Lo golpeo una y otra vez, sin parar, sintiendo cómo se le levanta la piel, cómo sangra y cómo se le rompen los dientes. Me da igual. Me la suda todo.

—¡Az! ¡Ya basta! —dice Stone por detrás.

Me quedo paralizado. Mi amigo apoya una mano en mi hombro.

Parpadeo y la cara ensangrentada y desfigurada de mi tío empieza a verse menos borrosa. Lo suelto con un empujón.

—Rhianna —digo volviéndome.

—Estará bien.

Me derrumbo en los brazos de Stone, sollozando de alivio. Él me abraza fuerte.

—Pensaba que la perdíamos —susurro.

—Lo sé —dice agarrándome por la nuca—, lo sé. Pero no la hemos perdido. Venga, vamos a llevarla a la mansión.

Respiro hondo y me tomo un momento para recomponerme; después me aparto de mi viejo amigo y señalo el cuerpo destrozado de mi tío.

—¿Qué hacemos con él?

—¿Sigue vivo?

—Sí… más o menos.

—¡Mierda! —masculla Phoenix—. Debería haber dejado que te enseñaras un par de minutos más.

Me miro los nudillos ensangrentados.

—Ella no lo ha matado.

—No, parece que ha absorbido su magia.

Miro a mi tío y reflexiono sobre la situación.

—Podríamos tirarlo a un estanque. Hay uno cerca —propone Stone.

—No, es mejor mantenerlo con vida. Que se enfrente a la justicia. Que… sufra. Morir sería una vía muy fácil para él.

—¿En serio? —dice Phoenix, no muy convencido.

Cojo a mi tío y me lo cuelgo al hombro.

—Sí —digo.

Retomamos el largo camino de vuelta a la mansión, con Spencer y Tristan por delante llevando a Rhi, y yo me aseguro de que la cabeza de mi tío se vaya chocando con varios árboles durante el trayecto.

—Ahora ya sí que se ha terminado todo —dice Phoenix cuando llegamos a la mansión.

—Sí. —Contemplo la vista.

Por fin la lucha ha terminado.

53

Tristan

—¿Rhianna?

Poso una mano en su mejilla. Su cuerpo vuelve a entrar en calor y su magia está tan fuerte y vibrante como siempre.

Abre los ojos y me mira a la cara. Le lleva un momento ubicarse, y después enarca una ceja.

—¿Está muerto? —me pregunta.

—Muerto no. Solo impotente. —No puedo evitar sonreír. Terminar desprovisto de sus poderes es sin duda un destino peor que la muerte en lo que respecta a mi padre.

—¿Q-qué ha pasado? —pregunta, e intenta apoyarse en un codo. La invito a que vuelva a recostarse y le aparto el pelo de la cara.

—Has absorbido su magia.

—Entonces ¿por qué no está muerto?

Me encojo de hombros.

—Parece ser que tienes la habilidad de absorber la magia de otros magos, absorberla por completo para que no vuelva más, sin matarlos.

—¿En serio? —se sorprende.

—Sí. Ya no puede hacer daño a nadie. Lo han encerrado en el sótano de la mansión. Junto con su… novia. —Pongo cara de asco.

—¿Summer?

—Sip. Alguien la dejó atada en un sendero.

Los labios de Rhi se arquean hacia arriba y mis sospechas se confirman.

—¿Están vigilados? —dice con una repentina alarma que puedo llegar a entender. Mi padre ha perdido su magia, pero no su astucia, aunque le será mucho más complicado atacar a alguien ahora. Toda la fuerza que poseía a nivel de magia la carecía a nivel físico. Yo mismo podría noquearlo de un puñetazo. Incluso Summer.

—Sí, el entrenador Hank se está ocupando personalmente de ello hasta que decidamos qué hacer con él. Su ejército se ha rendido en cuanto se ha roto el hechizo de miasma de araña. Ahora habrá que determinar quiénes de ellos siguen siendo una amenaza, los verdaderos partidarios, y quienes estaban coaccionados.

—¿Por qué no lo está vigilando la directora York?

—Ah… York… York no lo ha conseguido…

—¿Qué? —dice aterrada—. ¿Quieres decir que…?

—Está muerta.

Se endereza de golpe.

—¿Azlan, Stone, Spencer, Renzo?

—Están todos bien. —Bajo el tono y susurro—: Aunque el loco de Renzo se ha ganado tres cicatrices más en la cara. Parece como si se lanzara deliberadamente contra la magia que se le viene encima.

—¿Dónde están?

—¡Justo aquí! —gritan varias voces por detrás, y se reúnen alrededor de la cama sus otros compañeros.

—¡Eh! —digo—. No la agobiéis.

Escudriña a todos y, al comprobar que están bien, el alivio se refleja de inmediato en su rostro. Pero enseguida vuelve a adoptar un semblante serio.

—¿Y Winnie? —Se le quiebra la voz—. ¿Trent? ¿Ellie?

—Están bien. Todo el mundo está bien. Gracias a ti.

Se acomoda entre los cojines.

—No me encuentro muy bien. ¿Me desmayé o…? —Se frota la frente.

—Venga, todos fuera —digo dirigiéndome a los demás—. Necesita su espacio. —Me miran con escepticismo, sabiendo que esa es solo una parte del motivo por el que los estoy echando de la habitación—. Ya habéis oído antes a la mujer. Además, alguien debería ir a ver qué pasando ahí fuera.

Azlan no me hace ni caso y se inclina a darle un beso en la mejilla.

—Me alegro de que estés bien, cielo. Por un momento, me has tenido muy preocupado. —Ella le dedica una débil sonrisa—. Descansa un poco. Vamos a echar un ojo a nuestros… prisioneros.

Stone también le da un beso y le susurra algo de lo que no me entero, y después Spencer la envuelve en un gran abrazo. Barone se queda al pie de la cama, nervioso.

Se rasca la cabeza y luego sigue a los demás afuera.

—¿De verdad están bien? —susurra viéndolos irse.

—Estamos todos bien. Eres tú la que nos tenía preocupados.

—¿Qué ha pasado? —repite.

—Absorbiste su magia, y supongo que era tan repugnante y retorcida como sospechábamos, porque te envenenó. Nada que yo no pudiera arreglar —explico, incapaz de disimular mi orgullo. Siempre he sido un buen sanador—. Puede que tardes un día en recuperarte.

—¿Y los dragones? —pregunta, todavía preocupada por los demás.

—Uno ha resultado herido… uno de los verdes.

—Sí, lo sé. ¿Y los otros?

—Hasta donde yo sé, están bien. Se han marchado en cuanto han visto que te traíamos aquí.

—¿Cómo me habéis encontrado?

—Por el vínculo.

Asiente y se lleva las manos a la tripa.

—Es muy útil.

Cubro su mano con la mía y la electricidad chisporrotea entre nosotros con el contacto. Por primera vez, veo un futuro de verdad, uno en que somos felices y estamos a salvo, en el que estoy apoyando la mano en su vientre redondeado, donde crece mi hijo. O

quizá el de Spencer. O el de Azlan. Ya alcanzo a saborear nuestro futuro juntos.

—¿Ha terminado todo? —pregunta entrelazando sus dedos con los míos.

—Sí. De hecho, acaba de empezar un fiestón ahí fuera.

—¿Una fiesta? —Se sienta recta.

—Estás muy débil, necesitas descansar y…

—Tristan Kennedy. Me he perdido un montón de fiestas por estar huyendo y escondiéndome de las autoridades. Ni siquiera pude ir a la última Noche de los Fundadores.

—Ya, lo siento —murmuro.

—Así que no pienso perderme otra fiesta ahora. ¡Como si me tienes que llevar en brazos toda la noche!

—Con mucho gusto.

Me sonríe.

—¿Podrías conseguirme uno de esos vestidos tan bonitos, Tristan Kennedy?

—La verdad es que me estoy planteando cambiarme el apellido.

—¿Vas a cambiarte el apellido?

—Sí.

—¿Y por cuál?

—No sé. Creo que «Tristan Blackwaters» no suena nada mal.

Su sonría se amplía.

—¿Cómo no iba a sonar bien? Me gusta.

—Guay y misterioso.

—Eso ya no te pega tanto. —Se encoge de hombros.

—¡Oye! —Me lanzo a hacerle cosquillas. Y luego la beso y ella me rodea el cuello con sus brazos. Voy a estallar de felicidad.

—No se me ha olvidado lo de la fiesta —murmura en mi boca.

—Quédate descansado solo cinco minutos más… —digo, y la beso más fuerte—. Bueno, mejor diez.

✳

Remuevo cielo y tierra hasta encontrar un vestido digno. Vale, no es como el que le regalé para el Baile de la Victoria, ni como el que se puso para el banquete en el oeste, pero le queda genial. Con escote pronunciado, ceñido a la cintura, con vuelo y tul y todas esas cosas.

A ella le encanta. A Winnie le encanta. A Spencer sin duda le encanta. Por desgracia, no hay esperanza de poder disfrutar del vestido de cerca y en la intimidad.

Esta noche todo el mundo quiere estar con ella, abrazarla, darle las gracias, hablar…

La fiesta se ha extendido a los jardines de la escuela. El frío invernal ha cesado, ya se percibe el primer indicio del calor de la primavera, y ya empiezan a florecer los árboles y las plantas.

La sigo a todas partes como un cachorrito enamorado —yo y todos—, tan fascinado por ella como siempre.

En un momento dado, me cruzo con el entrenador. Está bebiendo un botellín de cerveza y tiene la frente vendada.

—¿Quién está vigilando a mi padre? —le pregunto. Cuanto antes lo manden a los campos de trabajo del norte, mejor. Además, seguro que allí se encontrará con muchos de los prisioneros que él mismo mandó allí.

—Están haciendo turnos un par de chicos del equipo de duelo.

—¿No es un poco arriesgado?

—¿Por qué iba a serlo? —dice Rhi, que se une a la conversación. Rodeo su cintura con mi brazo y la atraigo hacia mí.

—Ya no sé en quién confiar —digo mirando alrededor a toda la gente que está en la fiesta.

No es como en las antiguas fiestas después de un partido. Todo el mundo sigue vestido, en parte porque aún hace algo de fresco; o, lo más probable, porque esta noche no se trata de desmadrarse y ligar. La gente parece eufórica y aliviada de verdad. Hay quienes bailan y cantan, también hay muchos abrazos y llantos, mientras que otros están a un lado hablando por teléfono con sus familias.

Aun así, sé que en algunos casos es simple postureo. Hay quienes han apoyado a mi padre. Han delatado a sus amigos y profesores. Summer no ha sido la única. Consideraban que los que son como Spencer deberían estar encerrados para siempre… o

exterminarse. Estaban convencidos de que algunos magos eran enemigos de la república y debían ser tratados en consecuencia. Me repugna saber que están aquí entre nosotros.

—La gente se equivoca —se limita a decir Rhi, mirándome a la cara. Se refiere a la manera en que la traté cuando llegó a la escuela. Además de los tantos errores de mierda que he cometido durante todo este tiempo—. Se dejan influenciar por ciertas formas de pensar, se dejan llevar por lo que piensen la mayoría, o simplemente la cagan. Hay que perdonarlos. Hay que encontrar la manera de que nos demuestren que lo sienten. Tenemos que dejar que se ganen nuestra confianza.

—Yo nunca voy a perdonar a mi padre —murmuro.

Su mirada se encrudece.

—No, yo tampoco creo que pueda perdonarlo nunca. Ni al mío.

—Quizá ahora mismo no —dice el entrenador, mirándonos a ambos—, pero dadle tiempo al tiempo. El odio es un lastre muy pesado para llevarlo en el corazón. Quizá llegue un día en el que no queráis seguir cargando con él y os veáis listos para perdonar.

Resoplo.

—Lo dudo.

El entrenador suelta una carcajada y da un trago a su cerveza.

—Siempre has sido muy cabezón, Tristan. Por eso nunca has llegado a ser capitán.

—Eso y que Spencer es mejor duelista que yo.

—Los dos tenéis vuestro talento. Y los dos lo habéis hecho muy bien hoy. Y tú también, Rhianna. Estoy muy orgulloso de todos. —Me da una palmadita en el hombro y me doy cuenta de que sus elogios siempre han significado más para mí que los de mi padre.

—¿Más orgulloso que cuando ganaron la copa interescolar? —pregunta Rhi, chinchando al pobre hombre.

—Mucho más —dice él, y se inclina un poco—. Que esto quede entre nosotros, pero el duelo no es más que un juego.

—Ejem. —Arqueo una ceja—. Eso no es lo que decía durante las interminables sesiones de entrenamiento. Decía que el duelo era una cuestión de vida o muerte, de honor y…

—No deberías creerte todo lo que te dicen. —Y añade mirando a Rhi—: Lo que has hecho hoy, cómo has congregado a los demás estudiantes, el valor y la iniciativa que has demostrado… ha sido impresionante. Deberíamos incluirte en el equipo de duelo.

Rhi sonríe.

—Todavía se podría, ¿no? Técnicamente, aún no me he graduado… No creo que tenga los puntos suficientes para ello.

—Rhianna —digo—, acabas de ganar un billón de puntos tú sola por ayudar a esos magos en el oeste y acabar con mi padre.

—¿En serio?

Me río.

—¡Pues claro!

Un chaval que viene con nosotros a clase de Magia Práctica le da un toquecito a Rhi en el hombro y ella se retira para charlar con él.

—Esa chica es especial. Debes cuidarla y tratarla bien —dice el entrenador, y le da otro trago a la cerveza sin dejar de mirarme.

—Eso es lo que pienso hacer, señor.

—Muy bien. Ha pasado por muchas cosas. Ahora se merece algo de felicidad.

Asiento, y él se marcha mientras que vienen Azlan y Stone.

—¿Qué pasa? —dice Stone al leer la incomodidad en mi cara—. ¿Hank no te ha dorado la píldora como esperabas?

—No es eso —digo distraído, mirando a Rhi—. Merece ser feliz, ¿verdad?

—Sí —responde Stone—. Todo el mundo lo merece. O al menos vivir en paz y satisfechos.

—¿Crees que eso es posible? —Miro a mi primo. Antes estábamos muy unidos. Yo lo idolatraba. Pero nos fuimos distanciado y nos dejamos de hablar. Ahora esa distancia se ha reducido, y aunque ya no siento esa admiración ciega hacia él, sigo respetándolo más que a nadie. Después de todo, plantó cara a nuestra familia de mierda y emprendió su propio camino… aunque ese camino no resultara ser mucho mejor. Hizo lo que creía correcto.

—¿Por qué no? —pregunta Azlan.

—Puede que mi padre haya quedado fuera de juego, y las cosas están cambiando en el oeste, pero ya sabéis como va todo esto. Le

cortas la cabeza a la serpiente y aparecen cinco más. Hay mucha gente poderosa a quienes les interesa el *statu quo* y prefieren que no cambie nada.

—Discrepo —dice Stone apoyando una mano en mi hombro y otra en el de Azlan—. Las cosas pueden cambiar si vosotros dos las forzáis.

—¿Nosotros? —digo.

—¿Quién si no? —Nos zarandea ligeramente—. Sois los principales representantes de la conocida e influyente familia Kennedy. Ahora tenéis la oportunidad de cambiar las cosas. —Desvía la mirada hacia Rhi—. Y me da que la señorita Blackwaters podría tener también algunas ideas sobre cómo deberían cambiarse las cosas. Joder, que hasta Barone podría tener una buena idea. Solo una, eso sí.

—Ellie también —digo—. Siempre ha entendido a la gente mejor que nosotros.

—Eso es cierto —dice Azlan con media sonrisa—. Nuestros padres siempre han visto su empatía como una debilidad, pero a mí me parece que es su punto fuerte.

—Se han equivocado en muchas cosas —digo, volviendo a mirar a Rhi—. Es hora de que las corrijamos.

54

Renzo

Odio las fiestas. Hay mucho ruido. Mucha gente. Mucha gente evitándome a toda costa.

En esta no. En esta fiesta la gente se mata por acercarse a hablar conmigo. Vale, siguen cagados de miedo al dirigirse a mí, pero al menos hacen el esfuerzo.

¿Me gusta?

Mmm… todavía no lo sé.

La única persona con la que me apetece hablar es mi ratoncito. Y quizá alguno de los otros tipos si estoy de humor.

Esto es diferente. Supongo que así es como será todo a partir de ahora.

El peligro ha pasado. La gente está hablando sobre nuevos comienzos y cambios. Yo no entiendo ni papa, pero lo que sí sé es que tal vez ella ya no me quiera en su vida. Mi ratoncito puede llegar a ser despiadada. Mira lo que pasó con el cerdo.

Hablan de ella como si fuera un angelito caído del cielo que ha venido a salvarlos a todos. Y un ángel no necesita a su lado ningún demonio. Digamos que estropea un poco la imagen.

Salgo y me aíslo en un lugar tranquilo junto la fachada, con un botellín de cerveza en la mano y una cara evidente de «dejadme en

paz, no me apetece hablar». Abro la chapa con los dientes y la escupo al parterre.

—¡Ey! —Mi ratoncito aparece de la nada y pilla al vuelo la chapa —. ¿Tienes idea de las horas de trabajo que he invertido para que este jardín quede así de bonito? No tires basura al suelo.

Miro a mi alrededor. Esa batalla la tiene ya perdida. Hay botellas vacías y vasos de plástico tirados por todos lados.

Me hace un gesto para que me aparte y se sienta a mi lado apoyando la espalda en la fachada. Le ofrezco cerveza, pero niega con la cabeza.

—Sabes que no tolero bien el alcohol.

Supongo que ahora viene la charla «seria». Mierda. Ya he tenido suficientes en la vida como para verlas venir, aunque no sepa leer la mente.

«Lo siento, pero es que contigo no hay quien pueda.»

«Lo siento, te estamos echando.»

«Lo siento, pero voy a ponerte una orden de alejamiento.»

Ya cansa. Por eso he dejado de hablar a la gente. Matar resultaba mucho más fácil.

Me tiemblan las piernas y estoy sudando.

Va a pedirme que me vaya, y a esta mujer no puedo negárselo. No. Si me pide que me vaya, me iré.

Vaya mierda. La vida es un coñazo. Justo cuando crees que todo va a ir, te da una bofetada en la cara y una patada en los huevos. A veces incluso te mete una puñalada en las costillas.

—Quieres que me vaya —digo, con la mirada fija al frente. Si la miro a ella me da un no sé qué en el pecho, y no en el buen sentido. Me iré y punto. Quién sabe dónde. Quién sabe qué haré.

—¿Adónde?

—Imagino que me querrás a más de cien metros de distancia.

—¿Por qué iba a querer tenerte a cien metros de mí?

Suspiro.

—Sé quién soy, ratoncito. Tú también lo sabes. No soy como ellos. —Señalo con el mentón a toda esa gente normal—. No pinto nada. No querrás tenerme cerca de ti.

—¿Te suele importar lo que quiero yo? —murmura.

—Antes no, pero ahora sí. Creo que has puesto mi corazón en funcionamiento.

Sacude la cabeza.

—¿Me ves capaz de echarte de mi vida después de decirme esas cosas?

—La gente me echa de todos los sitios constantemente. Les resulto… complicado.

—Lógico cuando intentas matarlos.

—Me estoy esforzando todo lo posible para no hacerlo más. Sé que eso no te gusta. —Vuelvo la cabeza hacia ella, no puedo resistirme. Es tan… fascinante—. No has matado a tu padre. No has matado a Christopher Kennedy. Y eso que los tenías en bandeja.

—Si matamos, la otra parte también mata, y luego de nuevo nosotros, y así hasta que no queda nadie. Es hora de romper el círculo de la violencia. Es tan… agotador.

—La violencia es lo único que he conocido en la vida, ratoncito —digo con voz suave—. Es mi primer recuerdo. El cinturón. La hebilla. Porque nunca me estaba quieto.

—Pero ahora has conocido la delicadeza —susurra, acariciándome la mejilla—, y te gusta.

—Me gusta. —Cubro su mano con la mía y la aprieto contra mi cara—. Me gusta mucho.

—¿Más que la violencia?

—Si me tocaras así todos los días, no tendría ninguna necesidad de matar —admito.

—Entonces quédate conmigo.

—¿Aunque esté loco? —digo mirándola a los ojos.

—No estás loco, Renzo. Eres…

—¿Diferente? ¿Especial? Lo mismo es.

—Eres perfecto tal y como eres. Y te quiero.

Una ráfaga de calor brota de mi corazón y se extiende por todo mi cuerpo, hasta la punta de los dedos de las manos y los pies, y mi vínculo empieza centellear con algo que creo podría ser felicidad. Joder, me encanta la sensación.

—¿Me quieres?

Nadie me lo había dicho antes. Ni siquiera mi madre.

Nadie.

—Sí.

—Yo también te quiero, ratoncito.

—Lo sé.

—¿Cómo? No te lo había dicho.

—Un acto vale más que mil palabras.

—Sí, es vedad. Por eso voy a demostrarte cada día cuánto te quiero. Lo primero que haré por las mañanas será hundir mi boca entre tus piernas, comerte el coño y hacer que te corras en mi cara.

—¡Ay, madre! —dice, y me planteo ponerme de rodillas y hacer eso ahora mismo. Claro que hay mucha gente, pero podría esconderme bajo la falda de su vestido.

Sin embargo, no me da lugar a llevar a cabo la idea. Nos interrumpen sus otros compañeros, la chica lista de trenzas y la hermana del ejecutor.

—Todo el mundo va a ir al prado a ver el amanecer —dice la chica lista—. ¿Os venís?

—No —digo, aferrado a la idea de comerle el coño—. Estaba a punto de hacer que se corra.

—Yo sí me apunto —responde mi ratoncito, regañándome con una de esas miradas suyas que me lanza cuando quiere que me porte bien, y se levanta.

Se engancha al brazo de la chica lista y al de la hermanita, y se marchan parloteando tan rápido que me marean.

—Buen intento, Barone —dice el chico bestia dándome una palmadita en la espalda—. Pero no te preocupes, habrá tiempo de sobra para eso.

Camino con los demás, justo en medio, detrás de mi ratoncito. Supongo que el chico tiene razón. He encontrado mi lugar. Ella dice que me quiere. Dice que quiere que me quede a su lado. Por primera vez, formo parte de una familia. Lo que significa que tengo toda la vida por delante para comerle el coño. Joder, ¿y si no llego a los cincuenta?

Ya hay bastante gente aglomerada en el prado, explotando su magia y creando colores de todo tipo en el cielo oscuro. A lo lejos se

ven unas luces que deben de ser Los Mágicos, y detrás de los árboles altos están durmiendo los dragones.

—¿Les enseñamos cómo se hace? —sugiere Tristan.

—Sí —contesta Rhi.

Extiende las manos. Azlan coge una y Tristan la otra. Spencer, la de Tristan. Y Phoenix, la de Azlan. Hay que cerrar el círculo, así que me meto y cojo las manos que quedan libres. No hay vacilación ni murmullos molestos por parte de Phoenix. Unimos nuestras manos y dejamos que la magia fluya entre nosotros, en círculo.

—Vuestra magia podría ser aún más fuerte si formarais una estrella en vez de un círculo —dice Winnie.

Pero estamos muy concentrados en este momento, en esta conexión. Joder, esto es la bomba.

Me río. Juntos, lanzamos nuestra magia hacia arriba y dejamos que haga piruetas y baile entre las estrellas, explotando en un millón de colores.

Todo el mundo a nuestro alrededor se detiene a mirar, y el prado se queda en absoluto silencio mientras nosotros pintamos el cielo con nuestra magia. Cada uno aportamos nuestro toque personal, ya que si no el cuadro no estaría completo.

—¡El sol! —vocea alguien.

Apagamos nuestra magia para observar cómo el sol sube por el horizonte y los rayos de luz atraviesan el cielo y derriten la oscuridad.

—Ya está amaneciendo —digo por lo bajo.

—Un nuevo día —dice Phoenix, con una mano en mi hombro—. Un nuevo comienzo, amigo mío.

EPÍLOGO UNO

Stone

Seis meses más tarde

Abrimos la puerta y nos reciben una nube de humo y un olor a quemado.

—¡Mierda! —exclama Azlan, agitando la mano—. ¿Alguien está intentando quemar mi casa?

Rhi, que está detrás de nosotros tosiendo, disipa el humo con un chasquido de dedos y se abre paso.

—Renzo mencionó algo sobre cocinar.

—¡La virgen! —dice Tristan peinándose el pelo con la mano, y se le escapa un bostezo—. Esperaba que fuéramos a pedir algo a domicilio. La ronda de negociaciones de hoy me ha dejado molido.

—Y son unos ratas, no sirven apenas comida —se queja Spencer —. Siete horas de negociaciones de paz y solo un mísero sándwich como almuerzo.

—Había mucha comida —dice Rhi mientras se quita las botas—. Lo que pasa es que vosotros siempre tenéis hambre, sois un buche sin fondo.

Sonreímos los cuatro al pensar de lo que en realidad tenemos hambre.

Ella pone los ojos en blanco y se va por el pasillo anunciando a voces:

—¡Ya estamos en casa!

Renzo sale corriendo de la cocina con las manos enfundadas en unas manoplas, con un delantal y el pelo lleno de harina.

Reacciono con efecto retardado. Han pasado seis meses y aún no me he acostumbrado a ver al asesino tan hogareño. Tiene talento y disfruta preparando pociones; de hecho, eso y Rhi parecen haber reemplazado su afición obsesiva por matar. Por desgracia para nosotros, se cree que el don que tiene para las pociones lo tiene también en la cocina, y Rhi nos obliga a comer todos sus experimentos con una sonrisa en la cara. El último sabía a mierda de caballo.

—¡Ey, ratoncito! He hecho galletas. Y hay lasaña en el horno.

Ella le sonríe y le da un beso.

Sacudo la cabeza y me pellizco fuerte el muslo. Me están empezando a salir un montón de moratones por eso, porque me sigue pareciendo increíble cómo ha terminado todo, y a diario me pregunto si estoy soñando.

Hace seis meses la república estaba sumida en el reinado de terror de Christopher Kennedy. Hace seis meses estábamos huyendo porque quería matarnos. Hace seis meses casi nos convertimos en las Fuentes de un aquelarre de poderosos vampiros.

Ahora vivimos en paz —bueno, la mayor parte del tiempo— en casa de Azlan. Aunque es algo temporal. La casa no es lo suficientemente grande para cinco tíos de nuestro tamaño, pero Tristan no tiene muchas ganas de reclamar la casa de su padre. Es más, le gustaría derribarla.

A lo mejor nos mudamos al campo y nos montamos una granja con un puñado de cerdos y gallinas. O lo mismo terminamos viviendo en el oeste. Necesitan ayuda para reestablecer el funcionamiento de la ciudad y del país en general ahora que se han deshecho de su Gobierno.

Pero de momento nos necesitan aquí para estas negociaciones. Las cosas están cambiando. Ya no estamos en guerra. La amenaza

del oeste ha desaparecido. Se han disuelto las tropas posicionadas en la frontera y se las ha enviado a casa.

Las cosas están cambiando.

Por supuesto, hay gente que no está favor del cambio. Se ha estado debatiendo sobre quién será el nuevo canciller. Muchos tenían asumido que sería Rhi, la reencarnación de la reina Æðelflæd, de vuelta para imponerse y retomar su corona.

Pero Rhi no es así, y no ha dejado de defender un sistema más justo; incluso ha apoyado a otros candidatos que se han presentado. Estamos exigiendo un Consejo en el que todo el mundo esté representado: hombres bestias, magos, no magos… No solo las familias adineradas de siempre.

Yo también me quito las botas y espero pacientemente mientras Renzo le cosquillea a Rhi el cuello con la nariz.

—Te he echado de menos, ratoncito —murmura—. Las negociaciones esas no terminan nunca.

—A mí me lo vas a contar —dice Spencer.

—Bueno, hoy creo que hemos progresado. —Rhi se separa de Renzo, lo coge de la mano y lo lleva a la cocina. Los seguimos y nos sentamos a la mesa, apretujados. Por un lado, mis codos chocan con los de Tristan y, por otro, con los de Azlan.

Delante tenemos una bandeja con una especie de figuras calcinadas.

—¿Eso son galletas? —pregunta Tristan con recelo. Con Renzo nunca se sabe. Conociéndolo, capaz es de haber estado torturando ratones a la vez que cocinaba.

—Sip, con doble chocolate —afirma orgulloso—. Voy a preparar café.

Azlan se levanta de su silla.

—Ya lo preparo yo. —La última cafetera que preparó Renzo nos tuvo hiperactivos durante dos días.

Renzo ocupa el asiento que ha dejado libre Azlan y se da una palmadita en el muslo, invitando a Rhi a sentarse encima de él. Obediente —porque solo se hace la rebelde conmigo—, se sienta y da un valiente mordisco a una galleta.

—Están deliciosas —dice sonriendo, y nos fulmina a todos con la mirada. Cogemos una también, mordisqueamos los bordes y murmuramos unos cuantos elogios banales.

Renzo no puede ocultar el orgullo bailando en sus ojos bicolor. El tío sigue majara perdido, pero me está empezando a caer bien. Podría decir incluso que aprecio su compañía.

—¿En qué habéis avanzado? —pregunta mientras Azlan nos sirve el café.

—¿Le has echado azúcar? —dice Rhi mirándole.

—Se te van a picar los dientes.

—Ya.

—Dos cucharadas de azúcar y crema —dice pasándole su taza.

—Lo tienes bien entrenado. —Guiño un ojo.

—A todos —sonríe Spencer.

—En fin… —dice Rhi, volviendo a centrar la atención en la pregunta de Renzo—. Hoy han vuelto a venir los representantes del oeste, y se ha planteado seriamente la posibilidad de unificar los dos países.

—¿Piensas que es buena idea? —pregunta Renzo.

—Yo creo que sí —expone ella—. Esa gente no tiene la culpa de lo que hicieron mi padre y sus compinches. Necesitan nuestra ayuda, y nosotros también podemos aprender de ellos.

Rhi se termina la galleta y da un trago largo de café, mirando hacia la ventana.

—¿Has visto hoy a los dragones? —le pregunta a Renzo.

—No, hoy no, ratoncito.

—Ya ha pasado una semana —interviene Azlan.

Rhi agacha la mirada y la fija en su taza.

—Nunca habían estado fuera tanto tiempo. A lo mejor esta vez ya no regresan.

—Volverán, Rhi. Recuerda lo que opina la señora Holyhill: habéis establecido un vínculo muy fuerte.

—También opina que a Gwenhwyfar se la ha forzado a vivir fuera de su hábitat. Quizá han volado hasta allí de vuelta.

A pesar de que siempre dice que los dragones deben vivir en libertad y hay que devolvérsela para que regresen a su hábitat, sé

que los va a echar de menos. Por mucho que tenga ahora cinco compañeros predestinados —cinco compañeros predestinados que la adoran—, echa en falta tener una mascota. Han pasado seis meses y sigue llorando la pérdida de Pip.

Lo que me recuerda algo…

Miro a Renzo y procuro decir con la mayor naturalidad posible:

—¿Ha llegado… ejem… algún paquete hoy?

Pero es inútil. Rhi es muy avispada. No se le pasa ni una.

—¿Qué paquete? —dice con los ojos como platos, alerta.

—Nada, un pedido.

—¿Qué pedido? —Entorna los ojos.

—Voy a buscarlo —dice Renzo, y se quita a Rhi y la deja en las piernas de Tristan.

—¿Me va a gustar? —pregunta Rhi.

—Eso espero, señorita Blackwaters —le digo.

—Ya no hay más espacio para libros —me advierte Azlan.

—No es un libro.

—¿Seguro, profesor? ¡Mire que le gustan los libros! —Vale, al mudarnos me he traído un par de libros (o unos cuantos más). ¿Qué iba a hacer con ellos si no?

—¿Sabe qué me gusta, señorita Blackwaters? —digo con tono sombrío, inclinándome hacia ella.

Siete horas hablando es demasiado, sobre todo cuando debo dejar las manos quietas con mi compañera al otro lado de la mesa.

Sin embargo, no tengo la ocasión de mostrarle qué me gusta, porque justo regresa Renzo con el paquete. Se oye algo moverse dentro. Lo deja encima de la mesa de la cocina y Rhi nos mira con sospecha antes de deshacer el gran lazo que lo rodea y de abrir las solapas. Se inclina hacia delante para echar un vistazo y pega un grito que nos hace saltar de la silla.

—¿Un gatito? —Mete las manos y saca una bola de pelo negra con ojos grandes y redondos—. ¡Ay, Dios mío! ¡Es una monada!

—Gatita —corrijo.

—Esto no nos lo habías consultado —dice Azlan.

Me encojo de hombros.

—No me gustan los gatos —dice Spencer alejándose del animal.

—¿Qué? —exclama Rhianna plantándole la bola de pelo en la cara—. ¿Cómo no te puede gustar una cosita tan cuqui?

Spencer hace una mueca de asco y la gata le da un zarpazo en la nariz.

—Ha salido peleona —observa Tristan.

—Ya os acostumbraréis —les digo al resto.

Rhi llena a la gata de achuchones.

—La llamaré Coco.

—¿Sabrá usar el arenero? —pregunta Azlan.

—Supongo —contesto.

Rhi se pone de pie.

—Tengo que llamar a Winnie. Y a Ellie. Querrán venir a conocerla.

La agarro por la cintura.

—Diles que se pasen mañana —le digo.

—Pero…

—Mañana —confirma Tristan—. Ahora queremos un ratito a solas contigo.

Ella asiente y luego se apresura a buscar su teléfono.

—¿Las negociaciones van bien de verdad? —dice Renzo rascándose el cuello—. A mi ratoncito le gusta ver el mundo de color de rosa, pero hay mucho cabrón suelto que no querrá renunciar al poder que ya tiene.

—Algunos de esos cabrones están entre rejas —digo—. Y ya conoces a Rhi, puede llegar a ser muy persuasiva.

—Y muy insistente —añade Tristan—. Gracias a sus súplicas impidió que el tribunal enviara a Summer a los campos de trabajo del norte con mi padre y el resto de sus partidarios.

—Yo sigo pensando que deberían haberla enviado allí a ella también —farfulla Spencer—. Esa chica nos seguirá trayendo problemas siempre.

—Estando bajo arresto domiciliario permanente no podrá hacer gran cosa —subrayo—. Menos aún sin sus poderes.

El don especial de Rhi ha resultado de lo más útil. Arrebatarles los poderes a quienes han abusado de ellos. No podría haber mejor castigo.

Tristan parece dispuesto a seguir argumentando que Summer siempre será un peligro, con o sin poderes, cuando regresa Rhi con la gata hecha un ovillo en sus brazos.

—Está dormida —susurra.

—Pues se ha pasado el día durmiendo —comenta Renzo, mirando al animal con curiosidad.

—Sé que no es Pip. Ni un dragón… —digo.

—Es… —vacila, y suelta una risita— ronroneantemente perfecta.

—Cuando se gradúe de la escuela, mejor no empiece una carrera como cómica, señorita Blackwaters. Dedíquese a domar dragones y luchar contra los malos.

—¿Creéis que reabrirán Arrow Hart? —pregunta Spencer.

—Me aseguraré de que así sea. No solo hay que aprender y formarse para convertirse en un buen soldado; tenemos que garantizar que la próxima generación de magos reciba la mejor educación y sea competente en conjuros y…

—¡Eh! ¡Echa el freno! —Spencer infla las mejillas—. A veces se me olvida que eres profesor.

—Gracias, Phoenix —dice Rhi, acariciándole las orejas a la gata —. Es la cosa más mona que he visto jamás.

—Ejem… —Tristan arquea una ceja.

—Bah, tú eres el segundo —le chincha Rhi.

—¿Ya estamos con los favoritismos? —Spencer se reclina en su silla y se cruza de brazos—. Porque yo creo que también soy muy mono.

—Mides casi dos metros y eres un armario empotrado. —Tristan le da un codazo a su amigo.

—Eso no quita no sea mono —señala Rhi—. Todos lo sois. Esa es una de las razones por las que os quiero.

Miro a Renzo, cubierto de cicatrices y tatuajes por la cara y el cuello. Luego miro a Azlan, con esos ojos oscuros, la mandíbula cuadrada y un cuellaco más ancho que los muslos de la mayoría de los hombros. «Monos» no es el adjetivo que yo usaría.

—¿Sabéis que esto nos convierte oficialmente en familia? —les digo a todos.

—¿Sí? —dice Rhi.

—Sip. Tenemos una mascota. Ya no hay vuelta atrás. Ya no tienes forma de deshacerte de nosotros. Estás atada a nosotros de por vida, señorita Blackwaters.

Ella sonríe. Sus ojos color miel —esos ojos que siempre me han parecido tan hermosos e irresistibles— desprenden un brillo especial. Ya no es aquella chica asustada, solitaria, que luchaba por sobrevivir y no confiaba en nadie. Por supuesto que sigue igual de testaruda, persistente y, de vez en cuando, niñata, pero ahora en ella reina la calma, la alegría. Y lo irradia.

Creo que lo hemos conseguido. Todos.

Creo que ella también.

Apuesto a que muchas personas por ahí también se sienten más felices y seguras gracias a ella.

—¿Atada a vosotros? —dice—. Eso no lo cambiaría por nada.

EPÍLOGO DOS

Rhi

Ocho años más tarde

—Que no se os olvide: para la próxima clase quiero tres páginas sobre los fundamentos del vuelo en escoba.

Como era de esperar, los alumnos se quejan.

—¿Cuándo vamos a pasar a los dragones? Llevamos una eternidad haciendo tonterías con las escobas —murmura desde la última fila Stu, el nuevo as del duelo en la escuela.

—Demostradme que dominái s el vuelo y pasaremos entonces a los dragones. —Me cruzo las manos por delante, lo que cada vez me resulta más difícil debido al tamaño gigante de mi barriga. El bebé, que será seguro una estrella del duelo, me da automáticamente una patadita—. Mis dragones son muy valiosos y no quiero que unos jinetes inexpertos les hagan daño.

Me callo que yo misma me subí al lomo de un dragón sin ningún tipo de formación ni acompañamiento. Hay cosas que los estudiantes no tienen por qué saber.

—Pero es que el vuelo en escoba es… —Stu hace una mueca— para los gallinas.

—El entrenador Spencer dice que saber volar en escoba le salvó la vida —menciona Mae, mirando mal a Stu. Mae es una de las

estudiantes del oeste, que cada año vienen más. Cuando llegó era muy tímida, pero con un pequeño empujoncito ha ido ganando confianza.

Sonrío para mis adentros. Lo que hacía Spencer en la escoba durante esa época no podría describirse como volar. No ha vuelto a subirse a una desde entonces. Le gusta llamarlas «palos de la muerte».

—Mae tiene razón —digo sonriendo a mi alumna—. No descartes tan deprisa ciertas formas de magia. Todas pueden resultarte útiles en algún momento de la vida.

Stu fulmina a Mae con la mirada, pero yo estoy convencida de que se gustan, aunque ni de lejos lo reconozcan. Son como el gato y el ratón y, según mi experiencia, al final terminarán pillándose.

Suena el timbre y los estudiantes empiezan a recoger sus cosas.

—¡Y estáis avisados: me daré cuenta si usáis algún hechizo de escritura automática! —grito mientras salen escopetados por la puerta—. Creedme, me sé todos los trucos.

—¿De verdad, profesora Blackwaters? —Una voz masculina emerge de la puerta cuando se marcha el último alumno. Es última hora y viernes, es normal que estuvieran deseando terminar, sobre todo porque este fin de semana tiene lugar la celebración anual de la Noche de los Fundadores.

Levanto la vista de los libros que estoy recogiendo y sonrío a Stone.

—A ver, obviamente no tan bien como un profesor viejo y cascarrabias como tú, pero…

Hace un puchero con ojos de corderito y se me acerca con la mano en el corazón.

—Au, eso ha dolido. ¿Tan viejo me estoy haciendo? Tampoco nos llevamos tantos años.

Me toca la barriga, lo que hace que el bebé se mueva de nuevo, y yo enredo mis dedos entre su barba. Le han salido ya canas, y en las sienes también, y alguna que otra pata de gallo, pero está más guapo que nunca.

Mi vientre se agita y esta vez no es por el bebé.

—Estás en la edad perfecta —le digo.

Cierro la puerta con mi magia y le beso. Un acto que también se está complicando por este bebé enorme. No es de extrañar viendo el tamaño de sus padres.

—Vamos —dice, recoge mi bolso y me ofrece su brazo—, te acompaño a casa.

Se ha convertido en nuestra pequeña rutina. Desde que empecé a trabajar en la escuela hace cinco años, viene a buscarme a la última clase. No ha fallado ni un solo día.

Los senderos están a rebosar de alumnos hoy, todos charlando emocionados sobre disfraces y decoración. Cada año las temáticas y las creaciones se vuelven más elaboradas.

Me inclino hacia Stone.

—Este año volvemos a lanzar esa burbuja protectora. Quiero pasar el fin de semana tranquila en el sofá con los pies en alto.

—¿No piensa unirse a la fiesta, profesora Blackwaters?

—¿Tú has visto lo hinchados que tengo los tobillos?

—Seguro que Renzo podría prepararte una poción.

—O también una para que salga ya este bebé. —Salí de cuentas hace cinco días y estoy harta.

Stone sacude la cabeza.

—Ya hemos hablado de eso, no existen pociones para inducir el parto.

—Por supuesto que no… —digo malhumorada.

—¿Sabes también para lo que no hay ningún conjuro?

—No.

—Para averiguar quién hace trampa con los deberes.

—Lo sé, pero a Winnie le gusta que lo digamos para que los alumnos sean honestos.

—La verdad es que me sorprende que la directora Wence no haya encontrado la manera de detectar las trampas. Si alguien pudiera, sería sin duda ella.

—No. Usted sigue siendo nuestra mejor baza para detectar a los tramposos, profesor Stone.

Deja escapar un gruñido. Su aversión por adentrarse en las mentes adolescentes y las imágenes espantosas que se encuentra allí no ha hecho más que aumentar con la edad.

Llegamos al gimnasio y me paro a descansar junto a un árbol. Seguro que es el árbol al que até a Summer Clutton-Brock. Lo que lo convierte en uno de mis favoritos. Hace años que no la veo, pero tarde o temprano nuestros caminos volverán a cruzarse. He oído que se ha casado con un tipo mucho mayor que ella y que han tenido un porrón de hijos. En algún momento tendrán que empezar la escuela, pero todavía me quedan unos cuantos años de paz hasta que eso ocurra.

Stone me cuenta qué tal ha ido su día y, al cabo de unos minutos, Spencer sale del gimnasio vestido con su habitual chándal y el silbato colgando del cuello. Hank se lo dio al jubilarse, cuando Spencer aceptó su puesto, y desde entonces rara vez se lo ha quitado.

—Hola, belleza —dice, y se choca con mi tripa al besarme. El bebé vuelve a dar otra patada bien fuerte, y Spencer se ríe—. Este bebé debe de ser de Renzo. ¡La leche! ¡Qué violencia!

—No es violento —digo frotándome la tripa—, solo muy activo; lo que significa que también podría ser tuyo.

—Da igual quién lo haya engendrado —dice Stone—. Este bebé Blackwaters es de todos.

Spencer asiente y luego me ayudan los dos a levantarme.

—Estoy agotadísima —me quejo.

—Es que deberías estar en casa en reposo, no dando clase —me regaña Spencer.

—Pero me encanta enseñar.

Stone sonríe y me da un beso en la frente.

—Lo sé, cielo.

Continuamos nuestro paseo —yo andando como un pato mareado— hacia el prado, cruzándonos cada vez con menos estudiantes, hasta que ya nos quedamos solos. Una vez que hemos cruzado el prado, me detengo para recuperar el aliento. No porque no tenga movilidad o porque el bebé me comprima los pulmones, son porque las vistas de nuestra casa me siguen impresionando como el primer día.

¿Es un palacio majestuoso como el del príncipe Negro? No. ¿Es una mansión grandiosa como la de Christopher Kennedy? No. ¿Es un

casoplón como en el que estará viviendo seguramente Summer Clutton-Brock? Tampoco.

Pero es nuestra. Y de nadie más.

Winnie —la directora más joven en ocupar el cargo tras el fallecimiento de la señora Holyhill— nos dio permiso para derribar la antigua cabaña de Stone y construir una vivienda lo suficientemente grande para nosotros y nuestra creciente familia.

Y es perfecta. No hay ningún «pero».

Al sentir mi presencia por el vínculo, Renzo sale al porche a buscarnos, levantando la mano para protegerse los ojos del sol poniente. Le sigue enseguida nuestra hija Mabel, que sale tambaleándose en compañía de nuestra gatita Coco, nuestro gallo Ryan, y nuestro cerdo Penny.

Puede que vivamos en los terrenos de la escuela y no en una granja, pero Renzo ha ido cultivando poco a poco el prado; e incluso ha enseñado a algún que otro alumno a cultivar hortalizas y criar gallinas y cerdos.

—¡Mami! —me llama Mabel con las manos levantadas y dejando un rastro mágico de colores vivos sobre la hierba en mi dirección.

Acelero el paso y me la encuentro intentando bajar los escalones del porche, una misión casi imposible con unas piernas tan cortitas.

La cojo en brazos, le planto un beso baboso en cada mejilla, le acaricio su pelo oscuro y rizado y le doy otro beso en la frente.

—¡Ay! —protesta, y frunce el ceño con una expresión que ha sacado totalmente de su padre.

—¿Me has echado de menos? —pregunto.

—No —dice mientras la bajo al suelo del porche—. He estado jugando con papá a perseguir a los pollitos.

Riño a Renzo con la mirada. Él se encoge de hombros.

—Ha sido ella la que quería.

—¿Y no podías decirle que no? Pobrecitos los pollitos.

Se le dibuja media sonrisa.

—Sabes que a mis chicas no puedo negarles nada.

Me ayuda a subir los escalones y me besa lenta y profundamente mientras los demás achuchan a Mabel y se meten dentro, dejando fuera a los animales y el ruido de la escuela.

—¿Aún no han vuelto Tristan y Azlan del Consejo? —digo, y me tiro en el sofá para quitarme los zapatos.

—No —responde Renzo.

Me miro los pies y hago un gesto de dolor.

—Toma, mami. —Mabel trae arrastrando un taburete y se las apaña para colocar un cojín y levantarme las piernas.

—Gracias, cariño. —Doy una palmadita en el sofá y la invito a subirse a mi lado.

—¿Todavía *no llegado* el bebé? —pregunta tocándome la tripa, a lo que el bebé responde con una patada.

—No, todavía no.

—No pasa nada. Bebé, quédate ahí —dice con su lengua de trapo. Me río y paso los dedos por sus rizos. Supongo que prefiere ser hija única.

—No te preocupes. Ser la hermana mayor también es chachi.

Me mira la tripa, desde luego no muy convencida, empieza a chuparse el dedo y se acurruca junto a mí.

Nos quedamos las dos fritas enseguida, y no me despierto hasta que alguien me zarandea delicadamente el hombro.

Azlan.

—La cena ya está lista —dice antes de darme un beso.

—¿Ha cocinado Renzo o…?

—No, he cocinado yo. —Coge a Mabel en brazos y también se despierta.

—¡A cenar! Hoy ha cocinado papá —le dice mientras ella bosteza.

—¿*Esguetis*?

—Sí.

—¡Arriba! —le ordena, y él la lanza por los aires y la atrapa de camino a la mesa.

Ella da chillidos partiéndose de risa y le obliga a hacérselo cinco veces más antes de acceder a sentarse en la trona. He intentado enseñarle a usar el tendedor, pero a ella le gusta más usar su magia para elevar la comida hasta su boca. Es tremenda, hay que ver lo que sabe hacer ya para su edad. Seguro que de mayor la temerán todos como maga.

Bajo la mirada a mi tripa. Este también apunta maneras, si es que se decide a salir algún día.

—¿Qué tal hoy en el Consejo? —pregunta Spencer a Tristan y Azlan, mientras que Stone y Renzo entretienen a la niña transformando sus propios espaguetis en gusanos.

—Hemos estado liados con negociaciones comerciales —cuenta Tristan. Pone los ojos en blanco, como si no le entusiasmaran. Atrás quedaron las batallas en el campo de duelo. Ahora sus batallas se libran en torno a mesas de negociación y acuerdos—. No estaban muy por la labor de ceder respecto a las aduanas, pero al final lo hemos conseguido.

Se le cae a los ojos un mechón de su cabello rubio. Ya no lo lleva tan alborotado. Intenta engominárselo y peinárselo hacia atrás, pero es una batalla perdida.

Y hace que esas mariposas me revoloteen de nuevo en el estómago.

—¿Y tú, Azlan? —pregunto.

Gira el tenedor en su plato sin quitar ojo a Mabel. Contento de que por fin esté entretenida, dice:

—Tenemos una pista sobre los criminales que importaron plumas de dodo. Vamos a proceder con los arrestos.

—Buen trabajo, capitán —sonrío y alzo mi vaso de zumo.

Tristan posa una mano en mi muslo.

—¿Y tú qué tal, Cerdi? —Después de tanto tiempo, insiste en seguir llamándome así. Aunque hago como que me enfado, en realidad ya no me molesta.

—Pues… —Estoy a punto de contárselo cuando siento una punzada en el estómago—. ¿Qué te parece si te lo cuento más tarde? —digo, porque por fin me he puesto de parto.

SIN TÍTULO

Fin



El viaje de Arrow Hart

El primer libro de Arrow Hart, *Destinos fracturados*, se publicó un año antes que esta última entrega, *Amanecer predestinado*. Pero la historia, como ocurre con todas las historias, se inició mucho antes. Más de un año antes. Un año soñando despierta e incubando esta historia, tratando de dar forma a ese primer libro y creando los personajes a los que he terminado cogiendo cariño y adorando.

Nunca había escrito una saga tan larga y he necesitado armarme de paciencia. Tantos misterios y secretos que no podía desvelar hasta el final y que me moría por compartir desde el principio… La espera ha sido dura, amigos, pero ojalá haya valido la pena. Espero que hayáis disfrutado leyendo la historia de Rhi tanto como yo he disfrutado escribiéndola.

Aquí abajo os dejo algunas anécdotas y secretos que os podrían interesar.

Una vez más, mil gracias a todos por seguir a Rhi, sus compañeros y sus amigos en este viaje, y por confiar en mí para contaros esta historia. Sin vuestro apoyo incondicional y vuestros comentarios, queridos lectores, quién sabe si la habría terminado algún día. 😊

- Mi padre es un fanático de Fleetwood Mac. Me crie con la canción *Rhiannon*, sobre una bruja a la que se la lleva el viento, y sabía que, si alguna vez escribía una historia sobre una bruja, la llamaría así.
- Por supuesto, necesitaba una amiga para Rhi, también bruja. Quería un nombre cómico que pegase con el personaje. Winnie se llama así por la bruja de unos libros infantiles. Echadles un vistazo si tenéis niños, ¡son muy divertidos!
- Hacía tiempo que tenía pensado que uno de los compañeros de Rhi la llamara Cerdi una vez que se enamorara de ella, pero ¡tenía que esperar al momento adecuado! Le di muchas vueltas a cuándo exactamente. ¡Espero haber acertado!
- No tenía ni idea de que Spencer era un hombre bestia, me lo reveló él mismo mientras escribía el primer libro. Muchos personajes me revelan cosas sobre sí mismos a medida que voy escribiendo y los voy conociendo mejor. Me fascina cómo las experiencias pasadas y los acontecimientos de la vida moldean el comportamiento de las personas.
- Renzo probablemente sea el personaje más divertido y a la vez el más difícil que he escrito. Su modo de pensar es tan poco convencional y tan diferente al mío que tengo que concentrarme muchísimo más cuando escribo sus capítulos para méteme en su cabeza y su voz. Es agotador. ¡Buena suerte, Rhi!
- Hice una encuesta en mi grupo de Facebook para ver qué quería la gente que pasara con Summer. La gran mayoría votó que debía recibir su merecido. A mi parecer, lo ha

recibido, pero no sé, aún guardo la esperanza de que se redima. Soy de las que creen en las segundas oportunidades.

- Mi libro favorito de todos los tiempos es *Orgullo y prejuicio*. Lo habré leído al menos cincuenta veces y me he visto todas las adaptaciones. En mis historias a menudo hay pequeños guiños a esta obra, como si fuera escondiendo huevos de pascua. Si los habéis encontrado en la historia de Rhi, ¡enhorabuena!

DE LA MISMA AUTORA

Disponibles en Amazon y Kindle Unlimited

Novela romántica paranormal – harén invertido

The Arrow Hart Academy
Destinos fracturados
Lazos trenzados
Estrellas apagadas
El peso del destino
Amanecer Predestinado

The Firestone Academy
Storm of Shadows
Spark of Sorcery
Taste of Thorns

Novela contemporánea – harén invertido – omegaverso

The Rockview Omegaverse
Pack Rivals Part I
Pack Rivals Part II

Pack Choices
Pack Gamble Part I
Pack Gamble Part II
Pack Education Part I
Pack Education Part II

In With The Pack
In Deep - Rosie's story
In Trouble - Connie's story
In Knots - Alexa's story
In Doubt - Giorgie's story
In Control - Sophia's story

Sagas contemporáneas – omegaverso MF
The Alpha Rock Stars
The Rockstar's Omega
Rocked by the Alpha
Fourth Base with the Alpha

Novelas contemporáneas independientes – omegaverso MF

Oxford Heat
The Alpha Escort Agency
Omega's Forbidden Heat

Novelas cortas contemporáneas – omegaverso MF

The Omega Chase
Online Heat
Christmas Heat

Sagas de romance alienígena – omegaverso MF
The Alpha Prince of Astia
Alien Desire

Alien Passion

SOBRE LA AUTORA

Escéptica en remisión, Hannah creció jurándose que nunca se casaría. Hasta que en 2001 conoció a su marido y desde entones es una romántica acérrima. Pese a ser una ávida escritora y lectora, Hannah decidió hacer lo más sensato y estudiar ciencias en la universidad, dejando de lado la idea de convertirse en escritora. Todo cambió cuando descubrió las alegrías de una buena novela romántica, y llegó a la conclusión de que las historias de amor siempre han sido las mejores.

Así que ahora utiliza sus conocimientos de enlaces químicos y reacciones para garantizar la chispa de sus libros. De hecho, seguro que la electricidad entre los personajes te acelerará el pulso y te pondrá el corazón a mil.

A Hannah le encanta leerles a sus tres hijos —incluyendo poner voces tontas— y dar paseos largos por el campo —cuanto más barro, mejor—. Su cabeza siempre está llena de ideas para historias nuevas, y lo más probable es que te la encuentres evitando los reclamos de su travieso gato mientras intenta escribirlas.

Suscríbete a mi *newsletter*:
www.hannahhaze.com/about

Únete a mis comunidades de lectores:
https://www.facebook.com/groups/hannahhazehotromancereads
https://www.facebook.com/groups/softandsteamyomegaverse

Visita mi página web:
www.hannahhaze.com

Sígueme en TikTok:
www.tiktok.com/@hannahhaze_author

AGRADECIMIENTOS

Este es el último libro de la saga, así que con más razón aún he de dar las gracias a quienes me han ayudado durante el camino.

Antes de nada, a ti, querido lector. Gracias por acompañarme en este viaje y acoger la historia de Rhianna como lo has hecho. Espero de verdad que el final de la historia haya estado a la altura de tus expectativas. Gracias por todos vuestros maravillosos mensajes, comentarios, reseñas y valoraciones. Hacen que el trabajo de escribir sea mucho más agradable, y estaré eternamente agradecida.

Mil gracias también a mi increíble equipo de lectoras beta, que han estado conmigo desde el inicio, ayudándome a darle la mejor forma a esta historia. Vuestras ideas, vuestros comentarios y vuestro apoyo han sido cruciales. Gracias a Courtney, Sara, Jessie, Leandri, Aimee, Jenna, Melissa, Lili y Kiki.

Gracias a Christian por estas portadas preciosas y a James por editar mis palabras obscenas.

Y, por último, gracias al señor D. Stephy, a mis hijos y al resto de mi familia. ¡Sois los mejores! Os quiero a todos. ¡Besos!